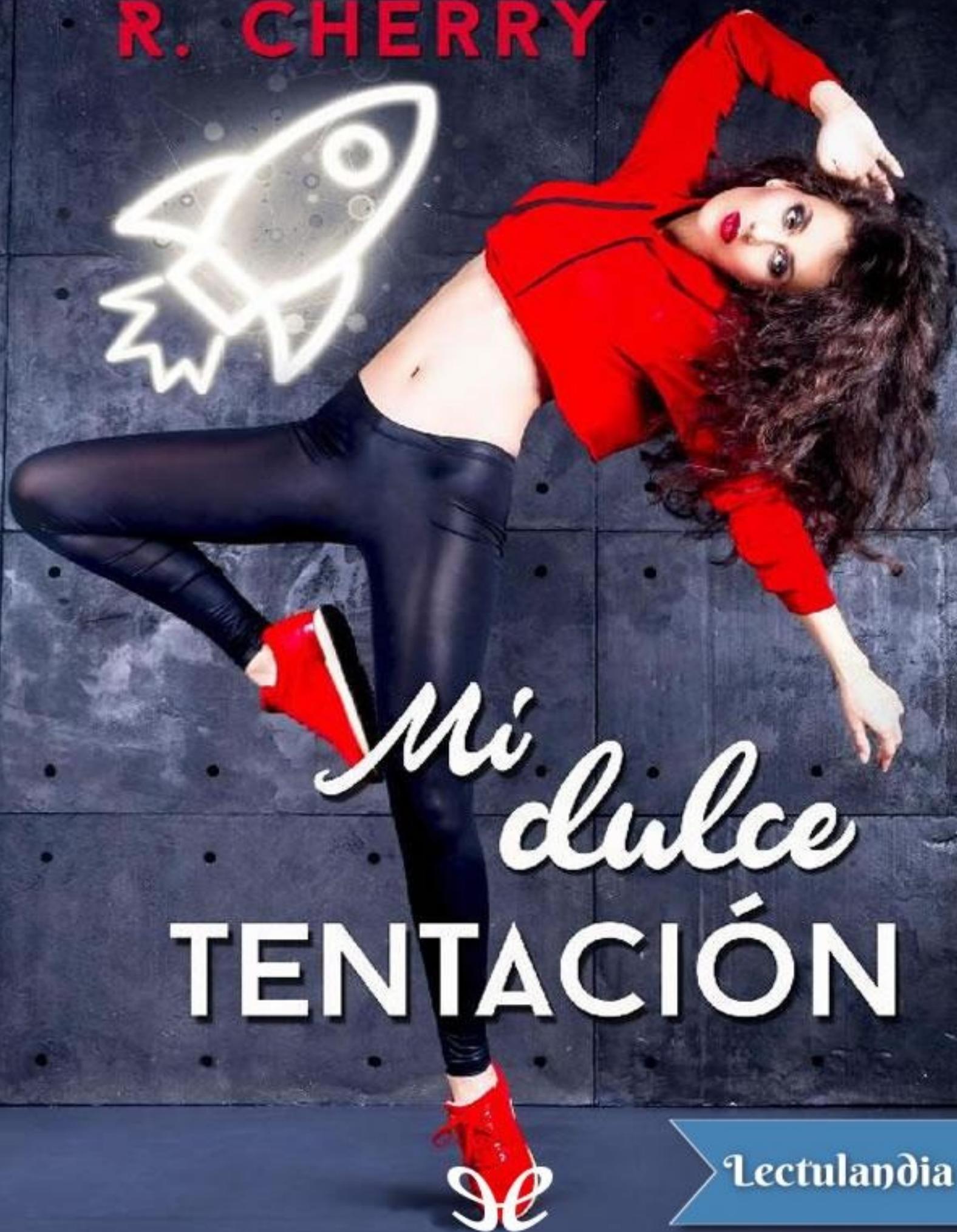


DE LA AUTORA BEST SELLER CON LA SERIE 'MI LOCURA'

R. CHERRY



Mi dulce
TENTACIÓN

de

Lectulandia

Cuando parecía que todo se había encaminado en la vida de Lucía, apareció Kellin Lund. Un galés tan sensual como arrollador, capaz de hacerle perder la cabeza con una sola de sus miradas, pero, lo que no tuvo él en cuenta, es que iba a ser ella quien desmontara toda su vida. Todo parecía confuso, distinto e, incluso, podía sentir al universo gritándole que aquel hombre no iba a ser bueno para ella.

Pero no le escuchó, simplemente se dejó llevar hasta que su corazón se resquebrajó. Solo el hip hop haría que Lucía volviera a brillar, y allí iba a estar Alex Tyree, un bailarín capaz de enamorar a cualquiera con tan solo un buen paso. ¿Alex? ¿Kellin? o ¿tal vez el olvidado Marc?

Descubre lo que esconde la historia de Lucía, y si acabó ignorando las señales que le mandaba el destino. Pasión, sensualidad, amistad y celos se unen en «Mi dulce tentación» para llevaros hasta Cardiff y volver.

Lectulandia

R. Cherry

Mi dulce tentación

ePub r1.0

Titivillus 09-01-2019

Título original: *Mi dulce tentación*
R. Cherry, 2017
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*A Mi Locura,
por abrirme las puertas hacia el camino de los sueños.*

Agradecimientos

Este libro quiero dedicarlo principalmente a todas esas lectoras y lectores que habéis devorado la historia de Nat y Collins, a las que ya conocéis al vikingo y a Victoria, pero sobre todo a mis Cherrys porque #QueremosMiDulceTentación, y aquí la tenemos. ¡Gracias!

A mis tíos por quererme, a mis primos, y sobre todo a mi padre y mi hermana. Por ser una piña desigual pero unida, ¡os quiero, *alifeos!* A mi *bola* por seguirme hasta el fin del mundo, a mi *nonne* por dar vida (y locura) a Lucía. A él, la inspiración hecha persona, porque el poquito mucho va creciendo hasta el infinito y volver, gracias por apoyarme tantísimo en esta locura hecha sueño.

Y como no, quiero darle las gracias a mi maravillosa editora, quien a pesar de todo siempre y digo SIEMPRE sigue ahí, aguantando mis quebraderos de cabeza, mi mala leche, mis bajones y mis subidas. Churry, gracias por ser la hermana mayor que no tengo y cuidarme como solo tú sabes hacerlo, nuestros *fluses* y tabardillos seguirán siempre.

Prólogo

Madre mía, cómo está el tío. Me apoyo en la barra, sin apartarle la vista. Desde que ha entrado no puedo dejar de mirarle. Vaya culo que tiene, en realidad... ¡Vaya todo! Está para hacerle todos los favores que quiera y más, aunque siendo tal monumento no creo que necesite que los hagan. Sin poder evitarlo me llevo el dedo índice a la boca y lo muerdo, cierro los ojos, y solo puedo imaginarme haciendo mil cosas con él.

Nada más abrirlos se me seca todo, bueno..., todo no, porque me encuentro con esos ojos marrones como el chocolate penetrando en mi alma. Parpadeo rápidamente, y este se limita a sonreír de medio lado, lo que hace que mi corazón se dispare.

—Hola, cariño. —Me dice en inglés a la vez que me sonrío—. ¿Cómo está yendo tu mañana? Creo que ahora será mejor, ¿qué te parece?

Hago una mueca, es verdad que nunca he sido una gran entendedora del inglés, es más, sé lo justo y necesario para poder insultar a alguien, y decir que me llamo Lucía. No sé qué debería decir, no he entendido ni papa. ¿Qué puñetas está diciendo?

—¿Entonces? —añade en su idioma.

Carraspeo nerviosa mirando hacia otro lado, pero no puedo evitar volver a perderme en esos pozos oscuros que tanto me atraen.

—Ahm... Me llamo Lucía. —Sonrío.

—Es un placer conocerte, Lucía.

Mierda, otra vez... ¿Es que no puede decir algo más sencillo? Así en plan: «Hola, ¿cómo estás? ¿De dónde eres?». Lo que aprendes en el colegio, o tal vez debería ser allí donde enseñaran algunas otras cosas que no fueran tan solo números, horas del día...

Pongo los ojos en blanco, ¡ay, madre!, como siga hablando así... Me da algo, se me cae la cara de vergüenza, no entiendo lo que dice y me está poniendo de los nervios. Se pasa la mano derecha por ese tupé del color de la miel que tan grácilmente ha peinado, y vuelve a sonreír de medio lado, haciendo que su mandíbula quede incluso más marcada de lo que ya está. Sonrío como una tonta, porque no es muy normal que me pase esto.

Saco el móvil, abro el WhatsApp, y le escribo a Natalia. Collins se la ha llevado, y hace horas que no sé nada de ella, lo que me inquieta. Le miro de reojo a la vez que le escribo, no puedo evitar tenerlo vigilado, algo me dice que este hombre es como un lobo: salvaje y astuto.

Sigue hablando, pero ya ni siquiera le presto atención, no le entiendo, ¿para qué intentarlo? Al ver que paso de lo que dice, se echa a reír y, por alguna razón esa risa que tiene me embriaga, dejándome atontada.

—¿De qué te ríes, guiri estirado? —espeto molesta—. ¿Qué te crees?, ¿que todos vamos a entender lo que dices?

Dejo ir un bufido, no me hace ninguna gracia que se rían de mí, además, es lo que más odio en el mundo, y no estoy para bromas. Por muy guapo que sea, no se lo voy a pasar por alto.

—Es solo una broma —contesta, sonriente—, guapita.

¿Cómo? ¿Sabía hablar español y me lo ha hecho pasar mal? Tiene un marcado acento inglés que llama mucho la atención. Entonces, soy yo la que empieza a reírse, madre mía... Esto solo me pasa a mí.

—Así que guiri... —murmura dándole vueltas al móvil.

—Sí —contesto entrecerrando los ojos.

Vuelve a sonreír de la misma forma, prendiendo esa mecha que intenta resistirse a brillar como el fuego que quiere nacer en mí a causa de ese gesto.

—¿Me pones un café? —pregunta.

—Claro...

Pongo la tacita con su plato y su azucarillo encima de la cafetera, le doy al botón para que vaya haciéndose el café. Saco el móvil y abro el WhatsApp, necesito hablar con Natalia. Pero parece que al inglesito no le hace ninguna gracia que no le preste atención.

—¿A todos tus clientes les hablas igual?

—¿Disculpa?

—Disculpada estás —contesta—. Ahora responde, ¿a todos los extranjeros los tratas así, o es porque no entiendes mi lengua?

Resoplo, encima va de listillo. La verdad es que no sé si me cae bien o no. Aprieto la mandíbula, y dejo ir un bufido. Lo miro con mis centelleantes ojos, moviendo las pestañas como si fueran las alas de una mariposa.

—Soy Kellin Lund.

—Vaya nombre... —Le miro de arriba abajo, dándole un buen repaso y dejo ir una carcajada al ver la cara que pone.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —espeto aguantando la risa.

No puedo evitar reírme, esa mueca que está poniendo cuando me ve reír hace que todavía sea peor.

—Tu cara me hace gracia.

Cojo el móvil, y vuelvo a abrir el WhatsApp, sé que no debería, pero necesito retransmitir a Nat lo que va ocurriendo. Debería estar aquí para poder disfrutar de este monumento.

—Interesante —dice fijando sus ojos chocolate en los míos—. ¿Mi café?

La cafetera empieza a hacer un extraño ruido, lo que provoca que me dé la vuelta, tan rápido como puedo, asustada. ¡Agh! Todo el café se está saliendo. Cojo uno de los trapos, y le doy al botón para que deje de salir.

—Mierda, me he equivocado al pulsarlo.

Corro hacia el cuartillo, necesito parar este río de café que empieza a descender por los muebles y a empapar el suelo. Tomo el enorme rollo de papel, hago una gran bola de este y entonces, ¡zasca! Al suelo de culo. Madre mía, vaya golpe. El golpazo ha hecho incluso que me sienta ligeramente mareada. Me paso la mano por la nuca y luego por el pelo. La cabeza de Kellin aparece tras la barra, permanece en silencio, solo me mira. Cierro los ojos y entonces es cuando siento cómo sus fuertes manos me agarran y me ponen en pie con cuidado.

—¿Te has hecho daño? —me pregunta al oído, erizando todo mi vello.

Durante un instante permanezco callada y quieta, sintiendo cómo el calor de su pecho abrasa mi espalda, creando un profundo furor entre mis piernas. Posa sus manos sobre mi cintura, provocando que mi respiración se agite.

—No... —murmuro—. ¡No, estoy bien!

Me aparto de él, igual que si sus manos me quemaran. Me alejo tanto como puedo, hasta que mi espalda se topa con una de las cámaras frigoríficas. Hay algo en Kellin, algo que hace que todo mi cuerpo se encienda de una manera sobrenatural y eso no acaba de gustarme.

Joder, joder, joder... Llego tarde, Natalia me va a matar. Resoplo, me pongo una camiseta azul turquesa de tirantes finos, y unas mallas negras. Desde que está con Collins que se le va el santo al cielo, esperemos que hoy sea uno de esos días y que no esté refunfuñando como el resto. Dejo a Marc, un amigo un poco con derecho a roce de vez en cuando, tirado en el sofá, dormido como un tronco.

Mi móvil suena, no le hago caso, me pongo una sudadera negra, cojo los patines, la mochila y me recojo el pelo con una goma para que no se me ponga en la cara a medida que avanzo. No sé cómo puede dormir tanto. Le echo una última mirada, una mantilla por encima, anoche llegó a las tantas, supongo que tuvo que ayudar a Carmela cerrando la caja. Esa mujer lo tiene allí hasta que le da la gana y el pobre es incapaz de decirle que no. Le doy un ligero beso en la frente, acabo de atarme los cordones de los patines y guardo las zapatillas en la mochila. Natalia vuelve a llamar, pero sigo sin contestar, salgo rápido de casa para que Marc no se despierte, esta también es más oportuna... Pongo los ojos en blanco y hago callar mi móvil, tras eso cierro con llave.

Desde el pasado viernes no dejo de pensar en esos ojos chocolate que se han grabado a fuego en mi retina y, no puedo evitar que nazca un calor sofocante en mi interior. Trago saliva, y niego con la cabeza, no puede ser, tengo que hacer algo para impedir que esto siga así. Debo mantenerle lejos, por lo menos debe estar a dos palos de escoba de distancia, en todas direcciones, como si tuviera un tutú de palos de escoba. Sí, así en plan puercoespín. Puercoespín. Recuerdo cuando de pequeña los llamaba *cuerpoespín*. Empiezo a reírme, es imposible evitarlo. Cuando estoy cruzando por el paso de cebra, un coche pega un frenazo y empieza a pitarme. Por primera vez en toda mi vida, el patín derecho me resbala, haciendo que acabe cayendo de culo al suelo.

—¡Joder! Otra vez.

Un hombre de unos cuarenta años que ve cómo me caigo, corre a socorrerme y a ver qué tal me encuentro, al contrario que el conductor. Miro el coche desde el suelo, parpadeo varias veces, ¿ese no es el coche de Collins? Con la ayuda del hombre me pongo en pie, enfadada y voy hacia la ventanilla, este se va a cagar. ¡Vamos! Como que me llamo Lucía. Golpeo el cristal con insistencia, y cuando lo baja me doy cuenta de que no es él, sino que es Kellin Lund quien ocupa su lugar.

—¿Qué coño haces tú ahí? —grito.

Vuelvo a mirar el coche, tal vez me haya confundido, pero daría una de mis piernas a que ese es el coche de Collins. Vamos, estoy segura. Antes de decir nada, sube la ventanilla, retrocedo un par de pasos y de repente se marcha, como si no le

hubiera dicho nada. Del bolsillo de la sudadera saco una barrita de cereales y se la tiro al coche, pero, a pesar de ello, y eso que le llega, no se detiene.

Marco el número de Natalia, tengo que decirle algo, aunque... ¿y si realmente no era ese su coche y la cago? Trago saliva, y cuando voy a colgar escucho cómo Nati empieza a gritar al otro lado del teléfono.

—¿Qué haces que no estás en el Jubilee? ¿Dónde estás? Deberías estar aquí desde hace más de media hora.

—Vale, vale, cálmate.

—¿¡Cómo voy a calmarme estando aquí sola!?! —espeta con la voz algo más grave de lo normal.

Siempre que se estresa le pasa, parece que acabe hablando en balleno, tipo Dory de *Buscando a Nemo*. Dejo ir una carcajada, lo que provoca que se enfade aún más.

—Llego en diez minutos.

—¡En diez minutos no! ¡Ya!

Y le cuelgo sin más, aunque sé que será peor, pero eso de que me grite o me hable así me estresa de tal manera que me entran ganas de ahogarla un rato, aunque solo sea un poco, para darle un susto.

Diez minutos después, tal y como le había dicho, llego al Jubilee. No la veo por ninguna parte, hasta que aparece tras la puerta del cuartillo. Hace una mueca nada más verme, pero rápidamente viene a abrazarme, con tanta fuerza que parece que vaya a asfixiarme.

—Siento haberte hablado así, pequeña. —Dice en voz baja.

—No seas tonta, anda, no estaba haciéndote ni caso —contesto sacándole la lengua.

—Idiota. —Me golpea en el brazo.

—Sé que me quieres. —Sonrío, y le doy un fuerte beso en la mejilla.

—Venga, a trabajar, dentro de nada empezará a llegar la gente. Ya lo sabes.

—Señora, sí, señora. —Le hago un saludo militar, y paso al cuartillo.

Dejo mis cosas, pero aún no me quito los patines, así podré moverme rápidamente por la sala principal, mientras no llegue la gente. Collins no tardará en llegar, lo raro es que no esté ya aquí. Me cuelgo el mandil del hombro, a la vez que salgo a la sala.

—Oye... —digo viendo cómo pasa la escoba una vez más.

No sé por qué vuelve a barrer si lo hice yo anoche antes de irme a casa. Resoplo, hay veces que me pone nerviosa, aunque no puedo evitar quererla con toda mi alma. No puedo enfadarme con ella.

—Dime —murmura en voz baja.

—Aquel tipo... —susurro.

—¿Qué tipo?

—El inglés.

—¿Qué inglés?

Se queda con cara de póquer mirándome, sin entender lo que le estoy diciendo. Alzo las cejas, dándole a entender el encontronazo del otro día con el susodicho.

—Kellin Lund.

—¿Kellin? —se extraña.

Asiento repetidamente, con la vista fija en la de ella, pone los ojos en blanco y suspira, a la vez que niega con la cabeza. Ahora ya parece recordar de qué le estoy hablando.

—¿Has vuelto a verle? —pregunta frunciendo el ceño.

Alzo los hombros y hago una mueca, no sé yo si lo de hace un rato cuenta como haberle visto, pero bueno.

—Digamos que sí —murmuro desviando la vista.

—No, digamos que no. O le has visto o no le has visto, no hay más.

Su expresión ha cambiado, ¿por qué le molesta tanto? No lo entiendo. Es el mejor amigo de su futuro marido, debería de hacer un esfuerzo por llevarse bien con él.

—Un poco.

—¿Un poco? —Alza la ceja derecha.

Me mira fijamente con esa cara que solo ella sabe poner, esa de «o me lo dices, o te enteras». Por lo que opto por llevar a cabo la primera parte.

—De acuerdo —digo en voz baja—. Sí, sí que le he visto.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo has dicho antes? —pregunta.

—Pues... ¿porque no me has dejado? ¿Tal vez?

Niega con la cabeza, resopla varias veces y acaba por sentarse en uno de los taburetes que ha apartado de la barra para poder limpiar mejor.

—Venga. —Mueve la mano.

—Voy. —Me siento a su lado, y fijo mis ojos en los suyos.

—No me digas que os habéis acostado... Por Dios, no me lo digas...

Se lleva las manos a la cabeza, y luego a la cara. Dejo ir un pequeño sonido, ¿quién se cree que soy? Resoplo, y le respondo que no con un movimiento de cabeza.

—¡No, claro que no! ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Por eso mismo, nena, por eso mismo.

Le doy un golpe en el hombro, lo que hace que prácticamente se caiga hacia atrás, aunque tiene suerte y logra apoyar una de sus largas piernas en el suelo para así no caer.

—No voy a acostarme con él, vamos, ni harta de vino, tengo demasiado que hacer como para perder mi tiempo.

—Uy, sí..., sobre todo ahora que has acabado el curso.

—El curso, el curso...

—Bueno, las que has tenido que repetir —dice con retintín, y haciendo una mueca.

—No quiero que Kellin se me acerque.

—Ni yo que lo haga.

—Siempre voy a ser tuya, nena, por eso no te preocupes.

—No es por eso...

Alzo una de las cejas. Cruzo los brazos bajo mis pechos, algo indignada por el hecho de que no me haya seguido con lo que le decía.

—A ver —murmuro—. ¿Por qué no quieres?

—Porque no, no me fío de él, es un prepotente, egocéntrico y narcisista —refunfuña—. Además, es un mujeriego.

—Se le ve muy seguro de sí mismo, pero no creo que tanto como llamarle todas esas cosas.

Me llevo las manos a la boca no puede negarme que está como un auténtico queso. ¡Madre mía! Quién fuera ropa para cubrir ese cuerpo hecho para provocar deseo y para llevar a cabo el delito más sensual del mundo entero. Me abanico como puedo con una de las servilletas, solo de acordarme de cómo es, me entran los calores.

—Ay, hermanita, a ese Lund le hacía...

Antes de que acabe la frase, Nati empieza a hacerme gestos para que me calle. Me doy la vuelta y ahí está plantado, con sus gafas de aviador con cristal cálido y esa sonrisa burlona y prepotente que está empezando a sacarme de quicio. Alzo una ceja y le miro con cara de mala leche. Ha visto cómo me caía y no ha sido capaz ni siquiera de salir a ayudarme. Sin decir nada, le doy un bofetón. Las gafas le caen tras la barra, pero no me importa.

—Esto por dejarme ahí tirada, majo.

Tras eso vuelvo a girarme, a Natalia le ha cambiado la expresión de la cara y ahora se está tapando la boca, asombrada.

—¡Lucía! —espetá.

—Que se aguante —bufo.

Entro en la cocina, enciendo el horno para que vaya calentándose, aunque creo que estoy yo más caliente que él. Suspiro y me miro la palma de la mano, la cual está algo enrojecida a causa del bofetón. Vaya idiota. Ni Nati ni Kellin dicen nada, se limitan a permanecer en silencio. Saco la masa para los cruasanes y las cañas de chocolate. Necesito despejarme y dejar de pensar en ese hombre que, para bien o para mal, es capaz de irrumpir en mi mente como lo hace una tormenta en los fríos días de invierno.

Un rato después, no puedo dejar de pensar en lo ocurrido. No solo en Kellin, que ni siquiera ha sido capaz de entrar a ver qué era lo que pasaba. Supongo que tampoco le importa, en cierto modo no debería hacerlo. Me pongo los cascos y algo de música, puedo sentir cómo el ritmo entra en mí, alegrando cada uno de mis músculos, y deshaciendo todos mis resquemores. Echo de menos bailar, hacerlo igual que antes, con un buen grupo. Nati entra, acalorada, me quita el auricular para que pueda escuchar lo que dice.

—¿Qué? —espeto.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Lo de Kellin.

Desvío la mirada hacia las pastas, cojo un cruasán y me lo llevo a la boca. Solo un dulce es capaz de arreglar mis problemas, bueno uno o dos, quién sabe.

—Cuando venía hacia aquí casi me atropella ese idiota, con el coche de Collins.

—¿El de Collins?

—Sí, lo conducía él.

—Vaya..., tendré que hablar con él.

—Ese estiradillo no tiene bien controlado a su perro.

—No le llames así —gruñe.

—¿Perro?

—Estiradillo.

Dejo ir una sonora carcajada y sonrío. Nunca le ha gustado que llame a Collins estiradillo, a pesar de que llevo haciéndolo desde que le conocimos. Aún recuerdo cuando tuve que sonsacarle a Marc su nombre. Pobrecito, suerte que es más manso que un oso de peluche, que si no, no habría sido tan sencillo.

—No te rías, anda.

—Si quieres lloro. —Añado.

Hace una mueca, abre el horno y saca las cañas recién hechas. Deja la bandeja sobre la mesa metálica y se lleva a la sala los cruasanes. Salgo tras ella, y Collins entra por la puerta principal. Sin cortarse ni un ápice, Nati se echa a sus brazos y empieza a besuquearlo.

—Anda que no...

Ya me gustaría a mí tener un dios olímpico como el estiradillo rendido a mis pies y dispuesto a cumplir todos y cada uno de mis deseos. «¡Tengo a Marc! Pero, ¿qué voy a hacer con un hombre tan tranquilo como él?» Marc es un amor, es dulce y bueno como ninguno, pero le falta algo. Una chispa que haga arder mi interior. «Ojalá

lo consiga», pienso. Suspiro, hay veces que anhelo tener a alguien con quien compartirlo todo, como lo hacen ellos.

—Bueno, venga, ¡que corra el aire! —exclamo—. Si no a un hotel, majos.

Nati me lanza una de sus miradas fulminantes con la que sería capaz de amedrentar hasta a Chuck Norris, y no exagero. Collins deja ir una sonora carcajada, este hombre lo tiene todo bonito, hasta la risa, eso no podemos negarlo. Cuando se separan este se marcha a una de las mesas, tirando de su maleta. Nuestra clienta favorita, la pequeña Natalia, y su tía, Carmen, entran en la cafetería.

—Buenos días, mi niña guapa —digo abrazándola.

—¿Qué haces con los patines? —pregunta señalando los pies.

—Me gusta ir con ellos. —Sonrío.

—¿Y por qué?

—Porque así voy más rápido.

—Vaya..., venimos a desayunar. —Cambia de tema—. Voy a invitar a la tía. —Sonríe—. Mira cuánto dinero tengo.

Saca un pequeño monedero de trapo del bolsillo de su chaqueta y lo abre para que vea cuántos ahorros hay.

—¡Vaya! —exclamo—. ¡Tienes más dinero que yo!

—¿Sí?

Asiento con una sonrisa de oreja a oreja, entonces la niña esboza una mueca de tristeza en su boca.

—Toma —dice abriendo el monedero otra vez y sacando un par de monedas para dárme las.

—No, no, pequeña, eso guárdalo para ti.

—No, quiero dártelo. —Frunce el ceño.

Me coge de la mano, tira de esta, y me guardo el par de monedas entre ellas.

—Quédatelas —me pide.

—Bueno, vale...

Las meto en el mandil, para ponerlos luego cuando Carmen vaya a pagar el desayuno.

—¿Pasáis a la mesa?

—Sí —dice la pequeña alargando la vocal.

—Adelante, pues.

Un ratillo después, antes de irse Collins se acerca a mí, cuando Nati no nos ve, porque está haciendo algo más de bollería y limpiando lo que hemos ido ensuciando durante la mañana.

—Lucy —me dice en voz baja.

—Dime.

Seco una de las tazas que acaban de salir del lavavajillas que se han quedado algo húmedas, mientras me acerco a la zona de la barra a la que se ha acercado él.

—Oye, he hablado con Kellin —dice en voz baja—. ¿Qué ha pasado?

—Por Dios, vaya chivato —murmuro, algo molesta.

—Quiere que vayas a hablar con él. —Fija sus ojos en los míos—. Confío en que lo arregléis.

—Yo no tengo nada que arreglar.

Esos hermosos ojos verdes que tiene, acaban cautivándome, no puedo evitarlo, que me mire con esa carilla de cachorrillo que sabe poner, termina menguando mis defensas como si ni siquiera existieran.

—Iré.

Termino de secarme el pelo, de prisa y corriendo con la toalla, intentando quitar el agua restante. Me siento sobre la tapa del váter, me miro al espejo, realmente podría haber ido a ver a Kellin tal cual estaba, pero por alguna razón no me apetecía. Mi móvil suena, es Nati, no le he dicho dónde voy, si lo hubiera hecho no me dejaría, estoy más que segura. Marc tampoco ha preguntado, es su único día de fiesta, y se lo ha pasado descansado.

Me pintarrajeo levemente, lo suficiente como para no parecer la novia cadáver. Me hago un moño rápido, dejando que los pelos que se han quedado fuera sigan libres como el viento. Salgo del baño y me visto con lo primero que encuentro, unos tejanos azules y un jersey.

—Ale, ya está —me miro al espejo, sonriéndome.

Me parece un poco raro que Kellin quiera que hablemos, sobre todo después de lo que ha pasado esta mañana, debería no querer verme más. Tal vez quiera disculparse por haberme dejado tirada como si no fuera más que una colilla. No sé por qué Nati es tan exagerada, no parece mal tipo, al contrario, tiene algo que lo hace terriblemente interesante. «¡Quítate esa idea de la cabeza, Lucia Palacios!», me digo a sí misma. Debería hacerlo, Kellin no está hecho para mí, yo necesito a alguien como Marc, que me cuide y esté a mi lado. Aunque ahora mismo solo esté tumbado sin hacer el huevo. Desde que se mudó aquí todo ha cambiado, pensé que iría mucho mejor, y que el hecho de que nos viéramos más afianzaría esto que tenemos. Pero me he dado cuenta de que nada es lo que parece, sobre todo con los hombres. La gran mayoría de las veces no se dan cuenta de las cosas hasta que les das en los morros con ellas, a no ser que vaya todo ello acompañado de un cartel luminoso, entonces tal vez se enteren de lo que ocurre.

Cojo mi chaqueta de cuero, el bolso negro y salgo del salón. Marc sigue a lo suyo, viendo un programa absurdo de cómo se hacen algunas cosas, tan tranquilo, como si no ocurriera nada.

—Me voy —anuncio.

—¿A dónde vas?

—He quedado.

—¿Con quién? —pregunta asomando la cabeza tras el respaldo del sofá.

—Con Natalia —miento.

Sin decir nada más abro la puerta y salgo de casa, algo nerviosa. Mis propios pensamientos me reconcomen, no sé muy bien cómo he podido hacer eso, mentirle así. Trago saliva, me apoyo en la pared junto al ascensor y le doy al botón para que suba. Me paso las manos por la cara, sin hacer mucha presión, pero lo suficiente como para intentar deshacer este nudo que acaba de crearse en mi garganta.

Mi móvil suena de nuevo, lo rebusco en el bolso que, por suerte, no es muy grande y puedo encontrarlo rápido. Lo desbloqueo, es Natalia de nuevo, ya se está poniendo nerviosa porque no encuentra algo. Abro el mensaje, y veo que lo que realmente ocurre es que no encuentra la bandeja para las pastas, y eso que ha sido ella la que ha sacado las otras.

Lucía:

La has dejado en la parte baja de la mesa metálica.

Dos minutos después vuelve a estar en línea.

Natalia:

Cierto.

Lucía:

Vaya cabeza tienes.

Natalia:

¿Qué haces?

Lucía:

Nada, aquí, en casa.

Vuelvo a mentir.

Tras eso, guardo el móvil de nuevo en el bolso y me dirijo hacia casa de Collins, donde se supone que Kellin debería de estar esperándome.

Llamo al timbre, espero durante un buen rato, pero parece que no hay nadie. ¡Será sinvergüenza! Me cita aquí y luego ni siquiera es capaz de estar. Niego con la cabeza, me aparto de la puerta, y cuando estoy a punto de darme la vuelta y marcharme por donde he venido, esta se abre.

—Lucía —me llama Kellin.

Al voltearme casi se me desentaja la mandíbula, por no decir que realmente lo hace como si fuera un dibujo animado. Madre mía del amor hermoso... Parpadeo varias veces, solo me falta frotarme los ojos para ver si es real.

—Ehm... —digo en voz baja.

Le miro de pies a cabeza, no puedo evitarlo. Está demasiado bueno como para despreciar esta hermosa vista que tengo ante mí ahora mismo. Va sin ropa, solo está cubierto por una toalla que se enrolla a su cintura, su pecho reluce, aún húmedo por la ducha que, supongo, se estaba dando. Tan definido y contorneado, a causa de horas de ejercicio, tostado por el sol, y sin vello alguno. ¡Buf, por todos los dioses del Olimpo...! Este debe ser uno de ellos, porque no es normal que exista un hombre así.

Creo que voy a ir necesitando una ducha, un cubo para las babas, o ropa interior nueva.

Trago saliva, y desvío la mirada al ver cómo la suya se fija en la mía, mi corazón empieza a latir con fuerza, y no se me ocurre otra cosa que dar un paso hacia atrás.

—¿Te ibas? —pregunta.

Cojo aire por la nariz, intentando que mi voz empiece a salir siendo clara y serena, para que así no note el nerviosismo que acaba de provocarme. Aunque no solo eso es capaz de hacer que nazca en mí.

—Ehm..., sí, como no contestabas...

Asiente, se pasa la mano derecha por su tupé chorreante, haciendo que el agua que queda en él se deslice por su pecho, recorriendo cada uno de los relieves y hendiduras, rodeando su ombligo y muriendo al final de esa «v» tan bien marcada. Los calores no dejan de acecharme, y las ganas de recorrer su pecho con mi lengua cada vez son más fuertes. Porque sí, ¿para qué negarlo? Pasearía mis manos y todo lo que pudiera por su cuerpo. Es demasiado irresistible no pensar en ello.

Kellin carraspea, se muerde el labio inferior, y se hace a un lado de la puerta, sin salir a la calle.

—Adelante —murmura seriamente, con ese acento que tiene de guiri.

—¿De qué quieres hablar? ¿No podemos hacerlo aquí? —espeto nerviosísima.

—Pasa.

Sigue junto a la puerta, y parece que no dará su brazo a torcer, por lo que entro en la casa de Collins, y Natalia. Aunque como Collins ha estado fuera algunos días, Nati ha tenido que venir a pasarlos a casa, para no quedarse sola, ya que Kellin se marchó con él.

—¿Por qué quieres hablar conmigo?

—Sigue caminando —dice viniendo detrás de mí.

—Eres un poco mandón, ¿no?

—No.

Le miro de reojo hasta que entramos al salón, me apoyo en la isleta de mármol blanco, y vuelvo a darle un buen repaso de arriba abajo, sin perderme ni un solo detalle. Sus brazos y piernas son fuertes, igual que todo su cuerpo, está tonificado, totalmente equilibrado, perfecto.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Que te disculpes. —Se acerca a mí, tanto que hace que mi corazón se dispare.

Trago saliva, nerviosa. «Espera, espera... ¿Cómo? ¿Ha dicho que ¡yo!, tengo que disculparme? ¿Está mal de la cabeza? ¿Qué demonios le ocurre?». Alzo una ceja, Nati me ha pegado esa mala manía que tiene. Le miro poniendo mala cara, haciendo una mueca con la boca.

—¿Perdona?

—Eso digo yo.

—Déjate de bromitas, inglesito.

—De inglesito nada, guapa —dice desafiándome con la mirada y esbozando una sonrisa de medio lado terriblemente irresistible.

—¿No, por qué?

—Porque yo no soy inglés, nena.

—A mí no me llames «nena», *inglesucho*. —repito.

—Soy galés.

—Pues *galesucho*.

Sonríó burlona a la vez que él hace la mueca, igual que la que había hecho yo antes. Niega con la cabeza, y se acerca aún más. Mi cuerpo se paraliza, ni siquiera puedo moverme como para poder apartarme de él.

—Discúlpate —me dice casi al oído.

—No tengo por qué hacerlo.

—Sí, sí tienes por qué.

—Ah, ¿sí?

Asiente, pasando una de sus manos por mi pelo.

—Por cierto... —murmura—. Creo que no nos hemos presentado como es debido.

—Ni lo haremos, señor Lund —afirmo intentando alejar mi posición de él.

—Sí que lo haremos —susurra contra mi oído, colando una de sus manos en mi pelo y sujetándome por la nuca—, lo haremos todo.

Pega su cintura a la mía. Mi corazón se desboca, sentir que solo nos separa la insignificante tela de una toalla y unos vaqueros hace que me ponga de los nervios.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

Desvió la mirada al sofá, y trago salvia.

—¿Te incomoda tenerme tan cerca?

Durante unos segundos tengo que llegar a pensármelo, en realidad no sé qué responder, hay tantos sentimientos encontrados en mi interior que no sé ni siquiera qué debería hacer. Cojo aire, y lo dejo ir a modo de suspiro.

—S... sí, me incomoda.

—¿Y eso por qué, Lu?

—No me llames Lu, soy Lucía —espeto—. O señorita Palacios, para ti.

Con su mano aún entre mi pelo, y la otra a punto de posarse en mi cintura, me agarra y acaba uniéndonos en un apasionado beso, que a cada segundo que pasa se vuelve más húmedo y poderoso. Todo mi cuerpo arde en deseos de dar rienda suelta a la perversión que emana de cada uno de los poros de nuestra piel y que nos ruega que acabemos con ella.

—Kellin..., Kellin, aparta —le ruego.

Vuelve a besarme, y como si no fuera más que una marioneta no puedo evitar no devolverle el beso como ansío hacer, hasta que le doy un empujón, lo suficiente como para que se aparte de mí, y tras eso un bofetón.

—Te he dicho que te apartaras.

No está bien, eso que estaba haciendo no estaba nada bien. Ya verás cuando se entere Nat, madre mía... No quiero ni pensar en la bronca que me va a echar. Lo aparto hacia un lado y paso junto a él, para así poderme marchar.

—Esto era lo que querías, ¿no? —pregunto con desdén.

—Lo que quise desde el día en el que te vi, nena. —Me guiña un ojo.

—Imbécil... —digo entre dientes.

Tras eso, me marchó, enfurecida por lo que ha ocurrido y por lo que puede que pase cuando llegue a casa. Es cierto que hay algo con Marc, pero parece tan invisible como lo es el aire. Suspiro. No quiero saber nada más de él.

Entro en casa como un torbellino, cierro la puerta y dejo el bolso en la entrada. No quiero hablar con Marc, no quiero saber nada de nadie en estos momentos. Lo que ha pasado con Kellin no debe volver a suceder o habrá problemas, y que conste en acta que no quería que ocurriera. Y mucho menos algo así. Aunque supongo que podría haber sido peor. Me encierro en mi habitación, segundos después escucho cómo unos pasos se acercan a la puerta. Dos golpecitos rompen el silencio que había en ella, y sin que tenga que decir nada, Marc abre.

—¿Qué te pasa, pequeña?

Se acerca a mí, que estoy sentada en la cama, se coloca a mi lado y me abraza, lo que hace que me sienta aún peor persona que hace apenas unos minutos. ¿Por qué tiene que ser tan sumamente bueno? Debería alejarme de Kellin, desaparecer de su vida, igual que debería hacerlo él de la mía, y olvidarme de lo que acaba de ocurrir en casa de Collins. Sí, vale, puede que esté haciendo una montaña de un grano de arena, pero no sé... No puedo dejar de sentirme mala persona sobre todo teniendo a un hombre como Marc a mi lado.

—Nada, no ha sido un buen día —contesto tajante.

—¿Por qué? ¿Mucho agobio en el Jubilee?

—Digamos que sí.

Suspiro. Pasa una de sus manos por mi espalda, intentando calmar la desazón que siento en estos momentos, pero de nada sirve ya que solo empeora las cosas.

—¿Quieres que te haga algo de cenar?

—¿Qué hora es? —pregunto confusa, ni siquiera recuerdo la hora.

—Son casi las nueve.

—Vaya...

Me paso la mano por la cara, y también por el pelo. Dejo caer todo mi cuerpo hacia atrás, quedando completamente tumbada sobre la cama. No tengo ganas de hacer nada, ni siquiera de tener a Marc cerca. Sé que tan solo quiere ayudar, hacerme sentir mejor, pero me siento tan mal...

—¿Qué te ocurre, pequeña?

—No es nada, de verdad, Marc. Solo quiero descansar y dormir un poco.

—Ven conmigo al sofá, pongamos una película, pidamos algo al chino...

Niego con la cabeza, no quiero nada, no ahora.

—Venga —insiste.

Hago una mueca. En realidad me sabe mal decirle que no, dejarlo tirado sin más. Miro hacia las almohadas, que se han quedado algo descolocadas, así debe de sentirse él cuando rechazo estar a su lado, descolocado.

—*Porfi* —dice poniendo carilla de pena.

—Está bien.

Sonríó a duras penas, pero lo suficiente como para que él esboce otra sonrisa, dulce y compasiva.

Tras la cena, que no ha sido nada del otro mundo, suspiro. No tenía hambre, suerte que a Marc no le ha dado por cocinar como sabe, que no es poco. Desde que empezó a trabajar con los nuevos compañeros, sobre todo con Marcos, el chef que han contratado para suplir la falta de Jonás, el cocinero que ha estado desde el principio es él, prácticamente. Se sienta a mi lado, me tiende un vaso con batido de frutas del bosque, tiene una pinta deliciosa, además le ha echado un poco de nata.

—Gracias. —Sonríó.

—No me las des, tonta.

—No sé por qué me cuidas tanto...

—Porque te lo mereces.

Unas terribles ganas de llorar se apropian de todo mi cuerpo, haciendo que las amargas lágrimas de frustración se agolpen en mis ojos. Parpadeo rápidamente, intentando disiparlas y que no se dé cuenta de ello.

—Marc..., yo... voy a irme a dormir, no tengo ganas de ver la televisión.

Suspiro, necesito cerrar los ojos y que llegue un nuevo día.

—Buenas noches, cielo. —Me da un beso en la frente, y me abraza.

—Buenas noches.

Me marcho a mi habitación, me meto en la cama y sin más cierro los ojos.

Sus manos recorren todo mi cuerpo, me acaricia con delicadeza, pero a la vez con algo de rudeza. Me besa apasionadamente, como nadie había hecho antes. Siento cómo ardo, todo mi ser desea tenerle dentro. ¡Madre mía! Mi respiración se vuelve agitada, tanto o más que la suya.

—Joder... —susurro cuando se cuela entre mis piernas.

Besa el interior de mis muslos, con cuidado, pero agarrándolos con fuerza, tanta que creo que acabará por dejarme la marca de los dedos en ellos. Hace que las separe más, quedando completamente expuesta a él. Su lengua se cuela por mis pliegues, pillándome por sorpresa, igual que lo hace un dedo en mi interior.

Mi cuerpo clama el suyo, ruega que entre en mí, que me haga gemir como no lo he hecho nunca, necesito sentir cómo tiemblo a consecuencia de cada una de las fuertes embestidas que, seguro, me propinará. Por todos los dioses... Lo que yo tengo aquí es un hombre de los pies a la cabeza, capaz de hacerme perder el sentido.

—Kellin... Kellin —digo sintiendo una oleada de placer que empieza a acercarse.

Me levanto sobresaltada, sudando y con el corazón desbocado, perdido en ese poderoso sueño que ha hecho que mi sexo arda en deseos de tenerle, humedecido ante la incitación que ese hombre provoca en mí.

Suspiro, perdida en el húmedo sueño que he tenido. Kellin es un dios atrapado en un cuerpo de hombre. Me paso las manos por la cara y el pelo, busco la botella de agua, pero no la encuentro, enciendo la luz, y la veo en el suelo. Le doy un largo trago, se me había quedado la boca seca. No puede ser que me ocurran estas cosas, me estoy volviendo loca. Me siento en la cama, me miro las manos y las piernas, el recuerdo de sus manos sobre mi piel hace que todo el vello se me erice. Una lágrima se escapa de mis ojos.

Salgo de la cama, y voy hacia la de Marc, ahora mismo es a él a quien necesito, quiero dejar de pensar en Kellin. Sin pensármelo dos veces, abro la puerta de su habitación, levanto levemente las mantas y me meto bajo ellas. Marc no tarda en darse cuenta de ello, se gira, y se abraza a mí.

—Yo velaré por ti en tus pesadillas, pequeña —susurra.

Abro los ojos, poco a poco, entonces veo que Marc ya no está, y que un fuerte olor a café entra por la pequeña rendija que ha quedado abierta entre la puerta y su marco. Debe ser pronto, apenas entra luz por la ventana, y eso que está prácticamente abierta. Me coloco bien el pantalón del pijama, cojo una de sus sudaderas, la cual me queda enorme, la cierro y voy al salón.

—¿Qué haces? —pregunto.

En realidad si hubiera estado en su lugar le habría pegado un bufido de los míos que le habría dejado sentado en el sitio. Me pongo la capucha, y me dejo caer en el sofá. Hoy es un nuevo día.

—Pues..., ehm... —balbucea.

—¿Sí? —pregunto sonriente, o intentándolo.

—Te estaba preparando el desayuno.

Voy hacia la cocina, me asomo y veo cómo tiene las manos empolvadas en harina, igual que tiene la encimera. Se aparta uno de los ricitos que le caen por la frente, por lo que se mancha con el polvo. Me río, no puedo evitarlo, tiene la cara como si fuera un fantasmilla de Halloween, no solo la frente. Cojo un trapo, humedezco una de las puntas, y le limpio con delicadeza. Sonríe, agradecido. Me besa en la mejilla y sigue a lo suyo.

—¿Qué estás haciendo?

—Creps.

—Oh..., creps... ¡Madre mía qué bueeenas! —exclamo—. Gracias.

Ahora soy yo quien le besa en la mejilla, por lo que esboza una sonrisa, tan radiante y bonita como ninguna. Con el trapo con el que le he limpiado la cara, limpio la encimera, y me siento en ella. No aparto la vista de él, no puedo dejar de hacerlo.

El cabello le ha crecido notablemente, tanto que algunos mechones se le han rizado y ya caen por su frente. Va aún con el pijama de cuadros azul marino de cual se murió la camiseta, por lo que lleva una negra que le queda algo ajustada.

—¿Qué miras, pequeña?

Se pone las gafas de ver, ya que se las había quitado para cocinar.

—A ti, me gusta mirarte.

—Vaya... —dice a la vez que se sonroja levemente.

—¿Te pones rojo? —pregunto a pesar de que es algo más que obvio.

—No, no.

—Ya... —Alargo la vocal y sonrío.

Prepara un par de tazas una de ellas, la suya, la deja bajo el chorrillo por el que saldrá el café, y en la otra echa un par de cucharadas de Cola Cao, y después coge una jarra para la leche.

—¿De qué quieres las creps?

—Te diría que de chocolate...

—Luego te duele la tripa.

—Exacto.

—¿Jamón de york y queso?

—Sí, *porfi*.

—¡Marchando dos creps de jamón dulce con doble de queso!

Sonríe y sigue a lo suyo mientras yo aprovecho para hacer mi cama y la suya, ¡pobrecito! Si es que es más mono... Es más bueno y dulce que el caramelo. Creo que nunca antes, ningún chico, me había hecho el desayuno, y mucho menos después de haber pasado de su culo como lo hice ayer, aunque el hecho de que hiciera una escapada nocturna debe de haber hecho que se olvide de todo.

—Oye, he pensado que tal vez podríamos ir al cine esta noche, termino a las seis —escucho cómo me dice desde la cocina.

¿Cine? ¿Esta noche? Puede que sea un buen plan con el que despejarme un poco y olvidarme de ese galés que me trae de cabeza. Salgo al salón, me asomo por el arco de la cocina y le miro.

—Es buena idea.

—¿Sí?

—Claro.

—Podríamos invitar a Collins y Nat.

—Sí, estaría... —trago saliva—. Estaría bien. —Sonrío.

En cuanto Nati me vea va a echarme una bronca del quince, solo espero que no lo haga delante de Marc, si no se dará cuenta de que le había mentido descaradamente.

—Pues... ¿hablas tú con Nat?

—Ehm..., claro, ahora le escribo que creo que hoy no está en el Jubilee.

—Vaya, ¿y eso?

—Estamos buscando a alguien que nos ayude.

—¿Y Joel?

—No sabemos nada, está desaparecido, igual que esa novia *absorbecerebros* que tiene. Nos han dejado tiradas como a una colilla. —Suspiro—. Nati ha contactado con una chica, hoy se cita con ella para poder hacerle una entrevista en condiciones.

—Bueno, a ver si hay suerte esta vez.

—Ojalá, porque ya estamos hasta desesperadas. —Suspiro—. Ya sabes que alguna vez ha tenido que venir Laura a ayudarnos.

Marc asiente un par de veces, hace una mueca y coloca el desayuno en la barra americana.

—Ven, vamos.

Sonríe, y me es imposible no ir a su lado. Marc es un chico fantástico, adorable, dulce, y cariñoso. ¡Vamos, todo un bonachón! Lo único que no me gusta es que hay veces que creo que no tiene sangre en las venas, sino horchata.

Media hora después ya estoy frente al Jubilee, subiendo la persiana de metal con cuidado de que no me acabe dando después en la cabeza. Paso al interior, cuando está a la mitad, enciendo las luces y miro cómo está todo. Por suerte anoche Nati se quedó hasta tarde, tanto que ha dejado hasta masa para hacer galletas de mantequilla, y todo preparado para que pueda meter los cruasanes nada más llegar.

Mi teléfono empieza a sonar, salgo de la cocina y voy hacia la barra, para poder coger el móvil. Rebusco en la mochila, hasta que recuerdo que está en el bolsillo pequeño de la parte de fuera.

—¿Sí?

—Lu —escucho cómo me dice Kellin al otro lado.

—¿Qué quieres? —pregunto tajante.

—No veas, leona. —Ríe.

Niego con la cabeza, pongo el altavoz y sigo haciendo cosas mientras oigo como respira. Es que hasta eso hace que mi corazón se acelere de tal manera que sienta el pulso bajo cada centímetro de la piel.

—¿Qué quieres? —repito.

—¿Buenos días? ¿No? —me pregunta en inglés—. Por lo menos.

—Vamos —espeto.

No dice nada, permanece en silencio, esperando a que diga algo más, pero no lo voy a hacer. Dejo el móvil en la sala, y entro en el cuartillo, para poder conectar la música y que suene por los altavoces que hay en toda la cafetería.

—¿Lu?

—¿Qué quieres? —murmuro—. O me lo dices ya o cuelgo.

Como se queda callado, decido colgarle, no quiero saber nada de él. No me gusta comportarme como una maleducada, pero este hombre acaba sacando lo peor de mí, y eso que cada vez se vuelve más adictivo. Suspiro, me recojo el pelo en una coleta, y sigo a lo mío.

Guardo las cosas en la salita, parece que Kellin vuelve a llamar, pero le ignoro por completo, como debería haber hecho cuando ha llamado la primera vez, aunque al no tener su número no he podido saber que era él hasta que me ha llamado Lu, como suele hacer últimamente. Me pone de los nervios que lo haga.

Ahora mismo necesito hablar con alguien que no sea él, quiero quejarme, sacar por mi boca todo tipo de improperios. «Cheap Thrills» de Sia, adoro esta canción, en realidad la gran mayoría de sus canciones me tienen loca, no puedo dejar de bailarlas, y esta no es menos. La música se hace con el control de todo mi cuerpo. Voy de un lado a otro de la sala, con un trapillo un poco húmedo para acabar de repasar las mesas para que no les quede ni una sola mota de polvo. Me deslizo hacia la cocina, enciendo el horno para que vaya calentándose mientras acabo de repasar la biblioteca. No puedo dejar de bailar, tras «Cheap Thrills» empieza a sonar «Pony» de Ginuwine, de la película *Magic Mike XXL*. Me parece tan terriblemente *sexy* que un hombre baile, y más que lo haga igual que Channing Tatum en la película. ¡Madre mía cómo está ese hombre!

Alguien entra a la cafetería, y es justo cuando doy una vuelta sobre mis talones, aunque acabo pisando una gota de agua que había caído al suelo y por poco me caigo de morros contra este. Unas fuertes manos me sujetan, no me atrevo siquiera a levantar la vista, se quién es, puedo oler ese varonil perfume tan característico, ese que solo él lleva. Mi corazón empieza a latir con fuerza, la música deja de sonar para mí, y lo hace para ambos.

—Te mueves muy bien, leona —sonríe contra mi oído, tras decírmelo.

Siento cómo por primera vez en la vida, mis mejillas se sonrojan igual que si fueran dos tomates Cherry, o mejor dicho, de esos grandes que son para hacer pan con tomate. Parpadeo varias veces, aún con la vista gacha. Este hombre me pone tan de los nervios, que no soy capaz ni de controlar mis manos, las cuales se van a su pecho, intentando apartarle. No sutre el efecto que quería, ya que consigue atraparme aún más contra su cuerpo. Su colonia me abruma, dejándome confusa y sin poder siquiera reaccionar.

—¿Qué quieres, Lund? —pregunto de mala gana, esta vez sí, mirándole.

—A ti, un ratito. —Sonríe de medio lado, lo que hace que todo mi vello se erice, es como si pudiera recorrer cada centímetro de mi piel tan solo con la mirada.

«Pony» deja de sonar, y ocupa su lugar «Earned it» de The Weeknd. Mira que la canción ya me parecía *sexy*, pero ahora mismo se ha vuelto abrasadora, y está haciendo estragos en mí, tantos como lo haría un huracán en una pequeña ciudad.

—A mí no vas a tenerme —digo en voz baja.

No puedo aguantarle la mirada, de verdad... No sé qué mierda hace conmigo, pero me intimida de tal manera... Sería capaz de hacer cualquier cosa, y ahora necesito alejarme, coger aire.

—Y tanto que sí. —Sonríe de nuevo—. ¿Qué te apuestas?

—Nada, contigo nada, ni nunca.

—Eso ya lo veremos. —Me guiña un ojo.

—No, no veremos nada —espeto.

Me separo de él, tanto y tan lejos como puedo. No quiero estar a su lado, no sé si sería capaz de volver a alejarme así de él.

—¿A dónde vas, leona? —pregunta, tomándome del brazo.

—¿A trabajar?

—Si no hay nadie —murmura mirando hacia todos lados.

—¿Y qué?

Resoplo, recolocándome la coleta y, metiéndome en el cuartillo, lo dejo solo. Espero que se vaya, porque como vuelva a acercármeme así se me van a escapar hasta las bragas, y eso solo con una mirada. ¡Ay, madre! ¿Quién me manda a mi fijarme en un tío como él? Me paso una mano por el rostro, me siento perdida, confusa e incluso desesperada. Ansiosa por saber más de él, mucho más.

Meto una bandeja de cruasanes al horno, para que se vayan haciendo, y así luego poder bañarlos con un poco de almíbar para que reluzcan como si fueran de oro. Sonrío, son los mejores del mundo mundial, nadie puede decir lo contrario. Suspiro, en realidad, me muero de ganas de que entre aquí, de que venga y me dé uno de esos besos de película que hacen que hasta te tiemblen las rodillas. Ojalá lo hiciera, pero ambos sabemos que es mejor que no. Bueno, en realidad dudo que a Kellin le importara mucho, tal vez ni siquiera tenga una señora consciencia que le diga lo que está bien y lo que está mal. Escucho cómo alguien se acerca a la cocina.

—¿Por qué no te marchas? —digo de mala manera.

—¿Ocurre algo? —escucho que dice Collins.

—Oh, vaya... Eres... eres tú.

—¿Quién iba a ser si no?

—Kellin.

—¿Ha estado Kellin aquí?

Parece sorprendido de que haya estado él antes de que llegara.

—Sí, es raro que no le hayas visto salir.

—Vaya...

Me giro para mirarle, ¡vaya joyita tiene Natalia! Se ha dejado el pelo un poco alborotado, se ha puesto las gafas y va vestido con un traje gris que le sienta como un guante.

—Vas guapo, Estiradillo.

—¿Gracias?

—Supongo. —Río—. ¿Café?

—Por favor —me pide.

Salgo con él a la sala, y mientras se sienta, yo enciendo la cafetera. Coloco una taza y su platillo sobre la barra de mármol y echo la leche en la jarrita metálica para luego poder calentarla.

—¿Nati ya se ha marchado?

—Sí, antes de que saliera yo de casa ya se había ido.

—Espero que vaya bien.

—Sí, yo también lo espero —murmura mirando el móvil—. Suerte que tenéis a Laura.

—La verdad es que sí, adoro a tu hermana —sonrío.

—Ya somos dos, sé que no está bien que yo lo diga, pero es una chica maravillosa con un corazón que no le cabe en el pecho.

Le miro, está muy orgulloso de ella, ojalá a mí me ocurriera igual. Por suerte, tengo a Natalia, daría una mano por afirmar sin equivocarme que ella también se siente igual de orgullosa de mí.

—Oye, Estiradillo —digo dándole al botón para que salga el café.

—Dime.

—¿Os venís al cine esta noche? Conmigo y con Marc.

Abre el calendario del móvil, hace una mueca, una que no me gusta nada.

—Pues...

—Vengaaaaa...

—Claro, es viernes.

—Perfecto. —Sonrío.

Le sirvo el café.

Mientras acabo de hablar con Collins, veo cómo entra una pareja. Él parece un buen chaval, tal vez algo *pagafantas*, pero ella... Ella es todo lo contrario, tiene una cara de arpía que no se la aguanta. Después de tanto tiempo en el Jubilee, Nati y yo hemos desarrollado la sensibilidad suficiente como para saber cómo es la gente tan solo con mirarla, por eso me parece raro que Nati sea tan reacia a estar cerca de Kellin. Me extraña, no creo que sea tan mal chico como dice. No sé... No quiero pensar en eso.

—Buenos días —les saludo con una amplia sonrisa.

—Buenos días. —Sonríe él—. ¿Qué vas a querer tomar, cielo?

La mujer ignora su pregunta y sigue mirando su teléfono como si él ni siquiera existiera, es una pasada. El pobre chaval, me mira, intentando sonreír.

—Un café solo doble.

—Si ya lo sabes no sé para qué coño preguntas.

Vaya..., madre mía... Y luego la borde y la que pega los bufidos soy yo. Al lado de esta soy algodón de azúcar, porque vamos... No veas el «zasca» que le ha pegado, y vaya mala leche tiene la amiga.

—Un café solo doble. —Apunto—. ¿Y para usted, señor?

—Por Dios... no me llames señor.

Dejo ir una ligera carcajada y sonrío, hasta que me doy cuenta de que la mujer me mira poniendo muy mala cara. Bueno, en realidad solo es la suya pero en versión asco.

—¿Qué? —le pregunto a ella.

—¿Puedes dejar de zorrear con mi chico? —espeta de mala manera.

—¿Disculpe? La miro, parpadeando varias veces, sin creerme lo que acaba de decir.

—Ya lo has oído, camarerucha.

—¿Ah, sí? Con que camarerucha... —murmuro—. Pues antes de que saque su culo de mi cafetería me gustaría decirle unas cuantas cosas. La primera, es que es usted una maleducada, no puede hablarle así a este hombre, a nadie, y menos a él que no le ha hecho nada. La segunda, si es una amargada no es culpa de nadie salvo suya, así que no haga que el resto de la gente se sienta mal. Y tercera y última, si sigue así va a quedarse más sola que la una, arpía, ¡que es una arpía! —Tras eso sonrío—. Y ahora, si me hace el favor de levantar su culo y largarse de mi establecimiento, se lo agradecería enormemente.

—¿Y si no qué?

—Que la sacaré por los pelos. —Sigo sonriendo falsamente.

El hombre me mira perplejo, no se esperaba que fuese a decirle algo así a esa arrogante, aunque la que no sabe cómo ha sido capaz de aguantar su comportamiento

ni un solo segundo soy yo. Suspiro, no me gusta tener clientes así y mucho menos me gusta echarles. Pero no voy a permitir que se me falte al respeto en mi propio local. La mujer se levanta ofendida, se pone unas gafas de sol, en plan peli y cuando pasa a mi lado, me da un golpe en el hombro.

—No vuelva a venir, todos se lo agradeceremos —le pido.

—¡Adrián! ¿A qué esperas? —le grita—. ¡Vamos!

—No.

—¿Cómo que no? —pregunta incrédula.

—Como que no, yo no me marchó, te han echado a ti.

—Me lo vas a pagar... Y tanto... Muy caro. Adrián, mucho.

—Señora, ya le ha dicho que se vaya —le dice Collins, quien no era más que un simple espectador y que ahora forma parte.

—Ya lo sé, ya lo he entendido.

—Largo —siseo.

La mujer sale del Jubilee indignadísima, lo que hace que no pueda evitar que una sonora carcajada se me escape y acabe riendo.

—Madre mía cómo está la gente...

Varios minutos después, dejo de hacerlo, intentando mantener la compostura.

—Entonces... ¿Qué quiere tomar, señor?

—Adrián mejor.

—¿Eing? —pregunto confusa.

—Adrián, mejor Adrián que señor. —Sonríe—. Ponme una tila doble, por favor.

—Oh, ¡vale! —Exclamo—. Andando una tila doble.

Varias horas después, Nati aparece por la puerta del Jubilee con una chica, más o menos igual de alta que ella, castaña con algunas mechas rubias. No sé por qué pero no tiene pinta de ser de aquí. Le miro con los ojos entrecerrados, sin que se dé cuenta. Natalia me dice mediante gestos que es ella la chica que seguramente nos ayude en la cafetería. Disimulo un poco, haciendo como que estoy trabajando un montón, aunque la verdad es que han llegado en un momento en el que está todo hecho.

—Lucy —me llama Natalia—. Ven un momento.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Hola! —Sonrío.

Dejo el trapo que tenía entre las manos, y el vaso en la pila. Salgo de detrás de la barra, simplemente para así poder saludarla como debo.

—Mira, te presento —dice Nat.

—Buenas —dice la chica dándome dos besos.

—Esta es Ángela.

Me fijo en ella, y no parece que le haga mucha gracia eso de conocerme.

—Encantada, Ángela, yo soy Lucía, la socia de Natalia.

—Ya me ha hablado de ti —murmura escuetamente.

Parece un poco tajante, la verdad... No me esperaba que fuese a contestarme así, y mucho menos siendo una de sus jefas. Alzo una ceja pero rápidamente la bajo, ya

que me lanza una mirada un poco rara.

—¿Cuándo te incorporas?

—Mañana mismo abriremos las dos.

—Vaya..., pero hoy vamos al cine —le digo a Natalia—. ¿No te ha dicho nada Collins?

—No, no me ha avisado.

—Bueno, da igual, en realidad no importa. —Río—. No creo que nos acostemos muy tarde tampoco. —Sonrío—. Solo es una peli y cena.

Ángela no me quita la vista de encima, lo que empieza a ponerme un poco nerviosa, parece estar estudiando cada movimiento o gesto que hago.

—¿Te quieres venir?

Intento ser agradable, aunque espero que diga que no. Sinceramente, no tengo ninguna gana de que una intrusa tan poco agradable entre así como así en nuestro círculo.

—No.

«Joder..., qué borde, ya podría ser un poco más amable la tía». Me doy la vuelta, cojo aire, y vuelvo a mi sitio al ver que una chica entra a la cafetería. Suerte que Ángela ha dicho que no, porque vamos, no es que sea la alegría de la huerta, como para estar aguantándola toda la noche.

—Bueno, Lucy, voy a enseñarle a Ángela la cafetería y ahora me pongo contigo.

—Perfecto —digo alargando la primera vocal.

Acabo de ponerme mi falda de tubo negra nueva de Stradivarius, ¡me encanta! Hay veces que me da vergüenza vestir así, pero no puedo resistirme, la acompaño con un jersey gris con cuello de pico que realza mis pechos, los cuales son..., bueno..., algo más pequeños de lo que deberían pero bien orgullosa que estoy de ellos. Son los más bonitos del mundo entero, y a quién no le guste que no los mire. Me pongo unos botines, para parecer algo más alta, no soporto el tener que mirar a Marc y a Collins como si fuera una enanita, cosa que no soy, pero oye... Esto de ser más bajita de lo normal es lo que tiene. Abro la máscara de pestañas, me doy un poco, y me pinto los labios de rojo, aunque se me hace raro ir maquillada, se va tan bien sin nada... ¡Taaaanto!

—¿Vamos, pequeña?

Marc va tan mono, se ha vestido con unos vaqueros y un jersey azul marino que se le ajusta ligeramente a todo su cuerpo, realzando su figura.

—Claro. —Sonrío.

Me apetece esto de ir al cine con mis amigos, bueno, mejor dicho, con mi hermana y su dios griego. Marc coge mi chaqueta, pero entonces le tiendo el bolso para que lo sujete mientras yo me la pongo, no quiero que me dé un aire y resfriarme. Vamos, solo nos faltaba eso en el Jubilee, que yo no pudiera estar ahí para ayudarlas. Lllaman al timbre, por lo que supongo que serán ellos, pero lo hacen desde la portería.

—Ahora bajamos —les contesta.

—Vamos, venga.

Al salir, me encuentro de frente con su mirada, con esos ojos chocolate que tanto me llaman la atención y que me atrapan. «¿Qué hace Kellin aquí?». Siento cómo mi corazón empieza a latir más deprisa. «Joder, joder, joder...», me digo interiormente. ¿A quién se le ha ocurrido la genial idea de invitarle a venir con nosotros? Supongo que a Collins, hay veces que debería tener el pico bien cerrado, no hace más que cagarla, pero bueno. Luego no puedo evitar fijarme en él y en cómo va vestido. «Míralo que sexy va, con esos pantalones negros rotos, esa camiseta blanca ajustada y la chaqueta de piel que le da ese toque de chulo empedernido que tanto te está gustando». Se saludan entre ellos, pero Kellin viene directo a mí.

Niego con la cabeza, pero antes de que pueda hacer nada, me toma por la cintura, aprovechando el descuido de Marc, quien se ha ido junto a la parejita. Me da un dulce beso en la mejilla, y sonrío al sentir cómo un escalofrío me recorre de pies a cabeza ante el tacto de su boca en mi piel.

—Buenas noches, leona —susurra contra mi oído.

Mierda.

No aparta la mirada de mí, Kellin tiene ese extraño poder de hacer que mis nervios nazcan y me causen estragos, a pesar de que ni siquiera está rozándome. Me agarro del brazo de Marc y sonrío, no sé por qué lo hago, pero algo en mí quiere llamar aún más su atención. Joder, no sé qué hace con mi cabeza, pero esos ojos chocolate provocan que todo mi vello se erice. Mi móvil vibra, por lo que tengo que soltar el brazo de Marc para poder responder como una persona normal. Saco el móvil del bolso, y cuando lo desbloqueo veo que el mensaje no es de otro que de Kellin.

Kellin:
Que tenga cuidadito Marc.

Lucía:
¿Por qué?

Kellin
Porque no puedo verle tan cerca de ti.

Lucía:
Bueno, no es cosa tuya.

Al darle a enviar no puedo evitar mirarle para ver qué cara pone, sus expresiones son de lo más graciosas. Teclea rápidamente.

Kellin:
Lo es cuando yo diga.
Sobre todo si vas vestida así.

Lucía:
¿Así cómo?

Pregunto poniéndole una cara de provocación.

Kellin:
Así de *sexy*, leona.
No me gusta verte así,
y pensar que no eres para mí.

Contesta añadiendo un emoticono donde me guiña un ojo.

Lucía:

Ni lo seré.

Kellin:
Te demostraré que sí.

Todo mi cuerpo se enciende después de ese mensaje. ¡Madre mía! ¿Es que este hombre no puede estarse callado y dejar de decir esas cosas? Kellin me mira alzando una ceja y sonrío de medio lado, lo que hace que me ponga aún más nerviosa, y lo que no es nerviosa, también.

Lucía:
Deja de mirarme así.

Kellin:
¿O sino qué?

¡Qué me desharé como un cubito de hielo se derretiría en medio del desierto! Eso pasará. Me apresuro a escribir:

Lucía:
Nada, no pasará nada, en absoluto.

Kellin:
Ya...

Añade un emoticono donde me guiña un ojo y me saca la lengua.

Sigue observándome, aunque le ignoro, provocando que una sonora carcajada se escape de su interior por lo que todos le observan extrañados, incluso Marc lo hace.

—¿De qué te ríes? —pregunta Collins curioso.

—No es nada —dice riendo en inglés—. He recordado una pequeña broma.

—Vale —le contesta en el mismo idioma.

Seguimos caminando en dirección al cine, el cual está a cinco minutos de nuestro piso, lo más seguro es que antes de nada vayamos a cenar a La Tagliatella. La verdad es que no sé muy bien por qué se ha venido Kellin a cenar con nosotros, somos cinco, impares y diferentes, parece que esté de aguantavelas. Le escribo un mensaje:

Lucía:
¿Qué haces tú aquí?

Tras eso guardo el móvil en el bolso y vuelvo a colgarme del brazo de Marc. Le sonrío y él me devuelve la sonrisa, abrazándome.

—Ya verás qué bien lo pasamos esta noche.

—Sí, seguro.

Uy, sí... Sobre todo estando Kellin revoloteando por aquí como un moscón. Me pone histérica tenerle tan cerca y a la vez tan lejos.

No ha apartado la mirada de mí, además de que se ha estado comportado como un fanfarrón, intentando impresionarnos, o mejor dicho, ha intentado llamar mi atención desesperadamente, o al menos esa ha sido la sensación que he tenido durante toda la cena.

—¿Qué película vamos a ver? —le pregunta Nati a Marc.

—Estuve hablando con John y Kellin... Hemos pensado en ver *Inferno*, la tercera de Tom Hanks interpretando una historia de Dan Brown. Sigue a *El código Da Vinci*, y a *Ángeles y Demonios*.

¿Cómo ha dicho? ¿Qué ha estado hablando con Kellin? ¿Cuándo y por qué? No debería de haber hablado con él, no tiene por qué hacerlo. Resoplo algo molesta.

—Suenan interesantes.

—Sí —afirmo.

Compran las entradas, una caja mediana de palomitas y yo me encargo de ir a por las chuches. El resto aprovecha para hacer otras cosas mientras yo las voy eligiendo, me encantan, cojo de todo tipo. Cuando voy a echar unos corazones su mano roza con la mía, mi corazón se acelera y su perfume droga mis sentidos, apaciguando el nerviosismo que provoca en mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Cojo aire, intentando parecer indiferente a su presencia, aunque no estoy muy segura de conseguirlo.

—He venido a ayudarte.

—Oh, qué bien. —Murmuro más falsa que una moneda de tres euros.

Sonrío sin mirarle, sé que si mis ojos se cruzan con los suyos toda esta pantomima se irá a la mierda, igual que mi decencia y mis bragas, que lo más seguro es que acabaran haciéndole una reverencia como si fuera un rey. Vuelvo a coger aire. «Tranquila, Lucía, venga que yo puedo», me autoanimo. Cojo algunas sandías, moras y un delfín enorme, y algo más. Kellin me coge la bolsa y pone un par de fresas.

—Buena elección. —Sonrío.

—Gracias. —No puedo evitar reírme de ese acento que tiene de galés.

—Uy, ¿tú dando las gracias? —pregunto haciéndome la sorprendida—. ¡Se va a acabar el mundo!

—No siempre puedo ser malo, leona —murmura acercándose a mi oreja.

—No creo que lo seas siempre.

Aparta levemente el cabello que caía por mi cuello y oreja, se acerca aún más hasta que su boca roza mi piel, la de mi cuello. Me da un fugaz beso y deja ir un sensual «mmmm» que provoca que mi sexo arda en deseos de tenerle para sí solo. Mi vello se eriza solo de pensarlo, ¡uf! ¿Por qué tiene que ser un hombre tan prohibidísimo para mí? ¡Agh! Suspiro, le miro, no puedo evitar hacerlo, aun sabiendo que soy débil cuando esa mirada se adueña de la mía. Me toma por la cintura,

pegándome a él, haciendo que mi corazón se desboque. Me besa ansioso, igual que lo hago yo. Necesito sentirle, no sé qué hace conmigo pero es como si fuera un jodido imán al que no puedo evitar quedarme enganchada, necesito acercarme a él, tenerle a mi lado. Le devuelvo el beso, el cual me sabe a gloria. Cuando se separa de mí, coge una chuche en forma de corazón, y se la lleva a la boca para volver a besarme. Sabe tan bien, tan dulce y delicioso que me relamo los labios.

—Eres deliciosa, leona.

Escucho cómo alguien se aproxima a nosotros, por lo que rápidamente me separo de él, para que no nos vean juntos. Disimulo, hago que sigo cogiendo golosinas. Marc aparece tras el muro que separa la zona de la compra de entradas con esta.

—Hola, pequeña. —Sonríe.

Kellin le hace la burla por detrás, por lo que no puedo evitar esbozar una sonrisa, aunque segundos después me siento mala persona. Viene a donde me encuentro y me da un dulce y casto beso.

—Sabes a melocotón.

—Sí.

¡Madre mía del amor hermoso! Y pensar que se acaba de llevar las babas de Kellin. Básicamente por eso sé a melocotón.

—¿Vamos? —pregunta.

—Sí, claro. —Sonrío como puedo—. Pero antes voy a ir al baño, si no os importa.

—No, claro que no —contesta con dulzura—. Natalia aún está en el baño.

—Perfecto.

Ahora sí que estoy algo más tranquila, no me fío ni un solo pelo de lo que podría hacer Kellin si hubiese tenido que marcharme sola al baño.

—Bueno, voy a por Natalia y eso.

Marc asiente enérgico, Collins se une a ellos y, antes de marcharme, le lanzo una última mirada a Kellin. Sus ojos están enrojecidos, parecen distintos, hay rabia en ellos. Cuando estoy a punto de empezar a bajar las escaleras veo cómo Nati aparece a los pies de estas, mirando al suelo, hasta que me ve.

—¿A dónde vas?

—A dar un paseo, ¿tú qué crees?

—Perdona, chica, no veas como estamos —murmura algo molesta—. A ti te pasa algo.

—No, no me pasa nada, solo estoy cansada.

—Bueno..., no sé yo.

—Que sí.

—Bueno, pues si solo es eso...

—Que sí, que solo es eso —le aseguro, aunque ella sabe tan bien como yo que algo pasa—. Voy al baño.

Al salir me limpio las manos, me atuso el pelo y me recoloco todo para que no se me escape nada de nada. Sonrío a la Lucía del espejo, pero segundos después una mueca ocupa el lugar de la sonrisa. La puerta se abre y como por arte de magia, él aparece.

—¿Qué hac... Haces a... qué? —pregunto tartamudeando.

—Oh, cállate.

Viene a por mí como lo haría un león con una gacela, preparado para atacar. Me toma por la cintura y me sube al mármol, en el hueco que hay entre los lavabos. Sujeta mis piernas haciendo que le rodeen la cintura. No deja de besarme, coloca sus manos en mis mejillas y me aguanta ahí, para que no me mueva salvo para que pueda besar con la mayor facilidad, hasta que deja de hacerlo. Pasea su lengua sobre mis labios encendiéndome aún más, haciendo que mi sexo se humedezca sobremanera, clamando su atención. Joder, ¿cómo puede tener este poder en mí si ni siquiera le conozco? Solo sé de él que tiene unos ojos que me vuelven loca. Su lengua vuelve a rozar mis labios, un impulso eléctrico me recorre por completo y azota mi sexo, sabe lo que hace y lo que provoca en mí, aunque no sé cómo lo hace.

—Quiero devorarte entera.

Antes de que pueda decirle nada vuelve a besarme, tira de mí un poco, lo suficiente como para que pueda notar como su miembro se ha endurecido como una piedra y está preparado para darme todo ese placer que tanto ansío.

—Joder..., si es que no puedo evitarlo, mira lo que me haces.

—Yo... —balbuceo como una tonta.

Cuela una de sus manos bajo mi falda a la vez que me acaricia con rudeza, pero sin hacerme daño. Es el ansia quien lo mueve y no le deja pensar con claridad, aunque lo más seguro es que si lo hiciera tampoco cambiaría, seguiría haciendo lo mismo. Me muerdo el labio inferior al sentir cómo su boca se despegaba de la mía. Me mira y en sus ojos puedo ver los de un depredador, los de un león, rudo y poderoso. Sonríe de medio lado, deshaciéndome. En realidad sería capaz de deshacer todo el hielo del polo norte con esa maldita sonrisa que tanto me gusta y no puedo hacer nada por evitarlo.

—Joder, Lucía.

Ni siquiera sé qué decirle, en mi cabeza no hay nada, en absoluto, salvo el deseo que siento por él y las ganas que tengo de hacer todas las barbaridades, posibles e imposibles.

—Kellin...

—Dime, nena —dice fijando sus ojos en los míos.

—Que no, no puede ser... —arrojo un poco de cordura a la situación.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Joder, Lucía, mira cómo me tienes.

Coge mi mano con un movimiento rápido y estando seguro de sí mismo, la coloca sobre su abultado paquete. Su miembro es ahora el que clama mi atención, pidiéndome que alivie eso que lo mantiene enorme. ¡Joder! ¿Y eso lo he provocado yo? Abro los ojos como si fueran dos platos. Madre mía...

—Joder, joder, joder. —Me paso una mano por el pelo y por la cara.

—Eso digo yo.

—Kellin, lo siento.

Me bajo del mármol, y le doy un beso en la mejilla. Antes de que pueda abrir la puerta, pone una de sus manos en ella, para que no pueda hacerlo. Pega su pecho a mi espalda, me aparta el pelo del hombro y me besa con delicadeza, dándome algún que otro mordisco. Eriza todo mi vello, lo alza como si una pequeña descarga recorriera toda mi piel, volviéndolo loco.

—Lu —susurra contra mi oído.

Pega su cintura a la mía, me agarra, pasea sus manos por mi vientre con cariño, y va bajándolas hasta que rozan la cinturilla de la falda. Cuela una de estas entre la tela y mis medias, haciendo que un suspiro se escape de mi interior.

—Por Dios, Lu... —Lentamente se deshace de la tela que le interrumpía, la de las braguitas.

No me muevo, no quiero hacerlo pero tampoco seguirle el juego y ser yo quien le incite a hacer todo esto.

—Oh, dios —gruñe al meter uno de sus dedos en mi interior.

Vuelve a gruñir pegado a mi oído, haciendo que un escalofrío me recorra por completo, ¡ay, madre! Buf, joder, quiero sentirle, necesito locamente que me haga perder la cabeza. Bajo la vista levemente, y veo cómo mis piernas están completamente abiertas, recibiendo sus suaves caricias. Mi cuerpo arde bajo el suyo, y tengo ganas de verlo en mi cama, postrado ante mí, mirándome con esos ojos de león que tiene.

Unos pasos se escuchan al principio del pasillo, lo que empieza a inquietarme, me pongo nerviosa.

—Se está acercando alguien —susurro, sin apenas fuerzas.

Kellin se separa rápidamente de mí, pero no sin antes darme un beso en el cuello que se graba en mí a fuego. Se esconde en uno de los baños. Vuelvo a recolocarme todo, y me atuso de nuevo el cabello.

—¿Lucy? —pregunta Natalia abriendo la puerta.

—Voy. —Intento alargar la vocal, para así parecer algo más tranquila.

Siento cómo unas terribles ganas de vomitar se hacen conmigo, lo que me faltaba... Buff... No quiero ir al cine, solo quiero irme a casa y descansar, dormir tranquilamente, dejar de pensar en Kellin y deshacerme de este sofocón que se ha hecho con el control de todo mi cuerpo.

—¿Estás bien?

—No —contestando en voz baja.

Cuando abre la puerta intento salir lo más rápido posible para que así Kellin pueda marcharse cuando hayamos avanzado algo más en el pasillo. Nati me mira preocupada, haciendo una mueca.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que no me ha sentado bien la cena, tengo..., tengo ganas de vomitar.

—Buff... —murmura—. ¿Quieres que nos vayamos a casa? Si quieres te acompaño, dejamos a estos en el cine, y nos marchamos.

—No, no hace falta, puedo irme sola. No estamos ni a cinco minutos, además, tenías ganas de ver la película.

Me dice que no con la cabeza, puedo ver cómo empieza a ponerse nerviosa. Pero más que yo no lo está, en realidad, todo este dolor y ganas de vomitar viene de eso, de los nervios.

—No puedes irte sola.

—Claro que puedo.

Seguimos caminando por el pasillo, y sin que se me note, o eso espero, miro de reojo hacia atrás. Veo que Kellin sale de nuestro baño y se mete en el de chicos, pero segundos después sale de nuevo.

—No puedes.

—¿No puede el qué?

—No es asunto tuyo, Lund —contesta Natalia tajante.

Se da la vuelta para mirarle con esa mala cara que solo ella tiene de *nometoquesloquenodebes*, pero a Kellin parece importarle bastante poco, ya que nos persigue.

—¿Y por qué no debería ser asunto mío?

—Porque ella no es asunto tuyo.

—Eso crees tú.

—No lo es —sisea Nat.

Parpadeo rápidamente, tengo que alejarme de él como sea, ya no solo por mí, sino por Nat que acabará dándole un ataque como le diga que hay algo entre nosotros. Por qué... ¿realmente hay algo entre nosotros? Tal vez lo haya, pero sea tan inexistente como lo que hay con Marc.

—Nati, yo..., mejor me marchó, quedaos vosotros viendo la peli, no pasa nada, además, tampoco tenía muchas ganas de verla.

—Es que me sabe mal que te marches sola.

—No pasa nada, de verdad. —Sonrío a duras penas.

Cuando salimos a donde se encuentran el resto, Marc hace una mueca, temiéndose lo peor, que algo me ocurra. Se abraza a mí, y me da un beso en la coronilla. Kellin se coloca junto a Collins y Natalia.

—¿Qué te ocurre?

—No me encuentro bien, creo que voy a marcharme a casa. —Una triste sonrisa se esboza en mis labios.

—Me iré contigo —anuncia.

—No, hombre, no.

Hace una mueca, no quiere que me vaya sola a casa, pero la verdad es que lo que necesito es precisamente eso, estar tranquila y sola. Darme una ducha, o un baño y meterme en la cama para poder descansar esta mente que está haciendo que parezca una loca bipolar.

—¿Cómo que no?

—No, quédate, tenías muchas ganas de venir al cine y de ver esta película. —
Sonrío—. De verdad, no pasa nada.

—Pero, cielo...

—Nada, no pasa nada —repito.

Le doy un golpecito en el brazo e intento convencerle poniendo buena cara.

—Tan solo me ha sentado mal la cena.

Mi móvil no deja de sonar, miro a Kellin, quien no deja de mirar el suyo. Estoy ¡totalmente!, segura de que es él quien no deja de escribirme. Suspiro.

—Bueno, si no te parece mal...

—No, claro que no.

—Cualquier cosa solo tienes que avisarme, cielo —dice en voz baja.

—Lo sé, tranquilo, solo necesito una ducha, una manzanilla e irme a dormir.

Me besa en la frente y luego vuelve a hacerlo en la coronilla, a la vez que me abraza y me acaricia el brazo haciendo leves movimientos. Cuando voy a darle un beso en la mejilla, se gira un poco haciendo que nuestros labios se unan en un dulce y fugaz beso.

—Nos vemos luego, nena.

—Sí...

8

Al llegar a casa me dejo caer en el sofá. No debería haber salido, porque entre una cosa y otra he vuelto más saturada de lo que ya estaba. Era una noche para desconectar y evadirme de él. Pero al final ha terminado siendo una noche de mierda, no sé qué ha sido peor si el encuentro con Kellin o el tener que simular que estaba bien a pesar de que no era así y hacerle creer a Marc que, realmente no me pasaba nada salvo el malestar que sí que sentía. Saco el móvil del bolso, el cual no ha dejado de sonar desde que he salido de allí.

Kellin:

¿A qué cojones ha venido eso?

Dios. No soporto que te bese, que te acaricie...

No sé por qué, pero no me puedo aguantar.

No puedo callarme, es superior a mí.

Suspiro, perdida en mis pensamientos. ¿Qué demonios le pasa a Kellin? No le entiendo, hay veces que se comporta como un completo capullo y luego otras en las que dice no ser capaz ni siquiera de verme cerca de Marc. Es peor que una mujer.

Kellin:

Joder, Lu... No sé qué haces conmigo.

Lucía:

¿Celoso o tal vez obsesionado?

Kellin:

Sí

Admite segundos después, ignorando la segunda parte del mensaje.

Lucía:

¿Por qué?

Kellin:

Déjame enseñarte porqué.

Mi corazón se acelera, y las ganas que tenía de sentirle en mi interior aumentan sin control. Si es que este hombre hace que todo lo imposible parezca alcanzable. Le escribo tras pensarlo bien.

Lucía:
Kellin, yo no puedo ser para ti.

Tras enviarle eso dejo el móvil junto al baño, en el pequeño sifonier que hay entre la puerta del lavabo y de mi habitación. Vuelve a sonar, pero esta vez ignoro que lo ha hecho, Ahora mismo me siento algo mal, hay un vacío en mi interior que no me gusta. Algo que tampoco me gusta es no poder contarle nada a Nati, ella sabría qué hacer. Enciendo el portátil, en busca de algo de cordura o algo que me distraiga. Empiezo a llenar la bañera y meto una taza de agua en el microondas, un té rojo me sentará mejor que nada. Alguien me llama, el móvil suena, cuando me aproximo a él veo que es Kellin quien vuelve a reclamarme.

—¿Qué quieres, Lund? —pregunto intentando parecer tajante.

—A ti, no voy a renunciar así como así, y mucho menos rendirme.

—Sabes tan bien como yo que esto no puede ser —digo en voz baja—. Marc...

—¿Qué pasa con ese?

—¿Que estamos viviendo juntos? No voy a dejar por tu encochamiento que todo se vaya al traste.

—Me sacas de quicio.

—Y tú a mí.

Entonces caigo en la cuenta de que Kellin debería de estar en el cine y no hablando conmigo. ¿Qué hace fuera de la sala?

—¿Tú no estabas en el cine?

—No puedo estar en el cine y pensando en ti.

¿Cómo que pensando en mí? Siento una terrible curiosidad por saber qué es lo que ronda su mente. No sé si realmente sería bueno preguntarle, pero aun así lo hago, no puedo evitarlo.

—¿Y en qué piensas?

—En las ganas que tengo de tenerte contra la pared y escuchándote gemir.

¡Oh, por todos los dioses! Me muero de ganas de tenerle conmigo, entre mis piernas, respirando agitadamente por todo lo que parece que provoco en él.

—¿Dónde te has metido, Lucía? —le pregunto a mi yo del espejo.

Pongo algo de música, coloco el portátil sobre la tapa del lavabo, junto a la bañera, me deshago de la ropa y me meto en el agua caliente, dejándolo todo ahí tirado. Dani Martín me acompaña con su «Las Ganas», su nuevo single. Pienso en lo que dice la canción.

*¿Y a dónde irán las ganas de querernos más?
Se las llevaron nuestras ganas de querer volar.*

Ojalá se fueran pero bien lejos, y así no volvieran, o acabará haciéndome perder la cabeza. Laura me llama por Skype, debe de haberme visto en línea, así que acepto y subo un poco la cámara para que no se me vea nada salvo la cabeza.

—Hombre, la señorita Collins.

Veo cómo sonrías, es un alivio tener a alguien con quién poder hablar de según qué cosas, sobre todo, teniendo a Natalia tan en contra de lo que pasa con Kellin, y eso que no sabe más que el principio.

—¿Cómo vas, Lucy? —pregunta pronunciando mi nombre con su perfecto inglés.

—Hasta el moño de todo —digo en voz baja.

—Uy, uy... —espeta—. A ver, ¿qué es lo que te pasa?

—¿Te soy sincera?

Asiente a la vez que se sube las gafas y se recoloca el moño de cabello rubio que ya consigue hacerse y que casi se le deshace al mover la cabeza.

—Hay algo en Kellin...

—¿En Kellin? ¿Qué Kellin? ¿Lund?

—Sí.

—¿Tú estás loca? —exclama.

—Pues lo más seguro es que sí.

—¿Loca?

—Sí, claro que loca, es imposible no estarlo y sentir algo por ese gañán.

—Natalia no sabe nada, supongo.

—No, no le he dicho nada...

—Normal, Kellin no es para ti, ni para ti ni para nadie —me explica—. Ese hombre no es un buen partido, te lo aseguro.

—Yo...

—¿Tú qué? —murmura.

—Pues que no creo que sea tan malo, no le veo así.

Es cierto que no le veo así, pero si Laura también me dice que Kellin no es una buena compañía por algo será. No creo que se hayan compinchado las dos para que me aleje de este hombre.

—Lucy, no te fíes de él, no lo hagas —me pide—, tienes a un hombre buenísimo a tu lado y parece que no te des cuenta de ello.

—Claro que me doy cuenta, pero estoy más que segura de que Marc no está hecho para mí, ahora mismo no.

—Como diría Naty, tú lo que necesitas es un buen polvo que te quite las tonterías.

—Y eso quiero.

—Pero no de Marc, ¿verdad?

—No.

Me sumerjo en el agua pensando en él, «Ay, dios... ¿Qué se supone que debo hacer ahora?». Estoy más perdida que un caní1 en una biblioteca, y ahora ya no sé cómo salir de este embrollo.

—No sé qué hacer, Laura.

—Aléjate, es lo mejor que podrías hacer.

—Pero es que mi corazón me pide que haga justamente lo contrario.

—Ya me lo imagino, pero haz lo que te pido, me lo agradecerás.

—No sé qué hacer, en serio —suspiro—. Bueno, nena, voy a darme un baño, a ver si me aclaro un poco, porque ni siquiera sé qué voy a hacer con mi vida.

—Relájate y ya me contarás qué ha pasado al final.

—Sí, yo ya te cuento.

Tras eso, termino la llamada y vuelvo a sumergirme bajo el agua con los ojos cerrados, dejando que el calor calme mi cuerpo y mi mente. La música se reinicia cuando se cierra el Skype, y ahora quien me acompaña es Ed Sheeran, quien se hace con el control del silencio que había en toda la estancia y lo rompe con su «Give me love».

Escucho cómo alguien llama al timbre poco después, el de la puerta principal, lo que en cierto modo llega a asustarme. No espero a nadie y tampoco creo que nuestra nueva vecina, Concha, venga a saludar, ni a pedirnos absolutamente nada.

—¡Voy! —grito.

¿Quién será?

Me envuelvo en la toalla grande y me seco un poco el pelo con la otra, lo suficiente como para que no me gotee y así no guarrear todo el suelo. El cual está helado. Entro en mi habitación y cojo unos calcetines, de esos que llegan por las pantorrillas.

—Ya voy —repito, dejando caer la toalla.

Será mejor que me ponga algo más que una simple toalla, no quiero que al que esté tras la puerta le dé un ataque al corazón. Me pongo un jersey que me cubre casi hasta donde me llegan los calcetines, me seco algo más el pelo y me hago un moño. Corro hacia la puerta, nerviosa. Cojo un *spray* para el pelo y lo coloco a mi espalda, no me fío de quien haya al otro lado. Me asomo a la mirilla y cuando veo quién es casi me da un infarto, incluso el bote que sujeto se me cae al suelo. Mi corazón se acelera de repente, las manos me sudan y las piernas me tiemblan. Abro poco a poco, está apoyado contra la pared, tan *sexy* que sería capaz de embarazar a cualquiera con tan solo una mirada, bueno, o eso o se te bajan las bragas solas y se van corriendo, pero como no llevo, solo se me puede caer la baba. Carraspeo, empujando mi voz a salir a la luz, alta y clara.

—¿Qué haces aquí?

—Lo que mi corazón me dicta.

Sin esperar un solo segundo, me toma por la cintura y hace que retroceda. Cierra la puerta dándole un golpe con el pie. Me besa frenético, devorándose como nunca nadie lo había hecho antes. Mi sexo arde, y se humedece al instante. Siento un fuerte cosquilleo en la parte baja de mi vientre, y es algo que nunca antes me había ocurrido. Sus besos cada vez se tornan más desenfrenados y dejan de tener el poco control que aún conservaban. Me agarra con fuerza, y me sienta en uno de los taburetes que hay tras la barra americana. Fija sus ojos en los míos, siento cómo mis mejillas se enrojecen, mi cuerpo arde a causa del deseo que ahora siento por él, bueno..., en realidad lo sentí desde el primer día en el que le vi aparecer por la puerta del Jubilee. Puedo ver cómo me desnuda con la mirada, aunque poca cosa llevo que pueda quitarme. Acaricia mis piernas, empezando por los tobillos y subiendo hasta mis rodillas, por encima de los calcetines, hasta que llega a mis muslos y poco después se da cuenta de que no llevo braguitas. Sorprendido me mira, y esboza una sonrisa gatuna que eriza todo mi vello y aviva la llama de mi deseo. ¡Joder! ¿Por qué esto no puede pasarme con Marc? Suspiro cuando su boca se posa al límite entre mi piel y la tela de los calcetines. ¡Vaya sofoco tengo! ¡Si es que le haría de todo! Paseo mis manos por su pecho, le quito la chaqueta de piel y la dejo caer al suelo. Si por mi fuera se lo quitaba todo. Paso las manos por sus musculados brazos y de nuevo por su pecho, y dioses... ¡Qué pecho tiene! Fuerte y tonificado, no muy definido, pero lo suficiente como para que se le marque y me ponga prácticamente a babear a la vez

que le digo que haga conmigo lo que le dé la gana mientras me deje disfrutar de él. Niega con la cabeza y sonrío de medio lado, volviéndome loca.

—Joder, si es que me encantas —digo en voz baja.

—Pues anda que tú a mí... —Me vuelve a besar mordiéndome el labio inferior—. Me vuelves loco, leona, no sé por qué.

—¿Cómo que no sabes por qué?

Lo aparto de mí y le miro de arriba abajo con una ceja arqueada y con cara de: «¿Perdona?». ¿En serio ha dicho lo que creo que acaba de decir?

—Porque me pones, siento una terrible necesidad de tenerte conmigo... Pero aún no entiendo por qué.

¿Podría ser peor? Encima le ocurre lo mismo que a mí. Quiero sentirle cerca, pero a la vez lejos, esa necesidad de que me quiera a su lado.

—Kellin, sabes que esto no debería ocurrir.

—Pero a mí eso no me importa, ahora solo lo haces tú.

—¿Importarte?

—Sí, Lu..., ahora mismo solo te necesito a ti.

Vuelve a besarme, acariciándome los muslos con dulzura y delicadeza. Es por esto por lo que no veo a ese Kellin tan malo del que me han hablado Natalia y Laura. Es tan adorable que se me hace imposible reconocerle en él.

Suspiro, le aparto un poco y me bajo del taburete. Voy hacia la entrada y cierro con llave, además de dejarla puesta, para que así no puedan abrir desde fuera. Cojo su mano al pasar por su lado, y tiro de él hasta que queda frente al sofá. Le doy un leve empujón hasta que cae sobre este, sonrío de medio lado como lo hace él, dejando ir una carcajada que me encanta. Me siento encima de él, le doy un fugaz beso y sigo sonriendo, hasta que veo cómo me mira y las terribles, o buenísimas, intenciones que tiene, entonces le temo.

Estamos a punto de atravesar la línea del no retorno, una vez la crucemos ya no podremos hacer nada por combatirlo. Me besa poco a poco y con delicadeza, como nunca antes lo había hecho. Es por esas cosas por las que me parece tan distinto a lo que dicen, lo que realmente me frustra y hace que no pueda dejar de darle vueltas. «¡No es momento de pensar!», me digo a mí misma.

Vuelvo a centrarme en Kellin y en esos ojos marrones que no dejan de observarme. Esboza una sonrisa socarrona, la cual termina por derretirme. Me sujeta por la cintura, para que no pueda escaparme de él, aunque jamás lo haría. Dioses... Este hombre sería capaz de llevarme al orgasmo solo con una mirada y el roce de su piel con la mía. Acaricia mis piernas con mimo, incluso acaba colando algún dedo entre el calcetín y mi piel.

—Puedes quitarlos si quieres —digo en voz baja, mirándolos.

—No, no quiero, me gustan así. —Pasea sus dedos por la gomilla de estos—. Te quedan demasiado bien.

—Gracias. —Sonrío vergonzosa, sintiendo cómo mis mejillas se encienden.

No entiendo a qué viene esto de que me sonrío cada vez que me dice una chorrada así, nunca antes me había ocurrido, ¿y viene él y lo consigue?

—¿Por qué me resultas tan terriblemente *sexy*?

Alzo los hombros. No tengo ni idea, pero la verdad es que me alegro de ello, al menos es recíproco.

—Oh, calla ya —le digo sacándole la lengua.

Se acerca a mí, lo suficiente como para que su lengua pasee por mis labios, provocando que un pequeño chispazo de placer recorra todo mi cuerpo, haciendo que mi sexo se humedezca de tal manera que sería capaz de entrar en mí sin hacer ningún esfuerzo. Acaricia el interior de mis muslos, provocándome suaves cosquillas.

—Tengo ganas de esto. —Pasa una de sus manos sobre mi sexo.

Su expresión cambia, y la sorpresa toma su rostro, mientras no puedo evitar mordirme la punta del dedo índice, seductora. Se relame y cuele uno de sus dedos en mí, haciendo que me estremezca. Cierro los ojos, perdida en el placer que me produce, y en el deseo que siento por él, el cual crece a pasos agigantados como si no hubiera un mañana. Mi respiración se vuelve algo agitada, no puedo hacer nada por remediarlo, pero sí porque aumenta al igual que la suya, y así se acompaña con la mía. Acaricio su abultado paquete, si por mí fuera acabaría quitándole toda esa tela que me estorba en menos de un minuto. Mientras le acaricio deja ir un «mmmm...» que suena demasiado *sexy* como para pasarlo por alto.

—Estás tan húmeda... —me gruñe al oído, haciendo que toda yo me revolucione.

Me muevo sobre él, rozándome contra su duro miembro el cual me ruega que le dé algo de atención y mimo. Vuelve a gruñir, esta vez sin decir nada. Sus ojos irradian pasión, deseo y lujuria, pero hay algo más en ellos, dulzura y compasión. Aprieta la mandíbula cuando le agarro del cinturón, empiezo a desabrocharlo y desabotono el pantalón, bajándole también la cremallera.

—¿Qué buscas? —pregunta juguetón.

—Solo estoy repasando que todas las costuras estén bien cosidas.

Deja ir una carcajada, ríe y vuelve a besarme, pero esta vez es fugaz.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantas? —pregunta.

Le miro incrédula, sin entender bien a qué se refiere, ni por qué lo ha dicho.

—No, ehm..., no, no me lo habías dicho.

Hago una mueca, hasta que me pongo en pie y le miro desde las alturas. Me pongo de rodillas encima de la alfombra, y vuelvo a mirarle, relamiéndome los labios como una auténtica felina. Con un movimiento de cabeza le pido que alce las caderas y voy bajándole los pantalones, dejando a la vista unos calzoncillos rojos, azules y negros del Jack&Jones. Me echa hacia atrás, con cuidado de que no me caiga. Se desata las botas, se las saca y entonces se pone en pie, sonriente. Me muerdo el labio inferior sin dejar de mirarle. Se da la vuelta para dejar los tejanos en el reposabrazos. ¡Vaya culazo tiene! Es para agarrarlo con ambas manos y estrujarlo con ganas. Le doy una palmada, disfrutando de él y de las vistas, hasta que se da la vuelta. Sonrío,

le doy un golpecito en el hombro hasta que cae de nuevo al sofá. Me siento sobre él a horcajadas, le beso con ansia, con toda aquella que siento teniéndole tan sumamente cerca. ¡Uf! Necesito tanto sentirle en mi interior que creo que me derretiré cuando le tenga. Vuelve a acariciarme, jugueteando con mi abultado clítoris. Sube una de sus manos por mi vientre hasta que llega a mis pechos, los acaricia con mimo, endureciendo mis pezones. Deja de acariciarme para quitarme lo poco que me cubre y lo deja a un lado del sofá.

—Parece que estabas esperándome. —Sonríe gatuno.

Si hubiera sabido que iba a venir me habría dado una ducha rápida para embadurnarme en crema de vainilla. Suspiro. Paso mis brazos tras su cuello, y no dejo de besarle, restregándome contra su duro paquete, hasta que deja ir otro sonido similar al anterior contra mi oído, haciendo que todo mi vello se erice.

—No puedo aguantar así, no más... —admite pareciendo débil—. Tengo tantas ganas de estar dentro de ti, leona... Lo necesito.

—Hazlo —le ordeno.

Le bajo los calzoncillos poco a poco, hasta que su poderosa y grande erección se abre paso tras la tela. Joder... Si es que este hombre lo tiene todo hermoso, y considerable, esas manos y ese... ejem... Siento cómo mis mejillas se encienden tras pensar en ello. La observo expectante y deseosa, la acaricio de arriba abajo, lamiéndome los labios. ¡Ains, por todos los dioses! Le quito la camiseta, dejando su fuerte pecho al descubierto, le beso el cuello a la vez que me froto contra su miembro una y otra vez, provocándome mi propia humedad, aunque realmente no necesito mucho más, por no decir que no necesito nada. Sigo así un rato más, sin dejar de besarle en ningún momento y es que sus besos me saben a gloria.

Me detiene, sujetándome con fuerza, hasta que lleva una de sus manos a la base de su miembro y lo guía hacia mi entrada, llenándome por completo, provocando que tanto a mí como a él se nos escape un profundo gemido que rompe el silencio que había en el salón.

—Joder, Lucía —gruñe perdido en el deseo—. No sabes las ganas que tenía de estar así.

Me besa con una dulzura extraña, pero poco después aparece el león, volviendo al ataque, más feroz que nunca. No dejo de moverme sobre él, ansiosa por conseguir mi premio, o eso pienso, hasta que me percató de que mis movimientos se acompañan a los gemidos y gruñidos que deja ir de vez en cuando, es absolutamente delicioso. Se mueve sin control, agarrándome con fuerza para que esté estática, lo que aprovecho para besuquear su cuello a la vez que lo muerdo de vez en cuando, provocando que algún gemido se escape de él.

—No te escapes de mí..., no lo hagas nunca —me ruega.

Me enternece escucharle decir eso, no sé por qué, pero lo consigue. Joder, me siento tan confusa que no sé ni siquiera qué decirle, por lo que me limito a besar esos enrojecidos labios que se entreabren para poder respirar mejor. Se pone en pie,

sujetándome con fuerza para que no me caiga, se deshace de los calzoncillos dejándolos tirados y, sin salir de mi interior, va hacia la habitación como si fuera su casa. Me deja sobre la cama.

—Tumbate boca abajo —me ordena con un tono algo neutro y frío.

Le miro extrañada, tal vez haya sido solo percepción mía. Se coloca tras mi espalda, me besa el hombro con dulzura y poco después vuelve a entrar en mí, ensanchándose. Respiro entrecortadamente, sintiendo cómo poco a poco va haciéndose hueco. No deja de moverse aumentando el ritmo a medida que van pasando los minutos, haciendo que una sensación de dolor y placer se entremezclen formando una auténtica bomba de relojería que hace que quiera más. Me da la sensación de que va a partirme en dos, o incluso va a hacer que estalle en mil pedazos.

Los gimoteos de placer vuelven a repetirse, varias veces, hasta que deja de moverse. Siento cómo mi corazón se está volviendo loco, palpita rápidamente como si quisiera desaparecer de aquí.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—Que vas a acabar matándome.

Me doy la vuelta y le miro fijamente a los ojos, relamiéndome.

—Yo no hago nada.

Muevo mis caderas, haciendo que no deje de entrar y salir de mí, provocando algunos escalofríos en él, lo que me llena de orgullo.

—Me encanta cómo te mueves, leona.

Sonrío para mis adentros, si es que no puedo evitar estar orgullosa al escucharle. Adoro saber que está disfrutando de ello, y le gusta lo que le estoy haciendo. Me doy la vuelta del todo, para poder verle la cara. Su expresión es de puro placer, me encanta, me parece irresistible verle así. Me arrodillo frente a él, acaricio su miembro, con delicadeza, paso la lengua por mis labios, y luego a lo largo de su pene. Un gemido se escapa de su interior, entonces me lo meto en la boca tanto como puedo. Jugueteo con mi lengua alrededor de este, provocando que todo su cuerpo se contraiga. Cada vez que subo y subo la boca con su miembro dentro deja ir un profundo gemido que me guía y me dice cómo debo seguir. Al movimiento de mi boca lo empieza a acompañar el de mi mano, arriba y abajo, lo que hace que cada vez sus gemidos sean más profundos. Me enciendo al igual que lo hace él, mi sexo arde, deseo volver a tenerle dentro. Siento una terrible necesidad de que así sea.

—Fóllame, Kellin —le ruego.

Y eso ha hecho... Nos hemos pasado las dos horas que duraba la película retozando sin control, decenas de posturas, gemidos, suspiros, respiraciones desacompañadas, y demasiados besos como para no volvernos adictos a ellos.

Me paso las manos por el pelo, haciéndome un moño. Kellin se viste rápidamente y sin apenas decir nada, se marcha, sin siquiera darme un beso. Suspiro, me meto en la ducha y me limpio entera. Ahora mismo me siento sucia, no debería haber hecho eso, pero era lo que mi corazón me gritaba, lo que me pedía que hiciera. Tras la ducha me envuelvo en la toalla, me pongo mi pijama, y caliento de nuevo el agua que había en la taza del microondas. Enciendo la televisión, pero no dan nada, no dejo de hacer *zapping*, pero parece que el universo se ha puesto en mi contra para que me aburra durante un buen rato. Desbloqueo la pantalla del móvil, conecto el wifi de casa y abro Youtube. El primer video en aparecer es de Ed Sheeran, donde sale vestido de traje y una chica con un maravilloso vestido blanco. Bailan sin parar, me encanta. Quiero apuntarme a una academia, necesito volver a bailar, dejarme llevar por la música.

Le doy un sorbo al té, y poco después la puerta de la entrada se intenta abrir. ¡Mierda me he dejado la llave puesta! Dejo la taza sobre la mesilla que hay frente al sofá, y corro hacia la puerta. Joder, me había olvidado de que había cerrado de nuevo tras la marcha de Kellin.

—Espera, espera —grito.

—¿Lucy? —pregunta Nati al otro lado.

—Espera.

Giro la llave tan rápido como puedo, la quito y abro la puerta.

—¿Qué haces con la puerta cerrada?

—Me he dado una ducha y no me gusta dejar la puerta sin echar la llave.

—Tú y tus manías.

—Lo sé...

Me paso la mano por la nuca, sonrío de medio lado, y entro en la cocina para que puedan entrar todos, salvo Kellin, que como era de esperar no está. Bebo un vaso de agua, se me ha quedado la boca seca solo de pensar en que podían habernos pillado.

—¿Qué tal ha estado la película? —pregunto algo nerviosa.

—Bien, la verdad es que no ha estado nada mal.

—Vaya, ¿y Kellin? —intento hacerme la sorprendida.

—Se ha marchado, ese tío es un impresentable, prácticamente antes de que empezara la película se ha largado sin apenas decir nada... No sé cómo Collins sigue aguantándole.

—Será buen amigo.

—Un buen amigo no se va así como así.

Asiento levemente, tiene razón, no debería haberse marchado así, pero por una parte me alegro de que lo haya hecho, si no no hubiéramos tenido este encuentro. Hago una mueca al ver lo sería que está Nati, Collins y Marc simplemente se han dejado caer en el sofá como si no hubiera pasado nada, como si hubieran estado toda la noche ahí tirados. Cambian el canal de la televisión, hasta que dejan un programa de cámaras ocultas por el cual no dejan de reír.

—¿Estás bien, hermanita? —pregunta.

—Sí, pero aún no me acabo de encontrar del todo bien, justo estaba tomándome un té y me iré a dormir en nada.

—Bueno, a ver si descansando estás mejor.

—Seguro que mañana estaré bien. —Sonrío como puedo.

Voy a por una sudadera para ponerme sobre el pijama, tengo algo de frío y no me gusta nada esta sensación. Cuando estoy rebuscando una entre las que tengo dobladas dentro del armario aparece Marc, tras mi espalda, pegándose a esta, y besándome el cuello con cuidado.

—Buenas noches, pequeña.

—Buenas noches. —Sonrío—. ¿Te ha gustado la película?

—Sí, pero hubiera estado mejor si hubieras estado a mi lado para verla conmigo.

—Bueno, la próxima ya la veremos juntos.

—Sí. —Sonríe.

—Creo que voy a irme a dormir.

—¿No te encuentras bien aún? —pregunta preocupado.

—No del todo.

Me pongo la sudadera y salgo al salón, aún perseguida por Marc, quien parece que no va a separarse de mí ni a sol ni a sombra. Me siento en el sofá y le doy un largo sorbo al humeante té, y miro cómo Collins se pasa una mano por su despeinado tupé, a la vez que Nati se sienta sobre su regazo y le da un beso en la mejilla. No dejan de sonreír, lo que en cierto modo me pone nerviosa, no me gusta nada esta situación, odio estar entre Kellin y Marc.

—Venga, quédate un poco con nosotros —me pide Nati.

—No, hermanita, no estoy de humor, me acabo el té y me marchó.

—*Joe*, quédate —insiste.

—Que no, joder...

Le doy un último trago al té y me encierro en la habitación, echando el pestillo. No quiero que nadie entre. No voy a aguantar nada. Suspiro, me estoy poniendo hasta nerviosa yo sola, la mala leche que tengo hace que me agobie y eso que la habitación está prácticamente vacía. Me meto en la cama, haciéndome un ovillo bajo la manta, mañana será otro día. Ahora toca descansar y olvidarse del dichoso Kellin Lund.

Abro los ojos, un día más, igual que los de siempre. Llegando tarde a todos lados y eso que simplemente he quedado para desayunar con Nati en el Jubilee mientras acabamos de ver cómo va desenvolviéndose Ángela durante su primer día de trabajo.

Me pongo los patines, la sudadera de siempre y me recojo el pelo en un moño, como suelo hacer cuando no tengo ganas de peinarme. Me cuelgo la mochila de un solo hombro, echo un vistazo al salón, el cual está totalmente recogido, parece que ayer Marc se empeñó en dejarlo todo bien colocado en su sitio para que hoy no tuviera que hacer nada, y eso que tengo toda la mañana libre. Suspiro antes de abrir la puerta, y tras eso me marchó.

El sol brilla en lo alto del cielo, adoro el otoño, el calorcito de los rayos del sol posándose sobre mi piel, el aire fresco soplando. Aunque debo decir que como el verano... nada. Apenas hay gente en la calle, debe de estar todo el mundo en sus trabajos, todos menos yo. Veo cómo dos adolescentes cruzan el puente del río en dirección a la calle central de las tiendas, no dejan de hablar escandalosamente. Me recuerdan a Nati y a mí cuando íbamos juntas a clase, o cuando quedábamos para ir a dar una vuelta por el pueblo. Sin más, un simple paseo para hablar de cientos de chorradas, de ideas, conspiraciones, sobre cualquier cosa, la cuestión era estar juntas. Me hago paso entre la gente, la poca que se interpone en mi camino. Cojo carrerilla y subo por la infernal cuesta que sube hasta el ayuntamiento. Cuando miro hacia el banco, veo cómo Collins entra a su oficina, debe de haber estado en el Jubilee desayunando con Nati, bueno... Mejor dicho, desayunando mientras Nati estaba trabajando y atendiendo algunas mesas. Me dirijo hacia allí, lo bueno de ir en patines es que en menos de cinco minutos puedo plantarme. Adoro este pueblo, tan tranquilo, soleado y alegre, no creo que me marche jamás de aquí, no soy una chica de grandes ciudades, a mí me sacas de aquí y me pierdo, con mi pequeño pueblo estoy más que contenta, me encanta. Además, algún día podré comprar una de esas bonitas casas que hay junto a l'Ateneu o de las que se escapan un poco de la miniciudad.

Llego al Jubilee, y veo que Ángela corre de un lado a otro, bandeja en mano. Parece que medio pueblo se ha venido a desayunar a nuestra cafetería. Me siento en uno de los taburetes frente a la barra, hasta que Natalia se da la vuelta resoplando, algo agobiada, hace una mueca y baja la mirada.

—¿Necesitas ayuda?

—Bueno...

—Eso es que sí.

Entro rápidamente a la salita, atravesando la cocina. Me quito la sudadera, me reajusto el moño y salgo fuera aún con los patines puestos. No debería llevarlos, pero así iré más veloz entre las mesas. Cojo otra bandeja y ayudo a Ángela, para que así otra gente pueda ocupar las mesas vacías y que no esperen más.

—¿Vas bien? —le pregunto a Ángela.

—Sí, claro —responde algo altiva.

Una mujer choca contra ella, haciendo que una de las tazas mal colocadas, caiga de la bandeja. Pero, por suerte, consigo ir lo suficientemente rápida para impedir que caiga al suelo. ¡Uf! Seguirá viva durante un tiempo más.

—Ya veo, ya. —Le guiño un ojo y sonrío.

A lo que ella responde haciendo una mueca, parece que no le ha sentado bien la bromilla, o mejor dicho, el comentario, aunque en ningún momento he querido hacer que se sienta mal. Suspiro, vaya chica más especialita, me sabe fatal, pero bueno... Sigo recogiendo todo mientras dejo que Ángela vaya atendiendo a la gente con esa simpatía que tanto la caracteriza. Hasta que es Laura quien aparece por la puerta y cuando va a recibirla, le mira con cara de perro y pasa junto a Ángela sin decirle nada.

—Buenos días, ratoncita. —Sonríe.

—Buenos días.

Se abraza a mí con fuerza y cuando se echa hacia atrás me da un beso en la mejilla. Adoro a esta muchacha, incluso más aún de lo que adoro a mi *cuñi* Collins, aunque ella también es Collins, Laura en vez de J.D pero al fin y al cabo llevan el mismo apellido. Después de abrazarme, se va a por Natalia quien la mira con algo de desesperación, pero poco a poco su mirada se dulcifica.

—Buenos días, *cuñi* —Sonríe—. ¿Mucho agobio?

—Pues ya ves... —murmura.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta preocupada.

—No, no hace falta, tenemos a Lucía. La pobre tenía día libre, pero se ha tenido que colgar el mandil para así ayudarnos, y que la gente no nos linche.

—Estoy segura de que alguno sería capaz de darnos un mordisco a nosotras en vez de a un cruasán por tardar.

Dejo la bandeja sobre la barra y me meto directa hacia la cocina. Saco la masa para los cruasanes, el chocolate con el que rellenarlos y el almíbar para las cañas. Si hubiera sabido que iba a tener que ponerme a ayudarlas me habría arreglado un poco más, no iría con estas pintas de abandonada de la vida que llevo, porque entre el moño, y la ropa... No veas, además de las ojeras, que no son pocas. Nati debería de haberme avisado, así podría haber venido un rato antes. Es una cabezona, estoy segura de que si no hubiera venido, no me habría llamado para decirme que necesitaba ayuda. Lo preparo todo y meto la primera bandeja en el horno.

Laura entra, recogiendo el cabello, lo que en cierto modo me extraña, ya que hace apenas unos minutos le ha dicho Natalia que no necesitábamos que se quedara a ayudarnos, tal vez ahora entre más gente y por eso se quede.

—¿Te quedas? —pregunto.

—No, no.

—¿Y entonces?

Alzo una de las manos, señalando el moño que se está haciendo. Deja ir una sonora carcajada y sonrío sin más, a la vez que niega con la cabeza.

—Solo vengo a que me cuentes cómo vas con el tema K.

Resoplo, desviando la mirada hacia la bandeja que estoy preparando. ¿Qué demonios tengo que responderle a eso? Joder..., si es que no sé ni qué contarle... A la mierda, lo que tenga que pasar que pase, no tengo por qué esconder lo que ha

ocurrido y mucho menos a ella, ni a Nati, aunque lo más seguro es que me caiga bronca.

—Pues... —murmuro.

—¿Pues?

—Me he acostado con él —admito.

—¿Qué? ¿Tú estás loca?

Me mira con los ojos terriblemente abiertos, poco les falta para salirse de su órbita, y con razón, si yo fuera ella creo que tendría la misma cara que está poniendo. Entonces, Natalia entra en la cocina, por lo que permanecemos en un completo silencio. Nos mira algo extrañada y hace una mueca.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada. —Sonrío.

—No, nada —intenta secundar Laura.

—Lucy... —dice en voz baja—. Que nos conocemos.

Trago saliva, cierro los ojos, y luego miro a Laura, quien no sabe qué decir tampoco. Este es el final, ahora o nunca... Ha llegado el momento en el que el fin del mundo se cierna sobre nosotros.

—Yo...

Cada vez me pongo más nerviosa, mi corazón empieza a latir con fuerza, cada vez más deprisa. Se va a enfadar conmigo, me va a gritar, y me va a decir de todo, estoy segura. Me paso una mano por la cara y resoplo.

—¿Tú, qué?

—Me he acostado con Kellin —consigo decir.

Por una parte me he quitado un gran peso de encima, pero no me gusta nada la cara que está poniendo Natalia, por lo que me temo lo peor.

—¿Cómo? —pregunta consternada.

—Yo...

—Tú, nada.

Me mira despectivamente, con desprecio, pero no dice nada más, se limita a darse la vuelta, cabreada. Joder, esto es aún peor de lo que pensaba. Nati es de esas personas que pueden enfadarse, pegarte un chillido y cagarse en la puta, esto último finalmente, o crear el muro de la indiferencia, que consiste en no hacerte ni caso en todo el día, hasta que se le pase, y luego te echa una bronca del quince.

Suspiro, la he cagado. Laura no sabe qué decir, y sale detrás de ella, intentándola hacer razonar, pero parece que de nada sirve. Voy junto a ellas, pero Natalia ni siquiera es capaz de sostener la mirada fija en la mía, lo que me duele.

—Nati...

Cuando me acerco a donde se encuentra simplemente me esquivo, se marcha hacia otro lado y es como si no hablara con nadie.

—Por favor.

—Ni por favor ni hostias, lárgate de aquí ahora mismo. —Gruñe.

Mierda...

—Lucía, Natalia acaba de salir me ha pedido que te diga que ya puedes marcharte.

Ha pasado prácticamente todo el día, he estado currando muchas horas como para que ahora me traiga a Ángela de mensajera a decirme que me vaya de mi propia cafetería. Vamos, me parece horrible. Ha estado sin hablarme desde que salió de la cocina, y no ha sido capaz de venir a hablar conmigo, o de siquiera contestarme, cosa que debería hacer aunque fuese por respeto y educación, pero parece que hasta eso se ha esfumado en el momento en el que se ha enterado de lo de Kellin.

Salgo del cuartillo, molesta, o mejor dicho, cabreada como una mona. Me sirvo un vaso de agua y entonces aparece la causa de todos mis males, Kellin Lund. Resoplo, me tomo el agua, lo dejo en la bandeja del lavavajillas y voy a por mis cosas, necesito largarme de aquí cuanto antes. Cuando salgo de nuevo a la sala, veo cómo Kellin habla con Ángela, con una sonrisa en los labios, lo que hace que un terrible fuego empiece a arder en mi interior. Tontea con ella, a pesar de que Ángela parece pasar bastante de su culo, lo que me alegra.

—Nos vemos mañana —le digo a mi nueva compañera.

Paso junto a él, y le doy un ligero golpe en el hombro, haciendo que dé un paso hacia atrás. En realidad, no sé ni por qué lo he hecho, no quiero saber nada más de él, por su culpa Natalia está como está conmigo. Salgo de la cafetería, con mis patines, aunque aún tengo que acabar de atarme los cordones que quedan sueltos.

—Eh, leona —escucho cómo me dice nada más sentarme.

Los sujeto con fuerza, para que no se me deshagan los lazos. Me pongo en pie, y ni siquiera me doy la vuelta. No quiero verle. Solo quiero largarme de aquí, darme un baño relajante y ver un ratito la tele mientras me tomo un té o un vaso de leche calentita con Cola Cao.

—Espera, Lu —me pide.

Sigo avanzado, cada vez más deprisa, alejándome de él. Todo mi ser me lo pide, que huya de su lado, que no le deje acercarse a mí. Pero por otro lado mi cuerpo extraña sus caricias, sus besos y sus mordiscos. No sé por qué siento esta terrible atracción hacia él, no entiendo a qué viene ese malestar al verle tontear con Ángela. Él no es nada mío, debería darme igual lo que hiciese.

Dejo de escuchar sus pasos, por lo que sigo patinando hacia casa. Parece haberse dado por vencido, así que me lo tomaré como una buena victoria, infinita. Solo espero que no vuelva, por lo menos en unos días. La vuelta a casa siempre es mejor, ya que voy por una cuesta que me permite coger una velocidad suficiente como para llegar a casa en la mitad de tiempo de lo que suelo tardar. Paso por el puente del río, frente a la biblioteca, y nada más llegar a nuestra portería ahí le veo.

—Mierda.

Parece que no se va a rendir. Rebufo molesta, no tengo nada de ganas de hablar con él, por lo que paso por su lado y me desvío, iré a dar una vuelta antes de volver a casa. Me mira con cara de pocos amigos, luego desafiante y alza una de sus cejas, mientras le saca la lengua. No quiero que esté cerca de mí, pero tampoco puedo tenerle lejos. No me gusta ver cómo se aleja y presta atención a otras. Creo que no debería ser así, odio que lo sea. Natalia se ha cabreado por culpa de que él esté revoloteando por todas partes, como si fuera un moscón cojonero.

Al cabo de quince minutos vuelvo a casa, y ahí sigue, ¿es que no se va a dar por vencido? Ya podría largarse a la suya y dejarme tranquila. Este hombre me supera sobremanera. Resoplo, parece que lo haga cada dos segundos, pero la verdad es que solo intento morderme la lengua y no ser tan brusca como me gustaría serlo, a veces es mejor así, pero eso ayudaría a acabar de espantarlo. Paso frente a él, quien está apoyado en una de las farolas junto a la portería, saco las llaves rápidamente del bolsillo y antes de que pueda cerrar la puerta pone su pie entre esta y el marco, para que no pueda escabullirme de él.

—Leona, no te escapes —me ruega.

Toma una de mis manos e intenta tirar de mí, pero apenas lo consigue. Me suelto de su agarre y abro la puerta del ascensor. Me persigue, de tal manera que ni siquiera sé cómo, pero acaba entrando conmigo. Me besa con rabia, igual que lo hago yo, estoy enfadada con él, pero no puedo evitar desearle como nunca. ¿Qué mierda hace conmigo y con mi cabeza? No lo entiendo, hay veces, por no decir siempre, en las que creo que es capaz de controlar todo lo que pienso e incluso conseguir lo que quiere con tan solo una mirada.

Suspiro cuando se separa de mí. Las piernas apenas me responden, por lo que pasa sus manos bajo estas, sujetándolas, y haciendo que le rodee la cintura con ellas. Le da al botón, para subir hasta nuestra planta.

—Lu... —murmura—. No luches contra esto, nena, no lo hagas.

—Pero... ¿por qué no debería hacerlo?

—No me pidas que me vaya, no ahora —dice cuando abre la puerta nada más llegar.

Me mira con deseo, de reojo. Me muerdo el labio inferior y hago una mueca, confusa ante lo que me pide.

—¿Por qué?

—Porque te necesito. —Susurra contra mi oído.

Hace que todo mi vello se erice, iluminando mi corazón con sus palabras, y no puedo evitar sonreír. No sé por qué pero consigue hacer feliz a todo mi ser tan solo con sus palabras.

—No me alejes.

—No lo haré —prometo inconscientemente.

Kellin, aun sujetándome, me quita las llaves y abre la puerta. No me deja ir ni un solo segundo, me coge con tanta fuerza que ni el aire sería capaz de pasar entre

nosotros. Siento que su pecho se mueve agitado, incluso llego a notar cómo su corazón late con tanta fuerza que parece que se le vaya a salir del pecho. No sé qué es lo que debería hacer con Kellin, pero ahora mismo no puedo pensar con claridad. Me besa como si no hubiera un mañana, como si mis labios le proporcionaran el aire que necesita para mantenerse con vida. Hay veces que pienso en que somos igual que dos imanes, tan opuestos, pero a la vez tan iguales, atraídos por una fuerza mayor que ninguno de los dos somos capaces de controlar, ligados por esa química que hay entre nosotros. Me muerde el labio inferior con fuerza, no mucha, pero sí la suficiente como para que deje ir un ligero gemido que él capta con un voraz beso.

—Me encantas —susurro perdida en todo lo que me envuelve en estos momentos.

Estoy segura de que tarde o temprano este hombre conseguirá volverme completamente loca. Aunque espero que Natalia sepa ver la parte buena que hay tras esa cruda fachada en la que se esconde como si no fuera más que un vil villano.

Durante unos segundos me deja de pie sobre el suelo, lo suficiente para poder cerrar la puerta y echar la llave como si fuera su propia casa, lo que me hace gracia y sonrío.

—¿De qué te ríes, leona? —pregunta seductor en su idioma.

Va acercándose a mí, poco a poco, igual que lo haría un felino con su presa, a punto de atacar.

—Me hace gracia cómo te manejas por mi piso, es como si lo hubieras hecho siempre.

—Vaya... ¿Gracias?

—De nada.

Le miro de arriba abajo, esos vaqueros que lleva le sientan demasiado bien aunque sin ellos está aún mejor, y mira que es difícil de superar.

—Vamos a jugar a un juego —digo en voz baja, pasándome las manos por el cabello.

—¿Un juego?

—Ajá, ¿te atreves a jugar?

—Contigo a lo que sea, leona. —Sonríe de medio lado y, por un momento, me da la sensación de que toda mi ropa interior se ha esfumado como por arte de magia.

—¿En qué consiste? —pregunta curioso.

—Tú te quedas aquí, y yo me escondo, tienes que buscarme y a medida que vayas fallando vas quitándote la ropa.

—¿Y tú?

—Si me encuentras lo sabrás.

—Por cierto, no necesitas jueguecitos para que me quite la ropa —ríe— aunque si me la quitas tú es aún mejor, ¿no crees?

—Puede ser, pero ahora vamos a jugar.

Le lanzo una mirada desafiante, por lo que vuelve a sonreír de costado, tan seductor y sexy como siempre.

—Cierra los ojos. —Le pido.

Lo hace, pero poco después los abre, por lo que hago una mueca. Cojo un pañuelo y se lo ato con fuerza para que así no le sea tan sencillo deshacerse de él.

—No hagas trampas, juega limpio.

—Soy más de jugar sucio, leona. —Sonríe con los ojos tapados.

—No seas tramposo.

Acabo de atarle el pañuelo y le doy un leve mordisco en el cuello, lo que hace que deje ir un gemido.

—No seas malo, león. —Le susurro al oído en inglés.

—Seré malo cuando te encuentre —promete.

Dejo ir una carcajada, y sonrío para mí misma. Restriega sus manos y las deja a su espalda, dándome a entender que no se quitará el pañuelo. Le observo durante unos minutos, deleitándome con su escultural cuerpo de dios nórdico, aunque algo más delicado. Me deshago de los patines, quedándome descalza, tan solo voy con los calcetines, lo que hace que apenas se me escuche caminar. Quiero que me encuentre, pero no al momento. Voy deshaciéndome de la ropa, a la vez que voy hacia la habitación. Lo dejo todo por el suelo de esta, y rápidamente me escabullo al salón. Me siento en la butaca que compré hace unas semanas, subo los pies, escondiéndome tras ella, lo bueno de que sea orejera es que es enorme.

—Ya —digo tapándome la boca para que crea que me encuentro más lejos de lo que realmente estoy.

Se deshace de la venda que cubría en sus ojos y la deja caer al suelo. Escucho cómo empieza a caminar por el recibidor, estoy segura de que lo está observando todo. Entra a la cocina, pero al salir se va a directo hacia el baño, ya son dos piezas que tiene que quitarse. Las deja a la entrada de la habitación, se quita la chaqueta y el jersey gris que llevaba y marcaba todos sus músculos. Me encanta este hombre, me vuelve loca. Sonrío al ver cómo se adentra en esta y cuando sale, empieza a desabrocharse el cinturón, y poco a poco va deshaciéndose del pantalón. Me muevo un poco, lo suficiente como para verle reflejado en el ventanal que da a la calle. Sonrío, si es que tengo un monumento en mi salón.

—Leona, voy a coger frío —dice en voz alta a la vez que se pone los brazos en jarras, brillando en todo su esplendor.

—¿Te rindes? —pregunto sin más.

Da varios pasos hasta que veo cómo se percata de que estoy en la butaca, ya que me ve a través del espejo.

—No —susurra contra mi oído, erizándose todo el vello.

Pasea sus manos por mis hombros desnudos, masajeándolos con cuidado. Las va bajando hasta que llega a mis pechos, lo que hace que de un bote. Los acaricia con cuidado, mimándolos. Me asusta la delicadeza con la que me trata y el cariño que parece expresarme con cada una de sus caricias.

—¿Por qué eres así? —pregunto.

—¿Así cómo, leona?

Hace que me ponga en pie, para sentarse él en la butaca, tira de mi mano para que me deje caer encima.

—Pues no sé, tan distante a veces, pero tan dulce y delicado otras —respondo sin entenderle—. Me confundes.

—¿Por qué te confundo, nena?

—Porque me gustas, me atraes demasiado, y no sé... —Me paso una de las manos por la cara y suspiro—. Joder.

—No lo pienses más.

—¿Cómo no voy a pensar en ello?

Alza los hombros, sin saber a qué me refiero exactamente. Este hombre me va a llevar por el camino de la amargura, estoy segura.

—Natalia no me habla por tu culpa.

—No te preocupes, nena. —Me dice en inglés.

Me levanto, algo molesta. Toma mis manos y besa mis nudillos, con sumo cuidado va mimando mis muslos, los acaricia, hasta llegar a mi cintura, donde me besa la parte baja del vientre.

—Deja de pensar en ello, nena.

Suspiro, algo perdida, pero sus besos y caricias disipan todo lo que siento. Me toma por la cintura y tira de mí. Me siento a horcajadas sobre él, coloco mis manos a ambos lados de su hermoso rostro y le beso. Me muevo, haciendo que el ligero roce entre mi sexo y la tela de su calzoncillo le provoque, haciéndole crecer tan rápido que incluso llega a extrañarme. Jamás había estado con un hombre que reaccionara por mí tan... así... Me relamo al ver cómo su miembro clama un poco de mi atención, la suficiente como para poder liberar algo de presión, esa que provoca el calzoncillo. Kellin sonrío, observándome, sin perderse ni un solo gesto mío. Me deshago de la tela que nos separaba.

Sin pensármelo ni un solo segundo, guio su sexo hacia mi entrada, hasta que quedamos completamente encajados, como si fuéramos solo uno. Dejamos ir un profundo gemido, y ambos nos sonreímos, como dos tontos.

—Joder, Lucía...

Jamás había conseguido encajar con nadie como con él, lo que no acaba de gustarme. Niego con la cabeza, algo nerviosa. Moviéndome sin parar, haciendo que deje ir algún que otro jadeo, y algunos gimoteos tan terriblemente sexys que hacen que mi gozo aumente. No puedo dejar de mirarle, sus ojos chocolate brillan llenos de lujuria y pasión, no dejo de moverme hasta que acaba estallando en mi interior, tan delicioso como sensual. Sonrío contra su boca, llevándome conmigo el final del estrago que he provocado en él. Me encanta, no puedo evitarlo.

—Eres una delicia —admito.

—Tú también.

Voy al baño rápidamente para poder limpiarme bien, y no guarrear el sofá. Al cerrar la puerta, me miro en el espejo.

—Mierda...

¿Qué acabo de hacer? La euforia que tenía desaparece y deja paso a un enorme vacío. Joder, joder... ¿Cómo puede ser que haya vuelto a caer? Me lavo la cara con un poco de agua, apoyo las manos en el lavabo y no aparto la mirada de la Lucía del cristal. Poco después aparece Kellin tras la puerta, se apoya en mi espalda, aún desnudo, y me besa el hombro.

—¿Qué te ocurre? —pregunta preocupado.

—Kellin...

—¿Qué, leona?

—Márchate —le ruego.

Besa mi hombro de nuevo, coloca sus manos en mi cintura para poder darme la vuelta, y así besarme en la boca.

—Kellin, basta...

Se acerca a mí de tal manera que acaba pegando mi espalda a la fría pared de mármol, uniendo su cintura a la mía.

—Kellin, aléjate.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque no te quiero aquí, quiero estar sola y tranquila. Estando tú a mi lado, no lo estoy.

—Así que... ¿eso es lo que quieres? —me pregunta entristecido, al oído—. ¿Quieres que me marche, leona?

Las manos empiezan a sudarme, las piernas me tiemblan levemente y mi corazón se acelera, perdido.

—S... sí —murmuro.

—¿Quieres que me vaya? —repite.

—Vete —le ruego en voz baja.

—Te lo volveré a preguntar una vez más, leona, una última vez, y entonces tus deseos serán órdenes para mí.

—Por favor... —digo en voz baja.

Sin pensárselo ni un minuto me besa la mejilla, y sale del baño. Escucho cómo se viste rápidamente, y sin decir nada, se marcha. Sumiendo todo el piso en un silencio absoluto. Una lágrima se escapa de mis ojos al ser consciente de que ni yo misma me aclaro. Vuelvo al salón, me pongo el pijama, y tras eso me dejo caer en el sofá, tapándome hasta arriba con la manta. Enciendo la TV pero apenas dan nada, pongo *Zapeando*, espero que me despierte un poco, porque estoy que me muero.

Parpadeo con lentitud, me he quedado dormí. ¡Madre mía! Miro hacia la cocina y ahí está él, preparando algo de cena. Huele demasiado bien como para no despertarme.

—Vaya, ya estás despierta. —Sonríe.

Asiento levemente, y a mi mente acude Kellin con esa sonrisa arrebatadora que tanto me gusta. Suspiro, entonces desaparece, al igual que el malestar. Marc deja la espátula sobre un plato y se acerca a donde me encuentro, se sienta a mi lado en el sofá, me besa en la mejilla y pasea su mano por mi espalda.

—Marc... —digo en voz baja.

—Dime, Lucy.

Trago saliva y bajo la mirada, no sé muy bien si contarle lo que ha ocurrido con Kellin.

—Estoy súper cansada. —Sonrío con tristeza.

—No pasa nada, ya casi está la cena hecha.

—Gracias.

Le doy un beso en la mejilla, me hago un ovillo bajo la manta y cojo el móvil, necesito hablar con Natalia, arreglar las cosas, y que me perdone, incluso que me ayude a solucionar este mal que llevo dentro, solo ella es capaz de hacerlo, aunque sea una egoísta al pedirle ayuda. Abro el WhatsApp, el chat de Nati y empiezo a escribir.

Lucía:

Natalia..., yo..., joder, si es que no sé ni cómo decirte esto...
Lo siento tantísimo, siento haberte decepcionado así,
pero... no sé qué me ocurre con él,
estoy segura de que a ti te ocurría igual con Collins,
a pesar de que al principio no querías nada
y miraos ahora, con un pie en el altar.
Por favor, entiéndeme..., perdóname...
Yo..., no sé qué hacer..., no sé qué hacer sin ti,
hermanita, si no estás tú me falta algo y...
si estás lejos siento que parte de mí se apaga.
Joder, ni siquiera sé qué decirte,
ni las palabras me salen, nena.
Un solo día, por llamarlo de alguna manera,
ha bastado para hacer que todo se quiebre. Nati, por Dios...

Le doy a enviar sin saber bien qué es lo que me dirá. Marc me mira desde la cocina con una sonrisa. Me tapo con la manta hasta las orejas, enciendo la televisión, cambio de canal ya que había aparecido uno de esos horribles documentales que tanto le gustaban a papá. Suspiro y pongo Cuatro, me encanta ver ese programa de citas en el que aparecen más personajes que en *Juego de Tronos*, y mira que eso es raro, muy raro. Hay cada persona... «Madre mía, y no veas cómo está el barman». Dejo ir una carcajada al ver que una de las chicas que busca pareja entra cual actriz de Hollywood aunque sin que nadie le haga ni puñetero caso, pero oye, ella va a su bola sin importarle quién le mire y quién no. Está como una cabra, el chico que la elija va a tener que estar aún peor que ella.

—¿Cómo te ha ido el día, Lucy? —pregunta a la vez que viene poniendo los platos en la mesa.

—Bien, ha ido perfecto...

—Eso no me suena muy convincente, ¿eh? ¿Estás segura?

—No, no mucho.

—Cuéntame venga.

—Nati se ha enfadado conmigo, no ha tenido un buen día.

—Y lo ha pagado contigo —me interrumpe haciendo una mueca.

—Digamos que sí.

En realidad no ha sido así, pero es mejor no decirle nada, aún. Algún día se lo contaré, solo que ahora no es el momento. Suspiro, bebo un poco de agua y cambio de canal, algo asqueada. Pero intento dejar de amargarme, más por Marc que por mí, ya que encima que me ha hecho la cena y se ha preocupado, no voy a estar con cara de perro.

—Gracias por la cena. —Sonrío al mirarle.

—No hay de qué, parecías muy cansada, me he dado una ducha y todo, y no te has despertado —dice en voz baja—. No te preocupes por lo de Natalia, de verdad, ya verás cómo se le pasa rápido.

—Eso espero.

—Ya verás que sí.

Tras la cena, lo recojo todo, sin dejar que levante el culo del sofá, agradeciéndole de alguna manera su detalle. Guardo los platos en el lavavajillas, y me dejo caer en el sofá, a su lado, hasta que acabo apoyada en el regazo de Marc, a la vez que pasa sus manos por mi pelo, con delicadeza, intentando no darme ni un solo tirón.

—Buenas noches, nena.

Natalia:
No, no puedo.

Lucía:
Nati, por favor...

Natalia:
Lucía, no, hoy no... Quédate en casa.

Es tan sumamente tajante conmigo que hace que un vacío se instale en mi interior y le escriba enfadada.

Lucía:
Bueno, tú verás

Mira el mensaje, pero no es capaz de contestar, por lo que me deja con el visto, haciendo que mi malestar sea mayor aún. ¿Sí? Pues si eso es lo que quiere, es lo que tendrá. Rebusco entre mis papeles la dirección de la academia que encontré y salgo. Ya está bien, es hora de que sea yo la que esté feliz con lo que hace. Natalia sabrá qué es lo que quiere hacer, pero por lo que a mí respecta, no voy a ir detrás de ella. No ahora. Miro en Google Maps, la academia no está muy lejos, por lo que iré andando a ver qué es lo que se cuece.

Al entrar me encuentro de morros con un chico alto, fuerte y corpulento, grande como un armario, y guapo a rabiar. Me fijo en esos ojos verdosos y ese cabello castaño que contrastan mucho con el resto del conjunto. Pasa por mi lado, sin decir nada y luego me encuentro con una chica morena con el pelo corto y la tez clara. Sonríe de oreja a oreja, me mira alegre, y no puedo evitar corresponderle.

—Buenos días.

—Buenos días. —Sonrío.

—¿En qué puedo ayudarte?

Miro hacia todos lados, a su espalda hay un tablón con diferentes noticias, anuncios y demás. Vuelvo a fijarme en ella, ya que no aparta la vista de mí y empieza a incomodarme.

—Pues... me gustaría saber los cursos que se imparten. —Me apoyo en el mostrador.

—¿Yoga? ¿Taichí? —pregunta hasta que hago una mueca—. ¿Chi-Kung?

Entorno los ojos, ¿realmente tengo cara de necesitar un poco de meditación o algo por el estilo? Yo creo que no. Vamos, o eso espero, a lo mejor parezco una loca

psicótica que necesita un poco de relax.

—No, no, baile.

—Bueno, nosotros tenemos un curso con distintos estilos —dice buscando algo entre unos papeles—. Espera un momento.

Se pone en pie, y sale del mostrador, desapareciendo tras una de las puertas que hay a mi espalda. Me miro mis mordisqueadas uñas, el móvil y el tablero que antes observaba detenidamente. Hay de todo, incluso el típico cartelito de «paseo perros», hasta que vuelvo a ver al chico, por llamarlo de alguna manera. Aunque para empotrar ya está él, porque no veas... Le miro de arriba abajo y me centro en el tablón hasta que la chica aparece, solo que esta vez lleva un moño.

—Hola. —Sonríe.

—Ehm..., hola.

¿Es que le ha dado un aire a esta muchacha y ya no se acuerda de mí? Porque vamos, ni que se hubiera ido una hora.

—¿En qué puedo ayudarte?

¿Otra vez? Puede que sea yo que me he vuelto loca, o que he tenido un *dejà vu*, porque esto no es que sea muy normal. «Madre mía, si es que encima me ha tocado la loca del sitio, no podía atenderme una persona normal, no, ¿para qué?». Cada vez estoy más segura de que tengo un imán para locos y locas, daría mi mano derecha.

—Pues...

—¿Yoga? ¿Taichí?

—Joder, ¿es que tengo cara de necesitarlo? —digo alzando un poco la voz—. ¿Otra vez?

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

Vaya conversación de besugos, si seguimos así acabaré desesperándome y marchándome, o perdiendo los nervios, últimamente necesito un poco de autocontrol.

—Hemos hablado ya de esto. —Frunzo el ceño, a la vez que me paso una mano por la frente—. Bailar, simplemente quiero bailar.

—Bueno, aquí —dice rebuscando de nuevo entre los papeles.

—Perdona.

—¿Sí? —alza el rostro para mirarme.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto malhumorada.

—¿Cómo?

—Sí, he hablado contigo hace cinco minutos, te he dicho lo que quiero hacer y te has largado sin más.

—Habrá sido Sara —dice el armario empotrado/empotrador.

—¿Sara? —pregunto.

El chico me mira y asiente, se acerca a donde me encuentro y se apoya sobre el mostrador, por lo que sus fuertes brazos parecen aún más impresionantes.

—Oh, vaya, disculpa.

Su doble, o mejor dicho, la original, entra en escena y como si no pasara nada se coloca junto a su hermana y sonríe. Cojo aire, y lo dejo ir poco a poco, no puedo alterarme así, pero es que entre una cosa y otra es imposible.

—Aquí tienes los horarios —dice la gemela inicial.

Me tiende un papel en el que est n todas las indicaciones, cuotas, estilos, profesores... Les miro, y luego al empotrador, cuyo nombre aún desconozco.

— Seis euros?

—S .

— A la semana? —pregunto confusa.

—No, no, eso es al mes, y si luego quieres ducha, o participar en algún certamen junto a tus compañeros se paga aparte.

— Y cuánto es? —pregunto por curiosidad.

—La ducha son cinco euros y los certámenes son según la inscripción.

—Aj .

Pues por lo que cuesta me apunto yo, y a tres más, la verdad es que me lo esperaba mucho más caro, muchísimo. Así que, por once euros al mes, no voy a arruinarme.

—Pues... me apunto.

— El será uno de tus compañeros. —Señala con un leve gesto al chico que hay a mi lado.

 Comorl?  Este maromazo va a estar bailando en la misma clase que yo? Anda que no... Vaya vistas que voy a tener.

—Lucía Palacios —me presento extendi ndole la mano.

—Alex Tyree.

—Vaya, encantada, Tyree.

Coge mi mano con fuerza, y una amplia sonrisa se dibuja en su boca. Asiente un par de veces, me da dos besos y vuelve a separarse.

—Vas a tener que enseñarme de qué eres capaz, Lucía Palacios —dice remarcando mi nombre.

—Cuando quieras —contesto desafiante.

Alex deja ir una sonora carcajada que hace que sonría pero que a la vez me ponga en alerta, por si dice algo que no debería y tengo que soltarle un bufido. Le miro entornando los ojos, gesto que hace que vuelva a reír.

—Me gusta. —Sonríe mostrándome una blanca dentadura.

—Tendrás que enseñarme t  también de qué pasta est s hecho, Tyree —le reto.

—Eso está hecho.

Extiende el brazo, con la mano abierta, aceptando el reto cuando toma la mía.

—De hecho, en cinco minutos empezamos una nueva sesión —me explica—. Si quieres unirte... Puedes pasar y mirar, por si aún no te has decidido.

—S  me he decidido, pero bueno, me encantaría poder veros.

—Pues si vienes conmigo...

Se hace a un lado, haciendo un gesto con su mano para que pase frente a él. Cojo mi monedero y les doy el dinero del primer mes de baile, a ver cómo va la cosa.

—Gracias —digo al pasar.

—Es un placer —sonríe—, además, si vas a ser nuestra nueva compañera tendremos que tratarte bien, aunque sea solo un poco.

Me río, no puedo evitarlo, hasta que entramos en una de las salas cercanas a las escaleras. Le dejo pasar, observándole, aunque estoy desando verle bailar más que andar, debe ser gracioso ver a un hombre con su complexión moviéndose.

—A ver qué es lo que haces, Tyree.

Me siento en uno de los bancos que hay al entrar. Pensaba que no seríamos más que cuatro gatos sin nada que hacer por las mañanas, pero me equivocaba. Al parecer hay muchos que tienen las mañanas desocupadas. Los miro, hay personas de todas las edades, pesos, estilos... De todo. Me gusta ver que hablan como si nada, alegres, como si fueran una familia. Algo me dice que esto debe ser igual que una pequeña comunidad, y eso me encanta.

—A ver, chicos y chicas —alza la voz Alex a la vez que va hacia el centro de la sala.

¿Quién es Alex? No es un cualquiera, ¿o sí? Le miro, igual que lo hace todo el mundo, en realidad sería prácticamente imposible no fijarse en él.

—Hoy tenemos con nosotros a una futura y nueva integrante de nuestro grupo. Ha venido a ver cómo nos movemos y de qué somos capaces como bailarines. —Me mira y sonríe, desafiante—. Lucía, por favor, ¿puedes acercarte?

Me extiende la mano, aunque estamos algo lejos como para que en ningún momento llegue a rozarme. Me pongo en pie y voy hacia donde se encuentra caminando grácilmente, dejando abandonadas mis cosas en el banco.

—Esta es Lucía Palacios —dice en voz alta—. ¿Palacios, verdad?

—Sí.

Todos me miran, lo que en cierto modo me pone algo nerviosa. Cojo aire, hasta que Alex toma mi mano y me sienta en una silla con cuidado de que no me caiga. Este hombre tiene algo que hace que me resulte muy atractivo, demasiado, pero no en el plano sexual, creo, que conste. Pero es demasiado *sexy*. La música empieza a sonar, chicos y chicas hacen un corrillo alrededor de Tyree, quien se deshace de su sudadera, dejando a la vista unos fuertes y musculados brazos capaces de sujetar lo que sea. Me mira como si fuera un depredador, tan intenso como irresistible, se mueve frente a mí igual que un auténtico seductor, capaz de hacerse con el control de todo mi ser. Jamás había visto a un hombre bailar de esta manera, bueno, miento... Solo lo había visto en Magic Mike XXL, pero eso es solo una película. Aunque... Tyree tampoco se aleja mucho de la imagen que da Channing Tatum en la película. «Pony» de Ginuwine no deja de sonar, a la vez que sus movimientos se acompañan con la canción. ¡Joder, si es que este muchacho podría haber tenido una sola película para él solo y tal vez se vería hasta más que con los otros actores! No deja de

acariciar mis brazos, mis hombros... Mi corazón se vuelve loco, y el nerviosismo se apodera de mí.

La música cambia, Alex deja de moverse a mi alrededor con esa sensualidad tan única que tiene. Cosa que agradezco, porque una terrible sensación estaba tomando poco a poco mi cuerpo, encendiendo mis mejillas y algo que no son las mejillas. Es demasiado tentador como para que a una no le entre un sofocón de los intensos. Ahora suena algo más tranquilo, totalmente distinto. Es Ed Sheeran quien nos acompaña, con su dulce «Give me love». Sonríó al ver cómo Alex me tiende la mano, esperando que tome la suya. Me pongo en pie dando un ligero salto, no puedo apartar la mirada de él, es realmente *sexy*. Suspiro, ojalá pudiera ver a Kellin moviéndose así, sería un delito, porque, estoy segura de que mis bragas acabarían huyendo antes de inundarse, porque entre las babas y...

—¿Lista? —pregunta Alex, interrumpiendo mis pensamientos.

—Ajá. —Sonrío.

Me dejo llevar, la música toma mi cuerpo, haciéndose con el control de este, moviéndose de un lado a otro como si nada más que él existiera. ¡Madre mía! ¡Cuánto anhelaba bailar así! Ha tenido que aparecer este *yankee*^[1] para devolverme esa pasión que dormía en mi interior y que yacía moribunda como si jamás hubiera estado ahí.

—Siéntelo —me susurra al oído, colocando sus manos sobre mi cintura.

Mi sexo se ve perdido en una humedad extraña, al igual que mi corazón late frenético, en estos momentos estoy sintiendo demasiadas cosas como para obviarlas. Es realmente impresionante lo que puede hacer la música y el baile.

—Baila, Lucía.

Tras una agitada y excitante sesión con Alex, y después con la profesora, salgo casi sin fuerza, sudando como una auténtica cerda, pero más contenta que una perdiz. Miro el móvil, el cual se había quedado abandonado en la bolsa mientras me deleitaba con los movimientos infernales de este hombre. Es verle bailar y desear pegarme a su cuerpo, olvidándome del resto. Vuelvo a mirar la pantalla, no hay ni un solo mensaje lo que en cierto modo me pone algo nerviosa y de mala leche. Ni Natalia ni Kellin han sido capaces de escribirme para saber qué ha ocurrido, o simplemente para ver cómo estoy. Resoplo un poco, molesta, por no decir mucho.

Me da rabia que no me hayan dicho nada, pero bueno, no voy a ser yo la que vaya detrás de ellos como una tonta. No me da la gana. Me paso la mano por el pelo, haciéndome un moño rápido y despeluchado. Guardo el móvil y lo dejo en el bolsillo interior de la mochila para no verlo durante un buen rato, por lo menos hasta que se me pase un poco el enfado que llevo. Cuando lo hago me doy cuenta de que se me ha desatado el cordón.

—Lucía —oigo cómo me llama Alex desde el otro lado del pasillo.

—Dime.

No me levanto, sigo a lo mío, atándome mis cordones. Hasta que veo que aparecen sus pies frente a mí, entonces ya sí que me incorporo. Va sin camiseta, solo le cubre una sudadera gris y una chaqueta de piel que le da un toque malote que resulta muy interesante.

—¿Sí? —inquiero.

Fija esos bonitos ojos que tiene en los míos, y sonrío ampliamente. Ains, si es que vaya sonrisa tiene el amigo. Parece un buen muchacho, algo me dice que no hay ningún mal en él, lo que en cierto modo me hace estar más relajada y menos en alerta.

—He pensado que...

¿Se pone nervioso? Qué mono, no puedo evitar dejar ir una pequeña risa, por lo que él esboza una mueca sin entender por qué me río, pero poco después alza los hombros.

—¿Quieres que vayamos a comer por ahí? —pregunta—. Había pensado en que estaría bien, así podemos conocernos un poco mejor.

—Claro. —Sonrío—. Me parece una gran idea.

—¿Sí?

—Claro, donde quieras.

—Perfecto, voy..., voy a por mis cosas y vuelvo.

—De acuerdo.

Me siento en uno de los bancos que hay junto a la salida, apoyo los codos en las rodillas y entierro mi cara entre estas. Kellin vuelve a tomar mi mente, echo de menos

tenerle conmigo, cosa que me da rabia, no debería de estar pensando en él, sino en Marc.

—¿Todo bien? —me pregunta Alex, preocupado.

—Sí, tranquilo. —Levanto la vista—. Solo estoy cansada —miento.

—Bueno, cuando te llenes la tripa de comida lo verás todo de otra manera.

—Seguro que sí.

La verdad es que sí, a mi todo, o casi todo, se me pasa comiendo. No hay mal que se resista al placer y la satisfacción que me produce la comida.

Salimos del casal donde se hacen las clase y nos dirigimos hacia el otro lado del río. Hay un restaurante precioso recién remodelado, desde que vine por primera vez con mis padres hasta que cayó para resurgir de nuevo aún más majestuoso que antes, que he estado enamorada de este lugar.

—Tal vez deberíamos haber reservado —digo para mí misma.

—No te preocupes, yo lo soluciono —me tranquiliza, tras haberme escuchado.

—¿Cómo? —pregunto.

Antes digo algo y antes hace él por arreglarlo y que tengamos mesa. No puedo evitar inhalar en el delicioso olor que inunda la sala, huele a las mil maravillas, como antaño. Por mucho que la estética cambie la esencia siempre permanecerá en este lugar. Con su nombre de cuento y la hermosura que ya le caracterizaba. Veo cómo los camareros van de un lado a otro, hay mucha gente, parecen atareados, lo que es buena señal. Debe de comerse igual de bien que siempre. Alex se acerca a la mujer de la recepción, quien hace una mueca de sorpresa y acto seguido sale de tras la diminuta barra y le abraza con fuerza. Una gran sonrisa se esboza en la boca de esta, lo que me alegra. Acto seguido asiente, Alex me mira y me hace un gesto con la mano. Me acerco a donde se encuentran, pasando frente a todos aquellos que están esperando para entrar al comedor.

—Lola, esta es Lucía, mi nueva compañera de baile.

—¿Solo compañera de baile? —pregunta extrañada a la vez que me mira de pies a cabeza—. Pero si es muy guapa.

—Gracias —mustio, sintiendo cómo mis mejillas se enrojecen.

—Sí, Lola, solo compañeros de baile —contesta—. Ya sabes lo que hay —apunta.

¿¡No me digas que es gay!?! ¡Por Dios! ¡Que no sea eso! Vale que ahora no quiero nada, pero este hombre no puede desperdiciarse así como así, es más, estaría dispuesta a sacrificarme para devolverlo dentro del armario, si hiciera falta me lo llevaba hasta Narnia, a ver si se dejaba engatusar.

—Después de lo de aquella arpía... —murmura ella entre dientes.

¡Ole! ¡Ni gay ni nada! No puede ser que todos los *empotradores-tíos-buenos* sean gays, la gran mayoría lo son, y eso no es justo. Para alguien que es capaz de entendernos, encima están buenos y no podemos acceder a ellos. ¡Injusticia! Suspiro, pero consigo hacer una mueca cuando Lola nos hace pasar al interior de la sala.

—Muchas gracias. —Dice Alex.

—A vosotros por venir a verme.

Veo cómo Alex camina frente a mí con ese pantalón deportivo que deja entrever la silueta de lo que podría ser un buen culo. ¿Qué digo un buen culo? ¡Buenísimo! Y eso que lleva un chándal, llega a ir con unos *skinny jeans* de esos tan apretaditos y a más de una le da un infarto al ver ese culazo. Me pregunto cómo debe ser sin ropa. Nada de ropa. «A ver, Lucía, suficiente tengo con Marc y Kellin como para que ahora me ponga a babear por un bailarín», me digo a mí misma. Solo me faltaba, ahora otro. No, no, ya tengo suficiente y de sobra. Pero todo eso no quita que sienta una terrible curiosidad por saber qué se esconde bajo toda esa tela.

—Podéis sentaros aquí —dice Lola, sonriente—. Ahora os vendrán a atender esperad un momentito.

—Claro.

Sonrío ligeramente, lo suficiente como para no parecer una antipática a pesar de que me ha sacado de mis pensamientos. Alex se sienta en uno de los lados y yo en frente para que así pueda dejar su bolsa en la silla de al lado, igual que lo hago yo. Me mira, hay algo en él tan distinto como dulce y bondadoso. Me gusta, me cae bien.

—¿Habías venido aquí alguna otra vez?

—Sí, solía venir cuando era pequeña y alguna otra vez antes de que lo demolieran para hacer el nuevo restaurante —respondo.

—¿Sí? Vaya.

—Sí —asiento a la vez que contesto—. ¿Y tú? ¿De qué conoces a Lola?

Le da un trago a la botellita de agua que llevaba en uno de los bolsillos externos de su bolsa.

—Pues... —Hace una pausa—. Lola es algo así como mi tía.

—¿Como tu tía?

—Sí, algo así.

Una de las camareras viene a atendernos a la vez que sujeta dos cartas hechas de cartón, o mejor dicho cartulina. Nos las da y se saca una libretilla del bolsillo trasero de su pantalón, donde va apuntando todas y cada una de las comandas. La muchacha nos mira, como si quisiera decir algo pero no se atreviera a hacerlo. Sus ojos se posan en Alex, en esos fuertes brazos que asoman bajo las mangas subidas. Carraspeo, para que vuelva a la realidad y nos atienda, tengo un hambre que me muero.

—Ehm..., perdonad.

—Queremos menú. —Se adelanta Alex—. ¿Qué tenéis?

—Paella, ensalada con queso de cabra, escalivada, espaguetis a la carbonara y verduras salteadas, de primero.

—Yo quiero paella. —Sonríe—. ¿Y tú? —pregunta mirándome.

—Yo... —contesto pensando—. Ensalada.

—Perfecto. —Apunta la muchacha en su block de notas—. De segundo tenéis: secreto a la brasa, lubina a la plancha, hamburguesa con queso, verduras a la brasa con romesco, o pollo en salsa.

—Secreto a la brasa —decimos al unísono.

—Muy bien. —Acaba de apuntarlo—. Luego vendré a contaros qué hay de postre.

No aparta la mirada de Alex lo que en cierto modo me hace gracia. Veo que no soy la única que siente curiosidad por Tyree, incluso sin ropa. Esboza una mueca, la chica se pone algo nerviosa y vuelve a apuntar algo.

—¿Agua, vino y gaseosa...?

—¿Agua? —me pregunta Alex.

Asiento, fijando mis ojos en los suyos, estos brillan de manera especial, lo que me parece incluso curioso. La camarera lo escribe todo en la hoja y tras asentir se marcha, pasando entre las mesas.

—No recordaba que hicieran menú —comento.

—Sí, la verdad es que está súperbien en relación calidad-precio —me explica—. Además de que la comida está muy buena.

—Sí, siempre ha estado todo buenísimo. —Hago una pausa—. Tengo un hambre que por poco le pego un mordisco a la camarera en el brazo —admito—. Aunque ella creo que estaba demasiado ocupada queriendo darte el mordisco a ti.

Alex se ríe, inundando el salón con su agradable risa. Es adorable, aunque aún más *sexy* que bueno. La chica nos trae la bebida e inmediatamente Tyree me sirve un poco en mi copa.

—Muchas gracias.

—A ti por aceptar la oferta.

Le observo mientras él mira su móvil. Yo no quiero hacerlo, porque sino al final acabaré cabreándome y bien. La verdad es que no me apetece estar mal, por lo que tocará intentar ser positiva.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo. —Sonríe.

—Bueno, pero a parte de esa pregunta —apunto.

Él asiente repetidamente, alzando la vista de la pantalla, pero sin decir nada más, aguardando a que le haga la pregunta.

—¿Eres el profesor del grupo?

—No, en realidad soy monitor de niños en un centro no muy lejos de aquí.

—¿Y lo de hoy? —pregunto curiosa.

—La profesora, Elisabeth, no ha podido venir y me ha pedido que ocupara su lugar, es algo pasajero, no suele pasar esto.

—Ajá...

Bebo un poco de agua y miro a todo lo que nos rodea. La gente entra y sale del restaurante, otros esperan a que les toque su turno para poder entrar en la sala. Hasta que mi curiosidad vuelve a asaltarme y toma el control de mi boca.

—Lo que ha dicho antes Lola... ¿a qué se refería?

En realidad, sé que estoy teniendo mucho morro, no debería de haberle dicho nada y menos siendo tan directa y cotilla. Debo de estar pareciéndole una maruja. El pobre coge aire y hace una mueca.

—No respondas, no hace falta, he sido una grosera —me disculpo—. No debería de haberlo soltado.

Cuando va a contestar la camarera aparece, interrumpiendo a Alex, o por lo menos haciendo que no me cuente el motivo de por qué le ha dicho eso a Lola.

—Gracias —le dice a la chica cuando esta le deja el plato de paella frente a él.

—De nada. —Babea ella.

Me deja a mí la ensalada, pero por poco me la tira por lo alto y me la pone de sombrero, que ya sería el colmo de los colmos. Pero, bueno, tiene una pinta que vamos, vamos... Estoy deseando que se vaya para poder empezar a comérmela, además de que huele demasiado bien como para ignorar que la tengo frente a mí aguardando a que la devore.

—Gracias.

Y sin decir nada, pero lanzándole una última mirada a Alex, se marcha, eso sí, que no falte la miradita. Seguro que si por ella fuera estaría aquí arrodillada a sus pies, babeando y creando un océano de babas en todo el restaurante. Ni que fuera para tanto...

—Ale, maja —digo entre dientes—. Seguro que si le dices que nos invite a la comida, lo haría.

Alex se ríe, pero seguro que sabe tan bien como yo que es cierto. La chica esta debe de estar... Solo de mirarle debe de darle palmas algo que guarda en los pantalones. No se le puede notar más. Los tíos hay veces que parece que no tengan ojos en la cara, pobrecillos no se enteran de mucho.

—Que aproveche —dice él.

—Igualmente.

Deshago la estructura en la que han montado la ensalada y lo mezclo todo salvo el queso, que acabaré devorándolo como si no hubiera un mañana. El mejor placer de la vida es poder comer lo que uno quiere.

—Pues... Lola se refería a que una chica con la que estuve, y de la que no tengo muchas ganas de hablar.

—Vaya..., bueno, podemos cambiar de tema, no pasa nada.

—No es un buen recuerdo, la verdad.

Su expresión se vuelve distinta, entristecida. Esa chica debió hacerle bastante daño, si no no estaría así, tal vez ni siquiera la haya olvidado.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti? —pregunta.

Hago una mueca. ¿Y ahora qué se supone que le debo contar? ¿Que mi mejor amiga se ha enfadado conmigo? ¿O qué he «engañado» al chico con el que vivo con el mejor amigo de mi cuñado, porque me lo he tirado, varias veces? ¿O tal vez

debería contarle el hecho de que me gustaría verle sin tanta ropa? Suspiro y me llevo el tenedor a la boca para poder tener unos segundos más para pensar.

—Pues... —murmuro poco después—. Tengo una bibliotería, o cafeteca.

—¿Una cafeteca? —pregunta quedándose con la última palabra.

—Sí, digamos que es una cafetería mezclada con una biblioteca, o algo así.

—¿Y cómo lo haces?

Se lleva una cucharada de arroz a la boca mientras me mira atento, esperando a que le cuente cómo llevamos el Jubilee.

—Bueno, en realidad, somos dos, mi mejor amiga y yo somos las dueñas de la cafetería.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Y cómo os surgió la idea?

—Era algo que teníamos en mente y tras un viaje a Londres nos dio la neura y cogimos el Jubilee.

—Jubilee —murmura con un perfecto inglés.

—Sí, es un parque de Londres. —Sonrío—. Por cierto, ¿tú de dónde eres? —pregunto sin más.

—Bueno..., es raro —admite removiendo el arroz—. Mi madre es española, pero mi padre es americano.

—Ya decía yo... —murmuro.

¡Había acertado! Y eso que solo lo había dicho por su apellido. Tyree no es que sea muy normal por estas tierras.

—Sí, no soy español.

—¿Naciste allí?

—Sí, en Philadelphia.

—Debe de ser superbonito.

—La verdad es que sí, lo poco que recuerdo es que era realmente precioso.

Suspiro, anda que no me gustaría a mí poder irme para allí. Ojalá algún día pueda cruzar el charco, aunque sea solo unos pocos días, no necesito más.

—¿A qué edad vinisteis?

—A ver, voy a contarte.

Sigue comiendo, al igual que lo hago yo. Me encantan estas ensaladas que llevan cincuenta mil cosas, si solo son lechuga, tomate y cebolla, son muy aburridas, por eso adoro aquellas que son como esta, con su queso, sus nueces, palitos de pan... De todo, son más divertidas. Le doy un largo trago al agua y poco después Alex vuelve a rellenar la copa.

—Gracias.

—Mis padres se conocieron en Boston cuando mi madre viajó con su escuela de baile. Ella no volvió a España, se quedó allí trabajando como bailarina fue sabiendo cosas de él, y poco después él le pidió que fuese a vivir a su piso y no mucho más

tarde se mudaron a un pueblo de Boston, donde conoció a mis abuelos y mi padre le construyó allí una escuela con su nombre, hasta que un tornado arrasó con ella y decidieron venir a vivir a España conmigo con tan solo cinco años.

—Vaya historia...

—¿Y tú? ¿Qué, cómo ha sido tu vida?

—Pues normal, no ha habido mucho, la verdad.

—Algo debe de haberte pasado.

—Qué va, mi vida ha sido muy monótona siempre, he estudiado en la universidad y bueno, ahora estoy que no sé ni lo que quiero.

—Vaya...

—Ya...

Suspiro, eso es lo único que creo que tengo claro, que no tengo ni puñetera idea de qué es lo que quiero, pero bueno, con el tiempo seguro que conseguiré aclararme, aunque sea un poco.

—Y... ¿amorosamente? —pregunta curioso.

—Pues... como tenga que hablarte de todo eso no acabamos ni mañana, ya te lo digo.

—Bueno, si quieres empezar, soy todo oídos.

Por alguna razón hay algo que hace que quiera desahogarme con él, y contarle lo frustrada que me siento en estos momentos, pero no sé yo si este es el mejor sitio para hacerlo.

—Deberíamos seguir comiendo, el arroz se va a quedar frío.

—Bueno, no me importa, puedo escuchar y comer a la misma vez, aunque sea un hombre, soy capaz.

Sonrío y veo cómo su dulce mirada se posa en la mía, aportándome una calidez que no tenía y que me resulta incluso extraña. Acabo de comerme casi toda la ensalada antes de empezar a contarle todo lo ocurrido, o casi todo. Me escucha sin apartar la vista de mí, con atención, sin dejar que nada de lo que le explico se le escape. Pero algo me dice que ni un solo detalle lo hace.

—No sé..., Kellin ha hecho algo en mí, y lo que ahora necesito es alejarme.

—No entiendo muy bien por qué quieres alejarte de él.

—Porque no es para mí, incluso Natalia ha dejado de hablarme por él.

—¿Por qué?

—No quiere que me acerque a él y mucho menos..., ya sabes...

—Entiendo.

Su expresión ha ido cambiando a medida que le iba contando lo que pasaba con Kellin. Me da que hay algo que no le ha gustado. Suspiro, Alex es un buen chaval y después de lo que me ha dicho estoy segura de que él tampoco tuvo que pasarlo muy bien, por no decir fatal.

—Pues, sinceramente, no sé muy bien por qué ella se pone así, ni por qué él se comporta como un capullo, debería darse cuenta de lo que tiene.

—Pues sí —contesto desanimada.

—¿Le quieres?

Vaya pregunta. No sé si le quiero, solo sé que no quiero que se marche, por alguna razón necesito que esté aquí, conmigo. Los ojos se me llenan de lágrimas, tan amargas como repletas de rabia y dolor. Mi móvil suena.

—Yo..., un momento. —Alzo el dedo índice.

Abro la bolsa y saco el móvil del bolsillo interior. Lo desbloqueo y antes de que pueda decir nada, varias lágrimas descienden por mis mejillas, perdiéndose en la tela del mantel.

—¿Qué pasa? —pregunta al ver mi gesto.

—Kellin se marcha.

No, no, no...

No entiendo el gran vacío que siento por dentro, ni el hecho de que todo este mal haya tomado mi corazón como si nada, sin ningún esfuerzo. La agonía encoge mi pecho, me cuesta incluso respirar. Me hago un ovillo en la cama, pero poco después salgo corriendo hacia el baño, unas horribles ganas de vomitar me acosan de tal manera que no puedo evitar echarlo todo hasta que no queda nada en mi estómago. Me dejo caer junto al váter, apoyando mi espalda en la bañera. Lloro en silencio, no sé qué ha hecho Kellin conmigo pero siento un apego extraño hacia ese hombre. Necesito a Nati conmigo. No sé qué hacer, qué pensar ni cómo reaccionar. Cierro los ojos, entierro mi rostro entre las rodillas, escondiéndome, pero de lo que quiero esconderme no puedo.

Alguien llama varias veces al móvil, pero ahora mismo no tengo ganas de hablar con nadie y mucho menos que me vean así. No puedo dejar de llorar, de sentir este vacío que ha asolado mi interior como si fuese el rey de un todo, incluso siendo yo la dueña de mi cuerpo. Suspiro a la vez que escucho cómo vuelven a llamar al teléfono y cuando cuelgan, llaman al timbre de la portería en repetidas ocasiones. No voy a levantarme para abrir, lo lleva claro la persona que esté abajo... Va a helarse, porque no tengo intención de abrirles la puerta.

—¿Por qué has tenido que irte? —le pregunto a un Kellin omnipresente que ni siquiera existe.

Alguien forcejea en la puerta de la entrada, la cual tarda poco en abrirse, no he cerrado con llave, lo que provoca que mi corazón se acelere y empiece a ponerme muy nerviosa. Joder, joder... ¿Quién demonios está entrando? Cierro la puerta del baño de un portazo y echo el pestillo. Me resguardo en la bañera, cogiendo el bote de laca con fuerza. Mierda, mierda. Todo mi cuerpo tiembla a causa del miedo. El dolor que había en mí le deja paso, haciendo que la amargura se disipe como si nunca hubiera estado ahí. Me tapo la boca cuando empiezan a golpear la puerta del baño. Mi respiración se vuelve agitada, intento no hacer ningún ruido, cojo el albornoz y me lo echo por encima a la vez que cierro con cuidado la mampara. Joder, creo que me voy a mear encima del miedo. Cojo aire. Ha caído la noche, y apenas hay luz en el salón, ni siquiera sé qué hora es. Debería de haber cogido el teléfono, podría haber llamado a la policía. Lloro sin hacer ni un solo ruido, aterrada, nerviosa y paralizada, solo puedo agarrar con fuerza el bote de laca.

Escucho cómo algo de cristal se cae al suelo y se rompe, cierro los ojos con fuerza, intentando evadirme de todo, cosa que no consigo. Suena algo metálico en el pomo de la puerta, intentan quitar el pestillo, solo le ruego a los dioses que no lo consigan, y que se den por vencidos. No quiero sufrir, que me roben, ni me hagan

daño, no quiero que me violen... Solo quiero estar tranquila. No dejo de llorar, se me está haciendo todo una bola, y no sé cómo cojones voy a salir de aquí sin que me dé un infarto.

La puerta del baño se abre y lo único que soy capaz de hacer es encogerme bajo el albornoz sintiendo cómo mis mejillas se empapan cada vez más, mojando la tela de mi jersey. Puedo ver la silueta del hombre al otro lado de la mampara. Ha encendido la luz. Solo espero que la claridad de la tela me camufle como si fuera el fondo blanco de la bañera. Cierro con fuerza los ojos, aprieto la mandíbula, intentando que ningún sonido se escape de mi interior. Joder, ¿por qué todo lo malo me tiene que pasar hoy a mí? ¿Es que no podía esperarse a mañana? Un profundo quejido se me escapa, rasgando mi garganta, ya no hay nada que hacer. Me deshago entre llantos y lágrimas. La mampara se abre, entonces mi corazón se detiene durante unos segundos.

Marc se arrodilla, asustado, su expresión es de puro terror, igual que supongo que lo es la mía. Jamás le había visto así, pero ahora mismo tampoco me importa del todo. Pasa uno de sus brazos bajo mis rodillas y el otro por mi cintura, poco a poco va cogiéndome hasta que mi cuerpo deja de tocar la bañera. Dejo caer el albornoz y la laca para poder abrazarle con fuerza, rodeando su cintura con mis piernas y escondiendo mi rostro contra su cuello. No puedo evitar llorar como una cría.

—Tenía tanto miedo... —susurra él contra mi pelo, a la vez que acaricia mi espalda con mucho mimo.

Hace una pausa mientras sigue acariciándome, consolando el llanto que intenta tomar el lugar que le pertenece al silencio.

—Pensaba que te había ocurrido algo y que te perdía —admite.

Siento cada uno de sus pasos, sale del baño y se dirige al salón, hasta que se sienta en el sofá, aún sujetándome contra su pecho. Ahora mismo es en el único lugar en el que puedo sentirme a salvo, bajo sus brazos. Me siento tan confusa, tanto... No sé qué es lo que me daba más miedo, no sé a qué estoy temiendo, si a quedarme sin Kellin o al hecho de que pudiera haberme ocurrido algo. Llora, sin hacer ningún sonido, pero vaciando toda mi alma de todos esos gritos que estaban atormentándola como si no hubiera un mañana, haciendo que se resquebrajara.

—Ya está, pequeña —mustia—. Yo cuidaré de ti, no dejaré que nada te ocurra, te lo prometo.

Sus palabras son tan sumamente sinceras que hacen que el dolor de mi corazón sea aún mayor. Me siento tan mal, tanto... No sé qué demonios debería de hacer, pero algo que sí sé que es importante que haga es olvidarme de Kellin, no puedo seguir pensando en él.

—Siento haberte asustado.

—No... no pasa nada —consigo decir.

Besa mi coronilla, como si fuera una niña. El dolor y el miedo se ven disipados por la paz que desprende Marc, es tan dulce y bueno que es imposible no sentirse

reconfortada entre sus fuertes brazos. Me separo un poco de él, y quedo cegada por esos ojos azules que tanta bondad reflejan. Son tan hermosos que no puedo dejar de mirarlos, en ellos hay pigmentos distintos que hacen que sean muy especiales. Pongo mis manos a ambos lados de su rostro, con cuidado de no meterle el dedo en un ojo, porque con lo patosa que soy sería capaz de hacerlo sin siquiera darme cuenta.

—Lo siento —digo en voz baja.

Hace una mueca sin entender a qué viene esa disculpa, pero solo yo sé a qué me refiero. No debería de estar aprovechándome así de él, pero haré lo imposible por compensar todo aquello que he hecho. Me abrazo a Marc, y le beso el cuello.

—No hagas eso —me ruega en voz baja.

Vuelvo a separarme de él, mirándole. Él vuelve a hacer una mueca, pero poco después esboza una sonrisa en sus labios. Es extraño lo que este hombre es capaz de decir con una simple mirada, es tanto que me embriaga y me obliga a dejar de observarle. Siento cómo mis mejillas se encienden, igual que lo ha hecho su mirada. Mi barriga suena, no he comido nada desde este mediodía, tampoco estaba con ánimos como para hacerlo. Ni siquiera sé qué hora es, pero debe ser tarde, si no Marc no estaría ya en casa.

—¿Quieres comer algo? —pregunta.

—¿Qué hora es?

—Tarde, las once y media.

—¿Y qué haces tú aquí?

Normalmente no suele llegar a casa tan pronto, debe de haber entrado Héctor un poco antes y lo ha reemplazado.

—Me han dejado salir antes —me explica.

—Héctor.

—Ajá —asiente.

—Está bien. —Sonrío.

—Entonces... ¿quieres cenar?

Miro hacia abajo, y luego a él. Asiento un par de veces, tengo bastante hambre, pero estaba tan obcecada en sentir ese dolor feo que Kellin ha creado en mí que ni siquiera estaba pensando en comer.

—He traído algo, por si no habías preparado nada.

—Pues suerte que lo has hecho...

—Bueno, tal vez haya sido un presentimiento, algo de última hora.

Sonrío, adoro cómo se comporta conmigo y el tacto que tiene. Cierra los ojos durante unos segundos... Suspira aliviado, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, como si su preocupación fuese una mochila de treinta kilos.

—¿Qué? —pregunto.

Me observa con esa dulce mirada que tiene, no deja de hacerlo, lo que me pone un poco nerviosa, a la vez que me intimida.

—Estaba asustado, cuando he entrado y no te he visto por ninguna parte, no sé... He pensado que algo malo te había ocurrido, por alguna razón he temido por ti.

—Bueno, yo pensaba que estaban entrando a robar y vamos..., que me iban hasta a violar.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, es lo primero que he penado nada más escucharte.

Sin venir a cuento y porque me apetece, le doy un beso, fugaz y casi imperceptible, un piquito. Sonríe al igual que lo hago yo.

—¿Quieres cenar ya? —pregunta alegre.

—Por favor.

Se pone en pie, aún conmigo sujeta, por lo que dejo ir un chillido de sorpresa. Marc se ríe, me deja en el suelo y besa mi frente. Le doy un golpe en el brazo, por lo que suelta un quejido más falso que una moneda de tres euros, sí, pero aun así, un quejido.

—¿Qué has traído? —pregunto curiosa.

—Pan de olivas, tomate y cebolla, tallarines con setas y unos tagliatelle Calabrese.

—¡Uff...! ¡Qué hambre!

—Pues venga, ponemos la mesa y a cenar.

—No, cenaremos frente a la televisión, es mejor.

Subo la mesa, ya que es de esas que son plegables. Me encanta porque es mucho más cómoda que una de las que se mantienen bajas. Saco todo lo que hay encima, dejándolo sobre la grande. Echo el mantel sobre la pequeña para que no se manche.

—¿Faltan servilletas? —pregunta.

Asiento a la vez que voy hacia la cocina, falta todo, cojo los cubiertos, vasos, servilletas y una botella de agua fresca. Mientras, Marc se dedica a preparar lo restante, colocándolo en platos tras saltar ligeramente los tallarines y los tagliatelle para que no estén fríos, al igual que pone las barritas de pan sobre la tostadora.

—¿Me lo llevo? —pregunto cuando veo cómo echa los tallarines en un plato.

—Claro. —Sonríe.

Tras cenar tranquilamente, recogemos dejando las cosas sobre la encimera de la cocina, ahora solo tengo ganas de quedarme tirada en el sofá, apoyada sobre su pecho viendo alguna película. Olvidando todo lo ocurrido en el día de hoy. Y eso hacemos, por suerte dan *La sirenita* en uno de los canales. Nos tapamos con una manta y me recuesto sobre su pecho, como si fuera una almohada, adoro estar así, y con la tranquilidad que emana es imposible no estar perfectamente bien. Acaricia mi espalda, a la vez que su corazón late pausadamente, haciendo que me quede prácticamente dormida.

Me despierto a media noche, en mi cama, sola y tapada con el edredón. Miro hacia todas partes, pero no está, no le encuentro y no me gusta. Ruedo por la cama, hasta que mis pies acaban tocando el frío suelo. Los resguardo en las zapatillas, abro la puerta de la habitación y me encuentro a Marc tumbado en el sofá, dormido y con la televisión aún encendida. Sonrío, es la mayor expresión de dulzura que he visto jamás, como un niño pequeño que, tras un largo día lleno de juegos, se ha quedado dormido en el salón viendo los dibujos. Voy hacia la cocina, miro la hora del reloj, el cual marca las tres de la mañana. Me siento en el reposabrazos junto al que queda la cabecita de Marc, paso mis dedos por su rizado cabello y le beso en la mejilla.

—Marc —le digo en voz baja, a la vez que me arrodillo frente a su rostro.

No me acerco mucho, tampoco quiero que salga huyendo, espero que no lo hiciera, sino..., ya sería lo que me faltaba. Paso mis manos de nuevo por su pelo, hasta que va abriendo esos ojillos que tiene, me encanta.

—Hola —murmura a la vez que sonrío y se estira.

—¿Cómo has dormido?

—Bien...

—Debes de tener el cuello... Deberías ir a la cama o acabarás destrozándotelo.

Parece un niño, cierra de nuevo los ojos, negando con la cabeza. Aún no está muy lúcido como para pensar, la verdad es que yo no sé cómo lo estoy consiguiendo, porque vamos... Normalmente suelo ser un *zombie* y de los buenos, tan buena que no sé cómo aún no me han llamado para salir en *The Walking Dead*. Cojo una de sus manos y tiro de ella levemente.

—Vamos —susurro.

—¿A dónde, nena?

—Ven conmigo —le pido.

Fija sus ojos en los míos, pero ahora no hay dulzura sino un deseo que pocas veces antes había visto. Mis mejillas se encienden, y unas terribles ganas nacen en mí. Pero no, no debo hacerlo. Tiro de su mano, esta vez con algo más de fuerza, la suficiente como para que se ponga en pie. Pega su pecho a mi espalda, puedo notar cómo su abultado paquete roza contra mi cintura, lo que provoca que todo aumente. Se abalanza sobre mí, pasando sus brazos por encima de mis hombros, los besa con cuidado, luego hace lo mismo con el cuello, al cual ataca sin piedad. Mi vello se eriza, y mi cuerpo arde. Pero yo... No debería de estar haciendo esto, no debería de involucrarme así con él después de haberse marchado Kellin... Debería..., debería... «¡A la mierda con lo que deberías, Lucía!», me grita mi demonio interior. Pero... me escabullo de sus brazos, doy la vuelta, para no perderle de vista, no quiero que me tome por sorpresa en ningún otro momento, por lo menos ahora. Mis nervios

empiezan a nacer, lo que hace que esté algo incómoda. Cuando llega a donde me encuentro retrocedo un par de pasos, hasta que la parte trasera de mis piernas se topan con la cama. Posa sus grandes manos a ambos lados de mi rostro, con una delicadeza innata. Adoro como se comporta, como me trata. Es como si pensara que soy una flor a la que no debe dañar, una escultura de cerámica que no debe romper... Y eso me cautiva. Me besa lentamente, con ternura. Mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Por qué lloras, pequeña?

—Yo...

—¿Tú qué?

Me dejo caer en la cama, me siento y él hace lo mismo, despertándose por completo. Pasa su brazo por encima de mi hombro, me besa la coronilla y tras eso me da un golpecito con su barbilla en mi cabeza.

—Cuéntame —me pide, o mejor dicho, me ruega.

—Yo... —Ni siquiera sé cómo debería de empezar esto.

¿Cómo se le puede decir al chico con el que vives y con el que se supone que hay un tonto que te has acostado con el mejor amigo del futuro marido de tu mejor amiga? Es todo tan sumamente de mierda que ni siquiera sé cómo hablar.

—Marc..., yo...

—Dime —me pide—. Dilo ya.

—Me he acostado con Kellin Lund.

—¿Cómo?

Se queda perplejo, callado, mirando el suelo, sin entender muy bien nada. Suspiro, cierro los ojos con fuerza a la vez que siento cómo una amarga lágrima se desliza por mi mejilla, pero poco después, Marc la captura con uno de sus dedos.

—Lo siento.

—No sientas nada, Lucy.

—Claro que lo siento, Marc, eso no debería haber ocurrido, por respeto a ti.

—Tú y yo no tenemos nada —dice tajante, con una frialdad que me asusta—. Pero quiero que lo tengamos, no me importa nada, Lucía, solo tú.

Trago saliva, mis ojos se abren de golpe, y las lágrimas caen como si fueran una cascada, no puedo dejar de llorar.

—Ahora mismo solo quiero reparar cada una de las heridas que ha dejado ese en ti... Yo solo quiero que todo el mundo se muera de envidia, que se corroan al ver que no pueden conseguirte, quiero que seas mía, cuidarte, quererte y protegerte de todo mal que la vida pueda ponerte por delante.

—Pero...

—Ni pero ni nada.

Su expresión es seria, muy seria, pero a la vez compasiva y tierna, veo que solo quiere protegerme, cómo cada una de sus palabras son ciertas, ni una de ellas falla. No sé qué es lo que él siente por mí ahora mismo, pero es tan sincero que consigue aturdirme con tan solo hablar.

—No te preocupes —me pide—. Ahora, vamos a dormir, mañana hablaremos de esto.

Me coge con cuidado de las piernas, metiéndome bajo el edredón, me tapa, y se pone en pie para salir de la habitación.

—No te marches —le suplico.

Sin pensarlo ni un solo segundo, sale a parar la televisión, y vuelve a la habitación. Se mete en la cama, y yo me limito a recostarme contra su pecho, encontrando una paz extraña, la única que es capaz de tranquilizarme.

El día amanece en paz, tras la tormenta todo está en calma, o al menos por ahora. Cuando me levanto de la cama, Marc aún está conmigo, abrazado a la almohada como si fuera yo a quien abraza. Me pongo una sudadera ancha, y salgo de la habitación, dejándole dormir mientras, yo voy preparando el desayuno. Pongo algo de música, muy baja, lo suficiente como para que solo yo pueda escucharla, cierro bien la puerta de la habitación, ya que se había quedado entreabierta. Me lavo la cara en el baño, y me recojo el pelo igual que suelo hacer siempre.

Mi teléfono suena, por suerte lo llevo en el bolsillo de la sudadera, por lo que no molestará a Marc. Lo miro y para mi sorpresa, es Natalia quien me escribe, lo que me extraña y mucho, creo que aquí empieza el mal día, y la verdad es que no tengo ganas de que así sea, por lo que no miro su mensaje y lo pongo en silencio.

Preparo unas tostadas, huevos revueltos, una tortilla con queso, y lo llevo todo a la mesa junto a un *birk* de zumo de naranja, magdalenas, galletas, unas creps, un par de vasos y poco más. Va a tener dónde elegir, esto más que un desayuno de casa parece uno de *buffet* que dan en los hoteles, porque madre mía... Tras eso voy hacia la habitación, de nuevo, Marc está tirado en la cama boca arriba, con los ojos abiertos y mirando hacia el techo, sin decir ni hacer nada. Le contemplo desde la puerta, tiene el pelo alborotado, no lleva camiseta y solo el edredón le cubre.

—Buenos días —le digo con una amplia sonrisa.

—Buenos días.

—¿Qué haces?

—Estaba pensando.

Me siento a su lado, y le doy un beso en la mejilla. Su cuerpo no parece tan cálido como normalmente, sus gestos tampoco lo son. Es frío, es como si el cariño hubiera desaparecido, lo que hace que un escalofrío me recorra de pies a cabeza.

—¿En qué piensas?

—En ti —dice en voz baja—. En ti y en ese capullo... —añade entre dientes.

Le miro atontada, otro escalofrío me recorre. No me gusta la sensación que estoy teniendo, no me gusta ni un pelo. Acaricio su pecho con mimo, pero no hace más que permanecer tenso.

—Si pudiera... —gruñe.

No debería preguntar, pero algo en mí quiere saber qué quiere decir.

—Si pudieras... ¿qué?

—Iba a cambiarle de cara, no iban a reconocerle ni en su casa.

—No pienses en él. —Beso su pecho—. Ven a desayunar, he preparado algunas cosas para que cojas fuerzas.

—¿Cómo no voy a pensar en ello, Lucy?

—Pues no haciéndolo.

Me siento encima de él, de su cintura y agarro sus brazos para que no pueda moverse ni un ápice. Le beso en la boca y él me devuelve el beso, haciendo que sonría.

—¿Vienes a desayunar?

—¿Serás tú mi desayuno?

—Pues... la verdad es que ya he preparado un banquete, pero mañana ya veremos. —Le guiño un ojo, pícara.

Acto seguido le doy otro beso y me aparto de él, bajando por el lado que da hacia la ventana. Levanto un poco la persiana, lo suficiente como para que diminutos rayos de sol se cuelen entre las lamas.

—Vamos, vamos —insisto.

Le destapo, a pesar de que sé que no le gusta, y que odia que lo haga, pero es lo único que hará que se levante.

—Te vas a enterar.

Le miro desde la puerta, hasta que se pone en pie de un salto, entonces, corro hacia la cocina como alma que lleva el diablo. No tarda en alcanzarme sorteando las sillas, y todo aquello que hay por en medio, me toma por la cintura y hace que me dé la vuelta. Me besa apasionadamente y, tras darme un mordisquito en el labio inferior, me deja ir para dirigirse hacia la mesa como un rayo, igual que lo haría Turrón, el tío es un ansia con la comida.

—¡Madre mía! ¡Vaya banquete! —exclama nada más ver todo lo que hay sobre la mesa—. Te has pasado, pequeña.

Se da la vuelta para volver a cogerme de la cintura y besarme en la boca una vez más, sonrío tras hacerlo, y luego se sienta en una de las sillas de la parte central de la mesa, no a los extremos, así llega mejor a todo.

—¿Zumos? —me pregunta a la vez que se sirve él un poco.

—Sí, por favor.

Me siento frente a él, unto un par de tostadas con mantequilla y voy a por algo de jamón de york. Al igual que mi abuela se hacía tostadas con mantequilla y azúcar, o mantequilla con trocitos de chocolate... Recuerdo cuando me hacía bocadillos así para ir a clase.

—¿Hoy vas al Jubilee?

—Pues..., no lo sé, Nati no me ha dicho nada.

Permanezco en silencio, pensando hasta que recuerdo que en realidad sí que me ha escrito, solo que no le he hecho caso. No sé si debería mirar ese mensaje. Algo me dice que me arruinará el día, y eso sí que no, suficiente tuve con el de ayer como para amargarme de nuevo.

—Bueno, en realidad, sí que lo ha hecho.

—¿Entonces?

—No he mirado su mensaje.

—¿Y eso? —pregunta curioso a la vez que le da un gran mordisco a una de las tostadas con huevo que se ha montado.

—No sé, algo me dice que no me gustará lo que me ha escrito.

—Pues no lo mires.

—Ya, pero tendría que ver qué me dice. No sé...

Sigo desayunando tranquila, hasta que mi curiosidad vuelve a asaltar mi mente, tomando el control de esta y de mi boca.

—¿Y tú? ¿No vas esta mañana al restaurante?

—No, esta semana voy de tarde.

—Vaya, llegarás a las tantas todos los días.

—Sí, pero lo bueno es que tengo toda la mañana libre para hacer lo que quiera, e incluso para poder descansar un poco.

—Eso sí.

—Si quieres podemos ir a dar una vuelta, o quedarnos aquí, si al final no tienes que ir a la cafetería.

Permanezco en silencio durante unos minutos, dándole vueltas a lo que me ha dicho.

—¿Qué pensaste cuando... cuando te dije lo de Kellin?

—Bueno, pensé en que si pudiera lo estrangularía con mis propias manos, lo mataría.

Suspiro. Normal, yo también habría querido lo mismo, o algo peor, me saldría mi vena asesina, acabaría en la cárcel seguro. No sé muy bien cómo es capaz de aguantarse, yo ya habría ido a por ella, pero supongo que somos muy distintos, por lo menos en eso.

—Lo mío habría sido peor —digo justo antes de darle un mordisco a mi tostada.

—¿Qué habrías hecho?

—¿Realmente quieres saberlo? —pregunto dándole un sorbo al zumo.

Marc asiente un par de veces masticando su desayuno. Es tan ansias que casi no puede esperar para contestarme que ya le ha dado otro mordisco.

—Pues, en primer lugar, habría averiguado dónde vive, luego robaría un coche y en tercer lugar la atropellaría —tras decir eso, le sonrío ampliamente.

Marc hace una mueca, pero le es imposible no romper a reír. Cree que lo digo en broma, y no lo es, vamos... Si yo estoy con alguien, lo primero es que él se quedaría sin descendencia, lo segundo sería atropellar a la otra, y tercero sería que volvería a estar soltera. Por suerte, o por desgracia, nosotros no tenemos una relación como tal, él mismo lo dijo la otra noche y, aunque sea raro y en cierto modo me duela, es verdad. No tenemos nada, vivimos juntos, somos amigos, hay una atracción, un cariño que se ve día a día, pero solo es eso.

—Entonces..., tú y yo... —murmuro.

—Tú y yo, ¿qué? —pregunta.

Desvío la mirada, ya que él la había fijado en la mía y eso estaba poniéndome de los nervios, hay veces que no puedo aguantársela, algo en ella me inquieta, pero jamás encuentro el qué.

—Pues...

¿Cómo se supone que hay que preguntar estas cosas? No sé cómo la gente lo hace, porque yo soy un poco incapaz de hacerlo con normalidad, y mira que habitualmente suelo ir como una cabra loca a los sitios y decir lo que se me pasa por la cabeza pero con Marc es todo distinto en este momento.

—¿Sí? —insiste.

—Joder, que me pones nerviosa.

—¿Por qué?

—Pues no sé, tu mirada..., tú, me pones nerviosa.

—¿Y qué era lo que querías preguntar?

Suspiro, madre mía, qué hombre. Si es que no puede ser, es peor que yo y todo, pero, me gusta que sea así.

—¿Qué somos? —suelto sin más.

—¿Tú y yo? —pregunta.

—No, hombre, esta magdalena y yo —digo acercándome una magdalena a la cara—. ¿Hacemos buena pareja? ¿Sí, verdad?

Marc se echa a reír, y no es para menos, yo también lo habría hecho, ¿qué clase de loca hace eso? Yo, pero me consuela saber que viene de familia y que no solo yo estoy más *p'allá que p'acá*.

—Claro, tú y yo, es que vaya preguntas, chico.

—Pues...

—No lo sabes, ¿verdad?

—No —admite.

—Yo tampoco. —Río.

Hace una mueca, sigue tomándose su zumo y poco después alza el dedo índice, como queriendo decir algo pero sin acabar de pronunciarlo.

—Ya encontraremos la respuesta a dicha pregunta. —Sonríe.

—Sí.

No puede ser más adorable, ¿por qué es tan bueno? No lo entiendo, hay veces que creo que si le hiciera cualquier putada sería capaz de perdonarme como lo ha hecho con lo ocurrido con Kellin, aunque diga que no somos nada.

Después de desayunar tranquilamente, de hablar un buen rato sobre tonterías y de ver cómo casi relamía el plato, recogemos todo. Me siento en el sofá cuando veo que la pantalla de mi móvil se enciende. Natalia.

—¿Sí? —pregunto aun a sabiendas de que es ella quien llama.

—Tengo que hablar contigo —dice algo seria.

—Habla.

Intento parecer dura, aunque sea un poco y durante un rato, no voy a ir detrás de ella pero ambas sabemos que acabaré haciéndolo porque no puedo vivir sin ella, igual que ella sin mí, si no, no me estaría llamando. La conozco como si la hubiera parido, que solo me faltaba eso porque vamos... Lo sé todo, y cuando digo todo es: ¡todo!

—¿Puedes venir al Jubilee?

—¿Para?

—Para hablar.

—¿Es que no puedes hacerlo por teléfono?

—No —responde tajante—. Joder..., Lucía, por favor, necesito verte. —Admite desmoronándose.

—Por fin —murmuro.

—¿Cómo que por fin?

—Te he echado de menos, idiota.

Escucho cómo empieza a moquear al otro lado del teléfono, la respiración le tiembla levemente y acaba por sonarse.

—Jope, Lucy... —dice en voz baja.

—No seas tonta, no me llores, ¿eh?

—Es que no me gusta estar así contigo, no quiero enfadarme, y mucho menos por ese gilipollas. No sé cómo puede gustarte.

—Ya...

—¿Cenamos esta noche?

—¿Los cuatro?

Durante unos segundos escucho cómo deja el móvil sobre la mesa, o la barra, y habla con Ángela, suerte que está ella allí para ayudarla, si no, no sé cómo lo habríamos hecho, las dos enfurruñadas yendo de un lado a otro sin hablarnos.

—No, solo nosotras.

—¿Cena en casa?

—Perfecto.

Escucho como sonrío al otro lado, porque sí, las sonrisas se escuchan a pesar de no ser vistas.

—Nos vemos esta noche, pequeña —me dice.

—Sí.

La noche llega, Marc ya se ha ido al restaurante. Bueno, en realidad se fue pasadas las cinco y media, debía de estar a las seis, y a pesar de que estamos a menos de cinco minutos a él siempre le gusta llegar con tiempo para poder empanarse si quiere y mirar las musarañas mientras se cambia. Preparo algo de cena, nada trabajado, masa de pizza ya preparada de Casa Tarradellas, y le pongo todo lo que tengo en la nevera, menos cosas que no peguen, tampoco estoy tan loca como para echarle piña. Hacía mucho que no preparaba una, al estar Marc en el restaurante apenas puedo, ya que siempre acaba trayéndolas él. Esta vez hago un par, con una sola no tendríamos, entre lo que como yo y lo que come ella... Además, que si sobra algo bueno será, así lo tenemos para desayunar, o por lo menos yo, que si ella no quiere su parte ya me la quedo, y si hace falta hasta como lo mismo mañana.

Sin llamar al timbre ni a la puerta, esta se abre y veo que Nati aparece tras ella. Trae una botella de vodka negro y una de lima, lo que me hace pensar que esta va a ser una noche con algo de desmadre. Abro una bolsa de patatas, la dejo encima de la mesilla, y coloco unos cuantos vasos sobre ella. Antes de que pueda decir nada, se abraza a mí y se echa a llorar como una niña pequeña, sin ni siquiera dejar las botellas.

—No llores, nena —le digo en voz baja.

—Te echaba de menos —murmura entre mocos y lágrimas.

La miro, no me gusta verla así, se me cae el alma a los pies, me duele casi más que el hecho de sentir yo el dolor, y necesito verla bien. Si hay algo en esta vida que pueda hacerme doblegar es el hecho de que le hagan daño a mi Natalia, mi hermana, mi alma gemela.

—Vas a convertirte en un gran moco como sigas así.

Empieza a reír como una loca, y tras eso se separa de mí, con una amplia sonrisa que le llega de oreja a oreja, lo que me hace sentir terriblemente bien.

—¿Qué has preparado? —pregunta frotándose las manos.

—Qué morro tienes... Ya ni lloras ni nada.

—Hombre, es que tengo hambre. —Se sorbe los mocos.

Niego con la cabeza a la vez que le quito las botellas y las meto en la nevera, será mejor que estén fresquitas, así estará todo más bueno.

—Pizza.

—¿Una?

—No, tranquila, monstruo de las pizzas, he hecho una para cada una, no quiero quedarme sin nada.

—Habló... Como que tú no comes, gorda —dice riendo.

—Poco.

—Ya, ya. —Niega con la cabeza como acabo de hacerlo yo.

Nos sentamos en el sofá, tranquilamente, con unas patatas que también traía ella escondidas en el bolso. Básicamente para que no les echara el ojo y las acabara abriendo antes de tiempo y comiéndomelas, que es lo que seguramente habría pasado. Las pizzas se van haciendo y la ansias de mi amiga no deja de pedirme que abramos la bebida.

—Bueno, venga, ve a por ella y así miras cómo va la cena.

Se pone en pie igual que si fuera un resorte, de un solo salto y con esa sonrisa maliciosa que solo ella puede tener.

—¡Pues cómo van a estar! ¡Churruscadas!

—¿Qué dices?

Salgo corriendo hacia la cocina, casi me caigo por culpa de la zapatilla de Nati y me como toda la mesa... Madre mía, suerte que no me he quedado sin dientes, sino habría parecido un chino hablando sin la «r». Paso junto a nuestra barra americana, y veo cómo Natalia empieza a reírse igual que una loca.

—¿De qué te ríes?

—Qué rápido has venido.

—Capulla... —digo entre dientes.

De lo mucho que se ríe empieza a llorar, pasa a su fase de que le falta el aire y poco después cae al suelo, pataleando con pies y manos como si le estuvieran dando espasmos. Madre mía, no es más exagerada porque no, entonces ya sí que le estaría dando algo pero en serio.

—Venga, levanta el culo.

Hace lo que le digo, levanta el culo, pero el resto del cuerpo no. Si es que hay veces que es ella más cría que yo. Aunque, cuando nos juntamos las dos, somos el peligro personificado, ni siquiera Satán se atrevería a venir a decirnos nada. Bueno, si fuera Lucifer, el de la serie de televisión estaría invitadísimo, porque no veas cómo está el amigo... Yo le pedía unos cuantos favores.

—Vamossss... —le insisto.

Después de unas copas y de zamparnos casi una *pizza* entera cada una y una bolsa de patatas, voy a por una buena tarrina de helado para compartir de nueces de macadamia con caramelo y chocolate.

—¡Madre mía, qué pintaza tiene! Tú lo que quieres es cebarme —murmura Nati tocándose la barriga.

—Pues claro, ¿quién te crees que soy?

Natalia le da otro sorbo al vodka, ya verás tú como la vea así Collins, tendrá que venir a buscarla, o será ella quien tenga que quedarse aquí a dormir la mona, porque no veas cómo va la amiga.

—No sé cómo te puede gustar ese —dice en voz baja cuando me siento a su lado.

Al final hemos acabado sentadas en el suelo sobre la alfombra y los cojines para que no se nos quede el culo frío.

—Yo tampoco, Nat, de verdad.

—Debes alejarte.

Tiene razón, tengo que alejarme de él, hasta yo misma me he dado cuenta de ello, y pienso ponerlo en práctica, ya no solo por mí, ni por Nati sino por Marc, tampoco merece que le hagan daño. Tengo que saber qué es lo que quiero, y decidir.

—Pero bueno, ahora ya se ha ido.

—*Sip* —se queda mirando el vaso como hipnotizada.

—¿No dijo nada?

—No, simplemente cogió sus cosas, le dijo a Collins que ya hablarían, y poco después se marchó sin más.

Su respuesta es como una puñalada, me duele igual que si me hubieran herido, pero ¿qué esperaba? ¿Que fuese a dejar un mensaje para mí? Ni que ellos fuera un contestador. ¿Cómo iba a decir nada? Amargas lágrimas se agolpan en mis ojos, pero por mí y por mi orgullo no dejaré que escapen.

—Que se vaya... Ya se puede ir y no volver, porque no quiero saber nada más de él —murmuro entre dientes, enfadada—. Y como vuelva se va a enterar, porque de la patada en los huevos que le voy a dar lo voy a mandar a Cardiff de golpe. Así que más le vale no volver, o no tendrá descendencia.

—Bien dicho, hermanita.

Se pone en pie, busca dos vasos de chupito, y los trae junto a una botella de ron que teníamos por ahí guardada. Sirve un poco en ambos, cogemos los vasos y brindamos.

—Ya puede irse a la mierda.

—Sí —sentencia Natalia.

«Un gran pirata soy, brindad compañeros yo-ho», canturreamos al unísono.

Natalia al final se quedó a dormir, pero ya ha vuelto a marcharse, por lo que me he quedado sola de nuevo. Me visto rápidamente para poder irme a El Casal, tal vez haya alguna clase a la que pueda asistir. Me pongo un chándal cualquiera, gris, algo ancho, una camiseta de tirantes ajustada de color negra y mi sudadera granate. Dejo mi pelo suelto, le doy un trago al zumo, y salgo de casa. Tengo que aprovechar la mañana, ya que esta tarde tendré que estar con Ángela en el Jubilee, Nati tiene que ir a ayudar a Collins. Estas Navidades vienen los padres de él a casa, y tiene que encargarse de todos los preparativos.

Nada más llegar a El Casal me encuentro con Sara, quien tiene una sonrisa de oreja a oreja, y no deja de hablar con una chica que hay frente al mostrador. Tal vez ella también quiera apuntarse a alguna clase. Voy directa hacia el aula que tiene asignada la profesora de baile, y cuando entro me encuentro con que no hay nadie. Puede que aún no haya empezado, o acabe de terminar. Me siento sobre el pequeño escenario que hay al final de esta, con las piernas cruzadas y acabo dejándome caer hacia atrás, colocando mi mochila tras mi cabeza, para no hacerme daño. Se escucha algo de música en una de las salas contiguas, es tango lo que suena, y mi cuerpo quiere bailar, moverme de un lado a otro. Me pongo en pie, en el momento en el que Alex entra por la puerta con esa sonrisa tan hermosa que tiene, me encanta ver la felicidad que irradia al pisar la sala.

—¿Llevas mucho aquí?

—Qué va... —digo en voz baja.

Le miro de pies a cabeza, y es que no hay nada más *sexy* en este mundo que un hombre que baile. Me encanta. Por suerte o por desgracia, él no está hecho para mí, pero ojalá sí que lo fuera. Todo sería más sencillo.

—¿Lo escuchas? —pregunto cuando deja su bolsa junto a mí.

—¿Tango?

—Tango —asiento.

Levanta una ceja, sin apartar su mirada de la mía, lo que hace que me sienta desafiada, y algo me dice que eso es lo que él quiere. No tengo ni idea de cómo se baila el tango, pero con tal de ganar esta pequeña guerra soy capaz de todo. Sonrío, provocándole, momento en el que me tiende una de sus manos.

—¿Bailas? —Sonríe él.

—Bailo, Tyree.

Tomo su mano, y tiro de él hacia el centro de la sala. Camino con toda la elegancia y delicadeza que puedo, dando pasos decididos. Alex tira de mi muñeca, haciendo que de media vuelta y acabe prácticamente abrazada a él, me toma por la cadera, con un rápido gesto y con fuerza pega la suya a la mía, para que ni el aire

pase entre nosotros. Él me guía a cada paso que doy, yo me limito a dejarme llevar por la pasión que requiere este baile. Nos deslizamos por la sala, agarrados, envueltos en la débil música que sigue sonando, hace que gire sobre mis propias zapatillas, pero estas no son lo suficiente lisas como para poder movernos como debería. Me las quito sin pensarlo ni un solo segundo, y entonces sí que puedo girar como lo haría una peonza. Tomo el control durante unos instantes, pego mi espalda a su pecho, coloco su mano sobre el hueso de mi cintura, y le guío, imitando sus gestos. Puedo notar cómo sonrío contra mi oreja.

—No está nada mal —me susurra.

Todo mi vello se eriza al escucharle, al sentir que su cuerpo está pegado al mío, dejo ir un suspiro y sigo moviéndome. Sonrío, me gusta bailar con Alex, si no hubiera ningún hombre en mi vida me atrevería a decir que es prácticamente perfecto para mí, por no decir «perfecto», en mayúsculas y todo. Baila, le gusta todo tipo de música, es muy guapo y *sexy*, bueno, adorable... ¿Qué más se le puede pedir? Nada, la que conquistó su corazón será muy afortunada.

—¿Nada mal? —le digo desafiante.

—Demasiado bien en realidad.

Giro un poco la cabeza lo suficiente como para ver cómo una hermosa y arrebatadora sonrisa se dibuja en sus labios. «Dios, dame paciencia y fuerza para alejarme de este hombre, porque si no... ¡maaaaaaaaaaadre mía!». Aunque en realidad tengo suficiente lío con Marc como para despistarme con otro. Alex me hace girar, volar por la sala como si apenas tocara el suelo, es muy bonito ver cómo nuestros cuerpos están unidos por un hilo invisible que hace que nos movamos al mismo son.

Antes de que termine la canción, una mujer entra en la sala, puedo verla, pero apenas le presto atención, solo quiero seguir bailando. La música sigue, aunque algo me dice que no tardará en detenerse. Alex, quien parece conocerla de memoria, tira de mi brazo, extendiendo el suyo por completo. Con un rápido movimiento me recoge, y poco después coloca una de sus manos en mi cintura. Sus ojos están fijos en los míos, puedo sentir la pasión, e incluso puedo ver deseo en ellos, pero prefiero pensar que solo es por el baile, coloca su mano sobre la parte trasera de mi cintura, asiente y me guiña un ojo, pidiéndome confianza. Entonces, hace que gire sobre las puntas de mis pies, y acabe estirada por completo en el aire, con su rostro a apenas a unos centímetros. La canción se detiene y la mujer que nos observaba aplaude.

—Felicidades, pareja —alza la voz.

La miro perpleja, no tengo ni idea de quién puede ser, pero, parece que Alex sí que la conoce, si no, no habría hablado, supongo... Si yo fuera ella y no nos conociera a ninguno de los dos me habría muerto de vergüenza al hablar.

—Gracias, Elisabeth.

—Bravo y brava. —Aplaude.

—Te presento —dice tomando mi mano, y haciendo que me dirija hacia donde se encuentra Elisabeth—. Esta es Lucía Palacios, la chica nueva que se ha apuntado a

las clases.

—Tienes mucho potencial, niña. —Se pasa las manos por su canoso cabello, el cual a pesar de estar teñido sigue teniendo algún que otro matiz blanquecino.

—Gracias. —Sonrío vergonzosa.

—Ella es la profesora, Eli —añade Tyree.

—Encantada.

—Es un placer tenerte entre mis filas. —Hace una pequeña reverencia o, mejor dicho, el saludo que haría un artista frente a un gran público.

Deja su bolsa de tela sobre el escenario, se sube el maillot negro que viste y se recoloca la camiseta. Vuelve a darse la vuelta, puedo ver cómo algunas arrugas se dibujan junto a sus ojos, parece una mujer muy risueña y agradable.

—También es la profesora de yoga, y taichí —me explica Alex.

—¿Sí?

Elisabeth asiente alegre, va hacia el aparato de música y coge un pequeño mando que hay junto a este.

—Quiero ver qué hacéis, bailad para mí.

Nos miramos perplejos, sin entender muy bien a qué viene esto, pero rápidamente y sin pensarlo mucho más, asentimos. Elisabeth conecta la música, «Pony» vuelve a sonar, la misma canción con la que Alex me bailó el primer día. Sonrío al recordar esos movimientos tan *sexys* con los que me deleitó, algunos de los que ahora vuelve a retarme. Sonrío desafiante, al igual que lo hace él. ¿A mí me va a ganar? No, eso sí que no.

—No sabes dónde te estás metiendo, Tyree.

—Oh, claro que sí.

Nos movemos en círculos, retándonos con la mirada, como si se tratara de un duelo de espadas. Esa sonrisa que ya tenía no se borra, sigue ahí, burlona y pidiendo a gritos una buena revancha.

—¿Un duelo? Oh, no, quiero ver cómo os movéis juntos, sois una delicia —dice Elisabeth—. Quiero que os mováis igual que lo estabais haciendo con el tango, como si fuerais uno solo.

—¿Juntos?

—Sí, señorita —me responde.

—Muy bien.

Aparto la mirada de ella, centrándome en Alex, y en cómo va danzando a mi alrededor, igual que un conquistador lo haría en una discoteca, como un león lo haría con su felina. Pero, no sé si acabará por conquistarme o acabará en un simple juego de niños, indefenso e inocente.

—Vamos. —Sonríe.

Elisabeth cambia de música, pasa a una salsa y, tras eso, al tango de nuevo, no deja de cambiar. Nosotros nos limitamos a hacer lo que podemos y lo mejor que nos sale, aunque en mi opinión tampoco es nada fuera del otro mundo. Sencillo, grácil y

por disfrutar. Porque sí, el baile puede ser una lucha, un duelo, pero también la unión de dos personas, el dejarse llevar sin entender de género ni número. El baile está hecho para ser disfrutado como lo que más.

Tras una intensa clase, del pequeño gran baile que nos hemos montado en medio de la sala y de todas las emociones que hemos ido sintiendo a lo largo de la mañana, es hora de volver a casa. Tengo mil cosas que hacer, entre ellas ducharme, preparar la comida, limpiar y ordenar la casa, antes de salir pitando hacia la cafetería. Creo que es demasiado para tan poco tiempo.

—¿Comemos? —me dice Alex.

—No puedo, tengo mucho que hacer antes de irme a trabajar.

—¿No será porque te he ganado?

—No me has ganado —refunfuño.

—Claro que sí, y lo sabes.

Niego con la cabeza, no me ha ganado, no ha habido duelo. Aunque debo admitir que se mueve demasiado bien como para no haberse fijado en cómo baila.

—Bueno —intento cambiar de tema—. No tengo tiempo, y sí muchas cosas que hacer, así que a no ser que vengas a mi casa y me hagas la comida mientras yo hago el resto, no podemos comer juntos.

—Pues me voy contigo.

Abro los ojos como platos, no esperaba que fuese a decirme que sí, pero bueno... En realidad tampoco es mala idea, a no ser que no sepa cocinar, que en ese caso sí que habrá sido una muy mala idea.

—Pero... ¿tú sabes cocinar?

—Algunas cosillas sí —contesta orgulloso.

—Mmmmm... ¿algunas cosillas como qué?

—Soy bastante bueno con la pasta, si me dejas ver lo que tienes en tu nevera te monto algo rápido.

Me está hasta convenciendo, no sé por qué, pero me fío demasiado de este muchacho, aunque tal vez no debería ser así. Aunque no puedo evitarlo, así que al final acabo accediendo a que venga a casa a hacerme la comida.

Llegamos, por suerte no se encuentra todo patas arriba, está más o menos ordenado, salvo mi habitación, que tiene la cama por hacer y alguna que otra cosa por el suelo, solo espero no haberme dejado unas bragas por ahí tiradas, eso sí que sería vergonzoso.

—Me gusta tu piso. —Sonríe.

—Gracias.

Dejo la bolsa que suelo llevar a las clases en el colgador, y voy directa a la habitación, cerrando la puerta, o mejor dicho entornándola. Entonces, Alex la abre. Mierda, hay de todo por todas partes, incluido mi pijama, los calcetines y un sujetador. ¡Qué vergüenza! Alex se queda mirando el pijama durante unos segundos, hasta que se da cuenta de que también hay ropa interior, es ahí cuando da media

vuelta y se marcha al salón, con los mofletes rojos y sin decir nada. Me parece que le ha dado más vergüenza a él que a mí. Dejo ir una carcajada, cojo el pijama y demás, hago una bola con ello y lo meto debajo de la almohada tras estirar un poco las mantas.

—Puedes mirar en la nevera si quieres —digo sin siquiera mirarle, indicándole hacia donde se encuentra la cocina.

—Voy.

Deja su bolsa de deporte junto al sofá, a los pies de este, y se quita la sudadera, dejando a la vista esos fuertes músculos que se dibujan bajo la tela de la camiseta, la cual le queda algo justa. Si es que parece estar esculpido en mármol por los dioses olímpicos. Pero no es tan hermoso como Kellin, él es tan distinto, tiene un aire tan puro, hecho para el deseo y la perversión que es imposible que alguien le supere.

—Mmmm... Vamos a ver —dice abriéndola.

Se sube las mangas de la camiseta, se pasa las manos por la cabeza y mira bien qué es lo que hay dentro. La verdad es que hay muy poca cosa, como Marc siempre trae comida del restaurante...

—Voy a hacerte unos falsos *feutccine* de calabacín con salsa de quesos.

—¿Falsos *fetuccine*? —pregunto.

—Sí, tú ya verás.

—No sé si debería fiarme mucho de ti —murmuro.

—Claro que sí.

Cojo aire, le miro y cada vez estoy menos segura de dejarle así como así en mi cocina. Tal vez sea un loco y esté pensando en asesinarme cuando le dé la espalda... Quién sabe... Pero bueno, me tocará confiar en él y no comerme la cabeza. En realidad, tampoco tengo otra opción, ni tiempo, mientras no acabe quemándome la cocina y haga algo comestible yo ya estoy contenta.

—Si no te importa, voy a ir a darme una ducha. No quiero ir con estas pintas al trabajo.

—Vas bien —dice pelando un calabacín.

—Uy, no... ¿Tú me has olido?

—Al principio de la clase sí, hueles demasiado bien como para no olerte.

Mis mejillas se encienden, e intento que no lo vea. Suspiro, hago todo lo que puedo para pensar algo con lo que cambiar de tema antes de que se dé cuenta de que mis mejillas ahora se han vuelto dos semáforos en rojo.

—Bueno pero ahora ya no huelo tan bien —me excuso—. Me doy una ducha rápida y vuelvo.

Cojo mis cosas y hago lo que le he dicho, una agüilla para deshacerme del mal olor que llevo encima. Nada más salir de la ducha, recuerdo que me he dejado la ropa interior en la habitación, por lo que salgo envuelta en la toalla y con el cabello aún húmedo. Alex permanece en silencio, mirándome de arriba abajo, casi a punto de babear. Hasta que carraspea y desvía la mirada hacia lo que estaba haciendo. Está

nervioso, puedo notarlos en su gesto, en cómo se mueve y mira de un lado a otro. Sonríe, pero dejo de recrearme en su inquietud y me meto en la habitación para poder vestirme. Me pongo unos tejanos y un jersey morado, tendré que recoger el baño.

Al salir veo cómo escurre algo y mezcla ingredientes en la sartén. Me siento en uno de los taburetes que hay frente a él y sonrío.

—Parece que al final no me vas a quemar la casa.

—¡Claro que no! —exclama.

Recojo un poco el salón, aún hay algunas mantas por el suelo, tiradas y sin doblar, por lo que las guardo y doblo, metiéndolas en la caja de madera que hay junto al sofá. También llevo hacia mi habitación la ropa que había dejado en el baño. Si no fuera porque Tyree está haciendo la comida, seguramente, llegaría tarde al Jubilee y Nati se enfadaría conmigo, sin motivo, porque ella siempre llega tarde cuando le toca venir después de comer. Preparo la mesa con todo aquello que podamos utilizar mientras él acaba de cocinar.

—Entonces... —murmuro.

—¿Qué?

—Sabes cocinar bien, ¿no?

Sonríe y deja ir una sonora carcajada que me alegra la tarde y el día. Me gusta lo alegre que es este muchacho.

—Algo sé hacer.

—Bueno, eso tiene muy buena pinta —digo levantándome un poco, lo suficiente como para poder ver bien lo que va cocinando.

—Gracias. —Hace una mueca—. La verdad es que me gusta mucho la cocina y buscar recetas con las que experimentar.

—¿Sí?

—Ajá —asiente—. Me gusta hacer experimentos con lo que encuentro en mi cocina.

—¿Y te salen bien?

—Suelen hacerlo, en realidad, casi siempre.

—Eso está genial.

—¿Y tú? —pregunta curioso.

—Bueno, no se me da mal aunque hay veces que casi he llegado a quemar la cocina.

Alex ríe, lo que me gusta y mucho. Sigue preparando la comida, enrolla las tiras de calabacín, como si fueran un pequeño nido, echa unos champiñones que había en la nevera con algo de cebolla, revueltos, y luego los baña en la salsa que tenía preparada.

—Aquí tienes, reina. —Me pasa un plato.

Le miro y por un momento creo que mis ojos hacen chiribitas, ¿qué le falta a este hombre? ¡Nada! Es perfecto. Siento cómo mis ojos se llenan de pequeñas lágrimas,

¿por qué Kellin no puede ser como él? Suspiro, me estoy muriendo de rabia, pero es lo que hay, supongo.

Llego al Jubilee, y solo está Ángela, yendo y viniendo de un lado a otro, casi con la lengua fuera. Pongo mis cosas tras la barra, ni siquiera me preocupo por dejarlas en el cuartillo.

—¿En qué te ayudo?

—Ay, chocho —dice en ese andaluz tan suyo que solo ella tiene por aquí—. Échame una mano con la mesa cuatro y la seis.

—¡Voy! —exclamo.

Me acerco primero a las seis, ya que es la más cercana. Acabo de atarme el mandil y saco libreta y bolígrafo a la vez que me doy cuenta de que hay algunos vasos sobre la mesa, por lo que me tocará venir con el trapo antes de traerle nada.

—Buenas tardes, bienvenido al Jubilee —le saludo amistosamente—. ¿Qué va a querer tomar? —pregunto.

—A buenas horas —responde molesto el hombre.

—Lo siento, pero estamos hasta arriba.

—No lo sientes, mentirosa.

—¿Qué es lo que quiere tomar? —pregunto de nuevo.

—Aire, ¿puede ser? —dice de mala gana.

—¿Sí? ¿Quiere aire? Pues ahí está la puerta —contesto entre dientes—. ¡Así que aire! —exclamo.

El hombre hace una mueca de asco, se pone en pie y, sin decir nada más, se marcha por donde había venido.

—Ale, uno menos —gruño cuando me acerco a la barra.

—¿Qué ha pasado, niña? —me pregunta Ángela, quien cada vez parece más sociable.

—Nada, un hombre. Al parecer no quería nada de lo que tenemos en la cafetería, por lo que le he invitado a irse.

No entiende muy bien por qué lo he echado, aunque la verdad es que no me importa, la cafetería es mía y haré lo que quiera.

—No te preocupes, tú tira a hacer lo demás. —Sonrío—. ¿Has comido?

—Que va, tía.

Hago una mueca, mira que es tarde y la pobre no ha podido ni siquiera comer. Seguro que Nati se ha ido antes de tiempo, sin pensar en cómo le afectaba a Ángela, aunque seguro que ha sido esta quien le ha dicho que no pasaba nada si se marchaba antes.

—Bueno, hagamos una cosa, ve a por algo de comer mientras yo sigo atendiendo a la gente que falta por servir y voy recogiendo, ¿vale?

—No hace falta, de verdad, cuando acabemos.

—Soy tu jefa, haz lo que digo.

—Haré lo que me saga del *toto*, morena —espeta sin más—. Pero voy a ir a comer, y que conste que lo hago porque me da la gana.

—Porque te sale del *toto*, ¿no?

—Eso es, no porque tú lo digas.

Asiento, y me río, cada vez me va cayendo mejor esta muchacha, dice las cosas como las piensa y eso me gusta, prefiero las personas sinceras antes que aquellas que te dicen una cosa a la cara y piensan otra, y acaban criticándote por la espalda.

—Vamos, tira.

—Gracias —dice en voz baja.

Sale corriendo casi de la cafetería, y es que ya son pasadas las tres, por lo que seguramente se esté muriendo de hambre, la pobre. Si yo fuera ella le habría pegado un mordisco a alguien tarde o temprano porque vamos... Yo no puedo pasar más de tres horas sin comer nada, necesito tener siempre algo en mi barriga o parece que no sea yo, acabo pareciendo un *zombie*.

Me acerco a la mesa que antes no había atendido. Es una pareja de ancianos, a los cuales he visto alguna que otra vez, y siempre piden lo mismo, una infusión de tomillo doble con sacarina y un café con leche de soja, descafeinado. Me acerco a ellos, con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, ¿qué van a tomar?

—Buenas tardes, guapísima —dice la mujer amablemente—. Yo quiero una infusión de tomillo doble con sacarina. —Sonríe.

—Y yo un café con leche de soja, y que sea descafeinado, por favor.

—Claro, ahora mismo os lo traigo.

Limpio con un trapito la mesa, la seco, y vuelvo hacia la barra para poder prepararles lo que han pedido. Mientras la cafetera va calentándose, voy a recoger otra de las mesas, así voy avanzando algo. Preparo el café y la infusión que me han pedido.

La noche cae sobre la tarde, apenas hay nadie en la calle, y todo se ha tornado oscuro, cada vez las noches son más cerradas. Suspiro, ya no queda ningún cliente en el Jubilee, tan solo Ángela y yo seguimos en la cafetería. Estoy tan cansada que cuando pille la cama voy a partirla. Ángela se ocupa de acabar de barrer la sala, mientras saco el lavavajillas. Me agacho para poder colocar las copas y tazas en la parte de abajo de la barra. Al levantarme un chico con una capucha puesta y una braga algo alta, entra en la cafetería y, de repente, saca una navaja enorme con la cual me amenaza.

—¡Manos arriba! —grita—. Dame todo el dinero de la caja.

Mi corazón se vuelve loco, no deja de latir con fuerza, con tanta que me va a dar una taquicardia en un momento.

—Pero si tengo las manos arriba, ¿cómo te voy a dar el dinero de la caja? —mi verborrea ataca.

El chaval se queda pensando, hasta que se le cae la braga que le cubría casi todo el rostro, le miro, sé que es alguien a quien conozco, me suena demasiado... Mucho. Me muerdo el labio, intentando recordar quién es.

—¡Que me des el dinero! —vocifera.

Entonces es cuando caigo, sé quién es, estoy al noventa por ciento segura de que es él, el hombre que atacó a Joel tiempo atrás cuando salíamos de la Tagliatella. Es él. Segura, segurísima.

—¡Hazlo o...!

Antes de que pueda acabar de hablar, aparece Ángela, y como ve que sujeta una navaja, lo golpea con el palo de la escoba con fuerza, tanta que el chaval cae desplomado al suelo como si hubiera perdido el conocimiento.

—¡Lo has matado, bruta! —grito.

—Calla, calla —dice a la vez que se agacha a su lado, para comprobar que sigue vivo— coge unos trapos, rápido.

—¿Trapos?

—Haz lo que te digo, y tráelos.

—Qué mandona eres...

—Osú, chocho, qué lenta eres.

Se pone en pie, como el torbellino que es, me aparta de un manotazo echándome hacia atrás, entra en el cuartillo, y rápidamente aparece con cuatro trapos. Los va atando entre ellos, hasta que consigue una larga cuerda. Coge al chico por el cuello de la sudadera, y me mira.

—¿Vas a ayudarme o a quedarte ahí como un pasmarote?

—Pues...

—¡Ayúdame, venga!

Aguanto al chico, ella le rodea para poder atarle las manos con fuerza a una de las patas de la mesa, y luego las piernas, como si fuera una profesional.

—Madre mía, pero... ¿tú cuántas veces has hecho esto?

—Ninguna, pero he visto demasiadas veces *Mentes criminales* y esas cosas. —
Sonríe orgullosa.

—Pues no veas...

—Te ha molado, yo lo sé. —Me guiña un ojo—. Llama a la policía, anda.

Llamo a la policía, y poco después se presentan en la cafetería, tan tranquilamente, como si no hubiera pasado nada. Ángela no debería de haberle atizado con la escoba, por lo que, antes de que se despierte y ellos lleguen, lo metemos en el cuartillo, sin atar y sin nada, pero hemos cerrado con llave, por suerte, Nati y yo instalamos la cerradura nada más abrir por temor a que pudieran entrar y llevarse nuestro material, el cual es bastante... caro.

—Buenas noches, ¿Lucía Palacios? —pregunta el agente.

—Sí, soy yo.

—¿Dónde está el agresor?

—En el cuartillo, encerrado.

El hombre asiente, saca la porra que lleva colgada en el cinturón, y se dirige hacia el cuartillo/cocina.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Estábamos recogiendo, para cerrar y marcharnos a casa, como todos los días, pero entonces ha aparecido. Me ha amenazado con una navaja grande y ha intentado atacarme... —miento un poco, dramatizando la situación—. En un momento de despiste, gracias a que Ángela estaba detrás de él, hemos conseguido encerrarle en el cuartillo, así le hemos podido retener.

—¿No os ha agredido?

—Por suerte, no le ha dado tiempo —dice Ángela.

—Ajá. —Va apuntando otro a su espalda.

Miro al hombre que lo va escribiendo, sonrío al ver cómo hace una mueca, igual que lo hacía mi hermana cuando era pequeña, sacando la lengua, creía que eso le haría tener más concentración.

—Muy bien, tomaremos todos sus datos, y nos llevaremos al chico a comisaría.

Le acompaño a la puerta, hasta que escuchamos un fuerte golpe. El chico grita enfurecido, entonces los policías se miran entre ellos, asienten, y poco después, abrimos con mucho cuidado, dejando que sean ellos los que pasen delante.

—Queda usted arrestado —escucho que ambos dicen, solapándose entre ellos— cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra —siguen hablando.

Los agentes se llevan al chaval, y poco después se marchan, sin decir mucho más, dejándonos sus nombres y los números de teléfono.

—Vaya tarde... —murmuro.

—Pues ya ves.

—Ahora toca volver a casa. —Añado resoplando.

Dos días después...

«¿Estás preparada?», me autopregunto en el espejo, toca volver al Jubilee, a las sesiones de baile y a todo aquello que ahora mismo me cuesta, que aquel chaval entrara en la cafetería tan fácilmente me hizo pensar todo el día de ayer. Tuve que estar casi toda la mañana en la comisaría, junto a Ángela. Por suerte estábamos las dos en el Jubilee, sino... Podría haberme hecho cualquier cosa, haberse llevado todo el dinero, o haberme herido con aquella navaja. Suspiro, me cuelgo la mochila del hombro derecho, acabo de ajustarme los patines, y miro el salón, creo que no me dejo nada que sea importante, por lo menos para utilizarlo durante la mañana.

Salgo de casa, tranquilamente, apenas hay gente, son las diez de la mañana, y la clase debe de estar a punto de empezar, por suerte, solo tengo que cruzar una calle, y bajar junto al río. En menos de cinco minutos habré llegado a El Casal, cuando voy a cruzar el paso de cebra, le veo... Mi corazón se acelera sobremanera, tanto que creo que me va a dar algo. No sé qué es lo que hace este hombre conmigo, pero, aun en la distancia, es capaz de controlar lo que siento sin ni siquiera tener que mirarme, está ahí, algo en mí se quiebra. ¿Qué hace él aquí? Abro los ojos como platos, quiero ir tras él, perseguirle, saber si realmente se marchó por lo que le dije. ¿Debería hacerlo? Quien sabe, pero eso es lo que hago. Voy tras Kellin, sin importarme nada más, solo quiero hablar con él, aunque lo mejor sería alejarme y dejar que la vida pasase como si él nunca hubiera existido. Hago que las ruedas de mis patines rueden cada vez más rápido, tanto incluso que tengo que ir esquivando a la poca gente que hay en la calle.

—Kellin —grito.

No se da la vuelta, ni siquiera se detiene, lo que me molesta terriblemente. ¿En serio va a ignorarme de esta manera? No voy a dejar que se vaya así como así. Voy hacia donde se encuentra, tan veloz como puedo.

—Kellin —repito—. Detente, por favor.

Le agarro por el brazo, entonces se da la vuelta, y todo aquello que me recordaba a Kellin se esfuma, este hombre no es él. Me siento ridícula, no sé cómo he podido confundir a alguien tan distinto con ese galesucho... Yo... ¡Joder! Soy patética. Ni siquiera se parecen, pero, por un momento, he estado segura de que él era Kellin.

—Lo siento...

—Deberías ir con más cuidado, niña —espeto entre dientes.

Estaba tan segura de que era él que no hubiera imaginado que me estaba equivocando de esta manera. Todo lo que había sentido antes de perseguirle se deshace, desvaneciéndose como si nada.

Voy hacia El Casal, y nada más llegar me topo con Alex, quien sale de este algo nervioso. Lo que nos pilla a ambos desprevenidos haciendo que choquemos. Caigo de culo, con los patines incluidos. Normal, después de la colisión con un armario empotrado/empotrador como él es, imposible no caer, para no hacerlo hay que ser Hulk u otro armario.

—¿Estás bien?

—Bueno... —Me paso la mano por el cogote, me he pegado un buen golpe.

—Deja que te ayude.

—Es lo mínimo que puedes hacer, Tyree. —Sonrío.

Sonríe también, si es que de verdad, este muchacho hace que se me alegre el día. Es de esas personas que son capaces de contagiar lo que ellos sienten al resto, y eso me encanta.

—De verdad, Lucy, ¿estás bien?

—Sí, tranquilo.

Me quita la bolsa, para que no tenga que llevarla colgada, y me ayuda a bajar las escaleras con mucho cuidado por las que se entra en El Casal. Así no volveré a caerme, aunque por norma general suelo bajarlas yo sola. Nos dirigimos hacia la sala donde solemos hacer las clases, ya está prácticamente llena, debería de haber llegado antes, pero entre la persecución del falso Kellin, y la caída de culo, ha sido imposible.

—Hombre, aquí llega —dice Elisabeth—. ¿Te habías perdido? —pregunta pareciendo algo arrogante.

Elisabeth parece haberse levantado con el pie izquierdo, si no, no entiendo el porqué de su tono. Hago una mueca, Alex deja mi bolsa en uno de los bancos que hay al inicio de la sala. Me siento en él, me quito los patines y me pongo las zapatillas.

—No, no me he perdido, pero me han arrollado —contesto, algo seca.

—No veas, la gata —murmura Alex.

—Oh, cállate. —Le golpeo en el hombro.

Elisabeth crea un rondo, nos hace separarnos en dos grupos. No dejamos de movernos cuando la música empieza a sonar, es el grupo 112 quien nos acompaña con su canción «Anywhere». Me gusta mucho la música que escoge la profesora o, mejor dicho, la guía, porque realmente poco enseña, somos un grupo de gente que quiere un sitio en el que poder bailar sin que nadie le mire raro. Pero, aquí alguien tiene que poner orden, y para eso está ella, una responsable que dé su nombre para coger la sala, y para que podamos estar aquí.

Cuando «Anywhere» termina, 112 da paso a DJ Khaled, con su «All I do is win». Es tanto lo que me muevo que pronto tengo que parar, un pequeño ataque de tos hace que tenga que sentarme durante unos minutos en uno de los bancos. Veo cómo Alex se mueve, y es algo tan sumamente delicioso que me es imposible dejar de mirarle. No sé por qué, pero me resulta demasiado *sexy* verle bailar. Me pasaría el día entero. Me lanza una mirada llena de perversión, y luego sonrío.

—¿Vienes?

Se acerca a donde me encuentro, me tiende la mano para que me vuelva a levantar, y tira de mí poco a poco hasta que quedo prácticamente abrazada a él. Alzo la mirada, encontrándome con la suya, me da un beso en la frente y se separa de mí. Cuando llevamos un buen rato de clase, me acerco a Elisabeth, y le pido al oído que me deje el mando, quiero jugar con él.

—Haceos a un lado —dice Elisabeth.

Cojo el mando que me ha dejado, y cambio de canción, poniendo la del primer día, la que bailó Tyree el otro día, «Pony». «¿Preparado? No lo creo que lo esté», me digo a mi misma. Sonrío con malicia al mirarle. No sabe qué es lo que está a punto de suceder, y eso es lo más divertido. Nada más empezar, hago que se siente en una silla, igual que lo hizo él conmigo. Imito cada uno de sus gestos, aquellos que pretendía, y fueron, *sexys*, pero que en mí parecen algo más ridículos. Me río, no puedo evitarlo. Alex se ríe conmigo, negando con la cabeza. Todo el mundo nos mira, no dejan de reír y aplaudir. Todos conocen los pasos de Alex, saben que ese baile es suyo, nadie más se mueve como él, es su canción, su todo...

Solo que ahora quien la baila soy yo. Me siento encima de él, agarro sus manos y las coloco en mi cintura. Hago que estas se muevan por todo mi cuerpo, incluyendo las piernas, no dejo de moverme sobre Tyree, hasta que siento cómo un terrible calor empieza a salir, lo que hace que mis mejillas se enciendan. No dejo de bailar, no me detengo hasta que la canción se acaba. Tras eso y sin decir nada más, me pongo en pie, me aparto de él, y le doy las gracias a Elisabeth.

Se acabó por hoy el baile. Cuando cojo mis cosas para marcharme, Alex viene a por mí, no me deja salir de la sala, ya que me intercepta antes, como si no fuera más que una pelota de béisbol.

—Oye, yo... —dice en voz baja—. Lo siento.

—¿El qué?

—Bueno, ya sabes —murmura bajando la vista hasta su abultado paquete.

Me río, en realidad, no me ha molestado que eso ocurriera, no pasa nada.

—No te preocupes, Tyree. —Intento aguantarme la risa—. Si yo fuese un tío y hubiera tenido a una chica bailándome así, también me habría puesto cachondo —digo sin más.

—No estoy...

—No te preocupes, en serio, es algo natural.

Le doy un beso en la mejilla, y poco después salgo de la sala. Aún tengo cosas que hacer antes de marcharme, por suerte esta vez no he acabado tan sucia como la clase anterior. Escucho que Alex viene detrás de mí, con paso rápido.

—No quiero que pienses que me quiero acostar contigo, lo que ha pasado es que... —Se pone nervioso, lo que me hace gracia—. A ver, que no es que no quiera tampoco, pero quiero decir que...

—Tranquilo —digo alargando la primera vocal—. Te entiendo —resumo—. Que te hayas puesto así, no significa que quieras llevarme a la cama.

—Eso.

—Está claro.

—Aunque, bueno..., tampoco me importaría.

Sin decir nada, me doy media vuelta, con los mofletes rojos como tomates, y me voy, será mejor no seguir hablando sobre eso. Solo me faltaba ahora otro maromo por ahí rondando, como si no tuviera yo ya suficiente... Suspiro, es hora de volver al trabajo, y centrarse en eso.

Cuando llego a casa ya son las dos y media, voy a tener que engullir los espaguetis que he preparado esta mañana con salsa carbonara, me encantan así, por lo que he hecho un buen plato, para una persona normal debería hasta sobrar, pero tengo un hambre. Cojo el móvil, abro el WhatsApp, y enciendo el fuego para calentarlos un poco. Le envío un mensaje a Natalia, hoy nos tocará trabajar toda la tarde juntas. Nada más llegar le diré que vaya a descansar y a por algo de comer, lleva todo el día en la cafetería, debe de estar cansada.

Lucía:
¿Cómo va?

Contesta poco después.

Natalia:
Cansada

Lucía
¿Qué tal unos espaguetis a la carbonara?

Antes de decir nada envía varios emoticonos de la cara sorprendida, estoy segura de que si le llevo unos pocos se volverá loca, no sé si le gustan más a ella o a mí, y eso que soy yo quien los cocina. Me escribe segundos después.

Natalia:
Sí, tráete, porfi.

Lucía:
Te los llevo.

Echo algo más de la mitad de espaguetis en un bol negro, y mientras voy enrollando algunos en un tenedor para comérmelos. Pongo una olla al fuego, para hervir más pasta y así poder llevarle a Nati, por suerte hay tantísima salsa que podría llenar tres platos como el mío y tal vez aún sobraría. Mi móvil suena, la pantalla se ilumina, un mensaje de Marc aparece y poco después otro de Natalia, parece que se hayan puesto de acuerdo para escribirme los dos a la vez. Me pregunta tan adorable como siempre.

Marc:

¿Cómo va tú día, pequeña?

Lucía:

Bien, todo bien, cansada...

Y ahora al Jubilee.

No lee el mensaje, por lo que seguramente se haya escaqueado del trabajo cinco microsegundos para poder escribirme y luego volver a seguir. Últimamente tienen mucha gente, suelen ir en grupo. Seguro que es porque se acercan las navidades y muchas empresas empiezan a hacer las cenas o comidas navideñas.

Natalia:

Si me traes espaguetis seré la persona que más te quiera sobre la faz de la Tierra, ¿lo sabes?

Lucía:

Ya lo eres, seguro.

Natalia:

Seguro que sí.

Seguido de su mensaje, pone algunos emoticonos mandándome unos cuantos besos. No sé qué haría sin ella, es el mayor apoyo que jamás he tenido en la vida, sin ella no habría vivido muchísimas cosas. Jamás podré agradecerle del todo el millón de cosas que ha hecho por mí y lo mucho que me ha querido y cuidado durante todos estos años. Mis ojos se inundan de lágrimas. Cojo aire, intentando a calmarme, será mejor que me deje de tonterías y siga comiendo, o cuando llegue al Jubilee, en vez de que Natalia me abrace por los espaguetis me dará un buen golpe por llegar tarde.

Al llegar la Jubilee dejó el *tupper* de espaguetis tras la barra, para que nadie lo vea, queda muy feo que esté ahí a la vista de todos los clientes. Voy al cuartillo, para poder dejar la bolsa y la sudadera. Cuando salgo de la cocina veo cómo Ángela se marcha, diciéndole adiós a Nati y a una señora que está sentada junto al gran ventanal por el que entra toda la luz del sol. Me ato el mandil a la cintura, saco mi pequeña libretilla y me acerco a Natalia, le doy un golpecillo en el hombro, nada más girarse una amplia sonrisa se dibuja en su boca.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

—Sí. —Alarga la vocal—. ¿Dónde están? —pregunta entornando los ojos, y con cara de loca.

—Detrás de la barra.

Coge el *tupper* y lo abraza, custodiándolo como si fuera su tesoro, igual que lo haría Gollum, de *El señor de los anillos*. Seguro que si alguien se le acercara para quitárselo le daría un mordisco de los buenos para que no consiguiera llevárselo.

—Tranquila, pequeña Gollum, esos espaguetis son solo para ti, así que no te preocupes, que nadie te los va a robar.

Dejo ir una sonora carcajada al ver cómo su gesto cambia, no se había percatado de qué cara había puesto al coger el cacharro, por lo que apenas entiende de que hablo. Pobrecilla, debe tener hambre y ya ni la sangre le llega a la cabeza, aunque pocas veces lo hace.

—Ve a comer, anda.

—¿Sabes que te quiero?

—Sí, pero si me lo dices otra vez, no estará de más..., me gusta oírlo.

—Te quiero, hermanita.

Me da un fuerte abrazo, el cual recibo gustosa, es de esos abrazos que unen cuerpo y alma, reparando y revitalizándote, nadie los da como ella. Después de lo que ocurrió la otra noche, Nati no deja de mirar la puerta, le da miedo que aquel hombre que le robó en la calle pueda volver a aparecer, esta vez entrando incluso en la cafetería como el chaval del otro día. Es normal, después de aquello... Pudo haberla violado sin que nadie lo impidiera. Aquello la habría marcado para siempre, podría habersele creado un trauma y quién sabe si ahora seguiría con Collins. Por suerte, no ocurrió y, aun así, tuvo que ir a ver a Beth en varias ocasiones por culpa de aquellos ataques de ansiedad causados por el miedo. Hasta que se sintió segura, Collins la traía y se la llevaba. Así no habría quien le atacara.

Apenas hay gente en la cafetería, tan solo quedan cuatro personas, por lo que me coloco tras la barra. Natalia se sienta en uno de los taburetes que hay al otro lado. Se frota las manos entre sí, le sirvo un vaso de agua fresca y le paso unos cubiertos.

—¡Qué buena pinta! —exclama.

—Gracias.

Enrolla algunos espaguetis entre el tenedor y la cuchara, se lo lleva a la boca y hace una mueca de alegría. Le encantan. Verla disfrutar de ellos de esta manera me hace sentir muy orgullosa. Por tenerla así siempre le haría tanques de espaguetis a la carbonara.

—Están deliciosos, nena. —Sonríe, con la boca cerrada, eso sí.

—Pensaba que me ibas a sonreír con la boca abierta, ¡qué asco!

—No seas cerda, anda.

Me da un golpe en el hombro y luego ríe, hasta que le da un ataque de tos, al más puro perro viejo. Me río, cuando veo que Laura entra en el Jubilee.

—Dios, ¡cuánto tiempo sin verte!

—No seas exagerada —dice con ese acento tan inglés que tiene y que tanta gracia me hace.

—Bueno, hace ya algo de tiempo. —Sonrío.

Le abrazo con fuerza. Natalia, con la boca llena de espaguetis se pone en pie de un salto de taburete y corre hacia su cuñada. Natalia ha tenido suerte de que Collins tenga una familia tan maravillosa. Laura la adora, igual que lo hacen los padres de él, o la tía, incluso la abuela. Ojalá algún día tenga lo mismo, o algo parecido, sería muy feliz, muchísimo. Ahora toca saber con quién. Laura y Nati vuelven a sentarse en los taburetes, mi hermanita sigue comiendo mientras le sirvo un té rojo a Laura.

—¿Quieres que te prepare un bocadillo o algo?

—No, gracias, querida. —Sonríe y pronuncia con su perfecto inglés.

Remueve el té cuando le echa dos de los azucarillos que le he dejado junto a la taza, tras eso le da un largo sorbo. Deja las cosas sobre otro asiento junto a ella y saca el móvil.

—¿Qué haces aquí entonces?

—He venido a hacer unas gestiones con un cliente y he aprovechado para venir a veros un momentillo —sonríe—, además, así veo cómo lleváis el viaje.

—¿Viaje? ¿Qué viaje?

Le doy un sorbo al agua de Natalia, se me ha quedado la boca seca, ¿de qué viaje está hablando? Laura mira a Natalia, y esta hace una mueca, aún con la boca llena de espaguetis.

—A Cardiff —responde Laura.

Ha dicho Cardiff... Como si fuera un dibujo animado, escupo el agua que aún tenía en la boca, así en plan aspersor, manchando parte de la barra con el líquido y mis babas.

—Te vienes conmigo a gales —sonríe—, ¿no? —pregunta Nat de sopetón.

—No, ¡claro que no! —alzo la voz.

Salgo de tras la barra, y me meto en el cuartillo cabreada como una mona, solo por no montar el lío ahí en medio, delante de todo el mundo. No entiendo a esta

muchacha, de verdad.

—¡No te entiendo! —grito al escuchar cómo cierra la puerta tras su espalda—. Primero te enfadas conmigo, me pides que me aleje del hombre que más me ha hecho sentir, de Kellin, que ni siquiera hable con él —prosigo—, y ahora me quieres meter en la boca del lobo como si nada. ¡No puedes pedirme que vaya contigo!

—Kellin no va a hacerte nada, ni lo dirá.

—No voy a ir —me niego en rotundo.

—¿Por qué no?

—¿Tú eres sorda?

Alza los hombros, sabe que tengo razón, no debería ni siquiera pensar en pedirme algo así. Kellin es Kellin, y si no se fía de él en Barcelona, ¿por qué iba a fiarse de él estando en Cardiff? Es su territorio, seguirá siendo el lobo de siempre, o peor.

Antes de salir del Jubilee aparece Alex, tan alegre como siempre, con esa maravillosa sonrisa que tiene. Se apoya en la barra y me mira.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto.

—He venido a proponerte algo.

—¿El qué? —pregunto desganada.

No tengo ganas de mucho, pero no sé qué hace este chaval conmigo, que sería capaz de animarme a hacer cualquier cosa. Sonríe de nuevo, pero esta vez de forma algo malvada, lo que me hace sospechar.

—A ver —digo en voz baja.

—Uy, ¿quién es este? —pregunta Natalia apareciendo desde la cocina.

—Nat, te presento a Tyree.

Nati lo mira de pies a cabeza y, antes de que le vaya a mirar, abre los ojos como dos platos.

—Encantado de conocerte. —Le da dos besos.

—Lo mismo digo, guapetón. —Sonríe—. ¿Y de dónde has salido?

—Bailamos juntos.

—¿Cómo? —pregunta estupefacta.

No aparta la mirada de mí, como diciendo: «¡No veas!». Lo más seguro es que luego me soltará: «No sabía yo que estuvieras refregándote con un hombretón como este».

—He empezado a ir a unas sesiones de baile, y Alex es uno de mis compañeros.

—Ajá..., bueno, yo voy a seguir haciendo cosas por aquí.

—Sí, mejor —le digo por lo bajini—. ¿Entonces?

—Van a cenar con los chicos y conmigo.

—¿Con los chicos?

—Los de baile, hemos estado hablando y mira... Te vienes, ¿verdad?

—Bueno...

Y aquí estoy, después de un par de mojitos, tres chupitos de Jäger, y una cena para gordacos, solo intento atinar con la llave en la cerradura de la portería. Me he

quedado sin batería del móvil poco después de salir de la cafetería y no tengo ni idea de si Marc ha vuelto a casa, así que no puede abrirme. «Claro, tonta, si no está no te abre, si estuviera te abriría», me autodigo. ¡Qué mal ha sonado eso! Pero, la verdad es que tampoco me importaría que lo hiciera.

Consigo abrir la puerta, entro en el ascensor y vaya cara tengo, espero que Marc no esté porque entre las ganas que tengo de..., que me abra. Aunque con las pintas que llevo no sé si voy a gustarle mucho. Cojo aire, no puedo beber, luego me pasa siempre lo mismo. Abro la puerta de casa, no está echada la llave, por lo que me supongo que él está dentro. Cierro con cuidado, apenas hay luz. Dejo el bolso en la entrada, y cuando paso al salón, ahí está él, dormido en el sofá, con una mueca de tristeza. El salón está lleno de velas, en el suelo quedan restos de pétalos de rosa, me asomo a la cocina y veo una fuente de cristal. Sobre la mesilla, frente al sofá, hay una botella de vino, con dos copas, una de ellas usada, la suya. Suspiro, pobrecito. Ha preparado una noche especial y no he estado aquí para disfrutarla a su lado.

Me siento en el suelo, sobre la alfombra. Paso una de mis manos por su pelo, con cuidado y mimo. Le beso en la mejilla, tras eso en los labios, con ternura. Sus ojos se abren poco a poco, parpadea varias veces, sonrío y se da la vuelta, poniéndose boca arriba.

—Hola. —Sonríe.

—Te has quedado dormido —digo sonriendo.

—Sí... —contesta algo confuso.

Le beso de nuevo en la boca hasta que se sienta en el sofá de frente. Me muero de ganas de tenerle, tengo demasiadas ganas de él. Me siento a su lado, pasando las piernas por encima de las suyas y apoyo mi cabeza sobre su hombro.

—¿Dónde has estado? —pregunta por curiosidad.

—He ido a cenar con los de baile y me he quedado sin batería.

—Te he estado llamando... He salido antes del trabajo y había pensado en prepararte algo.

Me siento encima de su regazo, paso mis manos por detrás de su cuello, lo acaricio y fijo mis ojos en los suyos. Le beso la mejilla.

—Lo siento...

—No pasa nada, nena. —Sonríe triste.

—Te compensaré.

Mira hacia abajo, entonces, con el dedo índice alzo su rostro. Ahora es él quien se lanza, y me besa con ganas. Sonrío contra su boca, me muerdo el labio inferior. Puedo ver la lujuria y el deseo en sus ojos, hasta que niega con la cabeza.

—Es mejor que no...

—¿Por qué no?

—Hueles a alcohol, pequeña, no quiero aprovecharme.

—Pues me aprovecharé yo.

Capaz soy de hacerlo, pero ahora mismo tengo muy pero que muy claro que Marc no va a rechazarme así como así. No le dejaré. No me gusta que me digan que no, y menos en estas... circunstancias.

—Solo ha sido un poquito —me justifico—, dos mojitos de fresa un poco cargados.

Beso su cuello con delicadeza, con toda la sensualidad que mi cuerpo puede permitirse expresar en chándal y estando en un momento así. Marc deja ir un grave gemido que hace que me encienda aún más de lo que ya estoy. Le doy un leve mordisco, y escucho cómo sonrío. Al separarme de ese apetecible cuello que tiene, empieza a besarme como una auténtica fiera. Su pantalón tejano cada vez se nota más justo y abultado, lo que me hace sentir muy orgullosa. ¿Debería estarlo? Ya lo creo que sí, tener a un hombre como él así es una verdadera delicia.

—Ya sabes lo que me pasa con el alcohol, ¿no?

Marc niega con la cabeza, aunque algo me dice que intuye a qué me refiero perfectamente.

—¿No? —Niega de nuevo, respondiendo a mi pregunta—. ¿No lo sabes? —Sonrío pícaro—. Ya lo verás —le susurro al oído.

Puedo notar todo su vello erizarse ante el contacto de mi piel y lo que le he dicho. Me encanta provocarlo así. Paseo mis manos por su pelo, le beso con ansia, tengo ganas de que sea mío, solo mío. Por lo menos ahora. Cuela una de sus manos por dentro de la tela del chándal, para ser él quien me acaricie.

—Aprovéchate de mí —le digo en voz baja, sonriente y perdida en sus manos.

Me siento a horcajadas encima de sus piernas, paso mis manos por su pelo, y me muerdo el labio inferior. Sonrío, me mira pícaro durante unos minutos, pero poco después saca el seductor que lleva dentro. Pasea sus manos por mis piernas, acariciándolas, subiendo por mi vientre, hasta que llega a mis pechos desnudos. Porque sí, lo único bueno de no tener dos melones y tener dos mandarinas, es que puedo ir sin nada y estar cómoda.

Siento como mi cabeza se va hacia atrás en el instante en el que él se deshace de la camiseta y lame mis pezones, endureciéndolos, haciendo que pequeñas oleadas de placer tomen el control. Los mordisquea y tira ligeramente de ellos, provocando que todo sea aún mayor. Sin pensárselo dos veces y sujetándome con fuerza, se pone en pie y me lleva a su cama, dejándome tumbada por completo. Me observa desde las alturas, deleitándose con lo que ve. Le guiño un ojo y con el dedo índice le digo que venga a por mí, sin apartar los ojos de él, desafiándole a cada segundo que pasa. Se arrodilla encima del colchón, me quita las zapatillas, y hace lo mismo con mi pantalón, arrastrando con él incluso las braguitas. Pasea sus manos por mis piernas, con delicadeza, hasta que encaja su cintura con la mía, por lo que me apoyo sobre mis codos para poder desabrochar el cinturón y sus vaqueros. Imito lo que ha hecho, quitándole la ropa interior, con su ayuda, ya que ahora mismo no estoy como para hacerlo sola, dejándolo todo tirado en el suelo.

Acaricia mi sexo, a la vez que se inclina para poder besarme, es tan dulce y tierno que hace que mis ojos se llenen de lágrimas. Lamento tanto haberle hecho daño... Pero, ahora no es momento de pensar en ello, ya habrá tiempo de hablar. Apoya su cintura sobre la mía, haciendo que su miembro me roce, estimulándolo. Una terrible calor se hace conmigo, mi monte de Venus arde en deseos de tenerle dentro, de sentir cada uno de sus centímetros en mi interior.

—Eres tan deliciosa, Lucía... —susurra contra mi boca.

Poco a poco se adentra en mí, haciendo que un escalofrío me recorra. Se va abriendo paso, con una tranquilidad pasmosa, que cada vez me impacienta más y más. Me besa, con ansia, hasta que con la mirada le pido que vaya más deprisa, y eso hace.

—Tus deseos son órdenes para mí, pequeña.

No deja de moverse, esta vez con algo más de rapidez, pero aun así sigue siendo bastante plácido. Mis ganas de más van aumentando a pasos agigantados, por lo que tomo el control de la situación, haciendo que dé media vuelta y acabe tumbado en la cama. Me coloco sobre su cintura, haciendo que su miembro entre por completo, hasta que ambos dejamos ir un profundo gemido. Le beso desenfrenadamente, perdida en cada una de las caricias que me da.

Dos meses después...
Aeropuerto de Cardiff, Gales.

Me pongo las gafas de sol, aun no sé qué hago aquí, pero Natalia me las pagará. Resoplo, tirando de la maleta y sujetando el bolso con fuerza para que no se me caiga, según Collins, Laura nos está esperando fuera, y ya me estoy poniendo de los nervios, me encuentro fatal, me sudan hasta las manos, ya verás tú cuando lleguemos a casa de Collins. Solo de saber que estamos en el mismo país ya me pone histérica, y si encima estamos en la misma calle entonces ya ni te cuento. Suspiro, Nati me mira y sonrío, lo que hace que me cabree, por culpa de los nervios y de todo lo que me produce estar aquí.

—A mí no me hace ni puta gracia —murmuro.

Lo bueno de estar en un país en el que no entienden tu lengua es que puedes decir lo que quieras, o casi lo que quieras, sin que nadie se entere. Madre mía, si es que no puedo dejar de pensar en ello, me estoy adentrando en una cueva muy profunda en la que está la boca del lobo. Y en este caso, ¡qué boca y qué lobo! Esto no va a ser sano para mí, y encima sin tener a Marc aquí, y sin poder apenas hablar con él. «Joder, vaya semanita de mierda me espera...». Porque es un regalo de Nati y Collins que si no iba a venir quien yo sé. Antes de salir fuera del aeropuerto vemos a un grupo de policías con un enorme pastor alemán, este no me quita ojo de encima, lo que hace que mi inquietud aumente de forma bastante considerable. El perro empieza a ladrar, los hombres empiezan a venir hacia nosotros, mientras avanzamos. No puedo quitarles los ojos de encima y solo se me ocurre salir corriendo, abandonando mi maleta a su suerte y pasando frente a mis amigos, ¡a mi ese perro no me va a atacar!

—Eh, tú. ¡Quieta ahí! ¡Detente o te arrestaremos! —me dice uno de los guardias en inglés.

No sé ni qué me están diciendo, solo corro, no quiero que me atrapen, estoy entrando en un ataque de pánico y creo que del miedo voy a acabar meándome encima.

—Joder... —digo entre dientes.

—¡Lucía! —grita Collins, a quien ignoro olímpicamente.

Ahora mismo estoy en modo atleta, seguro que si compitiera contra Usain Bolt le acabaría ganando, soy la *Flash* femenina de Cardiff. No hay nadie como yo, seguro.

—¡Por Dios, Lucía, para! —me grita Natalia.

Una vez más paso de ellos, si fuera categoría olímpica, estoy segura de que me darían hasta una medalla de oro.

—¡Lucía! Te van a arrestar como sigas corriendo. —Añade Collins.

¿A arrestar? ¿Por qué? Si yo no he hecho nada. No debería ni siquiera haber venido, vaya país de mierda... Al detenerme siento como si me fuese a morir, un horrible sabor metálico y unas palpitaciones inhumanas se apoderan de mí, creo que nunca antes había corrido así. Suspiro, no debería de haber venido.

—¡Quieta ahí! —me grita uno de los hombres a la vez que corre hacia donde me encuentro.

¡Madre mía la que he liado! Si hubiera sabido que esto iba a pasar, no hubiera venido ni de coña. El hombre llega rápido, me mira de arriba abajo, con cara algo sospechosa.

—Disculpe, señorita, per ova a tener que acompañarnos.

—¿Cómo?

El hombre hace una mueca, no parece entender lo que le digo, lo más seguro es que no sepa nada de español.

—¿Qué? —repito, esta vez en su lengua.

Sigue hablando, pero como no le entiendo nada, dejo de escucharle. Miro a Collins, necesito que venga para ayudarme, no me entero de nada y si no me traduce, no podré defenderme.

—Perdone, señor —le dice Collins a su espalda pausadamente.

No dejan de hablar, yo no puedo evitar fijar la vista en Nati, quien sujeta las maletas para que nadie se las lleve en este momento de confusión. El segurata me mira, haciendo una mueca un poco rara, y que al final, escuchando las palabras de Collins, va suavizando hasta que asiente.

—Lucía, me pregunta que por qué has huido —pregunta.

—No sé... —digo en voz baja—. Me he asustado, estaba nerviosa y me he puesto aún peor, no sabía qué hacer.

—Se asustó, estaba nerviosa... No podía controlar su nerviosismo. —Le va traduciendo.

—Gracias. —Le digo a Collins.

Después de casi una hora respondiendo a las preguntas que han ido haciendo los guardias de seguridad, podemos salir. Laura está desesperada, aunque peor estoy yo, que me tiemblan hasta las piernas.

—Ya estáis aquí. —Sonríe al vernos.

Me subo las gafas de sol, los rayos apenas traspasan las frondosas nubes que cubren el cielo. Niego con la cabeza, abandonando la maleta junto al coche y dejo que Collins la guarde mientras yo, automáticamente, me meto en el pedazo de Mini que tiene Laura.

—¿Estás bien? —me pregunta Natalia.

La ignoro, no quiero hablarle mal, pero es lo único que me sale ahora, ser una borde. Cierro los ojos, noto cómo el coche empieza a moverse, ellos hablan y escucho la música, la cual no para saturando mis oídos, haciendo que me empiece a doler la cabeza como si alguien me la estuviera aporreando sin control.

—Joder... —digo entre dientes.

—¿Qué pasa? —pregunta Natalia preocupada.

Cierro con fuerza los ojos, unas horribles ganas de vomitar toman el control de mi cuerpo. Mi vello se eriza por completo, todo en mi interior se revuelve, apenas he desayunado, pero lo poco que hay grita por salir.

—Para, para —grita Natalia.

—¿Qué pasa? —pregunta Collins alzando la voz.

—¡Que te detengas!

Frena el coche casi en seco, en una de los arcenes que hay junto a la carretera. Abro la puerta sin siquiera mirar, por suerte, no venía nadie si no lo más seguro es que me hubieran atropellado y me hubieran hecho papilla en un segundo. Natalia sale detrás de mí, me sujeta por el vientre y el pelo, para que no se me manche.

—Qué asco —digo en voz baja.

—Pues ya ves.

Saca un paquete de toallitas del bolso y unos pañuelos. Escupo cuando ya me siento vacía, odio cuando los nervios me afectan al estómago, es lo peor del mundo. Nati me da una toallita a la vez que voy incorporándome poco a poco, con cuidado de que no me vuelvan a venir las ganas de vomitar.

—Toma, anda. —Me da otra toallita—. Parece que Cardiff no nos sienta bien a ninguna.

Vaya... Y tan mal que nos sienta, ella volvió embarazada, con sus vómitos, y sus cosas, y yo... «Y si...».

—Joder, no...

—¿Qué? —pregunta asustada.

«No, no, no, no, no, no, no... ¡No! Por Dios, no puede ser, no puede ser..., joder». Me están temblando hasta las piernas.

—John, ven. —Escucho de fondo—. Lucy, cielo, ¿qué te pasa?

—¿Y si estoy e...?

—¿Si estás qué, pequeña?

—Embarazada, Natalia.

—No lo estás, no lo veríamos tan deprisa.

Intento respirar tranquila, ya que estaba a punto de rozar la hiperventilación. Tiene razón, no... no podría tener síntomas tan rápidamente, lo que me dice me suena tan convincente y parece tan segura de sus palabras, que incluso llego a creérmelo.

—¿De verdad?

—Claro. —Sonríe pasándome una de las manos por el pelo y colocando algunos mechones tras mi oreja—. Además, te tomas la píldora, ¿no?

—Sí, claro —asiento—. Pero...

—¿Pero?

Anoche fue una noche movida, volví a salir con los chicos, ni siquiera sé si la pastilla haría efecto, después de todo el alcohol que ingerí..., no tengo claro si me la

tomé.

—No recuerdo si la tomé.

—Joder, Lucía...

Collins aparece por detrás de Natalia con una botella de agua. Me la da con cuidado, y sin que mis labios toquen la botella, lleno mi boca de agua. Hago gárgaras y poco después lo escupo, me limpio la boca con un pañuelo. Qué asco.

—Tenemos que llegar cuanto antes a casa, y ver si se las ha tomado. Si no lo ha hecho, habrá que ir a una farmacia o a un hospital —dice Nati con su modo mandona-organizadora activado.

Collins asiente, entra de nuevo en el coche, y habla con Laura. Natalia me mira algo entristecida y muy preocupada, incluso más de lo que estoy yo. Me abraza con fuerza, y me besa en la mejilla.

—Todo irá bien —me promete.

—Eso espero.

El coche de Laura vuela sobre el asfalto, nunca antes había ido tan deprisa en un coche, pero no hay tiempo que perder, porque si no me acabará dando un infarto por este cúmulo de cosas que siento y que son horribles.

Diez minutos después, llegamos a casa de los Collins. No hay nadie, lo cual es algo extraño, pero lo agradezco, así mejor. Podré buscar tranquilamente mis pastillas. Descargamos las maletas y Laura me guía hacia la habitación de invitados, su antiguo lugar. Como ella ya no vive aquí, me dejan ocuparla, sino, lo más seguro es que me hubiera tenido que quedar en un hotel, o algo.

—Aquí lo tienes. —Sonríe.

Ni siquiera contesto, subo la maleta en la cama, la abro y rebusco en la bolsita de líquidos, en una de ellas, ya que llevo un par. No están, mi corazón palpita todo lo deprisa que puede, cada vez me estoy poniendo más y más nerviosa. Joder, como no lo encuentre me va a dar un infarto. Vacío las dos bolsas de plástico transparente, pero no están. Solo espero no haberlas dejado en Barcelona. Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas, me estoy poniendo muy nerviosa, tengo miedo, y apenas puedo respirar con normalidad, me falta hasta el aire...

Abro el bolso, bajo la atenta mirada de Laura, quien me mira perpleja, lo remuevo todo desesperada, madre mía... Me moriré como no las vea. Entonces escucho cómo las pequeñas píldoras bailan en su envoltorio. Por primera vez desde que he pisado este país me siento algo más calmada, abro el bolsillo interior del bolso, y ahí está, la tableta de pastillas se esconde tras un paquete de pañuelos.

—¿Están? —pregunta Natalia desde la puerta.

—Sí —consigo decir.

Las saco del bolso y veo que falta la de ayer. «Joder, qué susto...». Respiro más tranquila, aunque el miedo aún lo llevo en el cuerpo, y tardará en desaparecer.

—Suerte —me dice Nati a la vez que me abraza.

—Demasiada he tenido... —suspiro—. Aún no me lo creo.

Mi estómago ruge, pidiendo algo que lo llene, ya que está completamente vacío. Ahora solo tengo un problema, y tiene nombre y apellidos: Kellin Lund.

—Tendrás que comer algo, ¿no? —me pregunta.

—Sí, algo sí.

La puerta de la entrada se abre, se escucha cómo John padre reniega de algo en inglés, y Rosa, cansada de todo, le contesta en español. Es gracioso ver que la historia se repite, un galés y una catalana. Sonrío al ver cómo una mueca de felicidad se esboza en su boca, se asoma por las escaleras, y de inmediato se escucha un leve chillido.

—¡Natalia! —exclama Rosa.

Bajamos hasta el recibidor de la casa, se abrazan como si hiciera siglos que no se vieran, como si fueran dos imanes. Cuando Rosa se da cuenta de que estoy tras mi amiga, sonrío ampliamente.

—Lucía.

Adoro a esta mujer, siempre que puede me escribe para ver cómo estoy, y qué tal me van las cosas. Es como si fuera una madre para Natalia y casi para mí, y eso que no soy yo la novia de su niño.

—Me alegro mucho de que hayáis llegado bien —dice sonriente.

—Gracias.

John padre aparece con la chaqueta en la mano, parece que a este hombre se le alegra la vida solo cuando ve a Laura o a Natalia. Supongo que ambas tienen esa simpatía y dulzura que cautivaría a cualquiera, incluyendo al frío corazón galés de John Senior. Nati lo abraza con fuerza, puedo notar que el ambiente cambia, se vuelve más cálido, más positivo, distinto.

—Bienvenidas —nos saluda.

—Gracias, señor Collins.

—Oh, por Dios, Lucía, ¿cuántas veces tengo que decirte que no nos llames de usted? —exclama Rosa.

—No puedo evitarlo.

Me paso una de las manos por la nuca, y poco después noto cómo Collins, o mejor dicho, Estiradillo *man*, coloca una de sus manos sobre mi hombro derecho.

—Hijo —le dice su padre.

—¿Queréis almorzar algo? —pregunta Rosa, zanjando el ambiente turbio que se había creado entre padre e hijo.

—Sí, por favor. —Contesto.

—Sí, es demasiado pronto, y apenas hemos desayunado. —Dice Natalia.

—Entre eso y que has echado lo que tenías dentro —añade Collins.

Rosa me mira, con los ojos bien abiertos. Hace una mueca, algo preocupada.

—¿Y eso, niña?

—Los nervios.

—Vaya..., tendrás que tomar algo de té para asentar el estómago.

—Estoy bien, Rosa.

Me mira como solo una madre sabe hacerlo, al final tendré que hacerle caso, aunque sea porque estoy en su casa y lo único que hace es preocuparse por mí.

—Bueno, vale —acepto al final.

—Así me gusta.

Nos prepara un banquete digno de una corte real, con todo lo que ha hecho podríamos dar de comer a medio Cardiff, como mínimo, porque vamos... Es igual de exagerada que Laura, no hace más comida porque si no se quedaría sin nada. Me siento junto al gran ventanal, Laura me sirve un poco de té, además de darme una tetera blanca, al más puro estilo *Alicia en el país de las maravillas*. En muchas zonas de Reino Unido se suele tomar el té con leche, como en Inglaterra, acompañado de unas pastas típicas, en este caso nos han traído unas Tan y Castell, unas tostadas, bizcocho, galletas, creps, tortitas... Hay de todo. Para parar un tren.

—*Mom*, te has pasado —dice Estiradillo *man*.

—Bueno, lo que no se coma ahora, para el postre.

—Pues sí —añado yo, con un trozo de tortita en la boca.

—Con esta no sobraré nada —añade Natalia riendo.

La miro entornando los ojos, con la boca llena y en plan ardilla, con los mofletes hinchados. Como me alimento bien ya tiene que tratarme como a una zampabollos, ni que arrasara con todo... Bueno, tal vez un poco.

—Gracias por este maravilloso desayuno —le digo a Rosa.

Adoro a esta mujer, ya no solo por cómo cocina, ni por lo buena que es, sino por simplemente ser ella. Engullo lo que me queda de tortita, aunque antes le hecho un poco de sirope. En realidad, hay veces que yo tampoco entiendo cómo puedo comer así, ahora mismo otra persona tendría el estómago cerrado, y aquí estoy yo, delante de este banquete, babeando y preparada para atacar a todo aquel que intente quitarme lo mío.

—He pensado que cuando acabes podríamos ir a dar una vuelta por el vecindario, y esta tarde, si no estamos muy cansados, ir a ver el castillo de Coch.

—¿El castillo de Coch? —pregunto.

—Pero, cielo —la interrumpe Collins, cuando va a contestarme.

—¿Qué?

—Coch está algo más a las afueras para ir hoy, quiero decir..., tal vez sería mejor dejarlo para mañana, hoy nos hemos tenido que levantar pronto, Lucía ha estado un poco así...

Los miro, sin saber de qué hablan. Bueno sí, hablan de un castillo y de que está lejos, pero bueno. Conociéndoles, a saber qué acabarán queriendo hacer.

—¿Cuánto hay hasta el castillo? —le pregunta Nati.

—Pues..., entre media hora y cuarenta minutos, depende del tráfico.

Laura alza un dedo, pidiendo paso para ser ella quien hable, pero parece que nadie le hace caso. John Senior está demasiado ocupado leyendo el periódico como

para inmiscuirse en la conversación, Rosa anda aún en la cocina, y la parejita feliz va a su bola.

—En realidad, podemos plantarnos allí en unos veinte minutos —dice esta alzando la voz para que de una vez por todas le hagan un poco de caso.

—*She's right* —comenta John padre.

«Tiene razón», creo haber entendido. Cómo no, es hablar Laura y que lo que ella diga vaya a misa, supongo que es lo que ocurre cuando eres el ojito derecho de papá, bueno, el derecho y el izquierdo, además de la pequeña.

—¿Qué ocurre? —pregunta Rosa.

Viene cargada con una bandeja con seis huevos fritos, algo de bacón, más pan tostado y unos huevos revueltos. Parece que eso de cebar a la gente, tan español, no lo ha perdido solo que lo ha adaptado a las costumbres de aquí y a la comida que se suele servir en los desayunos de Reino Unido.

—Natalia quiere llevar a Lucy a Castell Coch —le explica a su madre—, pero John dice que no es buena idea ir hoy, por el trayecto, sino que es mejor que vayan mañana.

—Bueno... —mira por la ventana y hace una mueca—, ya no por lo que tardéis, sino porque Lucía hoy no anda muy fina, y algo me dice que el tiempo no va a aguantar a que vayáis a Coch y volváis sin que os mojéis.

—Eso no es problema, hemos traído paraguas —dice Collins.

—Bueno, como veáis... —Nat mira a Rosa.

—A mí me da igual ir hoy que mañana, que no ir... Tampoco he hecho una lista de todos los sitios a los que quiero visitar —contesto.

—Durante la mañana puedes hacer una, si quieres —añade Natalia.

—Luego miraré.

Algo sí que he estado chafardeando, no me iba a venir a un país que no conozco, y volverme sin conocerlo. Pero, así me da tiempo a descansar un poco, que entre que nos hemos levantado a las cuatro, hemos tenido que salir pitando hacia el aeropuerto y que he estado un poco mal del estómago, estoy medio muerta.

Después de recoger lo poco que ha quedado del desayuno, subo a la habitación en la que pasaré estos días. Deshago la maleta, saco algunas de las cosas que me he traído de ropa, para tenerla más a mano y la guardo en el par de cajones que me ha dejado libres Rosa. Saco también el neceser, así no lo tendré que estar sacando y metiendo en la maleta. Cuando está vacía la coloco bajo la cama, donde me dejo caer inmediatamente después.

Suerte que los Collins tienen wifi, si no, no sé cómo me lo haría para poder hablar con Marc. Aunque ahora mismo no sé si realmente es lo que quiero, estar en Cardiff ha hecho que desconecte, que parte de mi corazón se olvide de lo que ha quedado en Barcelona. No sé..., llevo poco aquí, pero no veo a Marc desde hace un par de días, y hay algo en mí que no funciona. Desde hace mucho que no hemos estado separados, y ahora que lo estamos, no anhele su calor, ni su cuerpo, ni su cariño. Suspiro, me

doy la vuelta sobre la cama, el móvil suena, pero me limito a dejarlo caer sobre la alfombra que hay a los pies de la cama.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Natalia apareciendo tras la puerta.

—Nada, estoy cansada.

—Ya...

Aparta por completo la puerta, la cierra tras su espalda, para que los demás no nos escuchen hablar, aunque realmente... no me importa mucho si lo hacen. Se sienta en la cama, a mi lado. Pasa sus manos por mi pelo, con cuidado.

—Venga, cuéntame.

No hay nadie que me conozca como lo hace ella, ni siquiera yo misma me conozco así, y es impresionante. Es como si estuviera dentro de mi cabeza y supiera lo que quiero y necesito en ese preciso instante.

—No sé, hermanita.

—¿Qué no sabes?

—Si quiero a Marc —admito.

Al decirlo en voz alta todo suena peor, más frío, duro... No quiero hacerle daño, él ha cuidado de mí como ningún otro hombre. Ha aguantado mi mal humor, mis idas y venidas. No sé cómo hacer esto sin herirle ese corazoncito tan bueno que solo él tiene.

—¿Estás segura?

—Bueno...

Al ochenta por ciento segura estoy, no sé... No es algo en lo que me hubiera parado a pensar antes, pero, el no echarle de menos está haciendo mella en mí, y cada vez creo que estoy más en lo cierto.

—No sé, Nati —digo en voz baja—. No le echo de menos, no le necesito a mi lado... No somos como tú y Collins, que os necesitáis siempre. Yo... —hago una pausa—, no le necesito.

Me pongo en pie, reajustándome el jersey que llevo, y subiéndome los pantalones. Natalia no aparta la mirada de mí. Me acerco a la ventana, puedo ver a todos aquellos que cruzan la calle, los coches..., todo. Hasta a él.

—Kellin...

—¿Qué? —pregunta ella.

No dejo de mirarle. Ahí está, más fuerte que antes, tiene el pelo más largo... Sigue estando igual de guapo, o más. Acaba de aparcar en la casa de al lado. Hacía tanto que no le veía... Tanto que provoca que mi corazón se desboque como si fuera un corcel indomable, un pellizquito me encoge el estómago. Mi nerviosismo vuelve, todo aquello que tanto temía, y contra lo que había luchado, llega con él.

Apenas he podido hacer nada durante la mañana, los nervios no me han dejado descansar, y la opción de salir de casa y encontrarme de bruces con él cada vez me aterran más. Por suerte, no se ha percatado de que lo observaba desde el ventanal, sino, estoy segura de que habría venido a decirme algo. Me siento en esta especie de sillón que hay pegado al cristal, por el que entra toda la luz que alumbra la habitación. Enciendo el iPod, me pongo los auriculares y dejo que los escasos y débiles rayos de sol acaricien mi cuerpo. Bajo la vista, no sé cómo se lo diré a Marc, ni cuando, pero debo hacerlo. No puedo seguir engañándole así, porque al fin y al cabo lo único que hago es traicionarnos, tanto a él como a mí. Suspiro, debería hacerlo cuanto antes, esta farsa no puede seguir así. La pantalla de mi móvil se enciende, es un mensaje de Marc, debe de haber hecho una pausa para descansar y aprovecha para escribirme.

Marc:

Mi niña

¿cómo va por Gales?

Espero que muy bien, que estés disfrutando de esas tierras y que, aunque yo no esté allí, te acuerdes de mí.

¡Y tanto que me acuerdo! Demasiado, más de lo que realmente me gustaría. ¿Qué se supone que debería contestarle ahora? Si no fuera porque ya he abierto el mensaje, lo ignoraría, pero ya que sabe que lo he leído, tendré que responderle.

Lucía:

Hola. Todo bien, hace buen día para ser Cardiff.

Rosa nos ha cebado nada más llegar, y ahora anda preparando un poco de pavo relleno para la cena.

Añado un emoticono sonriente, intentando no ser muy fría.

Le doy a enviar sin apenas hacer referencia a lo que me ha preguntado. No puedo llamarle cariño, ni cielo, ni nada, porque no me sale, no soy tan hipócrita como para engañarle así, y eso me duele. Él es demasiado bueno y dulce como para sufrir.

Marc:

Me alegro un montón, pequeña.

¿Ya habéis ido a ver algo de la zona?

Lucía:

No, aún no.

Marc:

Vaya, bueno,
aún tenéis tiempo para hacerlo.

Lucía:

Sí, la verdad es que sí.

No quiero seguir hablando con él, por lo que bloqueo la pantalla. Christina Perri no deja de cantar, suerte que ella me acompaña siempre, si no ya habría sucumbido a una depresión sentimental, o *parejil*, si eso existiera. Miro a la gente, hay una niña pequeña que va de la mano con un hombre que parece su abuelo. Kellin ha vuelto a marcharse, ya hace horas que lo ha hecho. Madre mía, si parece que sea una cámara de vigilancia, pero, en realidad, solo estoy aquí para poder evadirme de la porquería que llevo dentro. Echo de menos bailar con Tyree, ese hombre es demasiado *sexy* para ser real, pero bueno, habrá que vivir con ello.

El coche de Kellin, o por lo menos el que conduce, aparece de nuevo por el lado derecho de la casa. Se detiene frente a esta y poco después entra hasta la zona de grava donde aparca. Sale de este, saca una bolsa de deporte y de la parte del copiloto sale una mujer morena, algo más mayor que yo, parece joven pero a la vez madura, tiene un cuerpo escultural, que va acompañado de unas curvas de infarto. Veo cómo él la escanea de arriba abajo, lo que me pone terriblemente enferma. La mujer se pasa las manos por el cabello, y le sonrío ampliamente, él le corresponde con una sonrisa pícaro. No lo aguanto. Vuelvo a fijarme en ella, no puedo evitarlo, va enfundada en un vestido ajustado, el cual no deja nada a la imaginación, normal que la mire tanto, yo también lo haría solo que pensando: «Vaya zorra...».

Dejo ir un gruñido, y le doy un golpe a la ventana, Kellin parece escucharlo, por lo que se queda mirando hacia aquí. Hace una mueca, ni siquiera sé si me está mirando, pero yo siento que sí, mi cuerpo lo nota. Cierro los ojos con fuerza al ver cómo estos se empiezan a llenar de lágrimas, producidas por la rabia y el rencor. ¿Por qué me siento así? ¿Por qué a pesar de todo este tiempo Kellin sigue teniendo tanto control sobre mi estado? No lo entiendo.

Me lanza una última mirada, tras eso le da un beso en la mejilla a la mujer, y coloca una de sus manos en la parte baja de su espalda, acompañándola al interior de la casa. Aprieto la mandíbula, más enfadada que una mona. Dejo el iPod sobre la cama, y hecha una furia voy a la cocina, necesito beber algo. Nada más entrar me encuentro con Natalia y Rosa.

—¿Qué te ocurre, niña? —pregunta Rosa.

—Eso, pareces un torbellino. —Añade Natalia.

—Necesito una copa.

—¿Ahora? —preguntan al unísono.

Asiento, a la vez que cojo aire. Rosa me sirve un poco de un licor galés en un vasito y me lo da. Me lo bebo de un solo trago, y le pido otro, pero no lo rellena.

—A ver, ¿qué es lo que te ha pasado para que te pongas así?

—Kellin —digo en voz baja.

—Oh, niña..., ese muchacho, es bueno, pero no es adecuado para ti.

—No puedo evitarlo, Rosa.

—¿Qué te ha pasado para que vengas así?

—Pues..., estaba sentada en el ventanal, cuando le he visto llegar...

Les explico lo poco que ha pasado. Me pone enferma, no puedo evitarlo, por eso debería alejarme de este hombre, no es bueno para mi salud mental. Seguro que estando con él sería una celosa empedernida y un poco psicópata.

—Lo mejor es que te alejes —dice Natalia.

—Oh, claro, eso lo dices cuando estoy casi puerta con puerta. ¿Ahora me lo dices? Podría estar en Barcelona tranquilamente, sin tener que sentirme así.

Los ojos se me llenan de lágrimas causadas por la rabia y la agonía. No quiero estar de esta manera. Cada vez odio más este país, y eso que he llegado esta mañana. Solo de pensar en qué semanita me espera...

—Me voy a dar una vuelta.

Cojo el abrigo, la bufanda, los guantes y el móvil. Será mejor que me dé un poco de aire, porque si sigo aquí dándole vueltas a la cabeza, acabaré explotando.

No sé cómo lo he hecho, pero he llegado a un *pub* no muy lejano a la casa de Collins. Nada más entrar me fijo en el muchacho que hay tras la barra, tiene los ojos verdes y cabellos de oro. Me sonrío, mostrándome una dentadura que, a pesar de no ser muy perfecta, es bonita. Me siento frente a él, y le pido una copa de vodka con mi inglés chapurreado. Dos minutos después me la sirve, con la misma sonrisa que me ha recibido.

Miro el *pub*, es algo oscuro, huele a una humedad extraña mezclada con el olor de diversas cervezas, algunas algo agrias... Me deshago de la chaqueta y la bufanda, ya que aquí dentro hace mucho calor. Fuera solo hace falta que empiece a nevar, porque vamos... Si Reino Unido ya es frío normalmente, en invierno es como un helado. Miro el monedero, para ver cuántas libras llevo encima y cuánto puedo beber.

Empieza a sonar algo de música, no muy fuerte, lo suficiente como para ambientar y que puedas hablar con la persona que tienes delante. Está bastante lleno, pensaba que sería todo lo contrario, se acerca la hora de cenar y, los ingleses y galeses, por no hablar de los guiris en general, suelen comer y cenar muy pronto.

—¿Quiere algo para comer? —me pregunta el muchacho en inglés, aunque consigo entenderle.

—No, gracias.

Vuelve a sonreír, pero esta vez desaparece tras la barra, eso sí, no sin antes servirme otra copa, bueno, vaso. Me termino el otro, dando largos tragos. Voy a parecer una alcohólica, pero no me importa, solo quiero olvidarme de él.

«¿Olvidarte? ¡Lo que tienes que hacer es cantarle las cuarenta!», me digo a mí misma. No puedo escribirle, no puedo decirle nada, él no es nada mío, por desgracia. Tiene derecho a rehacer su vida. «¿Es que no lo echas de menos?». Demasiado, anhelo hasta sentir su aliento contra mi piel, esa mirada de lobo, esas grandes manos recorriendo mi cuerpo de arriba abajo. Alzo la mirada, frente a mí hay un gran espejo, donde se refleja todo el mundo, incluso sus ojos. Cuando me doy la vuelta, no está, me lo habré imaginado, él no puede estar aquí. Mi móvil suena, a pesar de que no tengo datos. Lo saco del bolsillo, y en la pantalla hay un nombre: Kellin Lund.

—¿Qué? —pregunto de mala manera.

—¿Dónde estás?

—A ti eso no te importa.

—Lu, ¿dónde estás? —vuelve a preguntar.

Todo mi cuerpo se tensa escuchando su voz, mi sexo se enciende y mi corazón se acelera. ¿Qué demonios hace llamándome? Las piernas me tiemblan, por lo que me agarro con fuerza a la silla o, mejor dicho, taburete, para no caerme y darme un buen culetazo.

—N... n... no te importa.

—¿Has bebido?

Permanezco en silencio, pensando en qué debería contestarle. En realidad, tendría que coger y colgarle. Así que eso es lo que hago, le cuelgo y se acabó. Que ahora no me venga con tonterías. He estado más de tres..., de tres meses sin saber nada de él, ¿y ahora va a hacerse el preocupado? ¡Anda ya! Bebo de nuevo, suspiro. El móvil vuelve a sonar. Parece que Kellin no se cansa de llamar una y otra vez, hasta que le respondo.

—¿Qué coño quieres? —pregunto medio mareada.

—¿Qué me digas dónde estás!

—No te lo voy a decir.

Nada más responderle por última vez, un chico dice algo detrás de mí. Algo que apenas he entendido, por lo que me doy la vuelta para mirarle. Cuando quiero darme cuenta, Kellin ya ha colgado.

—Bueno, *assí* mejor.

Creo que debería dejar de beber. Miro el reloj, en realidad hace un buen rato que llegué, y solo he tomado dos copas. Casi una hora y media. ¿Tanto ha pasado desde que me marché? Apoyo los codos en la barra, y entierro el rostro entre mis manos. ¿Qué puñetas voy a hacer con él? Nada, él tiene su vida, que me haya llamado no significa nada. Le habrá dado un venazo de los suyos y ya está, sino no me lo explico... Después de tanto tiempo no creo que vaya a importarle qué me ocurre.

Permanezco así durante un rato, hasta que siento cómo unas manos se posan sobre mis hombros, por lo que doy un bote sobre el asiento, pero no a causa del miedo, sino por la sorpresa. Puedo olerle, adoro ese perfume que lleva. Cojo aire, intentando calmar mi corazón, que como una hoguera llena de brasas, vuelve a

prenderse en llamas. Pega su frente a mi cabello, inspira y poco después lo besa. Parece demasiado tierno para ser él, pero sé que lo es. Tal vez haya cambiado. Aparta el cabello, dejando que todo este repose sobre mi hombro izquierdo. No dice nada, pero cuando alzo la mirada, me doy cuenta de que la suya está fija en mí. Es como si observara una obra de arte. Es tan hermoso, tan perfecto, por lo menos para mí, que no sé cómo pude dejarle ir así.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, reuniendo las pocas fuerzas que tengo.

—He venido a buscarte —responde de inmediato.

Trago saliva, escucharle hablar así de cerca y tener sus manos sobre mis hombros hace que todo mi vello se erice para él, como si tuviera pleno derecho y poder para controlar lo que siento y pienso.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Deberías haberlo hecho hace tres meses. —Murmuro con inquina.

—Tal vez deberías haberlo hecho tú.

Pienso en lo que dice, tal vez sí que tendría que haber sido yo quien le dijera algo, pero no debía hacerlo.

—¿Por qué has venido? —pregunto desganada.

No dice nada, se limita a sentarse a mi lado, y a girar mi taburete para que estemos frente a frente. Nuestros ojos se encuentran, hay tanto en ellos que un profundo vacío toma mi interior, haciendo que me venga abajo en apenas unos segundos. Entierro mi rostro de nuevo entre mis manos, escondiendo esas lágrimas que empiezan a humedecer mi rostro. No quiero que me vea llorar, por lo que pago mi bebida y sin ni siquiera abrigarme, salgo del *pub*. No puedo estar con él, pero tampoco sin él, lo que me crea una gran confusión y ansiedad. Cuando quiero darme cuenta, está nevando, el suelo empieza a estar blanco, y las pequeñas motas de nieve van muriendo sobre la poca tela que me recubre y sobre mi piel. Jamás había visto nevar así, lo que en cierto modo, me emociona. Kellin aparece tras la puerta, con la chaqueta de cuero marrón sin cerrar y con la bufanda a medio colgar.

—¿Dónde vas? —pregunta molesto.

—A donde quiera, ¿acaso tengo que pedirte permiso?

—No estaría mal que me avisaras.

No dejo de caminar, él conmigo. Apenas medio metro nos separa pero no es suficiente como para poder huir.

—Yo no tengo por qué avisar...

Antes de que pueda terminar de rebatirle, tira de mí, metiéndome en un callejón, y entre que apenas tengo fuerzas y que el alcohol no ayuda... Puede conmigo. Me empuja con cuidado, posando sus manos en mi cintura, hasta que mi espalda toca la pared. Entonces, devora mi boca como nunca antes lo había hecho, con rabia, con un fulgor distinto a todo lo que me había dado. Lo separo de mí, y le doy un guantazo, inconscientemente. Me mira perplejo, aparto la mirada al sentir cómo un escalofrío

me recorre de pies a cabeza. Mis ojos siguen llenos de lágrimas, pero algo en él hace que mi corazón se vuelva más cálido, que todo el frío que sentía en mí desaparezca.

—Ven —le pido.

Viene hacia donde me encuentro, me abrazo a él como si fuera el único lugar en el que pudiera sentirme segura, y es así como me siento, segura, en casa... Alzo el rostro, para poder mirarle.

—Déjame llevarte a casa —dice en voz baja.

—No quiero ir a casa —admito.

—¿Y a dónde quieres ir?

—A donde sea..., pero contigo.

Abro los ojos, no recuerdo casi nada de lo que ha ocurrido. ¿Cómo he llegado aquí? Miro hacia todos lados, estoy en un piso de grandes ventanales, un *loft* decorado en tonos grises y blancos. Bajo la vista, y me encuentro a un pequeño yorkshire toy durmiendo pegado a mi vientre. Escucho una dulce música de piano que suena de fondo, ¿dónde me encuentro? Estoy completamente vestida, en una cama que no sé de quién es, aunque supongo que debo de estar en el piso de Kellin, sino no entiendo cómo he llegado hasta aquí. Me levanto con mucho cuidado, dejando al pequeño perro entre las mantas, para que no se despierte.

—¿Kellin?

Voy hacia lo que parece un salón. Miro hacia la derecha y está la cocina, al final de la gran sala le veo a él. Tocando el piano tan majestuosamente como si fuese un virtuoso de la música frente a un gran público. La pasión que hay en él, la velocidad de sus manos moviéndose sobre las teclas es impresionante. Parece no haberme escuchado, es como si estuviera en una burbuja en la que no puedo entrar. Me acerco poco a poco a donde se encuentra, sin hacer mucho ruido, no quiero molestar, pero no puedo evitar ser curiosa. Poso mis manos sobre sus hombros cuando termina de tocar, apoyo mi barbilla sobre uno de ellos, el izquierdo, y le abrazo por la espalda. Acaricia mis manos con mimo.

Hay veces que no parece ni siquiera el Kellin que conocí, y mucho menos ese del que hablan. Le beso en la mejilla un par de veces, hasta que toma una de las manos, tira de ella y acaba sentándose sobre su regazo, me abraza con dulzura, acunándose como si fuera una niña pequeña. Cierro los ojos y respiro tranquila, como hacía tiempo que no lo conseguía. Me besa en la frente, y pasa sus manos por mi pelo, peinándolo.

—¿Has dormido bien?

Asiento un par de veces, he podido dormir, aunque me duele un poco la cabeza, pero, aun así, me encuentro mejor de lo que creía.

—¿Cuánto hace de lo del *pub*?

—Dos horas y media.

—Dios..., Natalia... —digo pasándome la mano por la frente.

—Tranquila, he llamado a Collins para que supieran que estás bien.

—Gracias —digo en voz baja.

Rodeo su cintura con mis piernas, aún sentados sobre la banqueta del piano, enmarco su rostro con las manos, y le beso en los labios. Ahora mismo me siento tan confusa... Tanto... Solo hay una cosa que tengo claro, y es que le necesito a mi lado como el aire que respiro.

—Te he echado de menos —admito.

Kellin no dice nada, se limita a fijar sus ojos en los míos. En ellos hay tristeza y algo que no me gusta, no sé... Le beso de nuevo y poco después hace una mueca. Es una sonrisa amarga, gris.

—¿Qué ocurre?

El hecho de no ser del todo correspondida me aterra, hace que me quede callada, al igual que él, no sé ni siquiera qué debería hacer. Tal vez tenga una vida, puede que tenga una historia que vivir, una en la que no haya sitio para mí. Mi corazón se parte en pedazos al pensarlo, debería marcharme de aquí, de este país. Cuando voy a ponerme en pie para ir a por mi chaqueta y marcharme, me lo impide, ni siquiera me deja levantarme, me sujeta por la cintura con fuerza para que no me mueva ni un ápice.

—No sé qué haces conmigo —admite.

—Ni tú a mí.

Le paso una mano por el pelo, colocando algunos de los mechones sueltos. Me abrazo a él, cerrando los ojos y llevándome conmigo su olor. Estoy en casa, con él, lo estoy, no sé por qué, pero me siento bien, demasiado. Actualmente, él es mi hogar.

—He anhelado tanto tenerte así —me dice al oído.

Mi cuerpo empieza a arder, él también ha echado de menos tener a Kellin tan cerca. Beso su cuello, dándole algún que otro mordisco, lo lamo de arriba abajo, provocando que un escalofrío le recorra de pies a cabeza. Sonríe como lo haría un lobo feroz preparado para atacar, me encanta, echaba en falta estas miradas peligrosas que solo él tiene. Le beso ansiosa, perdida en las ganas que tengo de hacerle mío, cuando todo su cuerpo se activa, aparece el lobo. Sujeta con fuerza mi cintura, anclándome sobre sus piernas. Me besa con tanta pasión que hace que todo mi cuerpo responda a cada una de sus caricias, a cada uno de sus besos, el corazón se me acelera, igual que lo hace mi respiración. Dejo ir un gemido cuando muerde mi labio inferior, mi sexo arde pidiendo que él calme esa necesidad que tiene por el suyo.

—Joder —gruñe.

—¿Qué?

Toma una de mis manos, me echa hacia atrás con cuidado de que no caiga, y la coloca sobre su abultado paquete. ¡Madre mía! Parece tres veces mayor que antes... Por Dios santo, no le recordaba tan sumamente grande, siento cómo mis mejillas se encienden en plan semáforo.

—¿Qué, leona?

Suspiro, perdida en las ganas que tengo de que esté dentro de mí, no puedo pensar en nada más. Kellin sigue con esa sonrisa de medio lado, tan sexy como peligrosa.

—Tengo ganas de ti.

Cuela una de sus manos entre ambos, desabrocha el botón de mis pantalones y a continuación la cremallera. Le freno, sonriendo, quiero que sea mío y ser yo quien le guíe. Paseo las manos por su pecho, de arriba abajo, noto cómo sus fuertes músculos han ido a más. Me muerdo el labio, perdida en la lujuria que desprenden esos ojazos

que tiene. Masajea mis glúteos, amasándolos, disfrutando de ellos. Hacía tanto que no estábamos juntos, tanto... que apenas era capaz de recordar cómo era el sentir sus manos de esta manera. Tomo una de ellas, y le guío a través de su propio piso, recorriendo así los pasos que ya había dado. Puedo sentir que su vista se fijan en mi cuerpo, lo que en cierto modo me enorgullece. Al llegar a los pies de la cama, intercambio nuestros sitios, y le doy un empujoncito para que caiga de culo sobre el colchón. Le quito la camiseta que lleva y le observo estupefacta, no hay hombre más perfecto sobre la faz de la Tierra, es un dios griego esculpido en mármol y hecho solo para mí. Me relamo solo de verle, y eso que aún lleva los pantalones puestos, que sin ellos es todavía más hermoso.

—Quiero bailar, quiero música.

Kellin asiente, me aparta con un ligero toque y se acerca a la mesilla de noche, donde coge un mando con el que enciende un iPod que está conectado a unos altavoces. No sé quién canta, pero solo escucharlo la sintonía se hace con mi cuerpo. Kellin pega su pecho a mi espalda, siento cómo su sexo hace presión contra la parte baja de mi espalda. Aparta mi cabello y empieza a besarme el cuello, lamiéndolo e incluso mordiéndolo. Dejo ir un quejido, por lo que él sonrío contra mi oído. Cuela una mano por dentro del pantalón y la otra por dentro de la camiseta. Acaricia mi sexo por encima de la tela, haciendo que cada vez arda más en deseos de tenerle dentro moviéndose para mí. Adoro escuchar esos gruñidos tan salvajes que me vuelven loca. No deja de mover sus dedos sobre mis braguitas, y suerte que llevo unas bonitas, sino se me habría caído la cara de vergüenza y puede que ni siquiera estuviera pasando esto. Intento darme la vuelta, pero no me deja hacerlo. Está jugando conmigo, igual que lo ha hecho desde el día en el que le conocí.

—¿Por qué me pediste que me marchara?

Adentra uno de sus dedos en mí, apartando la tela y jugando con mi abultado clítoris. Vuelve a lamer mi cuello, me es imposible no pensar en lo bien que estaría esa lengua en otro lugar. Mis mejillas se encienden al pensar en ello, a este hombre se le da todo demasiado bien. Me muevo aún pegada a él, provocándole, haciendo que se muera de ganas de estar en mí, igual que yo de que lo esté. Me vuelve loca tenerle tan cerca, lo que provoca que quiera hacerle de todo durante el día, o mejor dicho, durante toda la noche.

—Lucía, déjame hacerte mía —me ruega.

—Soy tuya desde el día en el que te vi, por desgracia.

—¿Por desgracia? —pregunta confuso.

—Si no puedo tenerte...

—Ya me tienes, leona.

Me doy la vuelta, ahora soy yo la que está perdida y la que no entiende bien por qué dice eso. ¿Hablará en serio? Fijo mis ojos en los suyos, necesito saber si es cierto lo que me dice.

—¿De verdad?

—Claro, nena —dice pasándome una mano por el pelo.

Me besa con una dulzura sobrecogedora que ablanda mi corazón y mi voluntad, podría hacer lo que quisiera conmigo que no sería capaz de zafarme de él. He estado tantos días deseando tenerle para mí sola...

—Te necesito.

—Aquí me tienes, mi Lu.

Devoro su boca como si fuese una droga de la cual he estado separada durante meses, aunque realmente ha sido así, o al menos así lo he sentido yo. Le empujo, haciendo que caiga sobre la cama. Me siento a horcajadas sobre él, echaba tanto de menos ver esa mirada salvaje y sentir cómo su miembro crece para mí... Me muerdo el labio inferior, perdida en el deseo que siento. Un hormigueo recorre mi vientre, es la emoción, los nervios.

—Creo que hay algo que te sobra. —Sonríe lobuno.

—¿Tú crees?

—Yes —dice alargando la «s».

Le beso fugazmente, a la vez que sonrío burlona. Me aparto de él, doy varios pasos hacia atrás, y agarro el bajo de la camiseta. Recuerdo el baile del cual me reí cuando Alex lo hizo, pero es demasiado *sexy* como para no recrearlo. Me muevo frente a Kellin, al son de la música que sigue sonando. Le guiño un ojo a la vez que voy subiendo la camiseta. Me mira ansioso, quiere que acabe, pero eso no va a pasar, me encanta sacarle de quicio. Desabrocho los pantalones, pero no me los quito, aunque sí la camiseta. Cojo sus manos, las coloco sobre mi cintura, y me doy la vuelta, dejando que mi espalda se pegue a su pecho. No dejo de moverme sobre él, rozándome contra su miembro. Hasta que me suelta con fuerza y me baja los pantalones a la vez que se lleva las braguitas. Termino de quitármelos, y me arrodillo frente a él. Me relamo, quiero comérmelo, escuchar cómo gime a causa del placer que le provoco. Desabrocho sus tejanos, bajo la cremallera y tiro un poco de las tiras por donde pasa el cinturón, pero no puedo quitárselos, hasta que eleva levemente la cintura. Hago lo mismo que él, me llevo los calzoncillos. Una poderosa erección se alza ante mí, imponente, hermosa y poderosa. Sonrío al verla, aún arrodillada frente a él, la acaricio de arriba abajo. Me muerdo el labio inferior, y la lamo. Deja ir un leve quejido, un lamento lleno de placer, al cual acompaña una mirada lujuriosa que hace que mis ganas no dejen de crecer.

—A ver qué haces.

Alzo una ceja, retándole, haré lo que quiera, cuando y como quiera. Sonrío maliciosa, es hora de hacérselo pasar mal, igual que sé que lo hará él en cuanto tenga oportunidad. Me lo llevo a la boca, lamiéndolo con cuidado a la vez que lo acaricio. Un delicioso gemido no tarda en escaparse de su interior lo que provoca que mi ego no haga más que crecer.

—Ven —me pide.

—De eso nada.

Le doy un beso en la parte de arriba, y hago una mueca, me encanta. No sé cuánto voy a poder resistirme, porque lo que ahora mismo me apetece es hacerle el amor hasta que me quede sin energías, hasta que me muera si hace falta.

—Ven —me ruega.

—¿Qué quieres?

—Tocarte, necesito...

No dejo de acariciarle a la vez que él intenta hablar, pero me da a mí que su cabeza está en otro lado y no se encuentra en condiciones de hablar.

—Necesitas que... ¿qué?

No puedo evitar ser mala con él, adoro hacerlo. Pero entonces su paciencia se acaba, sonrío malicioso, se pone en pie, y me agarra por la cintura. Me echa encima de la cama y como un auténtico depredador avanza por encima de las mantas hasta llegar a donde me encuentro. Nos une en un beso demoledor, su erección presiona la entrada de mi sexo, lo que provoca que quiera sentirle bien. Alzo las caderas, para hacer que entre, pero me lo impide. Es su turno. Besa mi cuello, va descendiendo por mis pechos, mimándolos y mordisqueándolos con cuidado de no hacerme daño. Sigue bajando, por mi vientre, besa el interior de mis piernas, y se centra en mi sexo, lo lame como si fuera un caramelo, degustándolo como si fuera lo más delicioso que hubiera comido jamás, lo que hace que me encienda aún más de lo que estoy. Adentra un dedo en mí, sin dejar de comerme. Un terrible ardor se hace con el control de mi cuerpo. Apoyo mi mano en su cabeza, para que no se mueva de donde está. Madre mía de amor hermoso... Poco después alza la vista.

—¿Cómo vas, leona?

Niego con la cabeza un par de veces, este hombre va a matarme con esa lengua que tiene. Bueno, esa lengua y ese todo porque vamos... No quiero ni pensar en cuando cambie de posición.

—Me parece a mí que hay algo que quieres y no dices.

Vuelvo a decir que no con la cabeza, es que no soy ni capaz de contestarle, creo que me va a dar un infarto. Mi corazón se ha desbocado de tal manera que hace que ni siquiera sepa qué decir. Sube por mi vientre, lamiéndome, hasta mi cuello. Lo muerde, besa mis mejillas y luego se acerca a mi oído.

—Dímelo.

—A ti, te quiero —gruño entre dientes.

Entonces, sin pensarlo ni un solo minuto, entra en mí, haciéndome estallar en un profundo gemido. Era él lo que me había faltado.

Hace un par de días que no sé nada de Kellin, parece haber sido tragado por la tierra, y eso es lo que más miedo me da, que haya vuelto a desaparecer. Suspiro, miro el móvil, no he hablado con Marc desde hace varios días, y la verdad es que no me importa, no echo de menos sus palabras ni siquiera tenerle cerca. Me siento en la cama y miro mis zapatos, no entiendo por qué lo hago, pero ahora mismo no sé qué hacer. Bajo al salón, Natalia, Rosa y Collins se han marchado a The Capitol Shopping Centre, un centro comercial que hay no muy lejos de aquí, han ido a pasar la mañana. El señor Collins tampoco está y Laura ha salido, por lo que me he quedado completamente sola. Alguien llama al timbre, lo que hace que dé un bote, no me lo esperaba, me acerco a la puerta, y sin mirar por la mirilla, abro.

—Kellin... —digo en voz baja.

Me paso la mano por mi moño a medio recoger, tengo que tener unos pelos de loca que no veas. Me recoloco el jersey y los tejanos, asegurándome de que todo está en su sitio, vaya pintas llevo, debo de haberle dejado de gustar de golpe.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—Pues..., pasa, si quieres.

—Claro.

Cuando entra a casa, aprovecho para deshacerme el moño, y dejarme el pelo suelto, no creo que esté tan mal. Kellin pasa al salón, veo cómo mira hacia todas partes hasta que escucha que me encamino hacia él.

—¿Y los demás?

—No están, han salido —le explico—. ¿Quieres algo para tomar? ¿Agua aunque sea?

—Sí, por favor.

Se quita el abrigo, dejándolo recostado sobre el sofá, mientras voy hacia la cocina, me sigue. Cuando voy a servirle un vaso de agua, noto cómo Kellin pega su pecho a mi espalda, acaricia mi vientre con una de sus manos, y empieza a besar mi cuello, al igual que mis mejillas. Me doy la vuelta, y veo de nuevo esa mirada peligrosa que solo él tiene.

—¿Sabes cuándo volverán?

Niego con la cabeza, no tengo ni idea de a qué hora podrían volver y, aunque lo supiera, ahora mismo no estoy para pensar mucho en ello.

—Yo sí.

Le miro con los ojos abiertos como platos, ¿cómo lo sabe? Entonces... ya sabía que no iba a haber nadie en casa, por eso mismo ha venido, estoy segura. Le conozco,

y sé que lo ha hecho por eso. Toma mi cintura con la suya, haciendo que acabe atrapada entre él y la encimera.

—Ya sabías que estaba sola.

—Sí.

—¿Entonces?

Ladea la cabeza, mirándome como si fuera un cachorro, con esa sonrisa de medio lado que me vuelve loca cada vez que la pone. En realidad... ¿qué no me vuelve loca de este hombre? Nada, todo me parece demasiado perfecto como para dejarlo pasar.

—¿Entonces qué, leona?

—Hay algo que has venido a buscar, a mí no me engañas.

—He venido a buscarte a ti, mi gata, tengo hambre —gruñe contra mi oído—.
Hambre de ti.

Me muerdo el labio inferior, tengo ganas de él, pero no sé... No es el lugar adecuado, esta no es mi casa, suspiro y, antes de que pueda contestarle me besa desesperadamente, como si no hubiera un mañana. Mi sexo arde en deseos de tenerle dentro, no ha hecho nada nada, cuatro palabras, cinco besos y un suspiro.

—Llévame contigo.

—No quiero llevarte —admite.

Ladeo ligeramente la cabeza, no entiendo a qué se refiere.

—Quiero tenerte.

Cojo una de sus manos, tirando de él, atravesamos el salón y subimos a la habitación, estando aquí no me sentiré tan mal, aunque algo me dice que dentro de un rato dejaré de pensar en ello. Cuando cierro la puerta me empuja contra esta, sin hacerme daño, me besa hambriento, con rabia, con lujuria, pero también con una dulzura algo extraña. Kellin me toma por la cintura, pero esta vez seré yo quien lleve el control de la situación. Le empujo sobre la cama, y me siento a su lado. Me pongo sobre él, mordiéndole el cuello a la vez que voy desabotonando la camisa que cubre su torso. Acaricio su pecho desnudo, fijándome en ese colgante que lo adorna mientras paseo los dedos sobre sus marcados músculos. Kellin sonrío de lado, a la vez que alzo una ceja. Adoro esa sonrisa que esboza cuando algo le provoca, y me encanta aún más ser yo el motivo por el que aparece.

—¿Y si aparece el señor Collins?

—No aparecerá.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está con mi padre, y en un rato irán a por John y compañía —me explica—. No te preocupes, leona.

Suspiro, en realidad, no sé cómo no voy a preocuparme, estoy en una casa que no es mía acostándome con el mejor amigo de mi cuñado, el amigo mujeriego, según dice Natalia. Aunque yo no he visto ni un ápice de ese Kellin.

—Hazme tuyo.

—¿Vas a ser mío?

—Hace tiempo que lo soy.

Le beso ansiosa, escuchar cómo esas palabras salen de su boca me hacen sentir terriblemente orgullosa de mí, Kellin es demasiado atractivo como para pasar desapercibido a los ojos de cualquiera. Acaricio de nuevo su pecho, desde el cuello hasta llegar a su cintura. Su miembro está duro, lo que sube mi ego a más no poder, me encanta tenerle así, para mí.

Le acaricio sobre la ropa, quiero quitarle los pantalones, hacer que se vuelva loco, pero antes perderá los nervios y se morirá de ganas de hacerme de todo. Sonrío maliciosa, ni se imagina lo cruel que puedo llegar a ser. Me levanto y cojo unos calcetines altos con los que ato sus manos al cabezal de la cama, para que no se pueda mover ni un ápice. Le beso por todo el pecho, bajando, haciendo una hilera hasta llegar a la cinturilla de los tejanos. Alzo la vista, encontrándome con la suya, la cual brilla llena de lujuria. Paseo mis manos sobre su miembro, sin apartar la tela, lo que provoca que deje ir un gruñido. Se desespera, y alza la cadera, empujándome hacia arriba.

—Tranquilo, león, te daré lo que quieres.

Kellin sonrío de oreja a oreja, como victorioso, pero la verdad es que no lo es para nada.

—Pero no ahora.

Ahora soy yo quien sonrío, con malicia. Voy a aprovecharme un poco de él. Desabrocho el botón de los tejanos, bajo la cremallera y, tras bajarlos, vuelvo a atacar su boca, la cual está hecha para el pecado. Le beso a la vez que me restriego contra su sexo, lo pasará mal, y me encanta que así sea.

—No me hagas sufrir.

—¿No? ¿Y qué harás si no te hago caso?

—Darte un mordisco.

—Uyyy... Preocupada estoy.

Me río de él y de la estampa de la que está siendo protagonista. Su miembro presiona mi entrada a través de la tela de los calzoncillos. Beso su cuello, me quito las mallas y las braguitas que me vestían, al igual que hago con su ropa interior. Uniendo nuestros sexos quedando completamente pegados, ardiendo el uno por el otro, por unirse y no separarse jamás. Kellin alza la cintura, no deja de moverse, intentando entrar en mí. No voy a dejarle hasta que yo quiera, lo que hará que pierda los nervios.

—Estás tan húmeda, Lucía...

Alzo una ceja, me acaba de dar una idea. Desciendo por sus piernas, hasta que me lo meto en la boca, succionándolo, lamiéndolo de arriba abajo. Su respiración se vuelve agitada, tanto que al final acaba dejando ir un profundo gemido que llena la habitación.

—Eres delicioso —digo sacándomelo de la boca.

—Te arrepentirás —sisea.

—No creo.

Me subo sobre él, haciendo que entre en mí de una sola estocada. Un gimoteo acaba escapándoseme, le echaba de menos, mucho y eso que tan solo hacía dos días que estaba sin él.

—Joder... —dice entre dientes.

—¿Qué?

Entrecierra los ojos para mirarme de mala manera, por lo que dejo ir una carcajada.

—Que me pones muchísimo —me susurra al oído cuando me acerco a él, erizando todo mi vello—. Desátame —me ruega.

Niego con la cabeza, ni de coña le voy a dejar libre, no ahora, primero tengo que cansarle un poco o acabará matándome a polvos. Hace una mueca, intentando darme pena, pero no lo conseguirá, o sí... No puedo con su mirada, soy débil, hay veces que pienso que Kellin podría ser capaz de hacer cualquier cosa. Aunque mejor que eso él no lo sepa o se volverá en mi contra.

—Tenía tantísimas ganas...

—Me pasaría el día así —susurro.

—¿Ah, sí?

Asiento, me encanta tenerle dentro, sentir cómo llena cada parte de mí. Suspiro, cada vez me doy más cuenta de que me estoy volviendo más adicta a él, a sus besos, sus caricias, su cuerpo, su piel... Me besa con pasión, con tantas ganas como lujuria.

—Me muero por...

Le beso, interrumpiéndole, sonrío contra su boca y le miro.

—¿Te mueres por...?

—Por follarte, leona.

Siento cómo mis mejillas se encienden igual que si fueran dos tomates, madre mía... Suspiro.

—Pues...

—¿Pues?

—No voy a dejarte.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque voy a hacértelo yo.

Me agarro al cabecero de la cama con fuerza, y empiezo a moverme. Kellin entreabre la boca, sorprendido, intentando coger aire y no morir en el proceso. Le muerdo el labio inferior.

—No sabes lo mucho que me pones —gruñe—. Suéltame.

Le digo que no otra vez, con la cabeza.

—Necesito tocarte.

El calor se hace con el control de mi cuerpo, por lo que me quito la sudadera y la camiseta, no llevo nada, y Kellin sonrío ampliamente. Agarro sus manos y las desato con cuidado, no debería hacerlo, pero... yo también lo necesito. Toma mis pechos con ellas, llevándoselos a la boca, los lame, mima y mordisquea. No sé qué hace conmigo, pero cuando alza su cadera provoca que una fuerte oleada de placer se vaya acercando a mí, cada vez es mayor y se aproxima con más fuerza. Eriza todo mi vello, cojo una bocanada de aire, mi corazón empieza a volverse loco, y eso que hace rato que se había desbocado.

Una de las manos de Kellin se cuela entre ambos, acariciando mi clítoris, haciendo que todo se vuelva más intenso.

—No hagas eso —murmuro entre bocanadas.

—¿O qué?

—Me matarás.

Sonríe maliciosamente, me toma por la cintura con fuerza para que no pueda apartarme y tenga que seguir moviéndome mientras él se alza. El placer no deja de crecer, es cada vez mayor, y lo peor es que lo hace a pasos agigantados.

—Para, para —le ruego.

—De eso nada.

Ahora es él quien se mueve, todo se vuelve más cercano, hasta que un poderosísimo orgasmo me arrolla, haciéndome gemir y temblar hasta que este me abandona, desaparece.

Apenas sé cuánto ha pasado desde que terminamos de complacernos, pero, aquí estamos, sentados en el sofá del salón. Simulando que nada ha ocurrido, aunque tampoco entiendo por qué deberíamos disimular. Somos libres de hacer lo que queramos, ya somos mayorcitos. El móvil de Kellin se ilumina, acto seguido lo coge y se pone en pie.

—Ahora vengo. —Sonríe.

—De acuerdo. —Hago una mueca.

Espero que no tarden en llegar, me muero de hambre... Además de que son ellos quienes van a traer la comida de hoy, y no voy a atacar la nevera, no es mía. Apoyo la cabeza hacia atrás, estoy cansadísima, he acabado agotada.

La puerta de la entrada se abre de par en par y como un terremoto entra la familia Collins. Hablan con un volumen tan alto que me quedo un poco pasmada. Cómo se nota que tienen sangre española... Allá donde vamos llamamos la atención, es como el sello del país, y quien diga que no, es mentira.

—¿Cómo estás, pequeña? —me pregunta Natalia a la vez que se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Muerta de hambre.

—¿Alguna novedad?

—Acaba de llegar Kellin —miento—, pero ha salido un momento para hablar por teléfono.

La expresión de Nati cambia por completo, pasa de estar contenta a hacer una mueca de asco, no le cae nada bien, es verle y ponerse de mala malísima leche. No le aguanta. Rosa pasa a la cocina, seguida por John padre, quien le lleva varias bolsas llenas de comida. Huele terriblemente bien, lo que hace que mi estómago vuelva a rugir.

Collins se deja caer sobre el sofá, a mi lado, y enciende la televisión. Natalia, molesta, se quita la chaqueta, dejándola colgada en la entrada. Se sienta en el sillón orejero que hay frente al que es su futuro marido, mirándolo con mala cara.

—¿Tú sabías que Kellin iba a venir?

Durante unos segundos permanece en silencio, haciéndose el loco, aunque eso solo hará que Nati le pregunte aún más e incluso se cabree, lo que será peor.

—¿John?

—Sí, me escribió antes.

Alza una ceja, pobre Collins... La ha liado pero bien, sin embargo, es lo que hay. Natalia no debería de enfadarse ni ponerse de esta manera, tendría que tomárselo con calma. Kellin no es un mal hombre, no es como ella cree, le está juzgando sin saber y eso es algo que no tendría que hacer, porque puede equivocarse. Como está haciendo.

—Bueno, Nati, no le des tanta importancia —digo en voz baja.

Intenta fulminarme con una mirada, pero no lo consigue, sé cómo es, y no voy a amedrentarme solo porque a ella no le guste Kellin.

—Ven un momento —me pide poniéndose en pie—. Quiero hablar contigo.

Cojo aire, y suspiro. A ver qué es lo que quiere decirme ahora... Seguro que será una retahíla con todas esas razones que dice tener contra él. Pero, sinceramente, me dan igual, no pienso escucharlas. Estiro un poco mi jersey, y me pongo el abrigo, quiere que salgamos fuera, aunque ya podríamos quedarnos dentro, porque con el frío que hace hoy, es delito salir.

—¿Qué demonios te pasa, Lucía?

—¿Perdona? ¿Qué es lo que te pasa a ti con él? —gruño.

—Ya sabes lo que me pasa.

—No tienes ni idea, no sabes una mierda de Lund y, aun así, lo juzgas como si tuvieras derecho a hacerlo —contesto molesta—. Y ya soy mayorcita para hacer lo que quiera y acatar las consecuencias.

Sin que pueda decir nada más, vuelvo a entrar en la casa. Tema zanjado, no quiero volver a hablar más sobre ello, haré lo que me venga en gana, no lo que nadie me diga. Cuando me doy la vuelta, tras haber dejado el abrigo, me encuentro a Kellin con una sonrisa de medio lado, lo que hace que instintivamente se me dibuje una sonrisa a mí también. Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí?

«Claro, tonta, ¿a quién va a ser si no es a ti?», me pregunto. Pone los ojos en blanco, a lo que contesto alzando los hombros.

—No me pasa nada —añado—. ¿Por qué?

—Te noto extraña.

—No es nada.

Voy hacia la cocina, para ayudar a Rosa, quien no deja de sacar cosas de bolsas mientras John padre las va guardando. Veo por el rabillo del ojo cómo Natalia sube a la habitación, molesta, no voy a ir tras ella. No es culpa mía, es su problema si se enfada por una tontería así, y desenfadarse es cosa suya.

—¿Cómo estás, niña?

—Bien.

—Te veo un poco pachucha.

—No es nada, Rosa —insisto—. Tan solo tengo hambre y estoy algo cansada.

—Bueno, si solo es eso...

—Sí, tranquila.

Me abrazo a ella, y le doy un beso en la mejilla. Esta es una mujer impresionante, creo que no hay persona más buena y bondadosa que ella.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Prepara las cosas para llevar a la mesa.

—Voy.

Tras la comida, viene manta, sofá y peli, por lo que la noche ha caído sobre Cardiff. Kellin se ha marchado poco después de la comida, Natalia apenas me ha hablado durante la tarde, lo que no me gusta. Sigue de morros, a pesar de que Collins ha intentado hablar con ella para calmar los ánimos, pero nada de nada, no ha conseguido apenas que le dirija la palabra. Me cambio de ropa, quiero salir a dar una vuelta, a disfrutar de este país al que no conozco y al que llegué con mal pie.

—Nati —digo apoyándome en el marco de la puerta.

—¿Qué? —responde tajante un par de minutos después.

—Ven conmigo a tomar algo.

—No quiero.

Me siento a su lado, vale que se ha enfadado porque le ha dado la gana, pero no me gusta verla así. Es mi hermana y, a pesar de que algunas veces nos enfadamos siempre acabamos arreglándolo, pero esta vez está tardando demasiado.

—Venga, hermanita —le pido.

—No quiero que te haga daño.

—Bueno, Nati, pero soy yo quien se arriesga a ello, y ya tengo edad de asumir mis propios fallos.

—No quiero que te rompa el corazón, sé cómo es Lund.

—No, no lo sabes, ni siquiera yo lo sé.

Alza los hombros, sin saber bien qué decir. En realidad tengo razón, ni siquiera yo sé cómo es Kellin, pero hay algo en mi interior que me dice que está hecho para mí, y para nadie más. No puedo dejarle escapar.

—Hermanita, hoy no tengo ganas de ir.

—Bueno..., pues nada, hablaré con Laura, o con Estiradillo *man* a ver si quieren ir a algún lado. Si no, mañana. —Sonrío.

—Ve con cuidado.

—Sí, tranquila.

Le doy un fugaz beso, y nada más salir saco el móvil para escribir a Kellin, seguro que él no me dirá que no. Dos segundos, tan solo dos para que conteste, en realidad no me ha dado tiempo ni siquiera de llegar a mi habitación.

Kellin:

Claro

Añade un par de emoticonos después y sigue escribiendo.

Kellin:

Te paso a buscar en media hora,
no estoy en casa.

Lucía:

De acuerdo.

Acabo de retocarme el maquillaje, si es que se le puede llamar así ya que es bastante escaso, no me gusta ir maquillada en exceso, en realidad no sé cómo hacerlo.

Kellin:

No digas nada

No entiendo muy bien a qué viene eso de pedirme que no diga nada a nadie. Suspiro, no sé... Ahora mismo me siento algo confusa.

Poco después su coche aparca frente a la puerta de los señores Lund. Laura se marcha justo a tiempo, por lo que nadie sospechará que no estoy con ella. Me meto en el coche tan rápido como puedo, o tanto como me lo permiten estos altos botines que me ha dejado Natalia.

—Me ha sorprendido que me escribieras, no habíamos hablado de quedar.

—Y no hay nada de lo que hablar, simplemente tenía ganas de salir a dar una vuelta, de tomar algo, pero sobre todo de bailar.

—Es un buen plan.

—Lo sé.

—Iremos al Rocket.

—¿Al Rocket?

Asiente un par de veces mirándome de lado con una sonrisa socarrona dibujada en sus labios.

—Vas a bailar y bien, leona.

Nada más llegar al Rocket, Kellin me coge de la mano y tira de mí, guiándome por el interior. Es un bar un tanto especial, tiene una pista de baile muy aceptable, luces de color azul se mueven de un lado a otro, en frente de la pista hay una enorme barra que parece estar hecha de olas del mar, gracias a las ondas del cristal y la luz de tonalidades aguamarina que lo acompaña. Es muy bonito, nunca antes había visto nada igual, y lo mejor de todo es lo céntrico que se encuentra, hemos llegado en menos de cinco minutos. Hay bastante gente, aunque ni la mitad de ellos bailan, solo lo hacen un par de chicas. Kellin me ayuda a quitarme el abrigo, lo dejamos en el ropero, al igual que el bolso. Nos acercamos a la barra, cuando la camarera ve a Lund sonrío de oreja a oreja, y le lanza una mirada pícaro que me molesta, y mucho. Un fuego interior empieza a arder en mí, y unas terribles ganas de dejarla calva aparecen.

Tiro de la mano de Kellin, haciendo que dé media vuelta. Le doy un beso de tornillo, de esos poderosos que encienden cualquier brasa, me agarra con fuerza de la cintura y del culo, apretándome ligeramente. Espero que le haya quedado bien claro a la lagarta de la barra que Kellin solo hay uno y es mío. Sonrío contra su boca, igual que lo hace él.

—Quiero que bailes para mí —me susurra al oído.

—Baila conmigo.

Le guiño un ojo y sonrío pícaro, esa lagarta se va a enterar de lo que vale un peine, y como le diga algo..., no me quedaré callada, aunque parezca un poco bruta.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta.

—Sí, un *sex on the beach*.

Ronronea contra mi oído, como si fuera un gato. Me da un lametón en el cuello haciendo que todo mi vello se erice.

—Eso te lo haría yo encantado, nena.

—¿El qué? —pregunto inocentemente.

—El sexo en la playa, señorita.

Mis mejillas se encienden. «Por Dios, yo sí que iba a hacérselo en la playa, en la montaña, en la ciudad y hasta en el desierto», no sé cómo este hombre es capaz de provocarme de esta manera. Se acerca a la barra, la camarera se marcha a atender al otro cliente por lo que es su compañero quien va a ver qué es lo que quiere beber. Kellin no aparta la mirada de mí, no me pierde de vista ni un solo segundo, sonrío igual que lo hace él. Alza una ceja y me guiña un ojo.

—Aquí tienes. —Me tiende la copa, a la que le doy un trago.

Me besa al despegar mi boca del vaso y se relame, igual que hace con mis labios. Posa su mano en mi cintura, pegándome a él, sonriente.

—Delicioso —murmura—. Pero más deliciosa estás tú.

—No tanto como tú.

Le devuelvo el beso que me ha dado, y tiro de él en dirección a la pista, si quiere que baile para él, eso tendrá, va a saber lo que es bueno, no habrá visto nada igual. Hablamos durante un rato, ya que apenas nos escuchamos a causa de la música. Pero, lo hacemos lo suficiente como para oír su última frase antes de arrancarme a bailar.

—Tengo ganas de ti.

—Y más que tendrás, rey.

—¿Rey?

—León.

Le guiño un ojo, sonrío, y dejo la copa casi vacía sobre una de las mesas altas que hay esparcidas por la sala. «Baby one more time» empieza a sonar, con un remix algo extraño, pero tampoco es tan malo como para no bailar. Escucho la música, su melodía entra en mí, adoro cómo toma el control de mi cuerpo y hace que no deje de moverme.

Tomo las manos de Kellin, y las coloco en mi cintura. ¡Que empiece el *show*! Pego mi espalda y mi trasero a su fuerte cuerpo. Noto cómo sus brazos se tensan cuando paso las manos por su cuerpo, y su cuello. Su miembro crece en el pantalón, sonrío al ver lo rápido que reacciona y lo mucho que le gusta tenerme así de pegada a él.

—No sigas así, nena.

Me doy la vuelta, apoyo las manos en su nuca y le beso. No voy a dejar de moverme por mucho que me lo pida, va a enterarse de lo buena que soy. Sonrío con malicia, por lo que niega con la cabeza varias veces. Ríe, me gusta sacarle de quicio, no puedo evitarlo, es demasiado divertido. Me besa hambriento, hasta que me separo de él y sigo bailando al ritmo de la música. Kellin se mueve conmigo, sin separarse ni un ápice de mi cuerpo.

—Me gustas demasiado —me susurra al oído.

A mí también me gusta demasiado, pero es mejor no decírselo o acabará creyéndoselo mucho, lo que me haría débil... Kellin tiene un don de persuasión elevado, y a mí me encanta tanto que hay veces que consigue que haga lo que él quiere con tan solo una mirada.

—Puedes repetirlo si quieres.

—Me gustas, Lucía —repite—. Me pones mucho.

Me muerdo el labio inferior, no sé qué me gusta más, si que me lo diga o notarlo físicamente. Vuelvo a darme la vuelta, sigo bailando como lo hacía, esta vez alejada de él, sin rozarle, sin que me toque. Puedo notar su mirada fija en mí, lo que me enciende cada vez más. Le guiño un ojo cuando me vuelvo hacia él y le digo que venga a por mí y, eso hace, como un león que se acerca a su presa, arrollador, salvaje. Me besa con unas ganas impresionantes, lleno de lujuria y pasión, tanta que provoca que mis piernas flaqueen, que mi corazón se acelere y que mi sexo arda en deseos de que lo invada. No dejo de moverme a su alrededor, contoneándome como una leona

en celo. Adoro bailar, provocarle así, y ver cómo reacciona, a cada uno de mis movimientos.

—Deja de moverte, leona —dice sujetándome por la cadera—. Aquí quieta.

Me pego aún más a él, muevo el culo ligeramente, notando cómo su miembro se hace sitio bajo la tela de sus vaqueros.

—Marchémonos de aquí —me susurra al oído.

—¿A dónde quieres ir? —pregunto curiosa, dándome la vuelta.

—A cualquier lugar donde pueda tenerte para mí solo.

Le beso y asiento. Me dejo guiar entre la gente, el local se ha llenado en cuestión de minutos, no me extraña, buenos cócteles, buena música y es un lugar precioso. Lo más seguro es que sea uno de los *pubs* más concurridos de Cardiff. Porque vamos, aquí mínimo hay media ciudad.

—Vamos, nena.

No vamos muy lejos. Kellin detiene el coche en un callejón oscuro a pocos metros de donde se encuentra el Rocket. Aparca con tranquilidad, me encanta ver cómo conduce, está tan concentrado que hace que aparezca ese gesto tan *sexy* que solo él tiene.

—No puedo esperar más, leona.

Desabrocho mi cinturón y me abalanzo sobre él. Le beso ansiosa, no sé qué me pone más: si tenerle así de activo para mí o cada uno de los besos y caricias que me da. Cada vez me gusta más. Beso su cuello, lo mordisqueo y lo lamo, a la vez que acaricio su duro miembro. Me muerdo el labio inferior, me encanta tenerle así, y que sea solo para mí.

—¿Por qué te muerdes tanto?

—Me muerdo por no morderte a ti.

Sonríe de medio lado, provocador, y al mismo tiempo alza una ceja, mirándome. Me está retando.

—Hazlo.

Vuelvo a besarle, más ansiosa que nunca y, tras el último de ellos, le doy un mordisco y escucho como deja ir un leve gemido que le provoca una oleada de placer, haciendo que mi sexo arda. Quiero tenerle dentro, sentir cómo toda su largura entra en mí, y no quiero esperar más.

—Vete hacia atrás —le ordeno.

Me guiña un ojo antes de salir del coche para pasar a la parte trasera de este. Me quito los botines, que me estorban, y tampoco quiero mancharle la tapicería de los asientos. Estoy segura de que si lo hiciera acabaría echándome una buena bronca.

—Hola, morena —dice con ese acento guiri que tiene.

—Hola, galés —le contesto al pasar entre los asientos.

Apoyo una de las manos en la parte cubierta que da al maletero, y me siento sobre él, agarrándome al reposa cabezas, hasta que noto que me sujeta, entonces doy un ligero vote. Su mirada ya no es dulce ni retadora, sino que se ha vuelto salvaje y

feroz. Adoro esos ojos marrones que tiene, tan profundos como la noche pero tan vivos y brillantes como las estrellas.

—No sabes lo mucho que me has puesto ahí bailando.

—¿Ah, sí?

Asiente un par de veces, con la mirada fija en la mía, no la aparta ni un solo segundo.

—He tenido ganas de...

Le beso, para que se calle, pero tal vez no debería haberlo hecho. Quiero saber de qué tenía ganas cuando estábamos dentro del Rocket. Sonríe contra su boca, igual que acaba haciendo él, poco después.

—¿Ganas de...?

—De follarte, Lucía.

—¿Eso quieres? —pregunto provocadora.

Asiente de nuevo, seguro de lo que dice.

—Y... ¿qué haces que no me estás follando ya, Lund?

—Eso es lo que voy a hacer, leona.

Me besa a la vez que pasea sus manos por todo mi cuerpo, acariciándome las piernas, el vientre y finalmente los pechos. Se deshace de mi sujetador, liberándolos para así poder mimarlos mejor. Sube ligeramente el jersey que los cubre para poder lamerlos con delicadeza, aunque de vez en cuando les da algún que otro mordisco. Estos se endurecen inmediatamente ante el contacto de su boca. Dejo ir un gemido cuando tira de uno de ellos, provocando que dolor y placer se unan en uno solo.

—Eres deliciosa. —Sonríe.

Me coge con fuerza, y me sienta a su lado. Desabotona el vaquero, baja la cremallera y con cuidado los va quitando hasta llegar a mis tobillos.

—Tal vez sea mejor que me los quites del todo —digo poniendo las piernas sobre las tuyas.

—Haré lo que quiera, leona.

—¿Lo que quieras? ¿O lo que quiera yo?

Sonríe, y me los acaba de quitar. Por primera vez en mucho tiempo me siento terriblemente expuesta, pero algo en Kellin me hace sentir segura y en casa. Acaricia mi sexo con las manos, con cuidado separa mis piernas, a la vez que tomándome por la cadera me arrastra por el asiento hasta que llego a donde él quiere. Echa el asiento del copiloto tan hacia delante como puede. Cuando tiene el espacio suficiente, recoloca mis piernas y se cuela entre ellas, besándolas con delicadeza. Me parece adorablemente dulce, pero ahora mismo no me apetece finuras. Tomo una de sus manos y me la llevo a mi sexo, indicándole hacia dónde quiero que se dirija. Kellin se relame como un gatito hasta que su lengua se cuela entre mis pliegues, jugueteando con mi clítoris como si mi placer provocara el suyo. Me tapo la cara y me muerdo el labio. ¡Madre mía del amor hermoso! Jamás había sentido nada así, solo él es capaz de hacer que todo mi interior se remueva y se recolocque de nuevo.

—Joder... —gruño.

Alza ligeramente la cabeza, pero sin apartarse de mi lugar secreto. Estiro el brazo, intentando llegar a él, pero me aparta la mano. Me ignora y sigue a lo suyo, vuelve a la carga como un huracán. Su lengua se aparta, y deja que sean sus dedos los que ocupen su lugar. Se relame, como si se hubiera comido una golosina y le hubiera quedado trocitos de azúcar en los labios.

—Eres una auténtica delicia.

Adentra un par de dedos en mi interior y los mueve a la vez que vuelve a lamerme de arriba abajo, provocando que pequeños latigazos de placer me ericen el vello.

—Joder... —repito.

Esa oleada arrolladora que siempre acaba alcanzándome aparece en un horizonte no muy lejano. Se aproxima sin control, por lo que coloco una mano sobre su cabeza, intentando apartarle. No quiero acabar. Necesito tenerle dentro de mí, notar cómo me llena por completo y gemir hasta que me quede afónica. Kellin me sujeta con más fuerza aún, para que no pueda moverme ni un ápice. Me lame haciendo círculos alrededor de mi clítoris, mi corazón se desboca, a la vez que lo hace mi respiración.

—Para, Kellin —le ruego entre bocanadas, pero no me hace ni caso—. ¡Kellin..., stop! —grito.

Se aparta, relamiéndose, me lanza un beso y alza una de sus cejas. Sonríe, bajándose los pantalones y entrando en mí de una sola estocada. Dejamos ir un profundo gemido que nos vacía y nos llena al mismo tiempo. Suspiro, perdida en él.

—Joder, Lucía...

—¿Qué? —pregunto mediante un quejido.

—Estás tan húmeda...

Sonrío, adoro ver esa cara de depredador que se le pone cuando está tan excitado. No deja de moverse en mi interior, abriéndose paso con su duro miembro. Una de sus manos se cuela entre ambos, acaricia mi sexo, haciendo que todo sea aún más placentero. Se detiene, por lo que hago una mueca, un puchero de niña.

—¿Qué, nena?

—¡Que me folles!

Sale de mí, hace que dé la vuelta sobre mi misma, quedando a cuatro patas e igual que había hecho antes, entra en mí sin pensarlo dos veces. Con una mano me sujeta de la cadera, y con la otra acaricia mi pelo, hasta que tira de él ligeramente. No puedo moverme, solo él lo hace, aun sujeto. El instinto animal que hay en mí se despierta para arrasar con el racional. La mezcla entre el placer y el dolor de los leves tirones me recorre de arriba abajo, hasta que se detiene y me deja ir.

—Tenías tantas ganas de ti... —susurra contra mi oído.

Giro levemente la cabeza para poder mirarle, aunque solo sea de lado. Me besa en el hombro, a media espalda y tras eso vuelve a la carga como si la dulzura que me había mostrado jamás hubiera existido y solo hubiera lugar para la lujuria y la pasión. La última de las estocadas que me da, hace que deje ir un fuerte gemido y que mi

cuerpo se vea sacudido por un escalofrío que acaba provocando que mis ojos se cierren. Una de sus manos desciende por mi pierna, tocándola, hasta que poco después se cuela de nuevo entre mis pliegues, acariciándome sin parar, hasta que no puedo más. Mi cuerpo comienza a temblar como nunca lo había hecho antes, una poderosa oleada de placer recorre todo mi cuerpo, deshaciéndome como un helado en verano.

—Joder... —gruñe sin dejar de moverse.

No dejo de temblar cuando Kellin se deja ir entre gruñidos y jadeos, lo que hace que todo se magnifique. Cuando todo termina me quedo tendida sobre el asiento reclinado, con Kellin apoyado en mi espalda, rendido.

—¡Oh, Dios! —murmura.

Aún puedo sentir los restos de los estragos que ha creado Lund en mi interior. Respiro entrecortadamente, a bocanadas, apenas me entra aire, el corazón se me ha descontrolado y ahora solo intento controlarlo.

—Eres una jodida maravilla.

Me besa de nuevo en el hombro mientras yo solo puedo sonreír ligeramente, no tengo ni siquiera fuerza para levantarme.

Ni siquiera recuerdo qué ocurrió, supongo que estaba demasiado cansada como para seguir pensando y llegó un momento en el que mi cerebro decidió que era el momento de desconectarse y, por eso, apenas recuerdo lo que pasó tras ese momento de desenfreno total.

Me paso las manos por la cara, cierro la sudadera y me pongo el gorro. Dejándome caer sobre el mullido banco que hay bajo el ventanal de la habitación. Los rayos del sol atraviesan el cristal, y poco a poco van calentándome, me reconforta. Miro el reloj del móvil, son las once de la mañana, todos deben haber salido a pasear o a hacer cualquier otra cosa. Cuando el wifi de la casa se conecta, me empiezan a llegar mensajes, tanto de Natalia como de Marc.

Marc:

¿Pequeña? Hace días que no sé nada de ti...

¿Hola? ¿Va todo bien?

Desde ayer por la noche que no encendía el móvil, aunque tampoco le habría escrito por mucho que hubiera tenido wifi. No tengo ganas de hablar con él, pero tampoco puedo comportarme como una cría y ni siquiera contestarle. Antes de ser mí... «pareja» fue mi amigo, y no puedo dejar que esto se acabe así. Le escribo escuetamente.

Lucía:

Buenos días.

No tarda en recibir y leer el mensaje que acabo de mandarle, por lo que espero a su respuesta. Pero parece no hacerme caso, lo que en cierto modo me molesta. Abro los mensajes de Natalia, mientras espero a que Marc se decida a contestarme.

Natalia:

Hemos salido a por algo de comida,
como parecías la bella durmiente
he decidido dejarte ahí

Añade una carita sonriente al final del mensaje y le escribo tras leerlo.

Lucía:

Sigo viva

Vuelvo al chat con Marc, ha visto el mensaje y ha pasado de contestar, lo que me cabrea y mucho. ¿Por qué puñetas ahora no me contesta? Bajo al salón, sobre la mesa de la cocina hay un trocito de papel doblado con algo escrito en él. Me acerco a leerlo y me doy cuenta de que es la letra de Rosa: «Tienes unas cuantas galletas, bizcocho de manzana y un sándwich vegetal con pavo». Pobre mujer, si es que es más buena que el pan. Nunca antes se habían ocupado de mí así, siempre he tenido que ser yo sola quien lo hiciera todo. Agarro el bocadillo, lo envuelvo en una servilleta y cojo un brik de zumo de manzana, para así subirlo a la habitación sin riesgos de manchar nada por accidente.

Cuando me vuelvo a sentar sobre el asiento del ventanal veo cómo Kellin aparece tras la puerta de casa de sus padres. Habla por teléfono, parece agobiado, incluso molesto por algo, lo que hace que la sonrisa que había esbozado desaparezca por completo.

—¿Qué le pasará? —me pregunto.

No tengo ni idea, pero siento mucha curiosidad por saber qué es.

Durante un buen rato permanezco así, callada, escuchando música y viendo los coches pasar de un lado a otro. Parece que todo el mundo haya decidido salir hoy a la calle, y eso que no es que haga muy buen día, pero bueno... Supongo que la mayoría de ellos viven acostumbrados a los cielos plomizos y faltos de vida. En España no es para nada así... El sol brilla en lo alto del cielo, los rayos del sol calan en la piel y te dan la energía que necesitas en un mal día. Natalia y Collins no tardan en llegar, por lo que bajo a saludarles de inmediato.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta él nada más verme aparecer.

—Bien, bastante bien —sonrío—, gracias.

—No hay de qué.

Cuando Natalia se gira para mirarme hace una mueca y pasa al salón. ¿Qué le pasa? Voy tras ella hasta que se sienta en el sofá, por lo que hago lo mismo a su lado.

—¿Qué te ocurre? ¿Aún andas mosca por lo de ayer?

Me lo niega con la cabeza, pero yo sé que le pasa algo. No necesito que me lo diga, solo con mirarle a la cara ya tengo más que suficiente como para saber que algo que no le gusta ronda su mente.

—¿Ha pasado algo con Collins?

—No.

—¿Es por Kellin?

Alza los hombros, he dado en el clavo, sigue disgustada por eso de que le preste atención, pero no puede hacer nada... No sé qué tiene ese hombre para que me sienta tan salvaje más atraída por él cuando sé que no es más que un chiquillo sin remedio y sigo sin saber si, debería fiarme de él. Que aquella mujer que vi el otro día ronde por su casa no me hace ninguna gracia y me hace desconfiar, pero, al fin y al cabo soy yo quien debe decidir si arriesgarse o no, no ella.

—Bueno, pues deja de preocuparte porque no merece la pena.

—Lo intentaré. —Anuncia al final.

—Más te vale, porque me debes el salir por ahí una noche, y que sepas que no me voy a olvidar.

—Lo sé, lo sé... De lo que te interesa no te olvidas.

—Bueno, como todo el mundo. —Le saco la lengua—. Vamos, no te preocupes más por ello y dale alegría a tu cuerpo.

—Macarena —dice Collins a nuestra espalda.

Nos miramos, negamos con la cabeza y rompemos a reír. Hay veces que Estiradillo *man* es hasta gracioso.

—Salimos esta noche —le digo a Collins.

—Me parece bien.

—Pero...

—Ni peros, ni peras, Macarena —digo entre risas.

—Ya os vale.

Le guiño un ojo a Collins y, antes de ir a la cocina, le choco la mano. Misión sacar a la perezosa, cumplida. No entiendo qué manía le ha entrado con no salir de noche por Cardiff, que parece que no quiera ni pisar la calle.

Ya estamos preparadas, solo falta Collins y nos vamos. Kellin no me ha respondido en toda la tarde, supongo que debe de haber estado ocupado y no habrá mirado el móvil. Antes de salir de la habitación me reajusto el *body* granate, y la falda de tubo negro. Kellin debería de haber venido, anda que no me lo iba a pasar bien. Me pinto los labios del mismo tono granate, y ahora sí que estoy lista para salir a la acción, por lo que voy a por Natalia. A esta muchacha hay que espabilarla o acabará durmiéndose en los laureles.

—¿Qué te queda?

—¿Otra vez vienes? —pregunta rebuscando algo en su bolsa.

—Sí.

Cuando se da la vuelta me mira con esos grandes ojos que tiene, y sonrío. Con lo guapa que está cuando sonrío y lo poco que lo hace... No debería de preocuparse tanto por todo o acabará por no vivir.

—Me gusta tu labial. —Afirma.

—¿Sí?

Asiente un par de veces, alzo el dedo índice y le pido que espere mientras voy a por él.

—Póntelo tú también.

—No sé...

—Claro que sí.

Sonrío, y es lo único que necesito para acabar de convencerla para que se los pinte igual que yo. Sabía que le iba a gustar, además, nadie se puede resistir a los *lip stain* de Sephora. Imposible.

Collins ya ha ido a por el coche, parece que al final ha acabado ganándonos, y capaz será de decirnos que lleva mucho rato esperándonos. Aunque... no creo que Natalia fuese a quedarse callada, algo le diría.

—¿A dónde vamos?

—A un local muy chulo que hay no muy lejos de aquí —contesta Natalia.

Durante unos segundos permanezco en silencio, ¿estará hablando del garito al que fuimos ayer? Trago saliva, será mejor que no diga que ya lo conozco.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Sonríe contenta—. Cuando entras y ves la barra te da la sensación de estar bajo el agua.

—¿Y eso?

—Tiene una barra preciosa que parece estar hecha de olas del mar, es... impresionante. Te encantará.

—¡Seguro! —añade Laura, quien también se ha unido a nuestra aventura nocturna.

—No lo dudo. —Sonrío.

Laura coge una de mis manos y la acaricia, adoro a esta mujer. Natalia ha tenido mucha suerte de encontrar una familia como la de los Collins, que la quieren y se preocupan por ella como nadie.

—¿Cómo se llama el sitio? —pregunto, aun a sabiendas de que van a decir el nombre que espero.

—Rocket —contesta Collins.

¡Bingo! Tenía razón, nada más decir que estaba cerca y cómo es la barra ya he sabido a dónde íbamos. Me ha venido a la cabeza el Rocket. Ojalá hubiera podido venir Kellin, lo habríamos pasado bien, aunque supongo que no ha podido contestar.

Dejamos el coche dos calles atrás de donde se encuentra el *pub*, debe estar lleno, porque no hay ni un solo aparcamiento más cerca. Collins coge a Natalia por la cintura y le besa en la mejilla, son adorables, me alegra ver cómo después de todo lo ocurrido siguen luchando por su amor contra viento y marea, sin dejar que las adversidades puedan con ellos. Ojalá tuviera yo algo así con Kellin. Tal vez no debería haberme entrometido entre ellos al principio, pero seguro que, si no lo hubiera hecho, ahora no estaríamos aquí. Natalia nunca se habría dejado liar por Collins, este no habría sufrido el accidente y yo... yo no habría conocido a Lund, ni tampoco a Tyree. Por lo que no me arrepiento de nada.

—¿En qué piensas? —me pregunta Laura.

—En la historia que hay tras la pareja. —Sonrío.

Laura asiente un par de veces e imita mi gesto. Veo como el luminoso letrero del Rocket aparece tras girar la última esquina. Un enorme cohete brilla junto a las letras, es un buen bar, pero sobre todo es bonito.

Nada más entrar, dejamos las cosas en el ropero y cuando alzo la vista para encaminarme hacia la barra, no puedo creer lo que veo.

—¿Ese no es Kellin? —pregunta Natalia.

La sangre se me hiela, el corazón se me detiene, y el estómago se me revuelve. Veo cómo este baila con la zorra de la camarera, quien se contonea para él como si fuera una perra en celo. Solo hace falta que se tire a sus pies y le ruegue que se la folle como la perra que es, delante de todo el mundo. Puedo ver cómo le mira, la lujuria que hay en sus ojos y cómo sus manos pasean por todo su cuerpo. El pulso se me dispara, las manos se me congelan y apenas puedo decir nada, tengo la boca seca.

—La mato —gruño entre dientes, ida.

Cuando voy a encaminarme hacia ellos veo que la arpía le coge de la mano y tira de él hasta que atraviesan unas cortinas negras. Él se ha dejado llevar, no le ha dicho nada, ni siquiera ha intentado impedirselo. Mis ojos se llenan de lágrimas, a causa de la rabia que me corroe por dentro. La música se detiene hasta que llego junto a las cortinas tras las que se ocultan.

—¿Quién era la chica del otro día? —escucho que le pregunta ella en el preciso instante en el que el DJ baja la música para que la gente cante.

En el momento en el que él va a contestarle, la melodía vuelve a subir, impidiéndome escuchar. Aparto ligeramente la cortina, por un momento no puedo creer lo que está ocurriendo. Como un huracán aparto las cortinas de un golpe, me acerco a la arpía, quien arrincona a Kellin contra la pared, y tiro de su pelo dando un fuerte tirón haciendo que caiga de culo al suelo. Ahí es donde debe estar. Me agarra por el tobillo por lo que le propino un fuerte golpe en el costado con el pie, haciendo que se doble de dolor. Me giro hacia Kellin, apretando la mandíbula, llena de ira. Le miro con los ojos entrecerrados y le doy una buena palmada en una de sus mejillas. Una lágrima se me escapa al ver cómo ni siquiera es capaz de mirarme. Vuelvo a golpearle, pero sigue igual, con la vista baja.

—Gilipollas —digo entre dientes—. Al final sí que has resultado ser como todos decían —gruño—. Qué pena das.

Le lanzo una última mirada de odio y salgo. Natalia, quien se ha acercado a la cortina hace una mueca sin entender nada. Niego con la cabeza cuando pasa una de sus manos por encima de mi hombro derecho, aguantando la rabia y las amargas lágrimas que luchan por salir.

—¿Qué te pasa?

No digo nada, por lo que va hacia donde se encuentra Kellin. No pienso detenerla, si quiere matarle, que lo mate. Collins también me ve venir, igual que Laura. Le quito al guardarropera mis cosas, las cuales aún no había colgado y salgo del Rocket. No quiero estar ahí dentro, en el mismo espacio en el que esté ese bastardo. Al salir golpeo un cubo de basura, esta medio vacío, por lo que se cae al suelo sin que apenas tenga que hacer esfuerzo.

—¡Joder! —grito—. Serás hijo de puta...

No debería haberme dejado engañar así.

Solo tengo ganas de gritar, de pegarle hasta que me sangren los nudillos. La rabia que me corroe por dentro no se apaga, sigue ahí después de un buen rato. No dejo de pensar en ello, en todas las veces que se ha aprovechado de mí y me ha mentido al decirme todas aquellas dulces palabras.

—¿Es que solo puedo pillarme por capullos?

—Eso parece... —dice Laura a mi espalda.

—Ya sé lo que me vas a decir.

No tengo ganas de escuchar el famoso «te lo dije», si lo dice me dará aún más rabia, porque tenían toda la razón del mundo y, aun así, no les hice ni caso, incluso Rosa me lo advirtió. Kellin no es para mí, no es para nadie, solo para sí mismo. Es un egoísta.

—No tengo ganas de hablar, Laura.

Me siento en la entrada del Rocket, cabizbaja. Solo quiero marcharme a mi casa, y olvidarme de lo ocurrido en Cardiff. No más Kellin, no más Marc, no más nadie, solo yo.

—Natalia ha golpeado a Kellin y se ha hecho daño en la muñeca.

—¿Qué dices?

—Sí..., hay que llevarla al hospital a ver qué le dicen, se le ha hinchado como si tuviera un huevo... John se quedará con Kellin.

—Hijo de puta... —digo en voz baja.

—Kellin está bien, por si te lo preguntas, Natalia le ha partido el labio, pero nada más.

—Por desgracia...

—Le ha dado un buen golpe.

—Se merece más.

—Lo sé...

Nati sale del Rocket sujetándose la muñeca derecha, con los ojos llenos de lágrimas, y acompañada por su fiel escudero, Collins, quien le echa sobre los hombros su chaqueta para que no pase frío.

—Estás loca... —digo en voz baja, y la abrazo.

—No podía dejar que se fuera de rositas.

—¿Te ha hecho daño?

—No, no se ha defendido, me he hecho daño yo sola —me explica—. Ha tenido suerte de que ha aparecido Collins y me ha frenado, que si no...

—Anda que...

—Y a la otra no le he hecho nada porque suficiente tiene ya con esa cara de bruja.

Laura va a por el coche, mientras Collins aguarda a que nos vayamos para volver a entrar con ese desgraciado. No tarda en llegar, cuando la puerta del Rocket se abre y tras ella aparece Kellin, le miro con repulsión, negando con la cabeza, el corazón se me acelera. Limpia un poco la sangre que aún le sale del labio y me mira, ahora sí que lo hace... Antes ni siquiera era capaz.

—¿Podemos hablar?

—Vete a la mierda, Lund.

Le miro una última vez y, sin decirle nada más, me meto en el coche. No quiero volver a saber nada más de él, no quiero ni siquiera verle, ni en pintura. Nada más cerrar la puerta me derrumbo entre las sombras que ocupan el coche, lloro en el silencio, perdida en este vacío que siento por dentro. Odio sentirme así, tan débil... He pasado de estar enganchada a él, a que sea otra quien ocupe mi lugar.

—No te martirices, hermanita —me pide Natalia entristecida.

Permanezco en silencio, sumida en mis pensamientos. En realidad, no entiendo cómo he llegado a sentir algo por Lund de esta forma tan inmediata, apenas nos conocíamos, ni siquiera hemos pasado el suficiente tiempo juntos. Pero no puedo evitarlo, cuando estoy a su lado hay una atracción animal que hace que pierda los papeles, que necesite estar pegada a él. Somos dos imanes, tan diferentes... Destinados a estar juntos y a repelerse.

Natalia extiende el brazo, intentando rozarme, pero ahora mismo no necesito a nadie y mucho menos a alguien que sienta pena por mí.

Trago saliva, me paso las manos por la cara, emborronando el poco maquillaje que me cubría el rostro. Saco del bolso un paquete de pañuelos con el que me limpio los rastros que han quedado. No tengo ganas de nada, pero no puedo hacer otra cosa que acompañarles al hospital y ver qué tiene Natalia en la muñeca. No está muy lejos de donde nos encontramos, espero que puedan atenderla pronto y no tengamos que esperar durante toda la noche, si no me dará algo entre una cosa y otra.

Mi mirada se pierde en las calles de Cardiff, sintiendo cómo el vacío que hay en mi interior va haciéndose cada vez mayor, debería haber hecho caso a Natalia, y no haberme dejado llevar por Kellin, quien cada vez me inspira más desconfianza. Bueno..., después de lo que ha hecho. ¡Qué menos! ¿Cómo voy a poder creer lo que dice? Cierro las manos en puños, se merece que Natalia le haya pegado, solo que debería haber ido yo detrás para acabar de rematarlo. Solo de pensar en esos dos me pongo enferma, nunca me había sentido tan furiosa, pero ahora mismo los dejaría calvos a ambos.

No tardamos en llegar al hospital, aparcamos a dos metros de la puerta, para así poder entrar con mayor rapidez y que la atiendan cuanto antes. Laura se encarga de hablar con la enfermera y explicarle lo que le ocurre a Natalia, la mujer nos mira haciendo una mueca y lo apunta en el ordenador que hay frente a ella. Por suerte, no hay nadie, salvo una mujer algo mayor que parece desorientada e incluso perdida.

—¿Cómo vas? —me pregunta.

—Eso debería preguntártelo yo a ti...

Tuerce el gesto, esperando que le responda.

—¿Sinceramente?

Asiente un par de veces a la vez que bajo la mirada y refriego las manos entre sí.

—Decepcionada.

—Normal... —Me coge una de las manos y le da un beso—. No sabes cuánto lamento haber tenido razón. Ojalá no hubiera sido así.

—No pasa nada, tal vez debí hacerte caso, pero en ese momento creí que debía hacer caso a lo que me decía mi corazón. Y se equivocó, como yo.

—Bueno, ahora no te preocupes.

Suspiro, no me preocupo, pero me voy reconcomiendo de rabia a medida que pasan los minutos y pienso en ello.

—Nati... —digo en voz baja.

—¿Qué, pequeña?

Alzo la mirada y veo cómo Laura coge unos papeles que le da la enfermera con la que habla en recepción.

—Quiero irme de Cardiff —admito.

—¿Por qué?

—No aguanto más aquí.

—No te vayas, por favor.

—Nati, no quiero ni verle, y tenerle tan cerca... Es que como le vea le voy a retorcer el pescuezo.

—Deja que te ayude, hermanita, no te vayas, no me dejes sola.

—No estás sola.

Me pone carita de cachorrillo triste, y cuando viene Laura la quita para poder mirarla a ella.

—¿Qué pasa? —pregunta Laura.

—Lucia quiere irse.

—¿Cómo? —Se asombra.

Me mira con los ojos bien abiertos, confusa, incluso sorprendida. Se sienta a mi lado, y me pide que me gire para poder hablar con ella.

—Como no te quedes vamos a ir a por él. —Añade Laura.

—Y le cogemos por lo cataplínes y lo subiremos al campanario más alto de todo Cardiff. —Se une Natalia.

—Hacedlo —murmuro—. Y que así quede estéril.

—Sí, así el gañanismo no pasará de padres a hijos.

—Gañ... ¿Qué? —pregunta Laura sin entender lo que decimos.

—Gañanismo, cielo, ga-ña-nis-mo.

—Gañanismo —repite Laura.

—¡Eso es!

Dejo ir un suspiro, sé que no debería seguir pensando en ello, pero no puedo hacer nada por remediarlo. Mientras, Natalia rellena el formulario que le ha traído Laura, y se lo entrega para que se lo devuelva a la enfermera.

—No te vayas, hermanita, no me dejes aquí sola, no quiero que te marches.

—Nati, ¿y si a Kellin le da por venir a buscarme?

—¿Quieres que te sea franca?

Cuando dice eso me temo lo peor del mundo, aunque ahora mismo todo lo que tenga que ver con Kellin me da igual.

—Por favor.

—Por lo poco que conozco a Kellin, no creo que venga, no lo ha hecho con nadie, ¿por qué lo iba a hacer contigo?

—Ya.

—Siento ser dura, hermanita, pero es así, Kellin es un hombre que no se preocupa por nadie salvo por sí mismo y por su enorme ego.

Y aunque pensaba que me daba igual lo que me dijera sobre él, me doy cuenta de que sus palabras me duelen como pequeños puñales que van atravesando mi piel sin dejar que se recupere.

—Jamás pensé que fuese a ser así, pero parece que no lo conocía tanto como creía.

Suspiro, vaya mierda de vida, el universo se ha puesto en mi contra, quiere que me quede sola y sea la tía loca de los gatos cuando Natalia tenga un bebé. Cada vez odio más este sitio y lo que provoca en mí.

—Dice la enfermera que te harán una radiografía y que mirarán a ver cómo tienes los huesos. —Anuncia Laura.

—De acuerdo.

—A partir de ahí harán una cosa u otra —nos explica—. Ahora, ve con ella para que puedan hacértelo.

—Ahora vengo —me dice acariciando mi hombro—. No te vayas, ¿eh?

—No, tranquila. —Intento sonreír.

Cuando Natalia se marcha con la enfermera, Laura toma una de mis manos, y tira de ella, para que le preste algo de atención, ya que seguía mirando cómo mi hermanita se adentraba en una de las salas.

—A ver, Lucy.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? —Niega con la cabeza—. Kellin es un auténtico gilipollas, sé de lo que hablo, no hay nada que le importe, y mucho menos una mujer. No se merece que una chica como tú esté así por él, porque probablemente él no lo esté —dice seria—. Es más... ¿quién sabe lo que estará haciendo con esa tía?

—Ya.

—Sí, dices «ya», pero luego mira. —Posa una de sus manos en mi mejilla—. No es la primera vez que lo hace, se muestra encantador, *sexy*, feroz, y luego te deja

tirada como una colilla. Es irresistible, lo sabe, y eso es lo que más le gusta, sentirse así.

Habla como si realmente supiera lo que es Kellin, como si hubiera sufrido en sus propias carnes lo que me ha pasado a mí. ¿Habrá estado liada ella con él? Sabe perfectamente cómo se comporta, lo que me hace sospechar que efectivamente ha estado pillada por Kellin.

—No sufras por un crío que se cree hombre, porque eso es lo único que es Kellin, alguien que no ha madurado lo suficiente como para saber lo que está bien y mal, o que simplemente le da igual.

—Me es inevitable. Vale que no me voy a morir, porque sería imposible, pero...

—Te da rabia.

—Mucha, no entiendo cómo pudo engañarme así, haciéndome creer que había algo distinto entre nosotros. Luego no ha sido más que una triste mentira.

—A lo mejor tú también te hiciste tu propia película, hay veces que vemos lo que queremos ver. Es inevitable.

—Ya me imagino.

Dos horas después aún seguimos en el hospital, no entiendo cómo pueden estar tardando tanto. Solo tenían que hacerle una radiografía, mirar que todo estuviera en su sitio y poco más. Al final amanecerá y nosotras aquí tiradas, incluso ha venido Collins a ver qué era lo que pasaba. El pobre se ha disculpado por el comportamiento de Kellin, como si fuese su padre, y la verdad es que no debería haberlo hecho. Él es mayorcito para saber qué debe y qué no debe hacer.

—¿Cómo estaba Natalia? —le pregunto a Collins.

—Bien, animada, pero no sé por qué tardan tanto —responde.

—Yo tampoco —dice Laura.

Collins ya empieza a ponerse nervioso por lo que no creo que dure mucho estando aquí sentado mientras esperamos a que salga. Dos minutos después, ya está en pie, intentando hablar con una de las enfermeras para que le digan qué están haciendo con Nati y por qué no sale ya.

—No se preocupe, señor Collins, su mujer saldrá enseguida —escucho cómo le dice la mujer en inglés y, por suerte, Laura me traduce.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Llevamos más de dos horas esperando —exagera.

—Ahora mismo iré a ver qué ocurre, si así se queda más tranquilo.

—Por favor.

Se vuelve a sentar a mi lado, saca el móvil y veo un mensaje de Kellin. Sé que no debería haber mirado su pantalla, pero no he podido evitarlo cuando he visto que era él quien le escribía. Parece ansioso por saber.

Kellin:

¿Cómo está? ¿Está bien?

¿Y Natalia?

Cuando leo esto último todo me descuadra, ¿está hablando de mí? Resoplo, pero intento quedarme callada, no es momento de soltarle nada a Collins, suficiente tiene el pobre con tener que estar aquí esperando. Miro mi móvil, pero no tengo ni un solo mensaje, por lo que supongo que lo que he visto y lo que he pensado, no ha sido nada más que una imaginación, lo que decía Laura. Hay veces que solo vemos lo que queremos ver.

—Natalia —exclama Laura.

Mi hermana aparece tras una de las puertas con la mano enyesada hasta casi el codo, hace una mueca, y poco después intenta sonreír. Collins va directo hacia ella, no espera ni un solo segundo para abrazarla. Mira que es peliculero y exagerado. Ni que hubiera tenido un accidente.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Bien, tranquilo.

Le da un beso en los labios, y tras eso vuelve a nosotras para enseñarnos lo que le ha pasado. Por suerte, no tiene nada roto, pero tiene varias fracturas que harán que tenga el brazo inmovilizado al menos un mes, por lo que tendré que buscar a alguien que me ayude en el Jubilee cuando volvamos.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta Collins.

—Bien, un poco lentos, pero dentro de lo que cabe lo han hecho bien —nos explica—. Han sido muy atentos y agradables.

—Me alegro. —Le besa delicadamente en los labios.

—¿Vamos?

Al llegar a casa me doy cuenta de que en ningún momento he tenido conexión a internet, cosa que ahora mismo me asusta. ¿Y si me ha escrito? Y lo peor de todo... ¿Y si no lo ha hecho? Suspiro, me dejo caer en la cama, tiro el móvil sobre la almohada y me tapo la cara con las manos. Alguien llama a mi puerta, pero solo con notar cómo Turrón intenta subirse a la cama, ya tengo más que claro quién es. Natalia se sienta al otro lado del colchón, y ayuda a que el pequeño pueda subirse con nosotras.

—¿Cómo vas? —pregunta.

—Mejor.

—¿Mejor?

—Sí, aceptando que es un gilipollas, e intentando mantener la calma.

Suspira, pasa una mano por mi pelo, y lo acaricia con cuidado.

—Te he traído una cosa.

Me aparto las manos de la cara y la miro. Está sujetando una pequeña bolsa azul con un dragón dibujado en color rojo. Me la da para que pueda abrirla, y eso hago, no espero ni un segundo. Saco un pequeño paquete de lo que parecen tortitas con algunas pasas o virutas chocolate, pero conociendo las rarezas de este lugar creo que serán pasas. La miro, quiero probarlo pero ya. Suerte que el hambre no se me va con los disgustos, si no acabaría muriendo.

—¿Vas a abrirlos?

—Claro. —Sonrío—. ¿Acaso lo dudabas?

—No, la verdad es que no, sabía que esto te alegraría. —Hace una mueca—. Aunque sea un poco.

—Gracias.

Me abrazo a ella, tengo demasiada suerte de tenerla conmigo, aunque haya traído también parte de mi desgracia, Natalia siempre está ahí para cuidar de mi como lo haría mi propia madre, o incluso más. A la vista está, esta noche ha parecido una leona mamá y me ha defendido como si fuera su pequeña criatura.

—A ver..., suéltalo. —Mustio justo antes de darle un mordisco a uno de los bollitos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta extrañada.

—¿Hace falta que...? —le digo aún con el trocito de bollo en la boca—. ¿Que te diga que te conozco como si te hubiera parido?

—No.

Me termino de comer el bollito y la miro. Saco otro más y lo parto por la mitad, para darle un trozo a ella.

—No te vayas, por favor.

—No me iré, pero prométeme que no me harás salir a ninguna parte si no tengo ganas de ir.

—Tranquila.

—Son solo dos días, intentaré no acabar en los calabozos, tampoco es tanto...

—No me extrañaría que lo hicieras, yo ya le habría asesinado.

—Tú has tenido suerte con Collins.

Suspira, sabe que tengo razón, Collins es un hombre maravilloso, dulce, bueno, cariñoso y que venera el suelo que pisa. No la daña, cuida de ella como si de ello dependiera su vida. Yo quiero algo así, no que me hagan sufrir.

—No sabes cuánto te envidio, hermanita.

Se abraza a mí, a sabiendas de que le estoy siendo totalmente sincera. Cualquiera envidiaría la hermosa relación que hay entre ellos dos.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, nena.

—Claro que lo son... —dice en voz baja—. Estoy segura de que hay alguien para ti, ya lo verás, pequeña.

Me da un beso en la mejilla, y vuelve a abrazarme. Dejo ir un bufido, no me consuela mucho escuchar eso, lo único que podría apaciguar esto tiene nombre y apellidos. Pero, por suerte o por desgracia, después de esta noche, no creo que se vuelva a acercar. Lo mejor será que me olvide de él, y de todo aquello que tenga relación. Natalia se marcha, dejándome sola con mis cosas. Me irá bien pensar en lo ocurrido y en lo que pasará cuando esté de vuelta en España.

Me tumbo en la cama, boca abajo, y cuando me voy a abrazar a la almohada escucho cómo algo metálico tintinea bajo esta. No tengo ni la más remota idea de qué puede ser. De un pequeño bote doy la vuelta, me siento en la cama y aparto los cojines que me rodeaban y la almohada. Entonces, me encuentro con un colgante que lleva una chapa de identificación militar y una llave. Me resulta muy familiar, mucho. Le doy la vuelta a la chapa, donde puedo leer perfectamente cómo hay grabado un nombre: R. Lund. ¡Es de Kellin! Suspiro al sentir que mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas. ¿Cómo puede ser que este hombre me afecte aún sin estar cerca de mí? Por primera vez desde que salimos del Rocket, me permito echarme a llorar en silencio, deshaciéndome de este nudo que me ahoga por dentro y que no me deja respirar. ¡Maldito Lund!

Ni siquiera sé qué hora es cuando me despierto, solo sé que no puedo seguir durmiendo y que debe ser demasiado temprano ya que apenas hay luz solar. Me envuelvo en la manta y me siento junto a la ventana, lo único que me ha gustado de este lugar es la simpatía de según qué gente, lo verde que es, y que tiene mucha calma, en algunas zonas, claro. Por primera vez en mi vida me apetece salir a correr, y eso que a mí nunca me ha gustado, pero sé que si lo hago conseguiré deshacerme de esta carga que aún llevo encima. Me quito el pijama, me enfundo unas mallas negras, una camiseta de manga larga y la sudadera. Un poco de música y todo listo.

Hace más frío de lo que me imaginaba, aunque, espero que se me pase dentro de un rato cuando entre en calor. No hay prácticamente nadie en la calle, cosa que me gusta, así estaré más tranquila. Por suerte, tras la casa de Collins hay un callejón por el que solo pueden pasar los residentes que dejen el coche en el *parking* trasero. Me coloco bien los auriculares, le doy al *play* y dejo que la música se haga con el control de mi cuerpo. Al pasar junto a la casa de Kellin no puedo evitar mirarla, esperando que esté ahí mismo, mirándome igual que lo estoy haciendo yo. Pero no creo que tenga suerte... Aun no entiendo por qué hay veces en las que todo se tiene que torcer tanto, ¿por qué pasa?

Al final del callejón aparece un hombre, no tiene muy buena pinta, lo que hace que se me erice el vello. Mierda. Miro hacia los lados, hacia atrás, pero no hay nadie que pueda ayudarme. Joder, joder... El hombre se acerca cada vez más, puedo verle la cara, la tiene arrugada y sucia. No parece de aquí, cosa que me extraña, no he visto muchos visitantes.

—Hola, guapita —me dice al llegar a mi altura.

Intento pasar velozmente, habla español con un acento un poco raro. Antes de que pueda alejarme, echa a correr detrás de mí, no dejo de mirar atrás. ¡Me va a coger! Me tropiezo con una piedra, por lo que caigo al suelo, pero me levanto todo lo rápido que puedo. Aunque no lo suficiente. El hombre me sujeta del brazo, siento cómo mi corazón se acelera, un sudor frío me recorre la espalda y mi respiración se agita. Me aguanta con fuerza, mucha más de la que pensé que tendría, ya que parece delgado y endeble. De un golpe me empuja haciendo que mi espalda choque con brusquedad

contra el muro que hay en el lado contrario a las casas. Intento recomponerme, pensar en cómo defenderme, pero antes de que pueda hacerlo noto que algo punzante se clava en mi estómago. Mierda, una navaja.

—¿Qué...? ¿Qué quieres? No llevo nada..., de verdad.

—Dame todo lo que tengas —gruñe—. ¡¡Todo!!

Aprieto la mandíbula, no quiero parecer débil, no lo soy, pero si aprecio lo que ahora tengo, tendré que hacerle caso. Saco el teléfono del bolsillo de la sudadera, y se lo doy, al igual que los auriculares.

—He dicho todo.

Abro los ojos y veo cómo me mira de arriba abajo, con una sonrisa burlona, y deseoso de verme sin ropa. Joder... Siento que las amenazantes lágrimas se agolpan impidiéndome ver bien. Me quito la sudadera, pero eso no le es suficiente. No deja de apuntarme con la navaja, la cual es enorme. La coloca en mi cuello, cuando me indica que me quite las mallas. Cojo el poco aire que mi cuerpo puede guardar. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Antes de que haga nada más, el hombre baja el arma por mi cuello, hasta que llega a la camiseta, y acaba rasgándola por completo. No puedo seguir conteniendo las lágrimas, mi cuerpo empieza a temblar, hasta el punto en el que acabo desmoronándome por completo.

Kellin

Ni siquiera sé qué hago aquí, pero algo no va bien. Dios..., debería de haber apartado a Candy cuando todavía estaba a tiempo. Al final del callejón veo cómo un hombre amenaza a una chica. Pero no es una chica cualquiera, es... es Lucía. Corro en su dirección y, sin esperarlo ni un segundo, golpeo al hombre con rabia, haciendo que caiga al suelo.

—¡Serás hijo de la gran puta! —gruño entre dientes.

Le agarro por el cuello, asfixiándolo, hasta que se queda casi inconsciente. Miro a Lucía, quien parece una niña asustada, no deja de temblar, y sus mejillas están bañadas en lágrimas. Algo en mí muere en este preciso instante, verla así me derrota, ningún golpe podría ser tan fuerte ni causar tanto daño.

—Lu... —digo en voz baja.

Me pongo en pie, pero no sin atar al hombre con la bufanda que llevaba colgada del cuello y tirar el arma que sujetaba bien lejos, al otro lado del muro. La miro, sintiéndome destrozado. Parece que el malestar no le dura mucho al hombre, ya que poco después le veo reptar y acaba poniéndose en pie para salir corriendo como la sucia rata que es.

—Joder..., Lu...

Me quito mi chaqueta, y se la pongo, pero rápidamente la tira al suelo. Me mira con asco y rabia, como nunca antes lo había hecho. Supongo que me lo merezco. De un manotazo me gira la cara, y no puedo hacer otra cosa que aguantar y callarme, porque todo esto ha sido por mi culpa.

—No esperes que te dé las gracias —murmura.

Se viste con su ropa, se pone la sudadera y la capucha. Se marcha, cojeando, y sin decir nada más. Permanezco en silencio, ni siquiera sé que debería decirle, tal vez es mejor que me quede callado y deje de cagarla, parece que es lo único que soy capaz de hacer en estos momentos. Lucía sigue caminando, aunque por poco tiempo, ya que cae de rodillas, quedándose agazapada y sin moverse. Corro hacia ella, en el momento en el que empieza a llover, aprieto la mandíbula, ¿por qué no se mueve? No puede ser... Mi corazón se acelera al ver que ni siquiera alza la cabeza, los nervios empiezan a tomar el control de mi cuerpo y no puedo hacer nada más que arrodillarme a su lado. ¡Joder! Apoyo su cabeza contra mi pecho y la sujeto entre mis brazos, creo que está inconsciente. Mierda... ¿Qué le habrá hecho ese desgraciado? Miro hacia atrás, pero ya ni siquiera está. No puedo dejarla aquí, ni meterla en casa de John como si nada.

Media hora después, Lucía descansa en mi cama como un ángel que duerme entre las nubes. Por alguna extraña razón esta pequeña criatura hace que mi corazón se ablande, mi cuerpo sienta su ausencia e incluso que mis manos me rueguen volver a tocarla. No puedo dejar de observar ese delicado rostro aún manchado de arena. Parece en calma, una paz absoluta se ha hecho con el control tras el horror de lo ocurrido. Miro el reloj, no son ni las cinco de la mañana, ¿qué demonios hacia fuera? No entiendo nada. Me dejo caer en el sofá, para no despertarla, y no puedo dejar de pensar en por qué estaba en la calle, cómo ha podido atacarle ese hombre, ni siquiera sé si debería haberla traído aquí. Pero, es lo que mi interior me pedía.

Joder... ¡Maldita Candy! ¿Por qué cojones ha tenido que hacer eso delante de todo el mundo? ¡Está más que hablado! No quiero saber nada de ella, tan solo es una camarera del bar al que voy, pero no hay nada personal. Cuatro polvos poco aprovechados, pero nada más. Lucía debería haber visto lo que ocurrió después... Aunque si hubiera sido ella yo tampoco esperaría a saber nada más, en realidad habría matado al otro tío con mis propias manos, disfrutando mientras lo ahogaba y viendo cómo sufre.

No sé cuánto rato ha pasado, pero me he quedado medio dormido en el sofá un par de horas mínimo, ya que la luz del sol ya empieza a colarse tras los estores del salón. Voy al baño, y me miro en el espejo, Natalia me ha dado un buen golpe. Me ha dejado un moratón, jamás pensé que pudiese darme tan fuerte, parecía estar ida, aunque supongo que yo habría hecho lo mismo. Me deshago de la ropa, necesito despejarme un poco. Cuando ya estoy dentro de la ducha escucho cómo Lucía se levanta de la cama y anda confusa por la habitación.

—¿Kellin? —escucho que dice en voz baja.

Me anudo una toalla a la cintura, y salgo del baño para ver qué es lo que necesita. Nada más hacerlo me la encuentro tan solo vestida con la camiseta que le he puesto para quitarle la ropa mojada que llevaba antes, y que se ha quedado toda sucia y embarrada. No puedo apartar la vista de ella, aun siendo tan sencilla y natural hace que todos mis instintos estén en alerta, que mi cuerpo ruegue y clame por el suyo, y mi boca arda en deseos de cubrir la suya hasta que nos falte el aire. Pero ahora no es el momento, a no ser que sea ella quien lo quiera así.

—¿Cómo te encuentras?

No responde, simplemente se acerca a mí observándome, parece una leona preparada para atacar a su presa. Y por primera vez me siento cazado, sin ser yo el depredador. No deja de devorarme con la mirada, lo que hace que mi fiera interior ruja por salir. Pero ahora no es su momento, es el de ella. Tomo una de sus manos, y tiro de ella hacia el interior del baño.

—Deja que cuide de ti.

Sigue sin decir nada, permanece callada, simplemente espera a que la guie. Me deshago de la camiseta que la cubre, cuando voy a quitarle las braguitas para que entre en la bañera noto cómo sus delicados dedos se cuelan bajo la toalla hasta hacer

que caiga al suelo y se arremoline a mis pies. Hago que entre en la bañera, y luego imito su gesto. Enciendo el agua y recorro su cuerpo de pies a cabeza, empapando su cabello, acariciando su piel con cuidado. Cojo un poco de jabón y empiezo a limpiarla, primero por los hombros, el vientre, las piernas, y cuando quiero darme cuenta, una de sus manos dirige a las mías hacia su monte de Venus. Puedo ver cómo me observa de reojo, mordiéndose el labio inferior. Me cuelo entre sus piernas, mis manos se mueven por voluntad propia o, mejor dicho, a su voluntad, porque ha sido Lucía quien ha querido que ellas estuvieran allí. Le doy la vuelta, quiero que me observe bien igual que yo con ella.

—¿Estás segura?

Asiente dos veces, completamente segura de lo que va a ocurrir. Se pone de puntillas, coloca una de sus manos tras mi nuca y me besa con una pasión desmedida, que hace que todo mi cuerpo reaccione bruscamente ante su contacto. Mi miembro se alza, pidiéndole atención, rogándome que entre en ella y le haga sentir cuánto lamento que haya visto lo ocurrido, o mucho peor...; que haya creído que entre Candy y yo podía haber algo en ese momento.

Me besa con más ansia, acaricia mi erección de arriba abajo, haciendo que mi respiración se acelere hasta tal punto que me falta el aire. Se arrodilla ante mí, cosa que me hace perder la cordura por un momento, pero antes de que se lo pueda meter en la boca me echo hacia atrás, quiero ser yo quien rinda culto a su hermoso cuerpo, tan pequeño y delicado, desnudo y liso por completo, es el más bello que he visto jamás. La ayudo a ponerse en pie de nuevo, mimo sus senos, los lamo y acaricio, y mediante un reguero de besos llego a su sexo. El cual está tan húmedo y receptivo como siempre, o incluso más, lo que me vuelve loco. Adentro uno de mis dedos en ella, escucho cómo deja ir algunos gemidos disimulados entre suspiros, sus mejillas se encienden y no puedo hacer otra cosa que sonreír. Lamo y jugueteo con su pequeño botón, provocando que los gemidos aumenten, igual que su humedad por segundos.

—Fóllame, Kellin. —Dice mediante un gruñido, al notar cómo sigo torturándole.

—Tus deseos son órdenes para mí, Lu.

Caigo rendido a sus pies, y hago lo que tanto desea, la sujeto por la cintura, con fuerza, y la obligo a rodearme la cintura con los pies, haciendo que quede completamente abierta para mí. Tengo tantas ganas de sentir que todo su cuerpo me abraza que no puedo evitar entrar en ella de una sola estocada, haciendo que tiemble y se sofoque, aún más. La sujeto con fuerza contra la pared de la ducha, sin dejar de moverme, sintiendo cómo mi pene entra y sale de ella sin ninguna dificultad, disfrutando de su estrecho pasillo, del gusto que me produce llenarla por completo. No deja de gemir, se queja por el placer que siente. Sonrío al acercarme a su boca y capturar sus deliciosos jadeos que provocan que mis ganas de hacerla estallar aumenten y suban hasta las nubes. Noto que sus turgentes y pequeños pechos se

yerguen excitados al rozarse contra mi pecho. Le muerdo el cuello y, deja ir un profundo gemido que me vuelve más loco aún.

—Joder, Lucía... —gruño.

La dejo de pie sobre el suelo y, antes de que pueda girarla para seguir deleitándome con el placer que le hago sentir, me besa con una lujuria peligrosa que saca el lado más salvaje que hay en mí. Muerdo su labio inferior, la tomo por la cintura y la giro, haciendo que apoye sus manos en la pared. Entro en ella sin pensarlo, la aguanto con fuerza y no dejo de bombear una y otra vez.

—Kellin..., Ke... Kellin —susurra en voz baja.

Puedo ver cómo me mira de lado, cómo sus mejillas se han enrojecido, y sus ojos se han llenado de lágrimas. Me acerco a ella a la vez que cuelo uno de mis dedos entre sus pliegues haciendo que todo su vello se erice y las piernas le flojeen.

—¿Qué te pasa, nena?

Deja ir un gruñido al notar que la embisto, inundo todo su interior y lo hago mío por completo. Me encanta sentir cómo tiembla con cada una de mis acometidas. Cómo su delicioso y delicado cuerpo desea al mío como nadie lo había hecho nunca. Es cierto que he estado con muchas mujeres las cuales se han entregado a mí sin pensarlo, sin decir que no a nada. Pero, no era eso lo que yo buscaba... Yo la buscaba a ella, y todo mi ser lo sabe.

—Vas a partirme en dos. —Gime.

—En un millón si lo deseas.

Se queda callada, pero no puede evitar jadear igual que si el aire le faltara.

—¿Qué, nena? —digo deteniéndome.

—¡Que no pares!

Vuelvo a moverme a la vez que acaricio su pequeño y abultado clítoris, haciéndole temblar. Sonrío orgulloso, sobre todo cuando abre la boca para pedirme que me detenga, y yo ignoro que lo ha hecho.

—Kellin..., ¡por Dios!

—¿Qué te pasa, leona?

—¡Para, Kellin! —me ruega entre gritos.

Me detengo justo a tiempo, salgo de ella, la cojo en brazos, mirándola con una sonrisa burlona que provoca que me golpee en el hombro. Me la llevo a la cama donde la tumbo para acabar de llevarla a las estrellas. Acaricio sus piernas con delicadeza, las beso pasándome a su interior, hasta que llego a su húmedo sexo que clama mi atención. Lo lamo de arriba abajo, centrándome en su botón. Sus piernas se tensan, anunciando la inminente llegada de ese orgasmo que la arrollará hacia el infinito y más allá. Poco después, y como ya sabía, se deshace entre mis manos, dejando ir quejidos, gemidos y jadeos que me vuelven loco. Sonrío al ver la carita que se le ha quedado después de dejarse ir tan brutalmente.

—Esto... yo...

Se pone en pie, rebusca entre sus cosas, las cuales ya están secas y dobladas sobre la cama. Busca algo, parece preocupada, pero no dice nada de nada.

—¿Qué ocurre?

—Ehm...

Sigue a lo suyo, prácticamente ni me ha mirado, cosa que me da rabia. ¿Qué demonios le pasa que no es ni siquiera capaz de prestarme un poco de atención? Abro el armario y me pongo unos calzoncillos, no creo que esto acabe.

—¿Lucía?

Maldice entre dientes a la vez que se va vistiendo con la ropa seca y se pone las zapatillas. Mira que no se le haya quedado nada encima de la cama.

—Será hijo de puta...

—¿Quién?

—Aquel hombre..., se ha llevado mi... ¡Me voy!

—Lucía, por Dios, ¿qué se ha llevado?

—Tengo que irme.

Lucia

Joder, joder, joder... ¿Qué mierda acabo de hacer? Me paso una mano por la cabeza, me recojo el pelo mojado en un moño y me pongo la capucha. Ni siquiera sé cómo ni por qué he despertado en la casa de Kellin, lo único que recuerdo es haberlo visto aplacando al hombre que intentó robarme. O que, mejor dicho, lo consiguió, porque ese desgraciado se llevó mi móvil y ahora no tengo con lo que contactar con Natalia, ni con nadie, evidentemente. Espero que al llegar a casa de Collins no me echen mucha bronca por haber desaparecido, así como así, durante la mañana, necesitaba aclararme y al final he acabado tirándome al hombre del que debía alejarme. Como se enteren las chicas van a acabar matándome, yo lo haría si la situación fuera al revés y alguna de ellas hubiera sufrido lo que yo. Maldito Kellin... Espero que haya disfrutado de este polvo de despedida, porque no va a volver a tocarme, ¡me niego! Después de todo lo que ha hecho lo único que quiero es no volver a verle ni tenerle cerca, porque sí... Odio admitirlo, pero soy terriblemente débil cuando él está a mi lado, es capaz de doblar mi fuerza de voluntad y hacerse rey de mi cabeza.

En realidad, ni siquiera entiendo por qué me ha llevado a su casa, podría haberme dejado en casa de los Collins y no hubiera ocurrido nada. Ya tiene a esa fulana con la que acostarse siempre que quiera, es más, si no estuviera ella podría tener a cualquiera con tan solo una mirada y chasquear los dedos. No comprendo por qué sigue interesándose en acabar conmigo.

Veinte minutos después llego a casa de los Collins, ni siquiera sé qué hora es, pero por la escasa luz del sol diría que son las diez de la mañana. Me suelto el pelo antes de entrar, por suerte está algo más seco de lo que esperaba, y me pongo la capucha para intentar ocultarlo. Nada más entrar me encuentro de cara a Rosa, quien me mira con preocupación.

—¿Dónde estabas, niña?

—He salido a correr esta mañana... —murmuro.

—¿Y qué es lo que te ha pasado en el cuello? —me pregunta a la vez que hace una mueca de preocupación.

—Pues...

Cuando Rosa empieza a preguntar ya no hay vuelta atrás, hay que decirle lo que ha pasado, igualmente acabaría sabiéndolo. Así que será mejor no andarse con rodeos, a la larga es perder el tiempo.

—Un hombre aprovechó que estaba sola para amenazarme.

—¿Para amenazarte? —dice confusa—. ¿Por qué alguien tendría que amenazar a una chica tan maravillosa como tú?

—Quería robarme.

La mujer se lleva una mano a la frente, suspira, y me abraza.

—¿Estás bien, niña?

—Sí, sí, tranquila. No ha sido nada, he tenido suerte de que...

Antes de seguir hablando me pienso bien qué es lo que debería decir, no quiero que sepan que he estado con Kellin, por lo que tendré que mentir como una bellaca para que no nos pillen o, mejor dicho, para que no me pillen a mí.

—¿Suerte?

—Sí, un hombre apareció justo a tiempo para detener al agresor antes de que la cosa fuese a más.

Vuelve a abrazarme con fuerza. Me da un beso en la mejilla y, al separarse de mí me mira con pena.

—Hay que ir a la policía —anuncia.

—¿Policía? —pregunta Laura, que baja por las escaleras.

—Le han robado el móvil.

—Sí..., por suerte, solo ha sido eso —respondo.

—¿Estás bien? —pregunta Laura.

—Sí, sí, tranquila, solo ha sido un susto. —Hago una mueca intentando sonreír.

Niega con la cabeza a la vez que me coge de la mano y tira de mí hacia la cocina, hace que me siente en uno de los taburetes, y se coloca a mi lado.

—¿Le has podido ver la cara?

—Claro que le he visto la cara.

—Perfecto.

Mira a su madre algo preocupada, pero no tarda en asentir, por lo que Rosa sube a la segunda planta, desapareciendo de nuestras vistas.

—¿Has comido algo?

—No... y tengo algo de hambre la verdad.

—Te veo distinta, ¿ha pasado algo más?

No sé qué es lo que tiene Laura, pero debería ser psicóloga, o por lo menos debería serlo conmigo, ya que parece conocerme incluso mejor que Natalia en según qué ocasiones. Niego con la cabeza, no quiero mentirle, pero no puedo decirle que he estado en casa de Kellin pasando parte de la mañana, y mucho menos que he estado en su ducha.

—¿Segura?

—Que sí, Laura, tan solo eso.

—De acuerdo entonces. —Sonríe tristemente—. ¿Tostadas y leche?

—Por favor.

Tuerzo el gesto, me preocupa lo que puedan hacer con mi móvil, aunque supongo que no volveré a verlo y me saldrá más a cuenta comprarme uno nuevo y hacer un duplicado de la tarjeta.

—No te preocupes, iremos a ver qué puede hacer la policía.

—Sí, aunque el móvil es lo de menos.

—Ya me imagino... Debe de haber sido un buen susto.

Antes de que pueda seguir hablando, se queda callada y mirando a mi espalda, lo que me pone algo nerviosa. ¿Qué le pasa? Cuando me giro veo cómo Kellin nos observa desde el ventanal del salón. ¿Qué demonios hace él aquí? Suspiro y vuelvo a girarme para mirar a Laura.

—¿Qué hace Kellin aquí? —gruño.

Por un momento olvido lo ocurrido hace apenas media hora, porque ahora mismo solo puedo recordar cómo se restregaba y besaba a esa asquerosa. No dejo de reconcomerme por dentro, la mala leche vuelve a tomar el control de mi cabeza y mi corazón. ¡He sido una gilipollas! Debería de haberme largado nada más despertarme. No entiendo por qué le ha dado tan fuerte conmigo, pero no voy a dejar que siga así, porque al final quien le va a dar fuerte voy a ser yo pero en la cara. Antes de que pueda echar a andar en dirección a donde se encuentra, Laura me detiene para que no lo haga.

—Déjame, por favor —le pido.

—No, Lucía.

—Quiero hablar con él...

—Es mejor que no lo hagas.

Un día y cuatro horas después ya estamos a punto de aterrizar en Barcelona. Miro por la ventana y veo cómo el mar brilla bajo los rayos del sol reflejando esa pureza que solo él tiene. Espero que en este avión se quede todo lo malo que ha pasado en Cardiff, al igual que Kellin. Ojalá deje de rondar mi mente, y se olvide de mí, aunque sea la mitad de rápido que espero hacerlo yo.

—¿Cómo vas? —me pregunta Natalia.

Coge una de mis manos y la cobija entre las suyas. No sé muy bien cómo voy, me siento confusa, agobiada, perdida, pero sobre todo estoy dolida tanto con él como conmigo misma.

—Bueno, bien.

—Ahora ya olvídate de todo, nena.

—Decirlo es fácil.

—Bueno, tú ya verás cómo lo será. —Sonríe—. Además, Marc estará deseando verte.

Marc... pobrecillo, ya ni siquiera me acordaba de él. En realidad, dejé de contestar a sus mensajes nada más llegar a Cardiff y ahora que no tengo el teléfono pues menos.

—Pero yo a él no, hermanita, y no voy a usarle como un pañuelo al que llenar de moscos.

—Ya lo sé, nena —murmura—. No me refería a eso, ya sé que jamás serías capaz de hacerle eso a nadie, solo quería decir que estoy segura de que se morirá de ganas de verte.

—Yo no quiero verle.

—No seas así, anda.

Hago una mueca, la verdad es que Marc siempre ha cuidado de mí, ha sido un amor, y por eso mismo no se merece que lo use como dice el dicho, un clavo saca otro clavo, pero en mi opinión el segundo clavo no hace más que agrandar la herida y dejar morralla que no la deja sanar. Suspiro, a ver qué es lo que pasa pero ahora mismo no estoy para nadie, ni siquiera sé si estoy para mí misma.

Al llegar a cas, a deajo la maleta en el recibidor y me tumbo en el sofá. No tengo ganas de hacer nada, solo de comer algo y ver la televisión, apalancada hasta que me quede dormida, o muera por un empacho de bacón. Cierro los ojos, vaya viajecito más... entretenido. Sobre la mesilla del salón me encuentro un sobre, por lo que lo abro rápidamente y leo:

Querida Lucía, mi pequeña... Sé que hay algo que no va bien, algo en ti cambió desde el momento en el que apareció Kellin, he sido un cero a la izquierda. Mi corazón me pide que me marche, que si realmente te quiero me aleje y te deje ser feliz.

Me dolerá la vida entera, pero sé que es lo correcto. Lucharía por ti si creyera que iba a servir de algo, sé que no es así.

Espero que ese hombre te haga feliz, porque como me entere de que derramas una sola lágrima por él, no habrá lugar en el mundo para esconderse.

Te quiero, Lucía.

Por un momento, siento como algo en mí se apaga, lamento tanto haberle hecho daño cuando él tan solo pretendía cuidarme... Solo él ha sabido quererme como en realidad no me merecía.

En realidad, no sé qué voy a hacer estos días, Natalia me ha sugerido que me quede en casa hasta que me acabe de centrar en lo que tengo aquí y ahora, pero sinceramente no tengo ganas de estar encerrada, porque si no al final acabaré pegándome un tiro. Lo primero será acercarme a por un móvil nuevo, y a por una copia de la tarjeta. Por lo menos por el momento tendré algo solucionado y, tras eso, solo me quedará enfrentarme al tema Kellin, aunque me temo que eso no será tan sencillo. Espero que no aparezca como hizo la última vez. Así no tendría que preocuparme por nada.

Son las cinco de la tarde, y solo de pensar en que hoy no tengo nada que hacer se me cae la casa encima. No puedo quedarme aquí. De un salto me pongo en pie, meto la maleta en la habitación, me pongo unas mallas y me preparo la bolsa para ir a clase de baile. Me voy. La Lucía que estuvo en Cardiff se ha quedado allí, y no dejaré que me acompañe y nuble lo que tengo en Barcelona. Me cuelgo la bolsa del hombro y

me encamino hacia la academia. Nada más llegar me encuentro con Sara, una de las gemelas, la cual viene a abrazarme rápidamente.

—¡Cuánto tiempo! —exclama tras soltarme.

—Sí, lo sé. —Sonrío.

El tiempo en Cardiff se me ha hecho tan eterno que me da la sensación de que hace años que no paso por aquí. Es una liberación haber vuelto, aunque mi condena siga rondándome. Suspiro, pero poco después esbozo una amplia sonrisa, es mejor que me olvide.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto.

—Gracias, Sara, ya tenía ganas de desconectar y olvidarme un poco de todo.

—Pues ya sabes. ¡Este es el mejor sitio para hacerlo! Lo malo queda fuera, y ahora a disfrutar.

Asiento un par de veces, tiene toda la razón del mundo, así que es hora de olvidarme, aunque sea durante un rato de todo lo que ha pasado estos días.

—Por cierto —digo justo antes de encaminarme hacia la sala—, ¿y Tyree?

Hace mucho que no sé de él, entre eso y que no tengo móvil parece haber desaparecido de la faz de la Tierra. Sara hace una mueca, mira un papel que tiene sobre la mesa y carraspea.

—Pues... hace unos días que no viene, aunque hoy tiene clase. Elisabeth no ha podido venir, su bebé se ha puesto muy enfermito y le ha pedido que ocupe su lugar hasta que pueda volver.

—Vaya... —murmuro—. Bueno, entonces le veré después.

—Así es, en nada.

Cojo mi bolsa, veamos cómo está el buenorro de Tyree. Todas las alumnas tienen que estar babeando delante de él, es normal yo también lo haría. Hasta que llegue mi hora de ser feliz me limitaré a alegrarme la vista con este hombretón. En la sala hay dos mujeres que no dejan de cuchichear todo el rato, hasta que me ven aparecer, se callan y me miran. Hago una mueca, las saludo con la mano, pero ninguna se digna a contestarme, ni siquiera vuelven a mirar. Alex entra. Tan sexy y arrollador como siempre. Las mujeres se giran con rapidez hacia él, y le observan como si fuesen a deshacerse con una sola de sus miradas. Dejo ir una sonora carcajada que llena el ambiente y que molesta a las señoras que cuchicheaban. Tyree se gira, al verme abre los ojos como platos y sonrío de oreja a oreja.

—¡Lucía! —exclama.

Viene hacia mí y, sin esperar ni un solo segundo, me abraza sin apenas dejarme respirar, estos brazos que tiene me apretujan contra su duro y musculado pecho. De su cuerpo emana un no sé qué, una dulzura, un algo, que es capaz de tocarme el corazón.

—¡Qué alegría verte!

Rodeo su cuello con mis brazos, le beso en la mejilla y me abrazo a él como si fuera un koala.

—Echaba de menos un buen abrazo de oso.

—Yo te doy los que necesites, de oso y de lo que quieras, pitufa. —Sonríe—. He echado de menos a mi pareja... —Vuelve a abrazarme— de baile. —Fija esos ojazos azules que tiene en los míos haciendo que un escalofrío me recorra de pies a cabeza.

—Yo también he echado de menos bailar contigo, Tyree.

—Parece que hace un mes que no te veo.

—La verdad es que sí, entre una cosa y otra se me ha hecho eterno.

Toma una de mis manos, y me lleva junto al escenario para que nos podamos sentar, es curioso ver que no la suelta, sino que la sujeta y la acaricia.

—Tengo ganas de bailar, Tyree.

—Baila conmigo.

Toma la misma mano que acaricia y tira de mí hasta que me pongo en pie. Con una sola mirada me reta, provocándome y encendiendo algo en mi interior con lo que nunca antes me había topado, por lo menos con él.

—Aún no ha empezado la clase —murmuro intentando mantenerle alejado de mí, aunque sea durante unos minutos.

—No me importa la clase. —Me guiña un ojo de nuevo y sonrío—. Ahora solo estoy por ti.

No sé qué ha cambiado en Alex, pero parece diferente, ahora ha ocupado un rol provocador e incluso sensual que me impide no fijar mi atención en él, aunque pensándolo bien, tal vez sea yo quien ha cambiado. Mi corazón se acelera cuando sus manos vuelven a rozar las mías. Tira de mí hasta que quedo presa entre sus brazos, encantada y encadenada a ese erotismo que solo él desprende.

—Baila conmigo —susurra contra mi oído.

¡Yo bailo con él y lo que haga falta! Si es que nadie podría resistirse a esa voz, ese cuerpo y ese todo suyo que tiene. Imposible. Cuando se da la vuelta no puedo evitar mirarle de arriba abajo, fijándome en cómo los pantalones de deporte se le ciñen ligeramente a su trasero, realzándolo y haciéndolo terriblemente atractivo. Lleva una camiseta blanca con las mangas cortadas que casi deja todo su costado al aire, enseñando ese torso musculado esculpido por el mejor artesano del mundo. Suspiro, ¡ay, madre! ¡Vaya hombre!

—¿Qué quieres bailar, pitufa? —pregunta.

—Lo que más te apetezca.

Asiente, coge el mando del reproductor, le da al *play* y automáticamente empieza a sonar «Talk Dirty» de Jason Derulo. Tyree irradia una sensualidad demasiado magnética, que capta toda mi atención. Carraspeo, la tensión aumenta cuando coge mis manos y empieza a acariciar todo su torso de arriba abajo, a la vez que no deja de moverse contra mi cuerpo. ¡Ojú! Como diría Ángela. ¡Qué calores me están entrando! Intento dejar de pensar en lo *sexy* que es este hombre y me centro en moverme. Echaba mucho de menos sentirme así de libre, solo bailar me deja abrir las alas y volar hasta tocar las nubes.

—Has perdido un poco de práctica —se mofa.

Cierro los ojos a la vez que posa una de sus manos en la parte baja de mi cintura, me pega a él y sonrío burlón.

—Tú sí que la has perdido.

Le doy un manotazo en la suya, me aparto y empiezo a rondar a su alrededor, como una leona que acecha a su presa. Me guiña un ojo, por lo que dejo ir una carcajada. Cojo una silla y bajo su atenta mirada no dejo de moverme, las manos se las coloco en mi vientre, bajándolas por la cintura hasta el inicio de mis piernas. Le doy un golpecito en estas, apartándolas, me volteo y me siento encima de él. Mi corazón se acelera, mi sexo se humedece ardiendo como un poderoso fuego, haciendo que me desconcentre. Rodeo su nuca con mis brazos, nuestros rostros quedan a apenas unos centímetros. Puedo sentir su respiración pegada a la mía, sus ojos fijos en mi mirada... Durante unos minutos dejo de escuchar la música y a las mujeres que vuelven a cuchichear, y solo me centro en él, en esa boca redondita y en esos ojos penetrantes que tiene. Me ha encendido por completo, yo sola me lo he buscado. Vuelve a cogerme por la cintura, para acercarme un poco más a él, noto cómo su miembro se endurece cuando acerco mi boca a su cuello para darle un mordisco. ¡Por Dios! Un poderoso cosquilleo me recorre el vientre, todo mi cuerpo está ansioso por rozar el suyo, por sentir su piel contra la mía. Me muerdo el labio y cierro los ojos, Tyree se está convirtiendo en una auténtica tentación prohibida.

Para la música con un ligero movimiento, rompiendo la burbuja en la que estábamos metidos y nos devuelve a la realidad que deberíamos estar viviendo. Carraspeo, me pongo en pie y me doy la vuelta para que él también pueda levantarse. Me besa en la mejilla nada más hacerlo y aparta la silla. Giro la cabeza ligeramente, y veo cómo se recoloca los pantalones, para que no se note lo que esconden.

—Bueno, vamos a empezar la clase.

Antes de decir nada más, me lanza una mirada llena de picardía que acaba por derretirme.

Nada más lavarme corro hacia la cocina, llevo algo más de media hora despierta y mi estómago ruge hambriento. Pienso hacerme un sándwich de tres o cuatro plantas con bacón y queso, me encanta, puede que para otros sea demasiado, pero es lo que más me apetece ahora mismo. Han pasado un par de días desde que llegamos, y es hora de ir a por un móvil nuevo y recuperar la normalidad de mi vida. Miro el sofá y recuerdo las decenas de veces en las que me encontré con Marc dormido en él, pobre... Me he comportado como una auténtica gilipollas, y lo que me ha pasado a mí no ha sido más que el karma, por no haberme portado bien con él. Me lo tengo bien merecido, Kellin se ha puesto en mi camino para ser una tentación del diablo a la que no poder resistirse, y ha sido... mi perdición.

—Maldito Kellin —gruño entre dientes—. Serás...

Un enorme vacío se hace el rey de mi mente y de mi corazón. Niego con la cabeza, ¿es que no va a salir de mis pensamientos? ¿No voy a ser capaz de olvidarme de él? Odio haber caído en sus trampas, me he dejado engatusar como una tonta, ha hecho conmigo lo que ha querido, igual que con todas. No quiero ni pensar en todas las mujeres que han pasado por su cama, ni en las que se ha follado a la vez que a mí mientras me decía que era especial y todas esas patrañas.

—Joder, Kellin, ¡joder! —digo a la vez que mis ojos se llenan de dolor.

Rompo a llorar, ¿cuántas veces más va a hacer que mis amargas lágrimas se derramen por él? Sollozo, desconsolada, perdida en mi dolor, en el vacío que me absorbe sin dejarme salir. Una enorme presión en el pecho me impide respirar con normalidad, ¡mierda! Solo me faltaba esto... Suspiro, intento coger aire poco a poco, cierro los ojos y siento cómo mis mejillas se empapan, las pequeñas gotas llenas de dolor no dejan de mojar mi camiseta y lo peor de todo es que, no puedo hacer nada por detenerlo.

—¡Joder, joder! ¿Por qué me has hecho esto a mí? —chillo, resquebrajándome en mi propio llanto.

¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué no podría haberme enamorado de alguien como Marc? Con él todo habría sido más sencillo, ahora no estaría así y todo ha pasado por haberme dejado llevar por un galés mentiroso, mujeriego y sinvergüenza. Doy un golpe sobre mi pierna, no quiero esto, no quiero seguir sufriendo así por un imbécil como Kellin, nadie debería hacerlo.

Varias horas después, ya estoy mejor, me recojo el pelo en un moño alto, me visto con cualquier cosa y me marcho, al final ni siquiera he desayunado, lo poco que llevo dentro ha sido de una manzana al mediodía, y apenas tengo hambre. Se me quitan las ganas de todo cuando pienso en Kellin.

Cuando voy a salir del portal veo cómo Tyree cruza el paso de cebra que hay algo más lejos de donde me encuentro. Va mirando el móvil, escribiendo, pienso en saludarle pero tal vez ya tenga planes. Al levantar la vista se da cuenta de que estoy aquí y me sonrío.

—¡Hombre!

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto extrañada.

—Pues... he estado llamándote y escribiéndote desde el otro día que viniste a clase, al ver que no respondías le he cogido unos papeles a las gemelas —dice sacando una hoja doblada de su bolsillo trasero—. Y he venido a buscarte, a ver si estabas bien.

¡Pobre! ¡Qué mono y bueno es este hombre! Sonrío, le doy dos besos para saludarle y le abrazo. Es reconfortante sentir la calidez de alguien tan agradable y bondadoso como lo es Tyree.

—Bueno, pues ya has visto que sigo vivita y coleando.

—Sí —murmura.

Se pasa una de las manos por la nuca y esboza una mueca. Lleva una bolsa de deporte colgada del hombro, aunque viste con el chándal y una de esas camisetas sin mangas que dejan al aire demasiado y poco a la imaginación.

—¿Qué pasa?

—No es nada..., solo que no esperaba verte por aquí —contesto.

Alex deja ir una carcajada, y sonrío, es tan jodidamente sexy que hasta su risa suena sensual como ninguna.

—¿Te gustaría que fuésemos a tomar algo?

—Bueno, es que ahora mismo me iba a comprar un móvil, me robaron el que tenía cuando estuve en Cardiff.

—¿Qué dices? —pregunta.

—Lo que oye. Ya hablé con la compañía y ahora toca ir a por una tarjeta nueva y un móvil —le explico—. Me encantaría ir a tomar algo contigo, pero si podemos dejarlo para otro día me iría mejor.

—Si quieres puedo acompañarte.

—Me sabe mal, Alex.

—No te preocupes, pitufa, no tengo nada que hacer, es más, me había reservado la tarde para pasarla contigo.

—¿Tan claro tenías que iba a aceptar tomar algo contigo?

—Por supuesto. —Sonrío.

Este hombre no deja de sorprenderme, a cada cosa que conozco más me alegra hacerlo, es bueno, un bailarín excelente, agradable, y adorablemente perfecto. Ojalá uno que yo me sé fuese la mitad de atento de lo que lo es Alex, con que lo fuera una cuarta parte ya me conformaría, pero ni a eso podría llegar jamás.

—Entonces no te puedo decir que no.

—Eso espero. —Sonrío.

—¿Sí?

—Ajá —asiente—. Si no tendría que buscarme algún otro plan —me explica—, aunque lo único que me apetecía y me sigue apeteciendo es estar contigo.

Un extraño cosquilleo nace en la parte baja del vientre, al igual que lo hace en mi sexo, que empieza a arder. Este hombre tiene un no sé qué que lo hace único.

—Bueno, nos vamos —sentencio.

—¿A dónde habías pensado ir?

—Al centro comercial.

—¿Vamos con mi coche?

—Perfecto.

Después de pasar toda la tarde con Tyree, paseando de aquí allí, riendo, compartiendo parte de nuestro pasado y conociéndonos un poco, es hora de volver a casa. Ahora sé algo más de quien es mi pareja de baile, de lo que hay bajo esa apariencia de machorro que tiene. Parece distinto a lo que siempre había visto y pensado.

—Oye, Lucía, ¿te apetecería que fuésemos a cenar?

Le miro, aún no hemos llegado a casa y es algo tarde, por lo que durante unos minutos me lo pienso. Puede estar bien, si vuelvo ahora y me quedo sola las paredes se me volverán a caer encima, pensaré en ese capullo y no quiero volver a hacerlo. Tyree desvía la mirada de la carretera hacia mí, alza una ceja y me sonrío de medio lado, esperando a que conteste.

—Bueno, vale, podría ser un buen plan —contesto.

—Te paso a buscar en una hora, ¿de acuerdo?

—Claro, genial.

Un poco más tarde se detiene frente a la portería de mi piso, me mira y con un ligero movimiento de cabeza me indica que ya puedo bajarme del coche.

—Nos vemos en un rato.

Asiento un par de veces, le doy un beso en la mejilla y me bajo de este. Me noto algo cansada, pero me apetece bastante salir de casa y olvidarme un poco de todo lo que últimamente no deja de rondar mi cabeza. Nada más llegar, me deshago de la poca ropa que me viste, me quito el moño y me doy una ducha rápida para no tardar mucho.

Al salir de la ducha me enrolló en la toalla, voy a la cocina a por algo de comer y acabo cogiendo el bacón que me iba a hacer para desayunar esta mañana. Dejo que la toalla se arremoline a mis pies, mientras se calienta la sartén, me pongo un vestido negro que lleva un lacito en la parte central del pecho, así sin sujetador, sin nada. Tampoco hay mucho que sujetar, es de las pocas cosas buenas que tiene el hecho de que mi pecho no sea muy exuberante. Miro el reloj, ya ha pasado algo más de media hora, por lo que, o me doy prisa o acabaré llegando tarde.

Alex llega tan puntual como siempre, incluso más de lo que ya suele ser normalmente. Parece ser otro Tyree distinto al que baila conmigo, va vestido con una

camisa blanca ligeramente arremangada que le queda algo ceñida al cuerpo sin poder evitar mostrar esos fuertes brazos que tiene, se ha peinado el pelo hacia atrás intentando aparentar ser un niño bueno, aunque sin éxito alguno. Sonríe, al igual que lo hace él, detiene su modesto Seat León rojo frente al paso de cebra.

—Buenas noches —le saludo al entrar.

—Hola —contesta alegremente.

Enciende la música que había parado nada más abrir la puerta, y empieza a sonar «Earned in» de The Weeknd. A mi memoria viene la primera vez que la escuché, no pude evitar ponerme a bailar, aunque ahora solo me recuerda a Kellin. Suspiro, adoraba esta canción y ahora no soy capaz de olvidarme de Lund cuando la escucho.

—¿No te gusta? —pregunta.

—Bueno..., no es que no me guste, es que no me trae buenos recuerdos.

Sin pensarlo un segundo cambia de canción, coge una de mis manos y la acaricia con delicadeza. Carraspeo, algo nerviosa, lo que hace que empiece a replantearme si lo que estoy haciendo es realmente correcto o no es más que una simple venganza, un pequeño remiendo para mi destrozado corazón que solo necesita algo de amor que lo cure.

—¿Dónde vamos a cenar?

—¿Te gusta la comida...?

—A mí me gusta todo, o casi todo —le interrumpo.

—Eso está bien, porque he pensado en ir al Magic, no sé si lo conoces. —Al ver que no tengo ni idea de a dónde vamos me empieza a explicar—: Está a las afueras del pueblo, a ver si acierto.

—Seguro que sí.

—Eso espero. —Se pasa una mano por la nuca, cosa que suele hacer bastante cuando no está seguro.

—Y... cuéntame algo, ¿no?

—¿Qué quieres que te cuente, pitufa?

Le miro alzando una ceja, como lo haría Natalia. Intentando poner un poco de mala leche, aunque no creo conseguirlo.

—No me llames pitufa, anda.

—Pero si lo eres. —Ríe.

—Claro... es que a tu lado hasta King Kong es un pitufo, gigantón.

Al llegar al bar-restaurante nos hacen sentarnos en una de las mesas que hay en la terraza, muy mona, por cierto. El sitio está ubicado en la parte alta del pueblo, algo alejado, desde donde se puede ver toda la vida que hay en este. Las mesas están adornadas con unas velas dentro de farolillos y una bonita rosa roja.

—Vaya... —murmuro mirándolo todo.

—¿Te gusta?

—Sí, claro.

Es precioso, no sé cómo no había venido antes, tal vez sea nuevo si no, no entiendo por qué no sabía yo de la existencia de este lugar.

—Entonces —hace una pausa, justo después de que la chica deje dos botellas de TriNa sobre la mesa—, ¿por dónde íbamos? —pregunta cuando se ha ido la camarera.

—Te preguntaba por cómo has acabado dando clase en El Casal.

El Casal es como se llama oficialmente el sitio donde vamos a bailar. Le da un trago a la bebida, y fija sus ojos en los míos.

—Pues la verdad es que es un poco largo. —Empieza—. Cuando era algo más joven, debería tener unos diecisiete años o así, conocí a las gemelas, al igual que a la que ahora mismo es mi expareja.

—¿No tienes pareja? —pregunto.

—No —contesta—. Siempre íbamos juntos, empezamos a bailar, íbamos a extraescolares y, al final, acabamos encontrando El Casal, durante muchos años estuvimos yendo tarde tras tarde hasta que ellas comenzaron a trabajar allí, por lo que solo las podía ver los fines de semana, tuve que marcharme un tiempo y al volver conocí a Elisabeth.

No dejo de mirarle, me gusta escuchar cómo habla, cómo comparte conmigo su pasado y que ahora forma parte de su presente.

—Hicimos buenas migas y ahora que está con el bebé me ha pedido que le eche una mano, y cómo no, no puedo decirle que la dejo tirada.

Asiento un par de veces, ¿es que hay algo que no tenga? Es bueno, cuidadoso, adorable, detallista, cariñoso... ¡Es completo! Aunque debería dejar de pensar en estas cosas y de olvidarme de todo el que tenga algo colgando entre las piernas.

—¿Y tú? —me pregunta.

—Pues... siempre me ha gustado bailar, de hecho cuando era pequeña pasaba las tardes bailando, por no decir que vivía haciéndolo hasta que pasé al instituto, y tuve que dejarlo hasta que me apunté en El Casal.

Asiente varias veces, sin apartar sus ojos de los míos.

—Me alegro de que así sea. —Sonríe—. Y, ¿se puede saber qué es lo que te ha pasado en Gales?

—Me crucé con un gilipollas —resumo.

—Vaya... —murmura—. ¿Fue él quien te robó el móvil?

—No.

«Él robó algo peor, mi corazón —pienso para mí—, y luego lo destruyó, se deshizo de él como si nada». Vaya mierda, de verdad. Hago una mueca y le doy un sorbo a la TriNa, pero no es suficiente, necesito beber. Emborracharme hasta perder la consciencia, u olvidarme de ese estúpido hombre.

—¡Camarera! —llamo a la chica que nos ha atendido.

—¿Qué necesita? —pregunta cuando llega a nuestra altura.

—Tráiganos cuatro chupitos.

—¿Cuatro? —preguntan Alex y la chica al unísono.

Asiento sin desviar la vista hacia Tyree, quiero olvidarme y hacerlo ya. No puedo seguir así, después de todo lo que ha hecho ese sinvergüenza, aquí sigo yo lamiéndome unas heridas que no parece que vayan a sanar.

—¿De qué los quiere?

—De Jägermeister.

La chica asiente, se lo apunta en su pequeño bloc de comandas y se marcha a por lo que he pedido. Alex me mira extrañado.

—Vas fuerte, ¿eh?

—Puede. —Sonrío.

—¿Te los vas a tomar todos tú?

—No, dos son para ti.

—¿Para mí? —pregunta extrañado.

—Hombre, no irás a permitir que beba sola, ¿no?

Su gesto se tuerce, me mira seriamente y, por un momento, creo haberla cagado, aunque sea un poco.

—Pues... —empieza a decir—, la verdad es que no, no debería hacerlo.

Niego con la cabeza, dejo ir un suspiro mientras Alex se limita a reírse de la cara de alivio que debo tener ahora mismo.

—Bebamos, pues. —Alzo el vasito cuando la chica los llena.

Después de una cena deliciosa a la par que sencilla, y de tomarnos varios mojitos de tamarindo y fresa, toca volver a casa. Por suerte, Alex suele tener algo más de cabeza que yo y ha bebido un poco menos. No puedo dejar de reírme al ver cómo Tyree intenta que caiga la última gota de helado de su cono.

—Oye —digo en voz baja cuando me recupero de mi ataque de risa.

—¿Sí?

—He pensado que podríamos tomar la última copa en mi casa y tal vez podríamos jugar a las cartas o a algo.

—Podemos jugar a lo que tú quieras. —Sonríe de medio lado con sus ojos fijos en los míos.

Ese simple gesto acompañado de la sensual frase que ha salido de su perfecta boca provoca que un huracán tome mi interior. Lamo el poco helado que quedaba en la cucharilla, provocándole. Alzo una ceja con un movimiento rápido y deja ir una sonora carcajada.

—Juguemos pues —le desafío.

Subimos a mi piso al terminar los helados. Me quito los zapatos nada más entrar en casa, tirándolos en la habitación y me dirijo hacia la cocina bajo la atenta mirada de Alex, quien no se pierde ninguno de mis movimientos.

—¿Qué miras? —pregunto.

—¿Es que no puedo mirarte?

—Bueno... —murmuro sintiendo cómo un cosquilleo empieza a hacer estragos en mí.

—¿Bueno?

Asiento sin dejar de observarle, igual que continúa haciendo él. Se acerca poco a poco, hasta que posa una de sus manos junto a la mía, sobre la encimera.

—¿Qué significa ese bueno?

—Que me pones... nerviosa.

—Así que te pongo... —murmura— nerviosa, ¿eh?

—Ajá —contesto.

Sonríe, pícaro, a lo que niego con la cabeza, vaya hombre este. Saco una botella de ron, y cojo algo de hielo. Llevo varias copas encima, lo que hace que ni siquiera recuerde cuántas son ya, aunque tampoco es algo que me llegue a preocupar.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —pregunto mordiéndome el labio inferior.

«¡De ti!», grito interiormente, tengo ganas de saber cómo es Tyree y qué esconde tras esa apariencia arrolladora que tiene. ¿Quién no tendría ganas de conocerle en profundidad? Creo que nadie se podría negar.

—¿De qué? —Se acerca un poco más a mí.

—De bailar. —Sonrío, guiñándole un ojo.

Ríe viéndome pasar por delante, le cojo tirando de él hasta el salón, rodeando la barra de la cocina. Enciendo el reproductor de música e inmediatamente empieza a sonar «Earned it», de The Weeknd, la canción más sexy jamás creada, y que conste en acta que no lo he hecho a propósito. Me doy la vuelta, mirándole de arriba abajo, y dando pequeños saltos me muevo hacia donde se encuentra. Puedo ver cómo algo en su mirada brilla, la lujuria empieza a tomar parte en sus ojos, en todo su cuerpo, quitándole el control para ser ella quien mueva su cuerpo.

—Así que quieres bailar, ¿eh?

Me coge por la cintura, pegándome por completo a él, puedo notar cómo su musculado pecho sube y baja, su respiración se vuelve algo más rápida, cosa que aprovecho. Le miro desde abajo y me muevo a su alrededor recorriendo todo su cuerpo, sin dejarme ningún músculo sin acariciar, sonrío al ver cómo me devora con la mirada.

—¿Qué, Tyree?

—Que te mueves demasiado bien, pitufa.

—Puedo moverme aún mejor.

Sonríe de medio lado, provocándome, retándome a que lo haga, y lo haré. Le doy un ligero golpe, haciendo que se quede sentado en el sofá, me observa expectante, me siento a horcajadas encima de él, mientras no se pierde ninguno de mis movimientos.

—¿Sabes de qué tengo ganas yo? —me pregunta al oído.

Todo mi vello se eriza al escucharle, mi sexo empieza a arder en deseos de que le preste algo de atención, y cada vez tengo menos voluntad.

—¿De qué? —pregunto intentando parecer una chica buena.

Acaricia mi rostro fijando sus ojos en los míos, sin pensarlo ni un solo segundo más se acerca a mí y me besa con una dulzura y una pasión que me desarma. Rodeo su cuello con mis brazos, pegándome completamente a él, su respiración choca contra la mía, su cuerpo me envuelve. Hay algo en Alex, algo distinto a lo que he visto durante toda mi vida, no veo maldad alguna. Durante unos segundos Kellin aparece en mi mente con esa cara de pena con la que me miraba desde el ventanal de los Collins, pero me niego a seguir acordándome de él, ahora solo existimos nosotros. Sigo moviéndome encima de Tyree, provocándole, riéndome, y sintiendo cómo la tensión sexual es cada vez mayor. La canción cambia, y es ahora Rayden quien nos acompaña con su «Matemática de la carne», una canción que me encanta y que he deseado bailar cientos de veces. Tarareo en voz baja la letra, me pongo en pie, a la vez que lo hace Alex.

—¿Te la sabes? —pregunta.

Asiento un par de veces hasta que me cojo a él, poniéndome de puntillas y canturreo contra su oído:

Mi más sentido bésame, bésame, besayúname,

*Ayúdame a deshacer la cama.
Te comería a versos, pero me tragaría mis palabras,
Por eso mejor dejarnos sin habla.
Perdí el sentido del amor, pero no del sarcasmo.
Así que te haré el humor hasta llegar al orgasmo.*

—Hazlo —susurra contra mi oído.

—¿Sí?

—Sino lo haré yo. —Sonríe de medio lado.

Alzo una ceja, ¿realmente lo hará? Y como si me leyera la mente, toma mi cintura, me hace retroceder y cuando me encuentro atrapada contra la pared me besa como una fiera, totalmente al contrario que antes. Me deshago de la camiseta, acaricio su pecho, y él no aparta sus ojos de mí. Cuela una de sus manos bajo mi vestido, acaricia mi sexo por encima de la fina tela que lo cubre y suelta una pequeña risa.

Me vuelve a besar, esta vez algo más tranquilo pero con la misma fiereza y pasión que le había puesto. Separa mis piernas con una de las suyas para poder acceder un poco mejor a mi lugar sagrado, lo acaricia poco a poco, con delicadeza, sabiendo perfectamente dónde debe tocar. Mis piernas se tensan, y el vello se me eriza. Bajo sus pantalones, dejando al aire una prominente erección que clama de mis atenciones. Repaso cada uno de sus fuertes brazos, acaricio su espalda y, cuando quiero darme cuenta, baja mis braguitas, me toma por la cintura, alzándose y haciendo que le rodee con mis piernas. Puedo notar su duro miembro contra mi entrada, se roza, provocándome, haciendo que todo mi cuerpo se tense y desee tenerle dentro. Entre nosotros apenas queda sitio, pero es capaz de volver a acariciarme, y eso no es lo que quiero yo ahora. Le miro con lujuria, muerta de ganas por sentir cómo todo él me arrolla sin control, quiero dejarme llevar y olvidarme de todo.

—¿Sabes...?

Alzo una ceja, ¿qué se supone que tengo que saber? No aparto los ojos de los suyos, la música no deja de sonar, Pablo Alborán nos acompaña con una de sus canciones más *sexys*, «Éxtasis».

—Me muero de ganas de hacerte gemir.

Siento cómo mis mejillas empiezan a arder, mi sexo se revoluciona, y un cosquilleo nace en la parte baja de mi vientre, adelantándose lo que está por venir. Me muerdo el labio inferior, no puedo evitarlo. Enredo mis manos en su pelo, sintiendo que entra en mí de una sola estocada. Dejo ir un profundo gemido que se acopla con el que se le escapa a él.

—Hazlo.

Clavo las uñas en su espalda al sentir que se mueve dentro de mí, me embiste con una fuerza que hace que tenga la sensación de que en algún momento me va a partir en dos. Nunca antes había visto ni sentido nada igual, devora mi boca, hambriento,

tan perdido en mí como yo lo estoy en él. Deja ir un profundo gruñido que me pone aún más, volviéndome loca.

—Joder, Lucía —murmura contra mi oído.

Lame mi cuello, y acaba por morderlo, erizando mi vello y provocando que vea cada vez más cerca ese tsunami que no tardará en arrollarme. Le agarro del cuello, sujetándolo contra mi boca, y le beso apasionadamente como lo hace él.

—¿Qué, Tyree? —pregunto sensual.

Durante unos segundos se detiene, los únicos que puedo utilizar para poder coger algo de aire y no morir entre gemidos y quejidos. Me mira con esos ojos salvajes que esconden demasiado, pero que hablan como un libro abierto.

—Que me pones demasiado —gruñe.

Me deja de pie en el suelo, pero con un rápido movimiento hace que dé la vuelta por completo, quedando mirando hacia la pared. Me apoyo en esta, a la vez que él me toma por la cintura, dirigiéndome hacia su duro miembro. Entra en mí, abriéndose camino, haciendo que mis piernas tiemblen, y que contenga la respiración. Giro un poco la cabeza, lo suficiente como para poder mirarle. Parece ido por completo, solo está centrado en mí. Baja una de sus manos hacia mi sexo y empieza a acariciarme, haciendo que todo se vuelva un enorme agujero negro que empieza a llevarme consigo. ¡Dioses! Este hombre va a hacer que tenga el orgasmo más grande de mi vida y esto tan solo ha hecho que empezar. Me sujeta por el hombro, veo cómo se lleva los dedos con los que me acariciaba hacia su boca y los lame gustoso, haciendo que me encienda aún más. Vuelve a la carga, deshaciéndose de toda la firmeza y fuerza con la que contaba, me aguanta para que no caiga si mis piernas fallan. Sigue moviéndose, aunque ahora lo hace algo más calmado, lo que provoca que pequeñas descargas me recorran de pies a cabeza y que deje ir un profundo gemido que hace que él sonría. Sabiendo de lo que es capaz, se mueve cada vez más despacio, haciendo que sienta cada centímetro de su largura. Me muerdo el labio inferior, hasta que le doy un manotazo en la suya, en esa que acercaba cada vez más la oleada que está a punto de llegar.

—Para, para —le pido.

Sonríe, pero sigue moviéndose. Le doy un empujón, aunque de poco sirve, ni siquiera sale de mí, hasta que niego con la cabeza y hago una mueca. Entonces, se detiene. Sus piernas se han tensado ligeramente. Tiro de su brazo, haciéndole sentarse en el sofá, es hora de tomar el control, no voy a dejar que se lleve mi orgasmo sin llevarme yo el suyo conmigo. Ahora soy yo quien sonrío maliciosa, la venganza empieza a tomar forma cuando me siento sobre él, a horcajadas.

—Es mi momento. —Le guiño un ojo.

—Eso ya lo veremos, pitufa.

Hago que su erección entre por completo, le beso a la vez que empiezo a moverme de arriba abajo. Acaricio su pecho, viendo cómo me observa, cómo esa

mirada de lobo salvaje que tenía ahora se ha vuelto la de un cachorro pidiendo clemencia y disfrutando de lo que le hago.

—Eres deliciosa.

Sonrío, claro que lo soy. Le guiño un ojo, le beso en un arrebato de locura y frenesí que provoca esa dulce carita que tiene. Sus dedos vuelven a jugar con mi abultado y sensible clítoris, haciendo que me tense.

—¡No hagas eso, joder! —exclamo.

—¿Por qué, pitufa? —pregunta fanfarrón.

—¡Porqué vas a hacer que me vaya!

Alza una ceja, incitándome, cosa que hace que me ponga aún más. Alex es un hombre terriblemente *sexy*, capaz de seducir a cualquiera, y cómo no, lo ha hecho conmigo, aunque sea por ahora.

—Quiero que lo hagas —susurra contra mi boca.

Me muerde el labio inferior, con uno de sus fuertes brazos me sujeta contra su pecho mientras que con el otro no deja de acariciarme, y por un momento dejo de ser yo quien manda para ser él quien me hace perder el sentido. Hace que me mueva cada vez más deprisa, sin dejar de tocarme, siento todo su miembro dentro de mí, creando estragos a cada una de sus embestidas, porque sí, ahora es él quien manda. Noto que está cada vez más cerca, cierro los ojos pero mediante un murmullo me pide que los abra para él, y eso hago.

—Por Dios, Tyree...

—¿Qué, pitufa?

—Me voy a ir... —Y lo hago mediante un gemido.

—Hazlo.

Me besa con una pasión desmedida, y todo estalla en mil pedazos. Mi orgasmo desata el suyo, deja ir profundos gemidos y quejidos que me encantan. Siento cómo me llena por completo, nos fundimos en uno solo, deshaciéndonos.

—Joder... —Arrastra la «r».

Le miro con los ojos bien abiertos, ¿es que no le ha gustado? Durante unos segundos estoy confundida.

—¿Qué?

—Eres impresionante, pitufa.

Y por primera vez, me siento especial.

Me agarro a la almohada, estiro las piernas, abarcando casi por completo la cama, es entonces cuando me doy cuenta de que Alex ya no está aquí durmiendo conmigo, como lo ha hecho durante toda la noche. Abro los ojos, me desperezo y escucho cómo deja un vaso sobre la encimera de la cocina. Meto la tarjeta SIM en el móvil, que lleva cargando desde ayer, lo enciendo y pongo el pin. Lo dejo sobre la cama, esperando a que acabe de iniciarse, pero cuando voy a cogerlo Alex abre la puerta, lo hace muy despacio intentando no despertarme, aunque al ver que estoy despierta sonrío de oreja a oreja.

—Buenos días, pitufa.

—Buenos días.

Se sienta en la cama y mientras acabo de estirarme, acaricia mi rostro con delicadeza y acaba dándome un beso tan dulce como el chocolate. Sonrío contra su boca, y le devuelvo el beso.

—¿Quieres desayunar?

—Sí, claro.

Asiente un par de veces, vuelve a besarme y se pone en pie, me mira durante unos segundos hasta que me enderezo. Pero entonces, me dice que no con la cabeza.

—Quédate ahí —me pide—. Yo me encargo.

—Bueno..., vale, porque insistes.

Deja ir una carcajada que me saca una sonrisa aún más grande de las que ya había esbozado antes. Niega con la cabeza y con las mismas con las que ha venido se marcha a preparar algo que podamos desayunar, aunque tampoco es que tenga mucha cosa en la nevera. Dejo que el móvil se descargue WhatsApp, mientras me pongo en pie para vestirme, recogerme el pelo y levantar la persiana, momento en el que, el móvil emite un leve sonido. Me siento, y cuando desbloqueo la pantalla me encuentro con mensajes de Kellin, son antiguos, de la semana que estuve en Cardiff.

Kellin:

Ni siquiera sé cómo debería explicarte esto...

Puede que suene a tópico, puede que...

Yo qué sé... Ahora mismo no sé qué decirte.

¡Joder!

Leo para mí lo que escribió, el corazón se me acelera, cierro las manos en puños, ¡maldito Kellin! Siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas, jamás pensé que fuese a escribirme, ni a darme explicaciones de lo que ocurrió. Ya lo dijeron Natalia y Laura, Kellin no es así.

Kellin:

Lucía, necesito hablar contigo,
necesito explicarte lo ocurrido con Candy,
por favor, no sé qué has hecho conmigo,
Lu, no lo sé..., de verdad, no entiendo cómo
has sido capaz de entrar así en mi vida...
Ni siquiera te conozco realmente,
pero siento que no lo he hecho bien.

Trago saliva, notando cómo un enorme nudo se me atraganta en la garganta. ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

Kellin:

Lucía, de verdad que lo que ocurrió con Candy
no es lo que parece, esa camarera se lanzó,
ni siquiera pensaba que fuese a hacerlo...

¿Qué hacía él ahí?

Kellin:

Por Dios... Lucía, contéstame.

Insistió hasta que se dio por vencido, entonces ya rogó una respuesta, esa que nunca llegó y nunca llegaría.

Kellin:

No me dejes así, por favor, Lucía, ¡joder!
No seas así, deja que te lo explique.

Un último mensaje que suena a promesa rota en mi cabeza, y que acaba por destrozar mi corazón.

Kellin:

Iré a por ti, no voy a dejar
que te marches a Barcelona así.

Rompo a llorar, todo lo que había ido curando vuelve a romperse, a resquebrajarse como si nunca antes se hubiera recuperado. Cierro los ojos, las lágrimas empapan mis mejillas, y no puedo evitar dejar ir un profundo hipido que me deja completamente vacía por dentro. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Miro la cama, Alex aquí, Kellin en Cardiff, y yo sumida en un abismo del cual no sé cómo saldré. Me dejo caer al suelo sentándome sobre la alfombra y, escondo mi rostro entre las manos, cuando escucho que abre la puerta.

—Ya está preparado el desayuno.

Cuando me ve agazapada, deja la bandeja en la que lo llevaba todo sobre la cajonera, y se acerca a mí. Pasa una de sus manos por mi pelo, lo que hace que rompa a llorar con aún más fuerza.

—¿Qué te ocurre, pitufa?

Niego con la cabeza, no quiero involucrarle en esto, no quiero que sufra por mí, pero sé que lo hará.

—Venga, levanta —me dice con dulzura.

Le vuelvo a decir que no, pero sin que pueda hacer nada por remediarlo, pasa sus manos por debajo de mis piernas, y por detrás de mi espalda, levantándome del suelo, llevándome hacia el sofá. Se sienta, dejándome a mí encima, cobijándome entre sus fuertes brazos. No dice nada, permanece en silencio, acariciando mi cuerpo, mimándolo como no lo habían hecho nunca. Alex es tan dulce y tan bueno que ni siquiera sé qué ocurrirá mañana. Me da un beso en la frente, a la vez que pasea sus manos por mi pelo, no deja de acunarme.

Alzo la vista, y veo cómo me observa, seca mis lágrimas con el bajo de su camiseta y me besa en los labios. Me abrazo a él, hace que me sienta como en casa. Mi corazón va latiendo cada vez con mayor tranquilidad, el hipo desaparece, y mis lágrimas poco a poco se van secando.

—¿Estás mejor? —pregunta preocupado.

—Sí...

Vuelve a besarme, con delicadeza. Acaricia mi rostro fijando sus ojos en los míos, parece realmente preocupado, por lo que hago una mueca con la que tranquilizarle, pero no lo consigo del todo, por lo que me acerco hasta que nuestros labios se unen.

—Estoy bien —aseguro.

—¿Sí?

Asiento, sin apartar la mirada de él.

—Sí, tranquilo.

Sujeta mi rostro entre sus grandes y ásperas manos, me besa apasionadamente, como lo hacía la otra noche, le correspondo, pero al sentir que poco a poco va colándose bajo mi camiseta y veo que quiere ir más allá decido detenerle. No puedo hacerle esto a Alex, lo hemos pasado bien, demasiado bien, pero antes de que vuelva a suceder algo más tengo que aclarar lo que me pasa con Kellin. No sería justo para nadie. Me llevo una mano al vientre, la verdad es que me muero de ganas de comer algo, aunque si por mí fuera no sería el desayuno lo que me comería... Pero ahora no es el momento, tengo que pensar en tanto él como en mí.

—¿Tienes hambre?

—Ajá —asiento.

Sonrío, me pongo en pie y voy a por la bandeja que ha preparado Alex y que ha dejado sobre la cajonera. Le doy un sorbo a lo que ha hecho y lo llevo todo al salón. Lo coloco sobre la mesita de café y veo cómo Tyree hace un gesto que no acaba de

gustarme, supongo que no debe haberle hecho mucha gracia que le haya rechazado, aunque he intentado no ser muy brusca.

—Huele tan bien..., no he podido evitar que mi estómago ruja. —Río.

—Ya veo ya. —Me mira de arriba abajo—. Pero, bueno, yo también tengo hambre.

—Pues a por ello.

Ha preparado un par de rebanadas de pan tostado para cada uno con algo de bacón, porque sí, en mi casa hay dos cosas que nunca faltan: bacón y naranjas para hacer zumo. También les ha echado un poco de tomate, queso fresco, y ha preparado un café y una taza de leche con cacao.

—Gracias por el desayuno —le digo.

—No me agradezcas nada, pitufa, es todo tuyo.

—Bueno, pero lo has preparado tú.

Le da un mordisco a una de sus tostadas y asiente como diciendo «bueno, eso sí es verdad, no te lo voy a negar». Hago lo mismo que él, y bebo un poco de zumo, me encanta y más si está fresquito.

—Oye...

—¿Hm? —murmuro.

—Quiero pedirte algo.

Me recoloco en el asiento, y siento cómo un ligero nerviosismo empieza a tomar parte de mi interior.

—A ver, dime.

Muerdo de nuevo mi tostada y acabo por comerme casi todo el *bacón* que había encima de esta. Todo ello sin desviar la mirada de él.

—El fin de semana que viene hay una actuación en el ateneo del pueblo, Elisabeth me ha asignado una pareja, pero no la quiero —me explica—. Además ella misma ha visto que contigo hay una química especial, nos llevamos demasiado bien, y sería perfecto para la actuación.

—Pero... —murmuro—. ¿Cómo me voy a aprender un baile en una semana?

—Lo haremos de nuevo, a nuestro gusto, lo prepararemos entre los dos. —Parece algo desesperado porque le diga que sí—. Por favor..., te quiero a ti, no a ella.

Sonrío, la verdad es que me gusta cómo suena eso, a pesar de que va a ser una locura enorme. Pero, ¿si no hacemos locuras de qué sirve vivir? Nos llevará un trabajo muy grande, pero lo sacaremos adelante.

—Bueno...

—Podemos ensayar por las tardes, o cuando tengas libre, si es eso lo que te preocupa —me interrumpe.

—Acepto —sentencio.

—¿Sí?

—Claro, ¿por qué no? Pero, que sepas que si lo hago es porque me lo pides tú, si fuera otro me lo pensaría.

—Sí, sí.

—Que quede claro. —Río.

—¡Gracias! —exclama.

Me besa en la boca y se abraza a mí.

* * *

—¿¡Que has hecho qué!?! —exclama Natalia al otro lado de la barra del Jubilee.

—¿Qué has hecho, chocho? —pregunta Ángela nada más dejar el trapo sobre una de las bandejas.

—Se ha tirado al bailarín.

—¡Será jodía la tía! ¡Ay, omá, cómo está ese hombre! —dice Ángela alzando la voz—. Vaya suerte tienes, cacho perra.

—Gracias, Nati, por propagarlo todo a los cuatro vientos —gruño.

Veo que Collins ha entrado en la cafetería y nos mira extrañado, haciendo una mueca. Fija sus ojos en Natalia, se acerca donde nos encontramos y le da un beso.

—Propagar a los cuatro vientos, ¿el qué?

—Que la canija se ha follado al buenorro de su compañero de baile.

Antes de que podamos decirle algo o taparle la boca ya lo ha soltado todo, como si no pasara nada, y fuera lo más normal del mundo. ¡Mierda!

—¡Ángela! —gritamos Natalia y yo al unísono.

—¡Ay! ¿Es que él no lo puede saber? —pregunta la aludida.

—No hace falta que se enteren hasta en Cuenca, ¿sabes? —murmuro.

Niego con la cabeza, madre mía... Lo que me faltaba, solo espero que se quede bien calladito y no chivatee nada. Collins me mira, hace una mueca, y le da un beso a Natalia en la mejilla.

—¿Alguna me prepara un café? —pregunta sonriente.

—Claro —contesta ella embobada.

Solo le falta que se le caiga la baba, es impresionante la capacidad que tiene Collins de captar toda su atención, igual que la tiene ella para hacer lo mismo con él. Mi móvil suena antes de que él se siente y, por un momento, se me hiela la sangre, un sudor frío recorre mi espalda y no puedo ni siquiera tragar.

Kellin

Golpeo con fuerza el colchón. ¡Joder! No debería haberla dejado marchar así, no debería haber hecho tantas cosas... Lucía se ha metido en mí y no sé cómo hacerla salir, ni siquiera sé si realmente es eso lo que quiero. Es tan dulce, buena y a la vez peligrosa, que mi corazón me grita que vaya a por ella, que la aparte de ese gilipollas que ahora está a su lado, y que le haga repetir mi nombre entre gemidos hasta que se quede sin voz. ¿Qué demonios ha hecho conmigo? Nunca antes había sido así, hasta que apareció ella cambiándolo todo.

Cierro las manos en puños, ahora mismo no puedo hacer nada, no está aquí, hay más de mil kilómetros entre los dos y lo único que soy capaz de hacer es maldecir una y otra vez por haberla dejado marchar así. Veo una llamada de John, momento en el que entra Hope en la habitación.

—¿Qué te ocurre, cielo?

—No es nada.

Miro el teléfono, de nuevo, ha visto mis mensajes y no ha sido capaz de responderme a ninguno de ellos.

—Me marchó, tengo que salir.

A cada segundo que pasa más lo pienso, más me arrepiento, y más rabia siento en mi interior, ¡no puedo dejarla allí al lado de ese bailarín! No puedo... Lucía tiene que ser mía, sé que no es como las demás, hay algo en ella que ha cambiado mi chip, y eso tiene que ser por algún motivo.

Dejo la bolsa sobre el banquillo del vestuario, me pongo bien la camiseta y salgo de él, con los guantes colgando del hombro. Me coloco los auriculares, necesito dejar de pensar en Lu, no sé cómo lo ha hecho pero ha conseguido que no deje de acordarme de ella. Aunque poco debe pensar ella en mí que ni siquiera ha sido capaz de contestarme a un simple mensaje de texto.

—Buenos días, Kellin —me saluda Rox, la chica de recepción, mordiendo la parte superior de su bolígrafo.

—Buenos días, Roxanne. —Sonrío falsamente.

—¿Has pasado una buena noche?

—Podría haber sido mejor. —Le guiño un ojo.

Emite una risilla nerviosa que me hace soltar una carcajada, qué fácil es hacerse con ella con un simple comentario. Si quisiera podría llevármela al vestuario y hacerle cualquier cosa, nadie se daría cuenta, pero Lucía sigue invadiendo mi mente, sin dejarme pensar en nada más.

—¿Está Turner?

—No, aún no ha llegado —murmura sin apartar su vista de mi boca—. Me temo que aún tardará unos minutos en llegar, ha llamado diciendo que había tenido problemas, ya sabes.

—De acuerdo, paso a la sala.

Turner es un buen chaval, pero últimamente está teniendo algunos problemas con su mujer, quien no quiere verle fuera de casa. Turner le engañó con una de sus mejores amigas, y ahora ya no se fía de que se marche sin que ella esté a su lado, por lo que hay veces que discuten. Necesito dejar ir algo de adrenalina, y él es el mejor compañero que tengo para hacerlo, un simple saco no me sirve de nada si no me devuelve los golpes. Me pongo los auriculares, la música bien alta y dejo de pensar en él, pero entonces es Lucía quien vuelve, acompañada de ese bailarín del que habla Collins, un tal Alex, me pone enfermo pensar que está ocupando un lugar que era mío, que toca su cuerpo, besa sus labios y la puede hacer gemir en vez de ser yo quien lo haga.

Cuando pille a ese desgraciado va a olvidar hasta cómo es la cara de Lucía, no voy a dejar que se vuelva a acercarse a ella. Lo haré, no permitiré que me la quite, voy a luchar y no me rendiré. Sigo golpeando el saco, cada vez con más rabia y fuerza, ¡joder! Debería haberme quedado con ella, y fui un auténtico capullo.

—Me voy, Hope.

Miro el salón y la cocina, no está, por lo que supongo que estará en el dormitorio. Cuando escucha cómo cojo las llaves se asoma, haciendo una mueca, y con los brazos cruzados.

—¿A dónde vas con esa maleta? —espeta, algo molesta.

—Tengo asuntos que resolver en Barcelona.

—¿Y qué son esos asuntos?

—Hope, por Dios..., es cosa mía, no tuya.

Niega con la cabeza, pasándose la mano por el pelo. La observo, se ha preparado para salir, se ha puesto uno de sus carísimos vestidos, y unos tacones de infarto, por lo que supongo que tendrá reunión.

—Todo lo que sea cosa tuya, es cosa mía, cielo.

Se acerca a mí, pasea uno de sus largos y delicados dedos por mi hombro, hasta llegar a mi pecho, donde empieza a hacer circulitos. Acerca su boca a la mía, pero acaba besándome en la mejilla.

—Necesito que te quedes con June.

—Sabes perfectamente que no puedo, tengo un vuelo.

—Me da igual, Kellin —murmura, a la vez que se pega a mí—. Ambos sabemos que harás lo correcto.

Coge la mano de la niña, quien estaba sentada sobre la cama, y la trae hasta el salón.

—Te quedarás con papá, ¿sí, June?

—No me llames así —gruño.

La pequeña June asiente, sin apartar la mirada de Hope, quien me tiende su diminuta mano para que se agarre a la mía.

—Sabes que no puedo quedarme con ella.

—Kellin, tienes que hacerlo, ya lo sabes... —Sonríe falsamente—. Ahora no puedes abandonar el barco de esta manera.

Cierro la mano que me queda libre, aprieto la mandíbula y permanezco en silencio mientras la veo desaparecer tras la puerta. Le escribo por WhatsApp.

Kellin:

No puedes hacer siempre lo que te dé la gana, Hope

Hope:

Claro que puedo, ¿no lo has visto?

La madre de la niña ha dejado encima del sofá una bolsa con algo de ropa, y con todo lo necesario para que pase unos días, tenía más que claro que se iba a quedar aquí, sino no lo habría traído.

—June, vamos a ir a ver a los abuelos, ¿vale?

—Sí.

Puedo ver sus hermosos ojos en los de la niña, esa tez algo morena, el mismo pelo ondulado que tenía. Suspiro, solo me faltaba esto, como si no tuviera suficiente con Lucía ahora tengo que ocuparme de los caprichos de Hope y de mi pequeña June.

Toco el timbre de casa de mis padres, June sigue cogida de mi mano, y de la otra cuelga la bolsa con la que la ha dejado Hope. Esperamos durante unos minutos, ya que nadie nos atiende, lo que me parece raro, madre debería estar en casa.

Nada más abrir la puerta mi madre se queda pasmada, mira a la pequeña June y me da un beso en la mejilla, tras cogerla a ella de la mano.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hope se ha largado dejándome a la niña. —Le explico—. Y tengo que coger un vuelo hacia Barcelona en dos horas, tengo que marcharme ya.

—¿Es por esa niña?

—Madre..., necesito que os quedéis con June, por favor.

—Sabes que lo haremos, pero, respóndeme. —Me pide—. ¿Es por ella?

—Sí.

Asiente un par de veces, sabe quién es Lucía, Rosa le ha hablado de ella, y de Natalia, sabe qué es lo que ocurre entre nosotros, y a pesar de que es extraño, madre siempre ha sabido todo lo que ha pasado. Sobre todo, después de lo de René.

—¿Y padre?

Mira hacia atrás, pero entonces alza un dedo acordándose de algo.

—Ha salido con John, hace un rato que se ha marchado —me explica—. Pero bueno, ya sabes que no aparecerá hasta por la noche, seguramente.

—Dile que he venido, y necesitaré hablar con él.

—Claro, hijo.

Hace una mueca, está preocupada por algo, aunque no debería hacerlo, ahora solo tiene que preocuparse por June.

—Bueno, pequeña. —Me agacho frente a ella—. Vendré pronto, ¿vale?

Dice que sí con esa cabecita que tiene, no llega a los cinco años, pero lo entiende prácticamente todo, es una niña muy lista, igual que lo era su padre.

—Ve con cuidado. —Me besa en la mejilla.

—Lo haré.

Cuatro horas después ya estoy aterrizando en Barcelona. Me sabe fatal haber tenido que dejar a June con mis padres, pero no podía hacer otra cosa, quiero mucho a la niña, pero no puedo dejar que Lucía se me escape y mucho menos que ese gilipollas siga poniendo sus manos donde no debería. Hay algo que me impide quedarme en Cardiff, y no luchar por alguien a quien quiero. Sí, la quiero.

John me viene a recoger al aeropuerto, le he pedido que no le comentara nada a Natalia y mucho menos a Lucía. No sé qué esperarme cuando llegue, ni siquiera sé cómo reaccionará ella al verme.

—¿Cómo ha ido? —me dice John al entrar en el coche.

—Bien, el vuelo bien, aunque antes de irme he tenido que dejar a June con mi madre, Hope no ha querido hacerse cargo de ella a pesar de que le he dicho que tenía que venir a Barcelona.

—No deberías haberle dicho nada, no tienes por qué darle explicaciones a Hope.

—John... Tío, sabes que se lo debo —murmuro—. Y si no es a ella, se lo debo a June.

—Ya...

Hago una mueca y le doy un trago al café que lleva, me pongo las gafas de sol, hace demasiado buen tiempo aquí, comparado con Cardiff.

—¿Cómo está? —le pregunto.

—Bueno, ya sabes... —dice sin apartar la mirada de la carretera.

—Se lo ha tirado, ¿verdad?

No dice nada, se limita a permanecer en silencio, pero le conozco bien, no tiene que decir ni una sola palabra para que sepa la respuesta.

—Joder —gruño golpeando la puerta.

Aprieto la mandíbula, Dios... Es que como le pille, va a enterarse de lo que es bueno, no voy a dejar que se acerque a ella, en realidad no voy a dejar que se acerque a nadie.

—Eh, Kellin, tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Cómo voy a estar tranquilo, John? ¡Cómo! —exclamo—. Ese tío se la ha follado, y ella ha dejado que lo hiciera.

—Pero eso ya lo sabías, tío, has venido por algo, ¿no?

—Para mandarlo al hospital. —Dejo ir entre dientes.

Lucia

Me recojo el pelo, ha habido mucho trabajo hoy en el Jubilee, demasiado diría. Me agacho para limpiar un poco de zumo que se me ha caído hace un rato y nada más levantarme me encuentro con Alex y con una de esas sonrisas tan adorables y bonitas que tiene. Sonrío, igual que lo hace él, es una alegría tener a alguien así cerca, todo es buena energía.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Pues... —murmura.

Alzo las cejas esperando a que me diga el motivo por el que ha venido, aunque tampoco es que lo necesite, siempre estoy encantada de pasar un rato con él y disfrutar de su compañía.

—He venido a verte. —Se sienta en uno de los taburetes—. He pensado que tal vez tendrías un rato para ir a ensayar.

—Claro, la verdad es que ya estamos cerrando, así que si me esperas un poquito podemos ir a cenar algo y a ensayar.

Alza una ceja y pone cara de: «¿ensayar solo?». Dejo ir una carcajada, y le doy un golpecillo en el hombro.

—Solo cenar y ensayar, que te veo la cara de pillo.

Hace una mueca, pero acaba por sonreír de medio lado, intentando provocarme e incitarme a que ocurra otra cosa más. Cojo aire, intentaré evitarlo, aunque habiéndolo evitado una vez no sé qué espero... Ni siquiera sé si seré capaz. Suspiro, vaya hombre este. Le miro o, va vestido como siempre, con una de sus anchas camisetas con los lados rasgados, unos vaqueros que le quedan ligeramente ajustados, además de una gorra verde militar que lleva girada hacia atrás.

—¿Quieres tomar algo?

—Ponme un zumo.

—Marchando un zumo natural.

Entro en la salita, pongo un par de naranjas en la máquina exprimidora, cojo un cruasán, por si le apetece. Cuando lo tengo todo preparado lo saco a la barra, le quito la gorra y me la pongo. No hay nadie en la cafetería, salvo nosotros dos, por lo que me pongo a jugar con él, y a corretear entre las mesas, mientras me persigue.

—¿Vas a quitármela?

—Puede —sonríe—, o tal vez te deje solamente eso puesto.

—¡Alex! —exclamo.

Deja ir una carcajada, se acerca a mí a la vez que voy retrocediendo hasta que choco contra la puerta de la cocina, él se limita a pegarse a mí hasta que me besa

apasionadamente.

—Tyree... —murmuro.

Sin que pueda hacer nada, Alex sale disparado hacia atrás y es ahí cuando me doy cuenta de lo que ocurre. Kellin le tiene agarrado del cuello, le mira furioso, como si le fuera a arrancar la cabeza. Parece exaltado, su pecho sube y baja rápidamente, su respiración se ha vuelto frenética.

—¡Kellin! —grito.

No me hace ni caso, se limita a mirar a Tyree.

—¡Kellin, por Dios! —exclamo.

Desvía sus ojos hacia mí, están llenos de lágrimas, enrojecidos por la furia que siente en su interior. Cuando voy a separarles Kellin me da un manotazo, haciendo que caiga de culo, por suerte aparece Collins corriendo, coge a su amigo y tira de él. El galés deja ir un profundo gruñido, y acaba por propinarle un fuerte cabezazo que deja a Alex algo mareado durante unos segundos. Collins no consigue separarlos, por lo que Tyree consigue zafarse de sus manos y es él quien ahora golpea a Kellin.

—Alex, basta —le digo, pero al ver que no se detiene grito—: ¡Ya está!

Collins consigue coger a Kellin y apartarlo hacia el exterior de la cafetería. Alex no hace nada, se limita a observar lo que ocurre fuera.

—¿Quién cojones es ese tío? —exclama alterado.

—El gilipollas... —murmuro.

—¿El de Cardiff?

Asiento, lo que hace que vaya directo hacia él, aunque consigo pararle a tiempo antes de que pueda llegar a donde se encuentran ellos.

—Alex, Alex... —digo colocándome frente a él.

—Ese tío te ha jodido, pitufa, y no pienso permitir que lo vuelva a hacer.

—Tranquilo, King Kong. —Le doy un golpecito en el hombro—. Puedo cuidarme sola, si tengo que patearle el culo lo haré.

—Si necesitas ayuda ya sabes que solo tienes que decírmelo.

—Lo sé, Tyree. —Sonrío—. Será mejor que cerremos el Jubilee y nos larguemos.

Con la ayuda de Alex consigo recoger lo poco que faltaba, aunque antes se toma su zumo, el cual ha sobrevivido al altercado. Cuando salgo a bajar las persianas no hay ni rastro de Kellin ni de Collins, por lo que respiro aliviada. Suerte que se han ido, no habría soportado verlo otra vez así, parecía completamente ido, una bestia que no podía mantener el control de su propia voluntad. Me siento en el escalón frente a la cafetería, Alex se sienta a mi lado, toma una de mis manos y la acaricia con mimo.

—¿Estás bien?

Asiento un par de veces, a sabiendas que mi voz no saldrá. Sonrío, aunque mi alma llora, llora por haber visto a Kellin así, por sentir que algo en él ha cambiado y por saber que no es como Natalia y Laura decían. Joder, ¿por qué tiene que ser todo tan complicado? Ya podrían dejarme tranquila.

—¿Nos vamos?

—Por favor —consigo decir.

Tras una cena improvisada en casa, con un par de pizzas, me dejo caer en el sofá, al lado de Alex, quien no deja de observarme. Alzo una ceja, a la vez que cambio de canal, no dan nada, pero, bueno, mejor, así podremos ensayar tranquilamente.

—¿Qué miras? —pregunto sonriendo.

—A ti, me gusta hacerlo —me responde.

—¡Pues deja de hacerlo y vamos a ensayar!

De un salto me pongo en pie, cojo su mano y tiro de él para que se levante como yo, cuando lo hace, cojo el mando del reproductor de música.

—¿Qué canción vamos a usar?

—Había pensado en usar «Thinking out loud» de Ed Sheeran, ¿la conoces?

Durante unos segundos me quedo pensando, pero sí, claro que he escuchado alguna vez, además de varias canciones que Natalia adora y que se pasa el día cantando, haciendo que sea imposible olvidarlas.

—¡Claro! ¿Quién no conoce a Ed Sheeran y su «Thinking out loud»? —Sonrío—. Además, a Nati le encantan sus canciones, sobre todo «Don't».

—¿Sí?

—Ajá, ¿la has escuchado?

—La verdad, creo que no, o por lo menos no recuerdo el nombre, aunque tal vez la haya oído y solo sea eso... Ya sabes que mi memoria no es muy buena.

—Cierto. —Río.

Busco en iTunes la canción, la pongo mientras veo cómo Alex aparta la mesilla de centro hacia un lado, me coge por la cintura, pegando su pecho a mi espalda. Besa mi cuello con delicadeza, me da la vuelta, fija sus ojos en los míos y me da un casto beso en los labios. Toma mis manos, me guía por el salón, como si ya pudiera ver los pasos que vamos a seguir. No dejamos de movernos, puedo sentir la música tomando el control de nuestros cuerpos, haciendo que se guíen los pasos que damos.

Tras ensayar durante un par de horas, me siento exhausta, me dejo caer sobre el sofá, y Alex a mi lado. Me sujeta la cabeza con cuidado, y me besa apasionadamente, este hombre es incansable, aunque tampoco hago nada por resistirme.

Alguien toca el timbre, y no tengo ni idea de quién puede ser. Le miro extrañada, mientras él se limita a levantarse y recoger sus cosas, pero cuando abro mi corazón se detiene, helando mi sangre. No abro del todo la puerta, no quiero que vea que está aquí Alex.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tensa.

—Necesito hablar contigo —murmura.

Trago saliva, cruzo los brazos bajo mis pechos, molesta, no me puedo creer que esté aquí.

—¿Cómo has entrado?

—Eso ahora no importa, Lu.

Noto cómo una de las manos de Alex se posa en mi hombro, y es cuando todo cambia. Cierro los ojos y, al abrirlos, me encuentro a Kellin con la vista fija en Alex, con la mandíbula apretada y con una mirada de odio que si pudiera fulminarle lo haría.

—¿Qué hace ese aquí? —gruñe.

—En realidad debería preguntarse qué haces tú aquí —contesta Tyree en voz baja.

—No quiero problemas, ¿de acuerdo? —les digo.

Puedo ver cómo Kellin cierra las manos en puños, si pudiera le propinaría un buen golpe a Alex hasta que cayera al suelo y perdiera el conocimiento. Después de haber visto lo ocurrido en el Jubilee, no quiero ni pensar en lo que podría pasar si uno de los dos acaba cayendo en la provocación del otro.

—Alex, es mejor que te marches, hablaremos mañana, ¿sí?

—Claro.

Mira de reojo a Kellin y, antes de salir por la puerta, me da un dulce beso sin que pueda apartarme. Este no dice nada, permanece en silencio, hasta que le agarra por el brazo y tira de él, quedando a escasos centímetros.

—Ya puedes correr, hijo de puta, porque como te vuelva a ver lo lamentarás, y como vuelvas a tocarla... —sisea.

—Como vuelva a tocarla, ¿qué? —gruñe.

—Te arrepentirás de haberlo hecho.

Veo cómo Alex se acerca a mí, e inconscientemente doy un paso hacia atrás. No quiero meterme en problemas y mucho menos que lo hagan ellos. Kellin me mira, hay algo en él distinto a cuando estuve en Cardiff, ¿rabia? ¿Arrepentimiento? ¿O tal vez necesidad de perdón?

—Alex, por favor.

—Sí, eso, Alex, por favor —me imita el galés.

Deja ir una sonora carcajada y, sin hacerme caso, se acerca a mí, me toma por la cintura y me besa apasionadamente.

—¡Kellin! —chillo.

Este se abalanza sobre el americano, con el puño en alto, preparado para golpearle en cualquier momento. Vuelve a apartarme, pero esta vez es Alex quien hace que tropiece con algo y caiga, dándome un fuerte golpe en la cabeza. Mierda, siento cómo poco a poco voy quedándome sin fuerzas, pero no puedo dejarles así, acabarán matándose si no me interpongo.

—Alex..., Alex, por favor —digo en voz baja, y como puedo.

—¡Te mataré, capullo! —gruñe Kellin igual que una bestia.

—Kellin, para, por favor —murmuro intentando ponerme en pie.

Mis ojos se llenan de lágrimas al ver cómo no deja de golpearle. Alex no se queda atrás, sigue devolviéndole cada uno de los impactos. ¿Qué demonios están haciendo? ¿Es que el mundo se ha vuelto loco? Consigo ponerme en pie, y me tiro encima de ellos, a la desesperada, no se me ocurre otra cosa. Me cuelo entre los dos, cierro los ojos, Kellin está a punto de golpear, pero es en ese momento, se detiene.

—Sal, Lucía, apártate.

—No, Kellin —susurro entre quejidos—. No voy a dejar que esto siga así.

Me ayuda a ponerme en pie, Alex se levanta también, coge su bolsa y se marcha sin decir nada más.

—No me puedo creer lo que le acabas de hacer. Eres un animal...

—Quien no se lo cree soy yo, Lucía, jamás voy a olvidar lo que ha pasado. Pensé que te quería, pensé... que habías sido hecha para mí, pero ya veo que no.

Algo en mí se resquebraja, se rompe en mil pedazos que parecen que nunca más se volverán a unir. Las lágrimas me empapan el rostro, hasta que se acerca ligeramente, y recoge cada una de las que han caído.

—He venido por ti, nena... —susurra.

—No tenías que venir a por mí... —contesto—. No deberías haberme dejado marchar, Kellin, ese fue tu error.

Niego con la cabeza, me doy la vuelta y cierro la puerta, dejándole fuera. Pero la golpea, pidiéndome que la vuelva a abrir.

—Por favor... —me pide.

Durante unos segundos me lo pienso, no se merece que le abra, no debería ni siquiera haberle abierto antes, pero no lo he podido evitar, igual que ahora, que tampoco puedo hacerlo.

—Kellin, de verdad, no deberías haber venido.

Fija sus ojos en los míos, y da un paso adelante, adentrándose en el piso.

—¿Cómo no iba a venir si te has llevado mi corazón?

Es entonces cuando rompo a llorar, desconsoladamente, ¿por qué el destino tiene que ser tan caprichoso? Mierda, mierda, y más mierda... Me intenta abrazar, una de sus manos roza mi brazo, pero como si su piel en contacto con la mía ardiera, me limito a dar un paso atrás.

—Eso deberías haberlo dicho antes... —murmuro lloriqueando—. Pero si tanto me había llevado tu corazón, ¿qué hacía esa zorra comiéndote la boca?

Permanece en silencio, con la vista gacha y con los puños cerrados a sabiendas que tengo razón.

—No sé si debo creerte o no, Kellin, no me fio de ti, no te conozco, no sé nada... Niega con la cabeza.

—A mí no me hace falta saber nada de ti, lo único que me importa es lo que siento aquí —dice cogiendo una de mis manos y colocándola sobre su pecho.

—Pues a mí sí que me importa, Kellin. No puedo confiar en ti si a la primera de cambio te encuentro con una tía enganchada a la boca.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, no hay nada más que añadir —murmura—. Supongo.

Sin decir nada más, da media vuelta y desaparece tras la puerta. ¿Qué he hecho? ¿De verdad voy a dejar que se marche? Me dejo caer en el suelo, tras cerrarla, entierro mi rostro entre mis piernas, y rompo a llorar. El aire me falta, ni siquiera soy capaz de respirar, dejo ir pequeños hipidos, intentando llenar mis pulmones, pero me cuesta demasiado. Joder... Lo único que quería y me importaba y he dejado que se marche como si nada. ¿Qué demonios me pasa? Cierro los ojos, y no puedo dejar de ver a Kellin, con esa mirada de pena, llena de tristeza y dolor. He podido reconocer la pena en él, pero realmente no sé si es verdad lo que he visto.

El móvil no deja de sonar, alguien llama insistentemente, pero no le hago ni caso, ahora mismo no estoy por nada ni por nadie. Todo lo que había dejado en Cardiff de repente ha venido a buscarme, persiguiéndome como una absoluta pesadilla que no parece acabar. Lloro, sin control, perdiéndome en el mar de lágrimas que empieza a ahogarme a medida que estas llenas de dolor, van cayendo. ¿Y si es él quien llama? No puedo dejar que Kellin se vuelva a Gales, así como así... Cojo el teléfono, es Natalia quien llama y no me deja tranquila, abro el WhatsApp, tengo que impedir que se marche, no puedo dejar que vuelva. Le escribo entre lágrimas.

Lucía:

Ven, jódeme la vida, haz lo que quieras,
rompe mi corazón y vuelve a arreglarlo,
pero ven, Kellin Lund.

Lee el mensaje, pero ni siquiera es capaz de contestarme, supongo que debe estar cabreado. Pero ya nada importa, si ahora no vuelve significará que todo lo que ha

dicho es mentira, y que en ningún momento ha estado pendiente de mí, cosa que me dolería demasiado.

Pasan las horas y ni siquiera se ha tomado la molestia de contestarme con un «Vete a la mierda», o un «Déjame tranquilo». Yo también habría reaccionado así, o tal vez no... ¿Qué es lo que realmente quiero? A él, le quiero a él, aunque no sea el hombre perfecto, aunque me haya hecho daño, aunque se haya comportado como un gilipollas. Cuando estoy a punto de meterme en la cama, alguien golpea ligeramente la puerta. Seguro que es Natalia, ha vuelto a llamar pero solo le he contestado con un simple mensaje. Me levanto, es raro que no abra con sus propias llaves. Vuelven a tocar, y cuando abro se me cae el alma a los pies.

Sin esperar a que diga nada se abalanza sobre mí, me besa con tanta pasión que llega a abrumarme. Cierra la puerta de una patada, me toma por la cintura y hace que rodee su cadera con mis piernas. No deja de besarme, de acariciar mi espalda con mimo, hasta que me apresa contra la pared junto a la entrada a mi habitación.

—Kellin...

—Ahora no, nena.

—Por favor...

—Te necesito —dice en voz baja.

Cuando fijo mis ojos en los suyos me doy cuenta de que pequeñas lágrimas se escapan de ellos, lo que me entenece el alma y me alivia el corazón. Vuelve a besarme con urgencia, con una necesidad que me resulta extrañamente familiar, es la misma con la que le deseo yo.

—Te quiero, Lucía —susurra contra mi boca—, mi dulce tentación, una perdición que me ha arrancado el corazón.

Lloro a la vez que le beso, atrapa cada uno de mis quejidos, y los apacigua con sus mimos. Remendando mi roto corazón, amando mi cuerpo y recuperando mi resquebrajada alma.

—Deja que remiende mi error.

—No hables de eso, ya habrá tiempo.

Me lleva a la habitación, tumbándome en la cama, quitándome con delicadeza la ropa, acariciando cada centímetro de mi piel con sus manos. Me besa poco a poco, con una sensualidad y una pasión con la que nunca me había topado, mayor aún que la que me profesaba Alex. Se deshace de la camiseta ancha que lleva, igual que lo hace con mis braguitas, hasta que le detengo, yo también quiero cuidar de él, mimar su cuerpo como lo hace conmigo.

Le desabrocho la camisa tejana que lleva, igual que hago con sus bermudas negras, y se lo voy quitando poco a poco, hasta que solo los calzoncillos le cubren. Es tan jodidamente sexy... Su pelo se ha quedado alborotado, y parece un chico malo. Me da un ligero golpecito en el hombro, haciendo que quede tumbada en la cama, se coloca encima de mí, pegando su cuerpo al mío, hasta que nuestras bocas vuelven a encontrarse. Paseo mis dedos por su espalda a la vez que él lo hace por mi rostro y mi

pelo. Kellin no es como decían, o por lo menos eso es lo que espero, lo que me ha mostrado a mí no es ni la mitad de lo que le ha demostrado al resto de gente, ni siquiera Collins debe conocer esta parte de él.

—Kellin... —digo en voz baja.

—¿Qué, nena?

—Cuida de mi corazón —le ruego.

—Lo haré. —Promete.

Una de sus manos se cuela en mi ropa interior, tira de ella hasta que me la quita, hago lo mismo que él. Veo cómo me observa desde los pies de la cama, arrodillado frente a mí, sus ojos vuelven a estar llenos de lágrimas, pero no hay rastro del miedo y del dolor que había hace apenas unos minutos. Besa el interior de mis piernas, el hueso de mi cadera, y sube por mi vientre, sin dejar de acariciarme, hasta llegar a mis pechos. Sonríe, los lame poco a poco con un mimo que me deja atontada y que me sume en una nube. No tarda en volver a atacar mi boca, y como si le necesitara para seguir viviendo me llevo cada uno de sus suspiros, todas y cada una de las lágrimas que han caído durante la noche. Siento su miembro en mi entrada, pidiendo cobijo, esperando a que sea yo quien dé la señal, y le deje pasar. Alzo mi cadera, y con un sencillo movimiento entra en mí, sin necesidad de prepararme.

—Estás tan húmeda, Lu —gruñe.

—Hazme el amor, Kellin —le pido—. Hazlo.

—Te lo haré todos y cada uno de los días que pase a tu lado, pero, por favor, cree en mí.

Asiento, tenemos una conversación pendiente, pero ahora solo estamos nosotros dos, y no voy a dejar que nada rompa este hermoso momento. Una pequeña lágrima se me escapa, no necesitaba nada ni nadie más a que él.

Tenía tantas ganas de tenerle dentro que poco a poco voy deshaciéndome del puro gusto que me hace vivir, no sé qué es lo que tiene, pero solo él es capaz de hacerme sentir más que nadie. Empieza a moverse con brusquedad, cada vez más deprisa, mirándome a los ojos, puedo ver el león salvaje que lleva dentro y que, cada vez me enciende más. Cuela una de sus manos entre nosotros, para acariciar mi abultado botón, haciendo que todo mi vello se erice, y mis piernas se tensen. Sonríe contra mi boca.

—¿Qué te pasa, leona?

Niego con la cabeza, ahora mismo no estoy para hablar, y lo sabe. Me da un beso de esos que alegran el alma, y vuelve a descender, saliendo de mí, por lo que me remuevo bajo su cuerpo, pidiéndole que no lo haga, pero parece que le da completamente igual lo que le diga. Abre mis piernas, las besa y se centra en mi sexo, lo lame de arriba abajo, como si fuera un delicioso helado de su sabor favorito. En pocos minutos siento cómo mi cuerpo se tensa y tiembla ligeramente, como un poderoso y amenazante tsunami de placer que se acerca.

—Joder —murmuro cuando adentra uno de sus dedos en mi interior a la vez que sigue torturando mi pequeño clítoris.

Alza la mirada, se relame como un gato y sin esperar ni un solo segundo vuelve a atacarme, ensartándome de una sola estocada. Sus gemidos son cada vez más fuertes, incluso deja ir gruñidos que me vuelven loca.

—Espera —le digo.

Las tornas se cambian, hago que se tumbe y aprovecho para ser yo quien tome el mando de la situación. Sonrío, me siento a horcajadas sobre él, haciendo que quede dentro de mí por completo. No dejo de moverme, escuchando cómo sus quejidos son cada vez más fuertes, clavo mis uñas en sus hombros al sentir que la oleada se acerca más y más. Sin que pueda hacer nada por remediarlo, todo lo que siento me arrolla, igual que lo hace él. Nos dejamos ir los dos a la vez, sintiendo cómo nuestros cuerpos se tensan, tiemblan y se deshacen al mismo tiempo.

—Joder... , Lucía, eres deliciosa.

Me echo a llorar, dejándome caer encima de él. Ahora me siento completa del todo, solo él es capaz de llenarme y hacerme estar bien.

—Creo que te quiero, Lucía.

—Y yo a ti, capullo. —Sonrío.

Sin poder hacer nada por evitarlo, mientras me acaricia la espalda, acabo quedándome dormida.

Al despertarme, me desperezo igual que si fuera un gato, me pongo la ropa interior, y antes de salir de la habitación escucho cómo Kellin habla por teléfono desde el salón. ¿Con quién hablará? Tal vez sea con Collins, para decirle que está aquí, aunque no sé...

—Lo sé, cielo, pero ahora no puedo ir a verte —dice en voz baja.

Me asomo ligeramente tras la puerta y veo cómo está mirando por el gran ventanal, se encuentra algo encorvado, tiene una mano en la nuca y no deja de frotársela a la vez que mueve la cabeza diciendo que no.

—June, cariño, dile a mamá que coja el teléfono, por favor —le pide.

Hace una pausa, permaneciendo en silencio hasta que la supuesta «mamá» se pone al teléfono. ¿Quién demonios es June? ¿Es que tiene una hija? ¿Cómo ha podido ocultarme algo así? La rabia empieza a apoderarse de mí, es como me habían dicho... Todo ha sido una farsa, me ha vuelto a engañar como a una tonta, una vez más he caído en su trampa.

—Hope, ¿cómo dejas a la niña que llame a estas horas? —pregunta—. Hope, por Dios... —Es entonces cuando se da la vuelta y me ve, ahí plantada—. Tengo que dejarte.

—No me lo puedo creer... Has venido aquí, me has engañado, me has dicho lo que quería escuchar, has fingido que llorabas, y has terminado metiéndote en mi cama... ¿Eso era lo que querías? ¿Has montado todo el paripé por un triste polvo?

—Lucía, yo...

La rabia se apodera de mí, no puedo creer que haya vuelto a caer en sus sucias mentiras, en esa sonrisa, y en esas falsas lágrimas. Estoy en estado de *shock*, ni siquiera sé qué más decirle, solo quiero que se marche con sus patrañas y no vuelva a aparecer en mi vida.

—No, ni Lucía ni nada —gruño acercándome a él—. Lárgate de mi casa.

—Por favor..., Lu, deja que te lo explique.

—No quiero que me expliques nada, creo que todo ha quedado más que claro.

Quiero golpearle, hacerle el daño que me ha hecho él a mí. Me prometió que cuidaría de mi corazón y solo ha hecho que pisotearlo como si no valiera nada.

—Lucía...

—Supongo que tu mujer ni siquiera debe saber que estás aquí, seguro que ahora mismo estás con Collins, según ella —digo con maldad—. ¿Es que tu mujer no es capaz de satisfacerte, Kellin?

—¡No es mi mujer! —exclama furioso—. Era la mujer de mi hermano.

Tiene los ojos llenos de lágrimas, igual que los tengo yo, repletos de rabia y rencor, el vacío vuelve a tomar mi cuerpo.

—Oh, qué bonito..., engañando hasta a tu propio hermano.

Aprieta la mandíbula con una fuerza descomunal, haciendo que toda ella se marque. Tiene las manos cerradas en puños, está molesto, mucho, aunque debería ser yo quien lo estuviera.

—Me parece muy fuerte lo que has hecho, Kellin, me has engañado a mí, has engañado a tu hermano... ¿a quién más has engañado?

Permanece callado con la mirada baja, con los ojos cerrados, y aún apretando la mandíbula.

—Contéstame —grito.

Una lágrima se escapa de mis ojos, recorre toda mi mejilla y acaba muriendo en mi pecho, el cual sube y baja insistentemente. Mi corazón late tan deprisa que me va a salir del sitio.

—Mi hermano murió. —Dice abatido.

Rompe a llorar como un niño pequeño, se cubre el rostro con las manos, escondiéndose para que no le vea. De él se escapan varios gimoteos, sollozos que llenan el salón con su dolor. Me arrodillo delante de él, sintiendo su mal como mío, viendo que poco a poco Kellin se vuelve un crío que se desmorona sin saber cómo

sobrellevar lo que le invade. Acaricio su cabello, le abrazo, intentando calmarle, pero no sirve de mucho. Algo me dice que lleva demasiado tiempo guardando todo ese pesar que no ha sido capaz de dejar salir para sanar las heridas que causó la muerte de su hermano.

—Kellin... —le llamo en voz baja.

Coloco mis manos a ambos lados de su rostro, intentando levantarlo. Sus ojos están tan rojos que ahora solo brillan a causa de las lágrimas, los cierra, pero, aun así, sujeto su cabeza. Le doy un casto beso en los labios, el cual me devuelve falto de fuerza.

—Ven. —Cojo su mano.

Vuelvo a abrazarme a él. Nunca antes le había visto tan vulnerable, jamás pensé que pudiera llegar a serlo, pero supongo que todos tenemos nuestro pequeño corazón lleno de amor, y de tristeza, aunque queramos aparentar que no es así.

—Por favor, Lu... —susurra—. Escúchame.

Cierro los ojos, cojo aire y suspiro.

—Te escucharé, pero antes, vayamos a la cama —le pido—. Por favor.

Asiente sin mucha convicción, nos ponemos en pie y tiro de su mano hasta que entramos. Me siento en la cama y le pido que haga lo mismo, no quiero otra cosa que no sea hablar.

—Quiero que me lo cuentes todo.

Verle así me ha hecho cambiar de opinión, nadie puede fingir unas lágrimas como las tuyas, y si lo hiciera sería demasiado buen actor como para no estar ganándose la vida de ello.

—Hace unos años, durante un asalto de unos yihadistas a la embajada inglesa en Kabul, Afganistán, mi hermano cayó mientras intentaba proteger a todos aquellos que se encontraban dentro en ese instante... René perdió la vida por intentar ayudar a quienes que no podían hacer nada por huir.

Se me hiela la sangre al escuchar lo ocurrido con René, entonces recuerdo la placa que siempre lleva, aquella que se dejó en casa de Collins en su visita a mi habitación: *R. Lund*, pero no era *R* solo, sino que significaba René Lund, ahora todo cobra sentido.

—¿Quién es June?

—Mi sobrina, cuando René murió no tenía más que un par de años, por lo que apenas recuerda a su padre, y Hope, mi cuñada, intenta que tome el lugar que le correspondía a él.

—Pero... eso no puede hacerlo, no eres su padre. No puede pretender que sea lo mismo.

—Lo sé, pero no puedo dejarlas solas... —me sigue contando—. Cuando René murió Hope tomó el control de la mitad de la empresa que tiene mi padre, e intentó que le vendiera mi parte.

—Pero, entonces, más que una cuñada es una arpía. —Murmuro.

—Ha sabido aprovechar la situación.

—Y tanto...

—Y respecto a Candy...

¿Quién es Candy? Alzo una ceja sin entender muy bien a qué se refiere.

—¿Candy? —pregunto confusa.

—La camarera del Rocket.

Asiento un par de veces, vaya zorra... Si por mi hubiera sido la habría dejado calva, además de que no se habría reconocido en el espejo de las hostias que le habría dado.

—¿Qué pasa con esa?

—Cuando nos viste en el Rocket..., no pretendía que pasara nada, Candy se abalanzó sobre mí sin darme opción a echarme hacia atrás —sigue explicándome—. Cuando nos vio juntos le dio un arrebato de celos, quiso que me acostara con ella y al negarme pasó lo que pasó. Cuando te vio entrar, aprovechó el momento para que te encontraras con algo que realmente no era.

—Me estás dejando de piedra, Kellin. No puedo creer todo lo que ha pasado, de verdad...

Hace una mueca, bajando la vista al suelo, acariciando una de mis piernas, sin decir nada más.

—Pero ahora ya nada de eso importa —añade.

—No. —Respondo alzando su rostro—. Quiero ver al verdadero Kellin, no me falles...

—No lo haré, Lu, te prometí que cuidaría de tu corazón —murmura mirándome a los ojos—, y así será, no voy a faltar a mi palabra. Lo que prometo lo cumplo, cueste lo que cueste.

—Me apunto todo lo que dices, Lund. —Sonrío—. Más te vale hacerlo o la próxima vez te quedarás sin poder ser padre, así que tú mismo.

Deja ir una sonora carcajada, la única que le he escuchado desde que estábamos en Cardiff. Creo que su risa me enamora cada vez más, pero no pienso decírselo o el ego acabará subiéndosele a las nubes.

—Confía en mí, nena.

—Confío en ti.

Me besa como lo hacía unas horas antes, pasa una mano por mi pelo, y se tumba en la cama, pidiéndome que me apoye sobre su pecho. No quiero dormir, solo quiero estar con él, escuchar el latir de su corazón, su respiración tranquila junto a la mía. No necesito más teniéndole conmigo. Todo lo malo que tenía se ha esfumado al saber la verdad, a pesar del pequeño sobresalto. Me alegra haberme parado a escucharle, si no lo hubiera hecho no quiero ni imaginarme lo que hubiese ocurrido, habría sido todo un error que luego lamentaría durante mucho tiempo.

—Oye, Kellin.

—¿Sí?

—Quiero que quede algo claro...

Asiente un par de veces, no muy seguro de lo que voy a decir, pero creo que es algo que se debe matizar ahora para evitar posibles y futuros problemas.

—Me gustas, me gustas mucho, te quiero, pero no quiero que seas un guardaespaldas, ni un celoso.

—¿Por qué dices eso?

Trago saliva, espero que se lo tome bien, si no tendrá dos problemas, enfadarse y desenfadarse de nuevo.

—Tengo que hablar con Alex, es algo inevitable, y no quiero que haya una pelea entre ambos.

—No puedo verle cerca de ti, nena... —murmura—. Pero, tranquila, mientras no ponga ninguna de sus manazas encima de ti no habrá problema.

—De eso precisamente quería hablarte.

—¿Cómo?

—El fin de semana que viene tengo una actuación con Alex —le explico—. Como sabes, y si no lo sabes te lo explico ahora, somos compañeros de baile.

—Ajá —asiente.

—Tendremos que bailar el sábado por la tarde juntos, y ensayar varias veces a la semana. Pero, no por ello tiene que pasar nada, ni entre vosotros ni entre nosotros, ¿entendido?

Hace una mueca de disgusto, no parece gustarle nada lo que le estoy diciendo, pero poco a poco su gesto se dulcifica y acaba volviéndose una sonrisa.

—Confío en ti, Lu. Pero, como te toque un solo pelo de más, me lo cargaré. —Sonríe—. Puedes decírselo, si quieres.

—No creo que sea necesario. —Río.

Me encanta cuando la finura inglesa se queda a un lado para sacar el lado más bruto de Kellin, ¿quién dijo que los ingleses solo eran delicados, puntuales y muy educados? Porque tal vez me haya topado con uno en peligro de extinción.

—Puedes venir a verme... Collins, Nati y compañía vendrán.

Me acurruco contra su pecho al ver lo bien que se ha tomado el hecho de que Alex y yo vayamos a compartir tiempo, aunque si no se lo hubiera tomado bien habría sido cosa suya. Acaricio su pecho desnudo, dibujando pequeños círculos.

—¿Quieres que vaya?

—Claro, ¿por qué no? —murmuro—. Siempre y cuando no mates a nadie.

—Ya sabes las condiciones. —Ríe.

Su risa es tan sumamente perfecta que es capaz de enamorarme aún más de lo que ya lo hace él normalmente.

—Vuelve a dormir, nena.

—No quiero dormir, Kellin, quiero disfrutar de ti.

—Vas a tener mucho tiempo para hacerlo.

Algunas horas más tarde y después de que Kellin se fuera de casa, es momento de hablar con Alex, y de contarle qué fue lo que ocurrió durante mi estancia en Cardiff, incluyendo la relación que hay entre el galés y yo. A pesar de que no tengo muy claro eso de que haya algo real entre ambos, habrá que ver. Acabo de vestirme, y es justo cuando alguien toca el timbre de la portería, por lo que me supongo que será Tyree. Dejo la puerta de la entrada abierta, una manía muy mala que tengo y que sé que no debería hacer.

Recojo las cosas que habían quedado sin recoger en el salón. La puerta se cierra, doy un bote y entonces me encuentro con Natalia asomando la cabeza.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto extrañada.

—¿Que qué hago yo aquí? —chilla.

Tiene los ojos llenos de lágrimas, rojos y parece muy enfadada. Se acerca a mí, fija su mirada en la mía y me coge por los hombros, zarandeándome.

—¿Qué cojones te pasa? —grito enfurecida.

—¿Y a ti? Te he llamado cien veces, y ni siquiera has sido capaz de responderme a un puto mensaje.

Llora desconsoladamente, algo en mí vuelve a romperse. Se me cae el alma a suelo cuando la veo así, y sobre todo si es por mi culpa.

—Estaba tan preocupada por ti —dice al abrazarme.

Se deshace en mis brazos, algunos quejidos se escapan de ella, y solo puedo abrazarla con más fuerza, cobijándola. Le doy un beso en la cabeza, acaricio su espalda, hasta que se separa de mí.

—¿Por qué demonios no contestabas?

—Digamos que he tenido algunos problemillas...

—¿Problemillas?

—Sí...

Coge mi mano, tira de mí y hasta que no me hace sentar en el sofá no se queda contenta. Hace un ligero movimiento de cabeza, esperando a que le cuente qué es lo que ocurrió la otra noche.

—Bueno..., resulta que Kellin ha vuelto, como supongo que sabrás.

—¿Cómo?

—Sí, ha venido a disculparse, a pedirme que le perdone y a compensarme por todo lo ocurrido.

Le cuento todo hasta el punto en el que veo que por poco se le desencaja la mandíbula al decirle que pensaba que tenía una hija y que, resulta que es su sobrina. Deja ir una carcajada, ella habría sido peor... Si se hubiera tratado de Collins le habría dejado sin su capacidad para tener hijos para siempre.

—¿Se pegó con Alex? —pregunta sin creérselo.

—Sí, dos veces, en el Jubilee y aquí en casa.

—Vaya, tal vez sí que le gustes de verdad.

—Eso espero —murmuro.

—Debería matarte por no haberme hecho caso y haber huido de ese hombre, pero... sé que amas a Kellin, hay algo en él que hace que le necesites cerca, que te llama y te pide que no le sueltes.

Asiento, identificándome con cada una de sus palabras.

—Sé lo que sientes, hermanita. —Sonríe.

Cuando conoció a Collins todo se volvió raro, era un hombre muy distinto, parecía arrogante y estirado, pero cuando supo más sobre él y vio lo que había tras ese chico malhumorado que entró en la cafetería, no pudo alejarse de él nunca más. Se aman tanto que en breve se casarán.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien. Aunque ese alguien se llame Kellin Lund y piense que sigue siendo un mujeriego. —Murmura—. Pero bueno, él sabrá, por que como te haga sufrir, como vea que derramas una sola lágrima más por él, le cortaré las pelotas y se las daré de comer a Turrón.

—Serás bruta. —Le golpeo en el brazo.

—Por ti nunca seré lo suficientemente bruta, pequeña.

—El sábado vendrá a ver la función —le explico—. Allí ya puedes amenazarle tranquilamente y sin remordimientos.

—Lo haré.

Vuelven a llamar al timbre, debe ser Alex.

—¿Quién es?

—Tyree.

—¿Te lo has vuelto a...?

—Pues... —digo en voz baja, vuelven a tocar—. Ya te contaré.

—¡Ya me contarás no!

—¡Lo siento!

Alex no tarda en subir, por lo que Natalia acaba mirándome con odio, y marchándose con cara de enfurruñada.

—Luego hablamos.

—Ya veremos. —Río.

Tyree se cruza en su camino, se saludan cordialmente, aunque Natalia no puede evitar pegarle un buen repaso de arriba abajo.

—Cuidado no te caigas —le grito.

Deja ir una sonora carcajada por la cual Alex me mira extrañado, me río con ella a pesar de que ya se ha escabullido en las escaleras. Cierro la puerta, cuando va a saludarme sus labios van directos a los míos, sin que pueda hacer nada para escaparme. Acaricia mi rostro con delicadeza y, por un momento, me hace dudar de todo.

—Alex... —murmuro.

—¿Qué, pitufa?

—Que esto no puede seguir así.

—¿A qué te refieres con esto? —pregunta.

Señalo el poco espacio que queda entre nosotros.

—Oh, de acuerdo —dice dando un paso hacia atrás.

—No quiero que te lo tomes mal, de verdad... Hace un tiempo conocí a Kellin, pensé que me había engañado, me marché de Cardiff con el corazón partido, y tú fuiste una cura dulce que me llenó de arrumacos, mimos y deliciosas caricias.

—Lo entiendo...

—Me pareces un tío maravilloso, te lo prometo.

—Pero tu corazón es suyo —resume.

—Sí.

Sonríe, es tan buen hombre que ni siquiera se ha enfadado no hay ni una sola palabra de rencor, ni un mal gesto. Nada, solo una sonrisa, y un abrazo que me llena alegrándome el alma. Gente como él vale demasiado la pena, todo el mundo debería tener un Alex en su vida.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta.

Al ir a responderle, alguien llama al timbre, seguramente debe ser Natalia, que se habrá dejado algo. Abro abajo y dejo la puerta, como siempre.

—Por lo que has hecho por mí. —Sonrío.

—Lucía, yo... —Hace una mueca.

—¿Sí?

Fija sus ojos en los míos, posa una de sus grandes manos en mi cintura y se acerca un poco a mí.

—Creo que estoy enamorado de ti —admite.

De repente veo cómo Kellin se queda pasmado detrás de Alex. La tensión se instaura en el ambiente, le mira con cara de odio, pero no hace nada, se limita a observarle.

—Kellin... —murmuro.

—Tranquila, nena.

Se ríe el galés, desviando la vista hacia mí.

—Espero que no estés muy enamorado, tío —se mofa Kellin—, porque ella es mía.

—Kellin, ya —espeto.

—No pasará nada, de verdad —me asegura Alex.

—Lo mismo digo. —Añade Kellin.

Cojo a Lund del brazo y lo llevo al interior de mi habitación, para poder hablar con él, no me gusta que hable así con Alex.

—Kellin, por Dios, ¿qué quieres?

—Follarte, hacerte el amor cada hora del día y tenerte a mi lado.

Siento como mi corazón se acelera, mis mejillas se encienden como dos semáforos, y mi sexo arde, haciéndome salir de la preocupación que sentía hace apenas unos segundos por cómo le ha hablado a Alex. Se acerca a mí, demasiado, aprisionándome contra la pared, me besa con una pasión que me enciende aún más.

—Kellin, Kellin... —murmuro.

—Dile que se vaya —susurra pegando su boca a mi cuello.

—Tengo que ensayar.

—Ensaya conmigo, muévete encima de mí como anoche —gruñe como un león.

Cojo aire, tengo que mantenerme firme o acabaré cayendo en sus trampas una vez más, pero es que con esa cara y esos ojos color chocolate, ¿cómo voy a poder resistirme? Suspiro, y salgo de la habitación, pero no sin antes darle un beso.

—Quedamos esta noche. —Le guiño un ojo.

No sé qué hace este hombre conmigo, pero la verdad es que si pudiera no iba a dejarle escapar hasta que no saciara todas las ganas que tengo de él. ¡Ay, madre! Este galés me tiene loca.

—Nos vemos luego, nena —dice dándome una palmada en el culo.

—Sí. —Sonrío vergonzosa.

Cuando desaparece tras la puerta siento alivio por no tener que seguir viviendo esta situación teniendo a Alex cerca, no creo que sea justo para él, y mucho menos después de haber escuchado su confesión.

—Es hora de ensayar, ¿no? —le digo.

Nos dirigimos hacia El Casal, y una vez allí, dejamos las cosas dentro de la sala en la que siempre hemos ensayado. Elisabeth no está, hoy no hay clase para nadie, salvo para nosotros, que tenemos que estar preparados al completo para la actuación del fin de semana.

—Oye, Alex... —murmuro.

—¿Sí?

—Aún no me has contado para qué es este concurso.

Hace una mueca y se sienta a los pies del pequeño escenario que hay al fondo de la sala, se mira las manos y al alza la vista, para fijarla en la mía.

—Pues, es para poder ganar fondos para las clases de baile, apenas podemos arreglar los desperfectos que hay en las aulas, el ayuntamiento no nos hace ni caso, y tenemos que apañarnos con la poca subvención que tiene El Casal, para repartirnos el dinero entre todos los cursos que se hacen.

—Vaya...

—La verdad es que es una pena... No solo participamos nosotros, por lo que debemos hacerlo lo mejor posible.

Asiento, tenemos que ganar ese concurso para que todo el mundo pueda utilizar estas aulas, no es justo que este lugar tenga que sobrevivir, con lo poco que le dan los

altos cargos del ayuntamiento. Cojo la mano de Tyree, y tiro de ella hasta que se pone en pie, enciendo la música, es hora de bailar.

Subimos al escenario, y le hago pasar hacia un lado. Cuando la canción empieza a sonar, caminamos lentamente hasta encontrarnos en el centro del escenario. Toma mi cintura, con delicadeza, hace que de media vuelta y mi espalda queda pegada por completo a su pecho. No dejo de moverme, la música se hace con el control de mi cuerpo, como siempre. Tyree esconde su rostro en mi cuello, sin apartarse de mí ni un solo momento. Somos como uno solo, un mismo cuerpo danzando como si nada nos pudiera separar. Vuelve a girarme, cogiendo mi mano, y posando otra en mis caderas, nuestros cuerpos están cada vez más cerca.

Cuando la canción termina, no puedo evitar mirarle directamente a los ojos, como él mismo hace. Sonrío, pero veo que empieza a acercarse de forma peligrosa, por lo que niego con la cabeza.

—Alex... —murmuro.

—¿Qué, pitufa?

—Qué esto no puede ser... Lo hemos hablado antes. Pensaba que había quedado claro, pero parece que no es así —le digo desanimada—. No podemos seguir, Kellin... Es un buen hombre, y le quiero. No deseo hacerte daño.

—Tranquila. —Baja la vista.

—Entiéndelo.

—Tenía que intentarlo una última vez. —Sonríe con tristeza.

Tras los ensayos, mi galés pasó a buscarme, fulminando con la mirada a Alex. Aquella noche no cenamos, Kellin y yo nos amamos hasta que las estrellas dejaron paso al gran sol, y así pasaron los días hasta que llega el ansiado momento que todo el mundo esperaba, el sábado de la función.

Me muero de los nervios, aún no estoy segura de saberme los pasos que hay que seguir, solo espero que Alex lo haga tan bien como siempre y sea capaz de llevarme en esos momentos en los que no recuerde cómo continuar. Estiro el vestido, tiene una pequeña arruga, debería estar perfecto, pero el no dormir durante varias noches, por culpa de los nervios y de... Kellin, causa sus estragos, entre ellos el hecho de que tenga ojeras hasta la barbilla y que me haya despertado más estresada de lo normal.

—Madre mía... Vaya cara tengo.

Voy hacia los vestuarios, necesito beber un poco de agua, acabar de retocarme el peinado y que Natalia me ayude con el maquillaje. ¿Dónde demonios se ha metido? Estoy al borde del infarto, debería de estar aquí desde hace más de quince minutos, y no ha hecho ni un amago por aparecer.

—¿Dónde puñetas estabas? —le pregunto cuando asoma la cabeza tras la puerta.

—Perdida, supongo.

Niego con la cabeza, esta muchacha mucho echa la bronca pero luego bien que llega tarde cuando quiere. Me saca de mis casillas, y me pone aún peor que se haya retrasado así.

—Pues ya te vale... —murmuro histérica.

—No estés tan nerviosa, hermanita.

—¿Cómo no voy a estarlo?

Poco después, aparecen Collins y Kellin con una sonrisa de oreja a oreja, pero cuando este último me ve se queda pasmado. Natalia acaba de ponerme el pintalabios rojo que el Estiradillo le regaló hace bastante tiempo, y del que ha enamorado hasta no poder más.

—Creo que es mejor que les dejemos hablar —dice Natalia.

—Sí, mejor, porque no veas como estás. —Ríe Collins.

Nati coge a su futuro marido y salen de los vestuarios, para que pueda hablar tranquilamente con Kellin. Ha sido una semana de locos, jamás pensé que fuese a pasarse con tanta rapidez, pero la verdad es que me ha ayudado a conocer un poco más a mi *galesucho*, quien se ha comportado como un auténtico caballero, me ha ayudado en todo lo que ha podido y más. He visto cosas que me han hecho estar segura de lo que he decidido respecto a él y a Tyree, además ha sabido dejar a un lado lo que ocurrió con Alex.

—Dios..., eres tan bonita —murmura.

Se acerca a mí, acaricia mi rostro con cuidado, sin hacer mucha fuerza.

—Estás preciosa, Lu.

—Gracias, Lund. —Sonrío.

Me pongo de puntillas, dándole un casto beso, para que no se me vaya el pintalabios que tan perfectamente me ha puesto Natalia.

—Madre mía, nena...

—¿Qué, león?

—Te esperaré bajo el escenario para ser el primero que te felicite por esa maravillosa actuación que estás a punto de realizar.

—Gracias.

—Nena —me llama antes de alejarme.

—¿Sí?

—Te quiero.

Mis ojos se llenan de lágrimas, llenas de orgullo y de amor. Me abalanzo sobre él, abrazándole con fuerza y besando sus mejillas y labios cientos de veces.

—Nos vemos luego. —Sonríe contra mi boca.

Asiento, sé que estará ahí, que sus ojos acompañarán cada uno de mis movimientos, igual que lo hará Alex. Alguien da varios golpes en la puerta, es Elisabeth, no nos queda nada para salir.

—Vamos.

Antes de irme le doy un buen beso al galés, no me importa que se me vaya el pintalabios, ¡al cuerno!

—Nos vemos luego, leona.

Cuando salimos del vestuario nos encontramos a Laura, con esa hermosa sonrisa que tiene, con un vestido estrecho de color rojo, precioso, que le sienta como un guante. Alex la observa de arriba abajo, y no puedo evitar mirarla alzando las cejas.

—Creo que no os conocéis, ¿no?

—Pues... creo que no tengo el placer —contesta mi compañero.

—Esta es la hermana de J.D.

Se dan dos besos, puedo ver cómo los ojos de mi amiga brillan, parece que le ha gustado Alex. Sonrío y le guiño un ojo a Laura.

—Tenemos que marcharnos ya, pero luego podemos ir a tomar algo —les digo.

—Claro, estaría genial —contesta Laura.

Subimos al escenario, espero junto a Tyree que no deja de observarme.

—Estás guapísima.

Sonrío, espero que al público le guste más el baile que yo, o aunque sea la mitad de lo que les está gustando a ellos el atuendo.

—¿Estás preparada? —me pregunta Alex, tomando una de mis manos.

La acaricia con cuidado, me abraza y me da un ligero beso en la coronilla.

—Sé que lo harás genial.

—Ayúdame, Tyree.

—Tranquila, no voy a separarme de tu lado.

No sé si realmente estoy preparada para esto, jamás he bailado delante de tantas personas, pero ahora no puedo echarme atrás, se lo debo a Alex y a Elisabeth, gracias

a ellos el baile volvió a ser lo que antes era en mi vida, un desahogo para todo aquel mal que me rondaba. Cojo aire, asiento para mí misma, animándome a continuar con toda esta locura.

—Vamos, qué nosotros podemos, vamos —me anima Alex.

—¡Sí! —Le sonrío.

Mi cuerpo se paraliza durante unos segundos al salir, no puedo evitar mirar a toda esa gente que observa cada uno de los pasos que doy sobre el escenario. Alex coge mi mano, la aprieta ligeramente y me pide que fije mi vista en la suya, y es ahí donde encuentro la paz, junto a la música que empieza a sonar. Ed Sheeran nos acompaña con su «Thinking out loud», calmando los nervios que hacía unos segundos que me impedían moverme.

La canción toma el control de mi cuerpo, haciéndome olvidar los cientos de ojos que hay en la sala. Mi vestido blanco se mueve de un lado a otro cuando Alex me coge por la cintura, guiando mi cuerpo por encima del escenario. Durante unos segundos, me fijo en lo guapo que va, esa camisa con el chaleco le sientan demasiado bien, se merece a alguien que sepa apreciar lo que yo veo, pero no puedo corresponder. Doy vueltas sobre mis propios talones, hasta que coge mis manos y con una de mis piernas rodea su cintura, para más tarde dejarla libre.

—Lo estás haciendo genial —me susurra al oído.

Mi corazón se está volviendo loco, cuando siento como me coge en brazos, cobijándome bajo su fuerte cuerpo, haciéndome volar a su lado, provocando que todo el público se ponga en pie maravillado por cada uno de los pasos que damos.

Nos dejamos llevar como dos plumas danzando en el aire, moviéndose entre las corrientes a un mismo son, complementándonos el uno al otro. Nos sumimos en una de nuestras burbujas, de esas que te aíslan de todo para simplemente sentir. Sí, eso hacemos, sentir.

Al terminar la función y ver como las cortinas se cierran, Alex vuelve a cogerme de la mano y tira de mí hasta que me quedo abrazada por completo a él. Sonrío, siento como mi cuerpo aún tiembla a causa de todos los nervios que he pasado durante el día, y que he arrastrado toda la semana.

—Has estado espectacular.

—Tú también, Tyree.

Le doy un golpecillo en el pecho cuando me separo de él y le beso la mejilla, agradeciéndole todo lo que ha hecho por mí durante el tiempo en el que hemos estado juntos. Ha aguantado mis tonterías y bajones como nadie antes había hecho, salvo Natalia, ella debería llevarse un premio.

—Gracias... —murmuro.

—¿Por qué?

—Por todo lo que has hecho por mí, Alex, te mereces a una mujer tan maravillosa como lo eres tú.

Al bajar del escenario, aún con el corazón a mil por hora, me encuentro con Kellin ocupando su lugar, esperando a que deje de estar en las alturas, para ser él quien me bajara a la Tierra.

—Lo has hecho genial, leona.

Me da un dulce beso en los labios, aunque al ver que no hay ni rastro del anterior, lo hace con más pasión, provocando que todo mi cuerpo se encienda como solo él sabe hacerlo.

—Vamos.

Coge mi mano y, sin dejar que me despida de nadie salimos del ateneo. No tengo ni idea a dónde estamos yendo.

—¿A dónde vamos? ¿Es que te has vuelto loco? —exclamo.

Tira de mí, hace que choque contra su pecho, me besa en la mejilla, acerca su boca a mi oreja y me susurra al oído:

—Loco por ti, leona.

Se pega a mí, me vuelve a besar. Saca un pañuelo de seda de color rojo, sonrío de medio lado, como un león hambriento y peligroso.

—Miedo me das...

—No tienes que tener miedo, Lu, yo cuido de ti —promete.

Cubre mis ojos con el pañuelo, sin que pueda esperármelo, me coge en brazos y me lleva hasta el coche. ¿Dónde estamos yendo? No entiendo nada, me estoy poniendo muy nerviosa, aunque me gusta la excitación que estoy sintiendo.

—¿Vas a decirme a dónde vamos?

—Claro que no.

Deja ir una sonora carcajada y arranca el coche sin decir nada más.

Un rato después, cada vez estoy más inquieta, pero en cierto modo confío en él lo suficiente como para saber que no me pasará nada. Coge una de mis manos, la acaricia y pasados unos segundos detiene el motor de su coche y, sin decirme nada, sale de este. Cojo aire, dejo ir un suspiro, hasta que mi puerta se abre. Al salir del coche puedo notar cómo la brisa mueve mi vestido, y el olor a montaña me envuelve. ¿Dónde estamos? No tengo ni idea, por suerte, Kellin me ayuda a caminar, hasta un punto algo más seguro.

—Quédate aquí, por favor —me pide.

Asiento, y escucho que se aleja, lo que me hace sentirme insegura. De repente, algo de claridad se cuela entre la tela del pañuelo que me cubre los ojos. Huelo a comida, y escucho cómo un mechero se enciende.

—Tranquila —me dice desde la lejanía.

Cierro las manos, respiro tranquilamente, a pesar de que mi corazón se está volviendo completamente loco. Creo que de los nervios me voy a echar a llorar, «madre mía...». Entre una cosa y otra no sé si sobreviviré a esta noche, demasiadas emociones para un mismo día. Puedo escuchar que vuelve, oler su delicioso perfume con notas frutales y, acabo notando sus manos sobre mi cintura. Me besa y, tras eso, se deshace del pañuelo.

—Quédate con los ojos cerrados.

Hago lo que me pide, aunque la tentación de abrirlos es demasiado grande, en otro momento los había abierto, pero intento ser buena y no hacerlo.

—Ahora.

Al abrirlos le veo, tan guapo como va, con su traje gris perla y su camisa blanca, pero sin la americana que le cubría antes. Desvío la mirada hacia un lado. Estamos en un gran prado con una pequeña casita de madera que parece un puesto de vigilancia más que un hogar, con un porche lleno de guirnaldas de luz que te guían hacia el interior, y con la palabra *Love* iluminada por cientos de bombillas. Mis ojos se llenan de lágrimas, es demasiado bonito. Miro al cielo y veo como cientos de estrellas nos acompañan cuando Kellin hace que las luces se apaguen. Al son de «A thousands years» de la gran Cristina Perr, Kellin se acerca a mí haciendo que no pueda evitar que las pequeñas gotas llenas de amor recorran mi rostro.

—Hemos pasado por mucho, demasiado para el tiempo que nos conocemos, pero Lu... Te he traído aquí para decirte que te amo, nada más verte, perdí la noción del tiempo, estar en Cardiff me dolía y, saber que te había hecho daño me estaba matando.

Suspira.

—Cuando te vi lo supe... —dice con la voz entrecortada—. Había pasado toda mi vida sin amar a nadie, mi corazón había estado vacío porque tú debías ser su dueña.

—¿Y qué pasa con todo lo demás, Kellin? ¿Qué pasa con June y Hope? ¿Qué pasa con Cardiff? Son demasiadas preguntas sin respuesta...

—Ya nada me importa si estoy contigo, leona.

Rompo a llorar desconsolada, abrazándome a su pecho, escuchando cómo su corazón va cada vez más deprisa. Besa mi frente con dulzura, con esa que había tenido desde el principio y que, cada vez se ha vuelto más real. Hay veces que en esta vida nada es lo que parece ser, y no hay que juzgar a la gente por las apariencias. Kellin es uno de ellos, tan solo tenía que encontrar su lugar.

—No llores, mi pequeña Lucía.

—Lloro de felicidad, Lund... Solo tú podrías hacerme llorar así.

Pone sus manos a ambos lados de mi rostro, y vuelve a besarme, esta vez en los labios, tan apasionadamente que es capaz de encoger mi alma entera para moldearla a su antojo.

—Kellin...

—¿Sí, nena?

—Hazme el amor durante toda la noche, y jamás te alejes.

—Tus deseos son órdenes para mí, leona.

Me lleva hasta el interior de la casa, la cual por dentro parece más grande de lo que en realidad aparentaba. Hay un sofá, y en la parte derecha una cama lo suficientemente grande como para que podemos estar los dos.

—¿Y esto?

—Ya te lo explicaré.

Sonríe, y de un pequeño empujón me hace caer de espaldas en la cama.

—Te haré el amor tantas veces que acabarás siendo la mujer de mi vida, leona —gruñe contra mi oído.

Rasga mi vestido, haciendo que un grito ahogado se escape de mi boca. ¡Ha roto toda la tela! Casi me da un infarto al verlo, pero aun así, no pasa nada, los vestidos se pueden volver a comprar y a tejer, el amor que tenemos nosotros no se puede comparar con algo así.

—Te amaré durante mil años si eso es lo que quieres, pero deja que cuide de ti, que venere cada centímetro de tu piel, y alumbre todos y cada uno de los días de tu existencia —susurra entre lágrimas—. No vuelvas a apartarme de ti.

—No lo haré, galés. Jamás volverás a separarte de mi lado.

Epilogo

Alex

Busco a Lucía por todas partes, pero no la encuentro. Desde que ha bajado del escenario que no la he vuelto a ver, Elisabeth quería agradecerle que haya formado parte del equipo, pero al parecer se la ha tragado la tierra.

—¿Dónde se habrá metido Lucía? —escucho como pregunta una de las amigas ella.

—¿No la ha visto nadie? —pregunta Natalia, su mejor amiga.

Me acerco a donde se encuentran, están algo preocupadas, igual que yo, parece haberse esfumado sin que nadie se haya percatado de cuándo. Pensaba que tal vez la habrían mandado a cambiarse antes de tiempo, pero ni siquiera ellas saben dónde se encuentra. Miro a hermana de Collins, parecen realmente preocupadas.

—¿Estás bien? —me pregunta la chica rubia.

—Sí, tranquila. —Sonrío.

Por un momento me da la sensación de que ambos nos sumimos en una burbuja, aislándonos de los demás. Trago saliva, algo me dice que esta chica es especial. Cierto es que, Lucía ha sido capaz de tocar mi fibra, pero ella... Parece tan distinta que ni siquiera sabría cómo calificarla. Tiene el pelo rubio y bastante corto, con un largo flequillo que le cubre toda la frente, le queda bien, va guapa.

Estoy seguro de que, la hermana de John podría enamorar a cualquier hombre que se le pusiera delante, solo tendría que dejar salir la picardía y olvidarse de esa imagen rígida que parece tener. Fijo mis ojos en ella, en ese vestido negro tan estrecho que le sienta como un auténtico guante.

—Hombre, estáis aquí. —Sonríe John, el hombre que me presentó antes Lucía, junto a su hermana.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Natalia.

—Pues... —Se pasa una mano por la nuca.

—Eso, John —inquiérese la chica—, ¿dónde estabas, hermanito?

Le miramos extrañados, creo que hay algo de lo que no me estoy enterando, ¿es que él también había desaparecido? ¿Dónde se habrá metido Lucía? Cada vez estoy más inquieto.

—He tenido que ayudar a Kellin con una cosilla.

¿Kellin? Ese es el hombre del que está enamorada Lucía, seguro que es él. Recuerdo haber escuchado su nombre en varias ocasiones cuando ella lo llamaba, o le pedía que se detuviera durante nuestras dos peleas... Fue lamentable, pero no me arrepiento de haberle golpeado, en aquel momento se lo merecía, y si no lo hubiera hecho, me habría quedado con una espinita clavada que habría originado una herida

aún mayor. Ahora sé que, de verdad quiere a Lucía, y luchará por ella cuando haga falta.

—¿A Kellin? —cuestiona Natalia.

—Sí, tenía preparada una sorpresa para Lucía y se la ha llevado.

—¡Oh! —exclaman las dos amigas al unísono.

—¡Qué mono! —añade la rubia.

Aunque ese hombre no haya sido fruto de mi devoción en ningún momento, estoy seguro de que Lucía será feliz a su lado. Mi pitufa se merece a alguien que la cuide y mime, más le vale hacerlo, o acabaré con esa sonrisa burlona que siempre lleva en los labios.

—Entonces... ¿Se han ido juntos? —pregunta Natalia.

—Sí, claro.

—Bueno, ahora ya estoy más tranquila —suspira—. ¿Vamos a tomar algo?

—¡Claro! —exclama John.

Natalia y John, quien supongo que son pareja, avanzan tranquilamente, la chica rubia hace lo mismo, pero antes de salir, se da media vuelta y me sonrío.

—¿Te animas a venir con nosotros? —pregunta.

—Claro, por qué no.

Perfecto. Hay algo en ella que me hace sentir bien, tiene una energía extraña y eso me gusta, veremos qué pasa.

—Por cierto, creo que no nos han presentado como Dios manda. —Río—. Soy Alex Tyree.

—Laura Collins, hermana del novio de Natalia. —Me tiende la mano—. ¿Inglés o estadounidense?

—Estadounidense.

—Encantada, Alex Tyree. —Dice con un retintín especial.

Esto promete y mucho.



R. CHERRY, nacida en 1996 en una pequeña ciudad a veinte minutos de Barcelona llamada *Cerdanyola del Vallès*, es estudiante de preimpresión digital. Los libros y la escritura llevan siendo su pasión desde que tenía once años, fue entonces cuando empezó todo.

Es escritora de varios relatos, sin mucha importancia, y redactora del blog *Una valkyria perdida en el Midgard*, dónde se pueden encontrar reseñas, crónicas, críticas, eventos y mucho más. Tras varios intentos de escribir una buena historia, llegó su hora con su primera novela llamada; *Mi Dulce Locura* (2015), la primera parte de la bilogía; *Mi locura* y después, le siguió *Mi eterna locura* (2016) dando conclusión a esta historia. La misma que se ha llevado el premio a la mejor portada en el evento Book's Ladder, gracias a los lectores que votaron por ella. Un libro lleno de amor, energía positiva, dulzura y muchos sentimientos más. Con ella espera llegar a alcanzar su mayor sueño: ser escritora. *Mo Vikingr* (2016), fue su siguiente historia donde la cultura nórdica y el romanticismo predominan. Sé lanzó con el sello digital de Lxl, Bookit, con la novela: *Una fotografía para Victoria*.

Notas

[1] Yankee: Relativo a los Estados Unidos de América, o a sus habitantes. <<